

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

DE LOS

DOMINICOS ESPAÑOLES



SUPERIORUM PERMISSU

ANO VII — TOMO XII

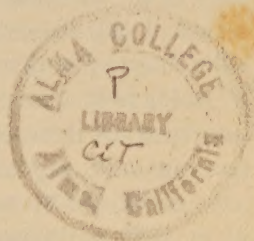
SEPTIEMBRE DE 1915 A FEBRERO DE 1916



SANTO DOMINGO EL REAL

Claudio Coello, 114.

1915



40367

v.12
1915/

16

LA CIENAGA TOMATE

LA CIENAGA TOMATE

LA CIENAGA TOMATE

LA CIENAGA TOMATE



LA CIENAGA TOMATE

LA CIENAGA TOMATE

LA CIENAGA TOMATE



LA CIENAGA TOMATE

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1915. — NÚMERO 34.

INTELLECTUALISTAS Y MÍSTICOS EN LA TEOLOGÍA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVI

La naturaleza y la gracia.

El lector habrá advertido que la división teológica de que venimos hablando no era superficial ni menos únicamente cuestión de pasioncillas. Cuanto más se examinan los respectivos puntos de vista, mejor se comprende la gravedad de las cuestiones. Aun quedan por referir algunas de las objeciones más fundamentales entre las muchas que empleaban los intelectualistas contra los místicos. Acusaban aquéllos á éstos de rebajar la razón humana para someterlos al dominio exclusivo de los sentimientos místicos y de la experiencia religiosa, y más todavía, de despreciar la ciencia queriendo hacer de la oración y de las prácticas devotas la ocupación continua de los cristianos, y suponiendo que con estos medios se alcanzan mejor las luces y conocimientos que buscamos. «E si esto es verdad, dice Cano, como alguno á mí me aconsejó que lo hiciese, cerremos los libros, é aun ciérrense los generales, perezcan las Universidades, mueran los estudios é démonos todos á la oración ⁽¹⁾. Indudablemente que no era tanto lo que querían decir los místicos. Pero todo esto podemos reducirlo á una objeción que bien merece detenido examen; á saber: que aquéllos místicos no buscaban, con la gracia, perfeccionar la naturaleza, sino destruirla. Tal es la acusación.

«Yo hasta ahora imaginaba, dice Cano, que la gracia no destruía

(1) Vid. Caballero, pág. 599.

á la naturaleza, sino la perfeccionaba; y que los ejercicios de cristiano no quitaban el sér de caballero al que los hacía; antes, si era Señor, le hacía mejor Señor; y si Rey, mejor Rey. Que si el zapatero, haciendo ejercicios, cosiese peor el zapato y el cocinero guisase mal la olla, no lo podríamos sufrir por más que nos alegase que se daba á devoción y meditación. Y así siempre he creído que la verdadera cristiandad y ejercicio de ella á cada cual mejoran en su oficio» (1). Sigue Melchor Cano exponiendo sus ideas con palabras bien duras y da claramente á entender que las tendencias místicas de entonces, á su juicio, fomentaban el eunuquismo en los caracteres y destruían el vigor y policía de España. Como Cano opinaban muchos, aunque lo decían en términos más suaves.

El mismo Santo Tomás de Villanueva hace observar que aquéllos místicos ponían más esfuerzo en enseñar á todos á orar y meditar, haciendo consistir el fin más *in cogitando quam in operando*, que en enseñar á cada uno las obligaciones de su estado. No hay duda de que hubo no pocos casos en que con pretexto de tener más oración se abandonaban los deberes, y se citan maneras de ser poco conformes con el buen sentido y que, sin embargo, se presentaban como consecuencia de la mucha oración y recogimiento.

Examinemos las cosas despacio y veremos cómo se puede dar á cada uno lo suyo. Me parece firme el principio que asienta Cano y que es doctrina de Santo Tomás; á saber: que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona. Por eso la Iglesia ha condenado todas las místicas que han pretendido levantar el edificio de la perfección y santidad sobre las ruinas de algunos de los deberes ó derechos naturales.

Místicas hubo que quisieron destruir el matrimonio, ó la jerarquía, ó el trabajo, ó la ciencia y no pudieron vivir porque destruían la naturaleza. Aparentando buscar el mayor bien divino, destruían lo divino y lo humano porque se salían de las normas trazadas por el Supremo Hacedor. Las místicas que prescinden de los deberes y derechos naturales son utopías que conducen á la inmoralidad. Y no sólo debe tener presente toda mística razonable los deberes y derechos naturales, sino también las fuerzas y exigencias de la naturaleza. De lo contrario, los sometidos á semejante disciplina tendrán que exigirse un esfuerzo imposible ó posible sólo para muy poco ó por muy poco tiempo, viniéndose, por consi-

(1) *Ibidem*, pág. 526.

guiente, todo el edificio á tierra ó terminando todo en graves perjuicios de alma y de cuerpo. La mística debe mejorar lo bueno del hombre, enderezar lo torcido, santificarnos en todo. Y como ciencia práctica y gobierno espiritual tener presente todas las circunstancias de edad, sexo, estado, oficio, etc. De esta manera la mística lo perfeccionará todo: los individuos, los caracteres, el hogar doméstico, el trato social, la vida entera, pública y privada. Se cumplirá lo que dice Cano: que la verdadera cristiandad y ejercicios de ella á cada cual mejoran en su oficio.

Pero si la gracia debe perfeccionar la naturaleza, no se sigue que la gracia debe dar lo que á la gracia no pertenece. A la gracia pertenece dar al hombre la perfección espiritual, pero no las habilidades que proporcionan las ciencias y las artes. Por eso no sería racional esperar de la oración lo que debe dar el estudio ni pretender que la contemplación dé el pan de cada día que debemos ganar con el sudor de nuestro rostro. Algunas cosas que se leen en la Sagrada Escritura y en las historias son excepciones, no la ley ordinaria. Y porque sea un artesano mejor cristiano, no se sigue que haya de ser más hábil en el oficio que los que sean malos. Sí debe tener la sinceridad, fidelidad y demás cualidades morales que dimanen de la gracia: pero lo demás dependerá del talento natural y del esfuerzo respectivo. La bondad inherente á la vida cristiana hermoseará las buenas cualidades naturales, pero de ordinario no las podrá suplir si no existen.

El olvidar esto hace incurrir en lamentables sofismas. Erasmo se atrevió á decir que la sabiduría cristiana tiene algún parentesco con la necesidad, y dió por razón que las mujeres y los viejos y los niños practican con más afán las devociones populares. Incurriendo en el mismo sofisma, dicen algunos que la devoción hace á la gente boba porque algunos bobos se hacen muy devotos ó que con la mucha oración se vuelven los hombres locos, sin fijarse en que ya tenían la locura consigo antes de darse tanto á la oración los que por este camino parecen perder la cabeza. Esto depende de que cada uno hace causa de todos los males á lo que tiene más entre cejas y atribuye todos los bienes á lo que le inspira más simpatía. ¡Cuántos casos ocurren en la apreciación de los hechos históricos y en la vida presente!

Así se equivocaron muchos teólogos que tenían por funestas las tendencias místicas. Melchor Cano observó que ya en sus tiempos iba á menos el vigor de la raza española y que aquella nobleza ca-

ballerescas, diplomática y guerrera se iba, en gran parte, entregando á menesteres pequeños, más propios de sacristanes que de caballeros. En la observación del hecho fué perspicaz; pero en la explicación se mostró bastante simplista, como dicen ahora. Creyó que con aquella disciplina ascética mística los caballeros se hacían unas gallinas y que se perdía el vigor y policía de estos reinos. Bien podía comprender que un hecho tan importante había de tener causas más generales y más hondas. Aquellos caballeros no se hacían unos gallinas por entregarse á la vida devota, sino que lo eran antes. Causas sociales y aun fisiológicas los hacían incapaces de grandes empresas; y los que siendo tales no se dedicaban á la vida devota, se dedicarían á criar pájaros ó á divertirse con cómicos y actrices, ejercicios que tampoco honran á un caballero. En lo que sí tiene razón Cano es en no admirar á tales caballeros y no darles las alabanzas que les daban los místicos. Los reyes y los caballeros debían mostrar su virtud en cosas mayores; no basta que sean devotos; deben ser trabajadores y valerosos. Tampoco puede satisfacer el pueblo español de entonces; bien que fuera religioso; pero debiera ser más laborioso y menos amigo de matar el tiempo en diversiones. Como la causa de no estar los caballeros á la altura de su profesión no era el dedicarse á ejercicios espirituales, lo mismo en general debemos decir de los demás oficios. La raíz estaba en los pocos alcances ó en el poco esfuerzo; la oración de suyo no quita á nadie de ser trabajador y esforzado, sino que más bien se lo manda. Cano veía los males á montones y la destrucción de España en la invasión de aquellas doctrinas místicas ⁽¹⁾; los místicos veían en ellas la regeneración de España. En nuestros tiempos los liberales atribuyeron todos los males de España á la Inquisición, sin la cual creía Cano que se destruiría la Fe y la República. Apreciaciones todas extremadas; á la destrucción y á la regeneración de un pueblo concurren simultáneamente muchas causas, y para explicar los males sociales como para curarlos es necesario buscar la verdadera raíz.

Parece, pues, claro que, hablando en general, cometían un sofisma los que asignaban como causa del afeminamiento de algunos caballeros el dedicarse á ejercicios devotos. El que la devoción de tales caballeros tuviera más ó menos de femenino dependía de su carácter. Hombres débiles y enfermizos tenían que ser pequeños en

(1) Carta á Fr. Juan de Regla, Caballero, pág. 526.

sus cosas. Así fué el Marqués de Tovar, á quien después de haber hecho ejercicios espirituales no le veía Cano mejorado como cristiano y á ley de caballero veíale desmedrado. Tal fué el Rey Felipe III, á cuya piedad tributan descomunales elogios sus contemporáneos, pero á quien faltó bastante para ser un gran rey. Mas sería una falta de lógica creer que no lo fué á causa de su piedad; antes bien, no lo fué á pesar de su piedad. Lo mismo hemos de decir del pueblo español; ya en tiempos de Felipe II comenzó á decaer en algunas de sus buenas cualidades; pero no fué por su religiosidad, sino á pesar de ella. Lo que sí ocurrió es que los defectos y vicios sociales transcendieron á la vida religiosa; y la farándula, la fastuosidad, el quijotismo, la superchería, que afearon la vida social de entonces, hicieron también sus estragos en el terreno religioso. Esto era natural; los hechos sociales son solidarios y nadie se sustrae del todo al medio ambiente.

A la piedad como á la religión no se la puede acusar de ser causa de la degeneración de los caracteres ni de las razas. Los hechos que se alegan están falsamente interpretados. Se dice vulgarmente de algunas personas que se chiflan por darse indiscretamente á la devoción, y la verdad es que el darse tan indiscretamente á la devoción es porque estaban chifladas. Esto no quita, sin embargo, que pueda haber método de oración y sistemas místicos que produzcan malos resultados. No cabe duda que así pensaba Melchor Cano de los ejercicios espirituales, según se practicaban en su tiempo. Es cierto también que algunos autores eran demasiado rígidos y causaban la timidez y encogimiento; otros abrumaban con tantas atenciones y detalles, forzando á tener una tensión de espíritu capaz de hacer perder la cabeza; otros exageraban tanto la obediencia y la sumisión que engendraban caracteres irresolutos y del todo pasivos. Era muy frecuente también el exclusivismo; es decir, que en muchos círculos espirituales se enseñaba de una manera más ó menos clara que sólo en ellos había verdadero espíritu y que sólo ellos conocían el mejor camino de la perfección. Esto explica por qué los que estaban de la parte de afuera los miraban con tanto recelo y atribuían los casos de alumbramientos é ilusión á la oración y ejercicios que practicaban. Tales exclusivismos son cosa muy humana y resultan más temibles cuando revisten esa capa de santidad y de mayor perfección. Aún se ven casos hoy día, aunque no tan extremados al parecer como los que en el siglo XVI calificaban de cosas de alumbrados; pero pueden servir para inter-

pretar la historia, porque la Psicología religiosa es la misma que entonces.

Otra cosa que echa en cara Melchor Cano á los místicos de entonces es que hacían inútiles para los oficios exteriores á los que se dedicaban á los ejercicios espirituales. El hecho es cierto y consta por otros testimonios. La explicación está en que siendo el hombre de fuerzas limitadas no puede abarcarlo todo, y por eso los que se dedican mucho á la oración, como los que se dedican al estudio, suelen ser abstraídos y más ó menos inútiles para las cosas exteriores. De aquí deducirá alguno con Cano que lo mismo que es necesario para la República que no todos sean sabios, lo es que no todos sean contemplativos. Juzguen los maestros la conclusión; el hecho cierto es que por ahí no hay peligro para la República y de todos los oficios hay más abundancia que de contemplativos. Pero además de los casos reales de abstracción, Melchor Cano debió de conocer muchos de mimetismo. Porque había entonces ciertas maneras de andar y de presentarse que argüían ser uno espiritual ó alumbrado, y sin duda muchos las imitaban para sentar plaza de tales. Fr. Francisco de Osuna, en su *Tercer Abecedario*, las describe como una consecuencia del recogimiento, y Juan de Vergara se burló de ellas descaradamente y probó no tener él tales maneras, y, por consiguiente, no ser alumbrado ⁽¹⁾.

Alumbrados y místicos.

La confusión entre los alumbrados y los místicos era muy frecuente. Este hecho es bien cierto. Pero mal se explicaría tal confusión si no hubiera entre místicos y alumbrados mucho parecido.

¿Qué eran los alumbrados? Según el Sr. Menéndez y Pelayo eran una secta heterodoxa que se remonta nada menos que á los gimnosofistas de la India y á los neoplatónicos. Las causas de retoñar en España esta secta en el siglo XVI fueron la ignorancia, la corrupción, el fanatismo. Sus maestros, frailes tan depravados como ignorantes y beatas con puntas de Celestinas. He aquí un juicio bien errado aceptado por muchos sin reparo y con el cual el gran Maestro, siempre tan españolista, hace un flaco servicio á nuestra patria. Y es bien raro que tal juicio formulase porque con sólo los datos que trae Böhmer en su obra *Francisca Hernández und frai*

(1) *Revista de Archivos*, 1902.

Francisco Ortiz, y que él conocía, tenía bastante para pensar de distinta manera. Supuesto este modo de juzgar á los alumbrados, ya no puede explicar el que casi todos los santos de entonces fuesen calificados de tales, sino atribuyéndolo á ignorancia y maledicencia, y para justificar al Santo Oficio niega hechos que no se pueden negar.

Pretender establecer continuidad histórica entre los alumbrados españoles del siglo xvi y entre los neoplatónicos sería cosa bien ridícula. Relación literaria tampoco existe. Los alumbrados leían á San Bernardo, San Buenaventura, á Gersón, el Kempis y otros libros universalmente reconocidos como buenos. Los alumbrados eran hombres espirituales y de buena doctrina. Pero algunos cayeron en la ilusión ó en indiscreciones, por las cuales merecieron ser procesados por el Santo Oficio. Nada tiene de particular que algunos cayesen en ilusiones ó interpretasen mal sus experiencias; esto es frecuente en los círculos de ardiente misticismo; pero bastó para que el título de alumbrado se fuese tomando en mal sentido. Antes de los procesos de 1529 alumbrado era lo mismo que espiritual, recogido, místico. Al usar este título querían indicar lo que enseñaban: que Dios alumbra mucho con sus luces á los que hacen oración. Después de los procesos dichos hay que mirar quién emplea este título. Los profanos y los hostiles á la mística siguen aplicándolo, pero en mal sentido, á todas las personas espirituales. En cambio las personas espirituales sólo dan este nombre á los que padecían ilusiones ó profesaban errores en materias de espíritu.

En el siglo xvi hubo en España un conocimiento universal en todas esferas de la actividad humana. No fué en el terreno de la vida religiosa y de la literatura mística donde menos se notó la renovación.

En esta renovación está el origen de los llamados alumbrados. Tiene este movimiento estrecha relación con la reforma de regulares, llevada á cabo por Cisneros. En los conventos de observantes del Reino de Toledo, Pastrana, Cifuentes, Escalona, la Saceda, etc., se mostró más pujante la vida religiosa, y entre ellos y entre sus devotos se comenzó á usar el título de alumbrados. Profesaban en estos conventos la oración de recogimiento que tan admirablemente explica Osuna en su *Tercer Abecedario*.

El que alguno cayese en ilusiones y tuviese que ser curado con una tanda de azotes; ó el que otros cándidamente creyesen en la santidad de Francisca Hernández y por eso fuesen procesados á la

vez que la pretendida santa, no quita que el movimiento en sí fuese bueno. Pero no nos fijamos en esto y así tenemos á lo mejor por grandes herejes á los que por una falta de discreción de espíritus fueron procesados, y á la vez veneramos como santos á los que profesaban la misma vida y doctrina; pero que por tener más discreción ó no hallarse en iguales circunstancias no fueron molestados. Si hubiera procesado el Santo Oficio á todos los que habían creído en la santidad de Francisca Hernández ó de sor Magdalena de la Cruz, larga hubiera sido la tarea y entrarían en lista algunos inquisidores. Se juzgaba la equivocación inculpable y sólo se procesaba á los pertinaces y á los cómplices en algún embuste. Y por ahí se ve que el Santo Oficio no procesaba á todos los que el vulgo llamaba alumbrados y que sólo procuraba remediar las alucinaciones y supercherías. Si los alumbrados fuesen esos herejes y foragidos que algunos pintan, el Santo oficio no los dejaría en paz, sino que los echaría á la hoguera.

Los alumbrados, pues, en sus comienzos y en su intención no formaban un movimiento heterodoxo. Eran grupos de personas espirituales que ansiaban la perfección y trataban de las cosas divinas con la misma naturalidad con que otros tratan de las cosas humanas.

Sus pláticas, sus aspiraciones están reflejadas en el *Tercer Abecedario*, de Osuna, y el libro llamado *La Lumbre del alma*, de fray Juan de Cazalla, ambos llamados alumbrados y en estrecha amistad con los demás del Reino de Toledo. Lo que echó á perder las cosas fué la aparición en la escena de alguna histórica con aires de santa y de profetisa. Tales fueron, al parecer, Francisca Hernández é Isabel de la Cruz, ambas condenadas por el Santo Oficio.

Los errores que se atribuyen á éstas y á sus defensores no son, en rigor, errores de principios, sino interpretaciones de experiencias meramente subjetivas. Muchas cosas que ellas creían de sí y sus admiradores propalaban, serían muy buenas si fuesen ciertas, es decir, si fuesen realmente manifestaciones de una santidad real y extraordinaria. Creían en aquellos círculos devotos muy fáciles y muy frecuentes las comunicaciones divinas; y de aquí procedía la credulidad práctica y hasta el afán de experimentar en sí y hallar en otros señales de la acción divina. Y esta credulidad era muy general y por eso es estupendo el número de personas que creían en santidades que luego resultaban fallidas. No siempre, sin embargo, resultaba fallida la creencia general; así sucedió en el caso

de la *Beata de Piedrahita*, sor María de Santo Domingo, cuyo espíritu aprobó ó por lo menos no se atrevió á condenar el Santo Oficio; y otras muchas hubo que no fueron molestadas, aunque no faltase quien discutiese su santidad.

Todo el mal solía comenzar por el empeño de propalar visiones, revelaciones y milagros y de hacer apoteosis en vida. Esto ponía en guardia al Santo Oficio y á las personas sensatas y no sin razón, porque santidad con pretales de cascabeles, según frase de D. Juan de la Sal, siempre fué sospechosa. Pero en este defecto incurrian personas aún muy respetables, creyendo, sin duda, que divulgando las gracias y favores divinos que ellas creían reales contribuían á la gloria de Dios y á la edificación del prójimo.

Nuestro parecer es, como se ve, que el movimiento de los alumbrados fué en sus orígenes lo mismo que el movimiento místico y de restauración de la observancia religiosa. Lo que dió mal sentido al nombre de alumbrado fueron las derivaciones particulares, casos de alumbramiento como llamaban entonces. Podemos decir que todos los santos del siglo xvi están en relación personal ó literaria con los llamados alumbrados. Santa Teresa leyó mucho el *Tercer Abecedario*, de Osuna, y el *Arte de servir á Dios*, de Fr. Alonso de Madrid. La importancia extraordinaria que da San Ignacio á la dirección espiritual se encuentra ya en Osuna y se practicaba en los círculos de los alumbrados. Otros muchos varones espirituales se iniciaron en las doctrinas místicas estudiando en Alcalá, donde había no pocos dedicados á la vida de los alumbrados. Algunos entraron en diversas Órdenes religiosas llevando consigo ese fervor místico que en el nuevo medio aumentaría. En Alcalá y en amistad con los alumbrados vivió el Dr. Miona, Director espiritual de San Ignacio y luego jesuita; allí vivían los Eguías, dos jesuitas después y todos ellos alumbrados; allí enseñó el doctor Ortiz, hermano del famoso Fr. Francisco Ortiz, el gran enamorado y defensor de la santidad de Francisca Hernández. El Dr. Ortiz fué muy amigo y bienhechor de la naciente Compañía. Allí residía también el Dr. Torres, alumbrado, según frase de entonces, y luego jesuita. Y en Alcalá también debieron de comenzar las aficiones místicas de Carranza, que le decidieron á dejar el mundo y por las cuales tanto sufrió después. La lista puede aumentarse desmesuradamente. Esto probaría evidentemente que alumbrados y místicos eran poco más ó menos lo mismo y que los alumbrados no eran lo que en muchas historias se dice. Juicio tan desatinado pro-

cede de creer cosa de todos ciertos alumbramientos y observaciones particulares. ¿Qué juicio más errado puede haber que el de juzgar á las personas espirituales por las ilusas?

Este movimiento de los alumbrados es parecido al de los amigos de Dios, *Gottesfreunde*, que reinó en Alemania en el siglo xvi. Ambos han sido objeto de juicios bien contradictorios. El misticismo alemán fué debido principalmente á los dominicos por medio de Suso, Taulero y otros místicos notables, mientras al misticismo español del siglo xvi comenzó más bien por el esfuerzo de los franciscanos. Tiene razón el Sr. Menéndez y Pelayo al sostener que los místicos alemanes influyeron en la literatura mística española del siglo xvi. Es cierto que los españoles leían dichos libros porque los leían todos los amantes de la mística. Algunos fueron traducidos al romance, v. gr.: las *Instituciones Divinas*, atribuidas á Taulero, y la *Teología mística*, de Henrique Henpfs, que figuran en los índices del Santo Oficio. Pero no tiene razón al decir que fué funesta esta influencia.

El que alguno abusase de algún texto y lo tomase en sentido quietista no hace al caso. Más se abusó de los textos de San Pablo. Y si fuéramos á prohibir todo aquello de que se abusa, habría que suprimir la vida misma. Y para defender al Santo Oficio no hace falta afirmar cosa tan falsa como decir que nunca prohibió libros de mérito. A nosotros nos basta saber en qué se fundó para prohibirlos; y si no nos convencen las razones, á los calificadores de entonces les convencieron y por eso obraron así. Por lo demás, muchos libros espirituales de los prohibidos eran de gran mérito y su influencia era benéfica, santificadora y sigue siéndolo. Algunos protestantes y muchos pseudo-místicos procuran traerlo en su ayuda. ¿Pero qué error y qué herejía no buscó á su favor textos venerables?

Otros no han pintado á los alumbrados con tan negros colores como el Sr. Menéndez y Pelayo; pero todavía han pretendido ver en ellos una especie de protestantes de origen netamente español, porque es indudable que el movimiento místico-popular de los alumbrados es anterior al protestantismo alemán. Como protestantes ó reformistas los presenta Böhmer. Tampoco tiene fundamento esta opinión. Los alumbrados no tenían pretensiones de reformas dogmáticas; querían lo que quieren todos los místicos: la reforma de las costumbres, el destierro de la tibieza y de la relajación. Los alumbrados del Reino de Toledo que coincidían en las ansias por la

perfección y la unión con Dios, discrepaban sobre cuál era la oración más perfecta. Los unos defendían la oración de recogimiento; los otros, la del dejamiento. Lo que era la oración de recogimiento y cuáles eran los medios para alcanzarla lo tenemos explicado en el *Tercer Abecedario*, de Osuna. Esa era la oración y la doctrina seguida comunmente en los conventos de los franciscanos observantes y patrocinada por el General, luego Cardenal Quiñones y por el Provincial Fr. Antonio de Pastrana. Juzgar estas doctrinas por lo que ocurrió con algunos que, practicando el recogimiento, fueron alumbrados con tinieblas de Satanás y padecieron ilusiones, ó por lo que dijeron ó hicieron otros en defensa de Francisca Hernández, sería hacer de la excepción regla. Digase qué tiene que ver la doctrina de Osuna con el protestantismo y entonces sabremos si aquellos alumbrados eran reformistas á estilo protestante.

La oración de recogimiento la enseñaban y practicaban principalmente en Pastrana; la del dejamiento en Guadalajara. Enseñaba ésta Pedro Ruiz de Alcanas, de estado seglar y sin carrera, pero muy dado á la lectura de libros místicos. Pedro Ruiz del Alcanas era hombre muy religioso; tenía sus experiencias, que quizás fueran reales ó quizás fueran causadas por alguna causa fisiológica; difícil es saberlo y entre sus contemporáneos había diversidad de pareceres. Pero es arbitrario considerarle como un reformista heterodoxo; se expresaría con inexactitud, pues no era teólogo; quizás sus experiencias y sus luces no fueran lo que él y sus devotos creían; con todo, es indudable que en su entendimiento no había terquedad ninguna y que sus lecturas eran de las mejores que había entonces. Lo que pasa es que algunos puntos de la mística son muy oscuros; tal es explicar cómo se hace la unión de Dios con el alma y cómo hemos de conformarnos con la voluntad de Dios. Los inquisidores y algunos teólogos creyeron que Alcaraz y los suyos entendían estas cosas de una manera errónea y peligrosa. En cambio Alcaraz, Isabel de la Cruz, María de Cazalla, hermana del Obispo Fr. Juan de Cazalla y sus alumbrados se quejaban de que los inquisidores no tenían espíritu y no entendían estas cosas. Tal vez tuvieron algo de razón y de hecho los acusados y algunos calificadores entendían estas enseñanzas en sentido ortodoxo. Pero los inquisidores veían que algunos sacaban malas consecuencias y así no faltó quien dejase de hacer lo que debía, porque puesto en oración y dejándose del todo en manos de Dios, no conoció cuál era su voluntad, ni quién hiciese algún desatino, pareciéndole que

Dios se lo había inspirado en la oración. Quizás estos extravíos procediesen de andar mal la cabeza y no del dejamiento; pero entonces todo iba á cuenta de los errores de los alumbrados y la inquisición daba duro contra ellos. Resulta cómico que en procesos contra beatas que apenas sabían leer ó sólo habían leído el *Flos Sanctorum* ó el *Vita Christi*, se acumulen toda clase de errores y se les haga cargo de haber defendido cosas que supondría enorme erudición teológica. Ni alumbrados recogidos ni alumbrados dejados fueron protestantes. El parecido está en que los alumbrados creían que Dios alumbraba los suyos en la oración y por estas luces se guiaban; los protestantes excluyen el magisterio de la Iglesia y creen que todo cristiano es dirigido en las cosas de la Fe por el Espíritu Santo. Aunque á veces en la manera de hablar se parezcan alumbrados y protestantes y por eso teólogos notables calificasen los alumbrados de luteranos, la verdad que no hay tal cosa. Los alumbrados sólo quieren decir que Dios da luces á quien se las pide en todos los negocios de la vida y más á quienes con más constancia y mejor espíritu se dedican á la oración. Y en este sentido enseñaban que la oración vale más que el estudio, porque mejor se aprende á vivir cristianamente con Dios que con los libros. Y no es cierto que despreciasen la autoridad de los teólogos así, á secas; lo que sí es cierto es que practicaban algún tanto el exclusivismo y daban más autoridad á los que, á juicio de ellos, tenían más espíritu; es decir, á los que eran también alumbrados ó espirituales.

Tampoco está demostrado que despreciasen las ceremonias y obras exteriores. Sus respuestas y su vida dicen lo contrario. Para entenderlos hay que tener presente que en los grados superiores de la oración se siente más atracción por la contemplación que por la oración vocal y que el posponer la oración vocal, las obras exteriores y el culto externo en general á los actos interiores que se ejercitan en la contemplación, no es despreciar los actos exteriores, sino decir que valen menos que los interiores. Tal vez la manera de hablar sobre estas materias diese ocasión á que los acusasen de muchas cosas que resultan en contradicción unas con otras y con su misma vida. Porque la verdad es que su vida pública era de cristianos fervorosos que frecuentaban los Sacramentos y tenían mucha oración y prolongados ayunos. Algunos, sin embargo, quizás hablasen con poco respeto de algunas prácticas devotas; pero eran más bien erasmistas que alumbrados; por ejemplo: Juan

de Vergar y Bernardino de Tovar. Ruiz de Alcaraz y María de Cazzalla también habían leído algunos tratados de Erasmo en romance; pero alegan en su favor, y entonces era cierto, que la Iglesia no había condenado á Erasmo. Eran tiempos aquéllos de confusión y tormenta.

Puestas las cosas como eran, ya comprenderá el lector por qué los santos eran calificados por muchos de alumbrados. La vida externa y aun la doctrina (tomando por doctrina de los alumbrados la que enseñaban los maestros y no los sueños de algún iluso) eran iguales. Es indudable que muchos santos simpatizaban con los llamados vulgarmente alumbrados: el determinar si en bueno ó mal sentido dependía en gran parte de las simpatías personales y de la afición á las tendencias místicas. Podemos decir con verdad que todos los santos de entonces fueron tenidos por algunos como alumbrados; y que todos los alumbrados, aun de los condenados por el Santo Oficio, fueron, á juicio de no pocos, verdaderos santos. La historia fué así y aún lo es: el hecho que cuenta Cano, que el Maestro Iñigo (San Ignacio) le presentó uno de su Compañía como santo y él hallóle mentecato, se repite cada día. Las personas bondadosas ven sólo lo bueno; las hipercriticas y exigentes, sólo lo malo. Partamos la diferencia entre San Ignacio y Cano: supongamos que el presentado era un santo algo simple y quizás estaremos en lo cierto. Esta operación hay que hacerla cada día en la vida real y sólo así podemos conciliar pareceres opuestos que tienen sus fundamentos respectivos. Creer que la historia fué de otra manera sería soñar; todas las personas, aun las eminentes, suelen tener sus puntos flacos, y juntándose esto con diferencias de criterio ó con alguna pasioncilla, nos encontramos con pareceres del todo opuestos. Tales pareceres se atribuyen muchas veces á mera ignorancia ó maledicencia; este proceder es imprudente; para fallar es preciso oír á ambas partes. En el asunto de que vamos hablando, los bondadosos, los místicos veían sólo mucha oración, los ayunos y el recogimiento y proclamaban á uno santo; los contrarios verían, á su juicio, poca prudencia, aferramiento al propio parecer fundado en razones espirituales, exclusivismo por los que eran de las mismas, y no se percataban de llamar ilusos ó tontos á los mismos que los otros llamaban santos. Tal vez en algunos haya habido cierta candidez sistemática para canonizar pronto; en otros cierta hostilidad preconcebida contra los místicos. Cano acusa á los místicos de beatificarse unos á otros y tenerse por impecables;

otros, en cambio, le llaman á él enemigo capital de todo lo bueno. Ambas acusaciones tienen mucho de falsas y algo de verdaderas. No nos olvidemos de este estado de los espíritus para entender la historia.

Conclusión.

En estas mal perjeñadas páginas hemos pretendido aclarar las diferencias que separaban á los teólogos del siglo xvi sobre lo que pudiéramos llamar cuestión mística. Entre las muchas cuestiones que se ventilaron en aquél siglo tan teológico no fué ésta de las menos batallonas ni de las que menos aplicaciones prácticas tienen. De los puntos históricos que más luz reciben podemos entresacar los siguientes: la conducta del Santo Oficio con los místicos y con los libros espirituales en romance; la hostilidad ó simpatía de muchos hacia la naciente Compañía de Jesús; las diferencias de pareceres sobre los *Comentarios al Catecismo*, de Carranza, en la parte que este asunto tuvo de doctrinal, pues es indudable que además intervinieron pasiones de la peor ley y la política que todo lo sacrifica á sus miras particulares; y las disputas y divisiones á que daban lugar las reformas de las Órdenes religiosas. Hemos visto que mientras unos teólogos hablan con entusiasmo de la oración y de los favores divinos que en ella se reciben y pretenden iniciar á todos los cristianos en los misterios de la vida espiritual, otros tienen por sospechosos y tildan de alumbrados y aun de luteranos á los que tanto pregonan las luces que Dios les da, pareciéndoles ver en esto la exclusión del magisterio eclesiástico y juzgan funesto enseñar tales espiritualidades al pueblo y tratar estas materias en lenguaje vulgar. Entre los primeros están los que escribieron de cosas espirituales en lengua castellana; los segundos suelen ser teólogos especulativos y escolásticos y que para ser consecuentes escriben de los misterios divinos en la lengua del Lacio. Por lo demás, hay muchos que siguen una opinión intermedia, pues ni abrazan con tanto afán las tendencias místicas ni son, sin embargo, tan desconfiados ni tan restrictivos con respecto á los libros espirituales en romance.

Los tiempos han cambiado, las diferencias ya no son tan grandes y respecto de algunos puntos, antes muy debatidos, no hay discusión. Tomando las cosas en conjunto debe darse la razón á los místicos y el tiempo se la ha dado. Insostenible es, ante la teología

y ante la historia, la desconfianza que mostraron muchos teólogos é inquisidores contra las personas dadas á la oración. Con tal criterio resulta en la práctica una incredulidad completa en cuestiones de inspiraciones y carismas divinos. Es, por otra parte, tal criterio contradictorio porque admite esos carismas y esas revelaciones, cuando se trata de santos que vivieron en tiempos pasados y dudan de todo lo que se cuenta de tiempos presentes, como si el poder de Dios no fuese siempre el mismo y en su Iglesia no hubiesen de manifestarse siempre los esplendores de la vida divina. Insostenibles son, asimismo, y desechadas por la Iglesia sus opiniones contrarias á la frecuencia de Sacramentos y á la difusión de los conocimientos religiosos en el pueblo. ¿Y quién se atrevería á defender las pretensiones de Valdés, de Melchor Cano, de Fr. Diego de Chaves ⁽¹⁾ y de otros teólogos contra los libros espirituales en romance? Anacrónica era ya esta manera de pensar en el siglo xvi. Con la imprenta se habían vulgarizado los libros y de ninguna manera convenía privar al pueblo de libros espirituales. Ni es de temer, como creían aquellos aristocráticos teólogos, que con tanto leer sobren los teólogos y los ministros de la Religión; la vida misma, con sus múltiples tareas, opone obstáculos de sobra, y hoy mismo, aunque se lee tanto y se predica tanto, aún tenemos que lamentar mucha ignorancia religiosa. Pedían la supresión de los libros en romance porque eran causa de alumbramientos; ¿por qué no pidieron la abolición de la Teología, puesto que teólogos fueron los grandes herejes?

Tal criterio debe tenerse presente, no para justificar la prohibición de los libros edificantes é inofensivos, como aún pretenden algunos, sino sólo para explicar actos que de otra manera no se pueden explicar, sino por motivos ruines. Sabidas las ideas que profesaban estos teólogos, su proceder resulta lógico, por más que nos parezca errado.

Aunque en general sea más ajustada á la Teología católica la manera de pensar de los místicos, no se sigue que en todo acertasen. Desde luego se echa de menos la seriedad crítica para admitir de hecho revelaciones y gracias místicas. Aunque en teoría discurrían bien, en la práctica eran crédulos y hasta afanosos de

(1) Fray Diego de Chaves y Fr. Juan de la Fuente fueron de parecer de que no se debía publicar en castellano el Catecismo de San Pío V. Con tal criterio no es de extrañar que tampoco aprobasen los *Comentarios* de Carranza.

cosas sobrenaturales y de ahí los grandes chascos. A todos los místicos de entonces se les puede apuntar alguna equivocación lamentable; parece que tomaban á impiedad no creer todo lo que llevase el sello de maravilloso y aun se creían obligados á distinguirlo. Tampoco se puede negar que algunos, á lo menos parte de su vida, fueron extremados y aun excéntricos. Porque la intención fuese santa no se sigue que siempre fuesen prudentes; para los contemporáneos, que no los tenían por santos canonizados, ni los hechos serían prudentes ni la intención santa. Y por eso algunas persecuciones muchos las consideraban bien merecidas, aunque luego los biógrafos las hayan presentado como obra de la malignidad y de la envidia. Por otra parte, algunos de los místicos eran muy celosos, muy trabajadores, pero bastante ignorantes. Entonces, como ahora, esto tenía que rebajarlos en la opinión de los que no pensaban como ellos. Actualmente se leen enormes elogios del libro de los *Ejercicios espirituales*, de San Ignacio, y sostiene algunos que no pudo escribirle sin inspiración divina; y, sin embargo, contemporáneos tan doctos como Cano, el Cardenal Siliceo, Fr. Tomás de Pedroche y otros veían en él errores de los alumbrados y tenían al autor por ignorante. ¿Quién no ve aquí el cambio de perspectiva que ocasiona el tiempo?

No se puede negar tampoco que la tarea de los místicos tenía algo de novedad; novedad en cuanto al empeño de iniciar á todos los cristianos en cosas que durante la Edad Media habían quedado reducidas casi exclusivamente á la vida del claustro; y novedad en cuanto á determinados puntos de la ascética y de la disciplina. Fuesen ó no un progreso ciertas innovaciones, siempre resulta un motivo de desconfianza para los aferrados á lo antiguo, que para ellos era lo aprobado y lo tradicional. Supuesta esta manera de ver las cosas y teniendo presente que eran tiempos de grandes crisis, se explica que engendrassen tanta desconfianza y tan extrañas sospechas cosas realmente pequeñas. Sobre todo es notable que en hechos bien fáciles de explicar por la flaqueza humana siempre se pretendiese ver consecuencias de profesar las doctrinas de los alumbrados; y así lo mismo se considera cosa de alumbrados un caso de solicitud que el aconsejar á una persona escrupulosa que no confiese con otros.

Calmadas las pasiones, hechas ya corrientes cosas que entonces sabían á novedad, es tiempo de que hagamos justicia á todos. Los intelectualistas iban llevados por el amor á lo que ellos creían la

verdadera tradición, por el deseo de no empañar en lo más mínimo la verdad dogmática; los místicos obraban movidos por el afán de comunicar á todos el amor de Dios. Sirvales á los intelectualistas el celo por la Fe para excusarlos de algunas desconfianzas injustificadas y de no pocas intemperancias de lenguaje; y á los místicos excúseles su buen celo de no pocas candideces y extremos en que incurrian. Y nosotros, sabiendo estas divisiones y estas diferencias, sepamos leer la Historia y dar á los testimonios el valor que merezcan. Y para entender las cosas de los alumbrados y los muchos casos de ilusión que entonces hubo en España, lo más acertado no es remontarse á los neoplatónicos, como hace el Sr. Menéndez y Pelayo, ni siquiera á los Begardos y Beguinas, como quiere Cano, sino saber algo de Psicología religiosa y tener alguna experiencia de conocer hechos actuales análogos. Porque, sin duda ninguna, hay ahora las cosas que había entonces y en el camino de buscar á Dios habrá siempre intelectualistas, místicos é ilusos, ó dígase alumbrados.

FRAY E. COLUNGA, O. P.



UTILIDAD PRÁCTICA DE LOS ESTUDIOS MÍSTICOS

Estudiando diligentemente los autores místicos, se echa de ver una diferencia notable entre las enseñanzas de los antiguos maestros y la mayor parte de los modernos. Unos y otros sostienen que la perfección exige grandes esfuerzos, pero que no puede alcanzarse sin el socorro de la gracia. Esta es la doctrina católica recibida por todos. Los modernos, no obstante, se esfuerzan por poner de relieve, principalmente, la parte de la voluntad en la adquisición de la perfección; se limitan á exponer las luchas que el alma tiene que sostener contra sus pasiones y defectos, las virtudes que debe practicar, y no tocan sino de paso los frutos en extremo preciosos que reportan las almas enteramente fieles; mientras que los autores antiguos presentan más y mejor el lado de la gracia, los efectos admirables que obra en las almas generosas, las luces que proporciona, el desasimiento que produce el comercio con Dios, dulce, familiar, lleno de amor que se crea y fomenta; pintan, en una palabra, con vivos colores, la felicidad de la vida perfecta.

Así Clemente de Alejandría, que declara haber recibido su doctrina de los Apóstoles, habla extensamente del gnóstico, es decir, del hombre sabio en la ciencia sobrenatural, del hombre discreto é ilustrado por Dios; hace resaltar su pleno desasimiento, su completo abandono, la paz profunda de que goza, sus grandes virtudes, su perfecta semejanza con Dios.

Dionisio el Místico, cuya doctrina ha sido siempre tan encomiada y recibida por los Santos y Doctores, y que tanto ha insistido sobre las tres fases de la vida espiritual: purgación, iluminación y unión, recuerda con frecuencia la ciencia ocultísima, pero sobremañera elevada, que Dios concede á las almas muy fieles, y de la unión toda de amor que Él establece entre sí y ellas.

San Macario, San Máximo y Talasio hablan también con marcado entusiasmo de la inefable unión del alma con Dios y de los frutos de virtudes que de ella derivan.

Casiano, quien, á pesar de estar bajo la influencia del error semipelagiano, tiende á exagerar la parte de la voluntad y á disminuir la de la gracia, después de haber afirmado el íntimo enlace que existe entre la perfección de la oración y la perfección de la virtud, traza un hermoso

cuadro de la perfecta oración donde el alma se abisma en la contemplación de la Divinidad y se une íntimamente á Dios por medio de la oración continua, que no es otra cosa que el ejercicio del puro amor; y declara que tal es el fin que el siervo de Dios ha de proponerse y el don que Dios otorga á las almas generosas. (*Confer.*, IX y X.)

San Gregorio pondera, igualmente, las ventajas de la vida perfecta, en la que el alma comprende más de lo que puede expresar, en la que recibe más que lo puede concebir, donde es favorecida con una paz profunda, desembarazada de los deseos terrenos y fortalecida en la práctica de las virtudes.

También San Bernardo, en su «Tratado de la Conversión», invita al pecador convertido, después de haber llorado y reparado sus faltas, á desear los bienes espirituales, el paraíso de las delicias interiores — *paradisum voluptatis internæ*. Si fielmente lo busca, encontrará con toda certeza ese paraíso, ese jardín adornado de flores preciosísimas, donde se respira una frescura encantadora, porque — añade el Santo — no puede mentir aquel que dijo: *Tollite jugum meum... et invenietis requiem animabus vestris*, etc. (*De Conversione ad Cleros*, capítulos XII, XIII y XIV.) En sus melífluos sermones sobre el «Cantar de los Cantares», habla en términos muy patéticos del ósculo divino; describe á menudo y con complacencia todos los favores que acompañan á ese ósculo, las visitas que el Esposo divino hace al alma, la unión estrechísima que Él contrae con ella, las gracias que le concede y las virtudes con que la enriquece.

Del mismo modo, Ricardo de San Víctor, que como autor espiritual ha gozado en la Edad Media de grandísima autoridad, el autor de la *Scala Claustralium*, tan apreciada de Suárez, el B. Alberto Magno en sus opúsculos: *Paradisus animæ* y *De adhaerendo Deo*, San Buenaventura, etcétera, etc., se complacen en proponer y ensalzar las grandes ventajas de la vida unitiva y perfecta.

En los grandes místicos del siglo xiv, Rusbrok, Taulero, Suso, hallamos los mismos fervorosos estímulos. No se olvidan de comentar con particular delectación aquellas palabras del Espíritu Santo: «Gustate et videte quoniam suavis est Dominus.» «Mihi adhærere Deo bonum est.» Señaladamente Taulero no se cansa de repetir, bajo formas siempre nuevas, esta gran verdad: Daos enteramente á Dios y Dios se os dará todo entero á vosotros; renunciad á vuestra propia voluntad para hacer la suya y Él hará la vuestra; abandonaos en las manos de Dios en todo, y Dios proveerá á todas vuestras necesidades corporales, á todos vuestros deseos espirituales con magnificencia y liberalidad tales, que todas las criaturas juntas no podrían igualar.

El autor de la *Imitación* se complace en repetir á su vez que el alma que vive la verdadera vida interior y que está entregada toda entera á su Dios, es bien recompensada aquí en la tierra de todos sus sacrificios: «Frequens illi visitatio cum homine interno, dulcis sermocinatio, grata

consolatio, multa pax, familiaritas stupenda nimis.» (Lib. II, I, etc., etc.)

La misma Santa Teresa, en todas sus obras, tiene empeño decidido en declarar lo que el autor de la *Imitación* llama efectos maravillosos del amor divino. Hablando de los que se dan á Dios sin reserva, dice: «Estotros son hijos regalados, no los querría quitar de cabe sí, ni los quita, porque ya ellos no se quieren quitar: siéntalos á su mesa, dales de lo que come, etc.» (*Camino*, cap. XVI.) ¡Qué acentos de reconocimiento para con el Señor no usa ella, cuando habla de las luces inestimables que Dios concede á estas almas, de las virtudes de la humildad, abnegación, caridad, celo, etc., con que el mismo las dota, del amor puro, ardiente, abnegado que las comunica!

De San Juan de la Cruz podemos decir que apenas hace otra cosa en todas sus obras que enseñar lo que es esa vida unitiva con sus gracias, tan preciosas de fe y de amor infuso, y mostrar cuáles son los verdaderos medios de lograrla, conservarse y progresar en ella, y hace de esta vida toda de amor descripciones tan acabadas que no pueden menos de producir un ardiente deseo de la misma.

San Francisco de Sales ha compuesto un libro acerca del amor de Dios «para las almas adelantadas en la devoción»; es un tratado completo de la vida de amor ó vida unitiva, en el que expone el Santo cuáles son los sentimientos, los estados interiores y también las virtudes admirables de los que han alcanzado el perfecto amor.

En el pequeño libro, aunque muy substancial, en que los discípulos del P. Lallemant han condensado su doctrina, todo se refiere á la perfección; en él se estudia su naturaleza, su excelencia, sus inmensas ventajas, los obstáculos que impiden adquirirla y los medios más aptos para alcanzarla; los frutos del Espíritu Santo están allí extensamente descritos, así como las gracias y las virtudes que Dios concede á las almas de vida perfectamente interior.

El P. Surin, discípulo del P. Lallemant, recuerda sin cesar las riquezas espirituales y todos los grandes bienes que son privilegio de las almas perfectas.

El *Diálogo*, de Santa Catalina de Sena, colección de las revelaciones hechas á la Santa dominicana por el Padre Eterno y que ella manifestaba durante sus éxtasis, contiene largas y hermosas descripciones del estado unitivo, de las luces concedidas á las almas unidas, de sus obras, de sus grandes virtudes, de las admirables prerrogativas del perfecto amor. También en la colección de las revelaciones hechas á Santa María Magdalena de Pazis, se encuentran hermosas páginas sobre las disposiciones de las almas perfectas.

¿Por qué todos estos grandes maestros y otros muchos, que sería largo citar, insisten tanto en presentar á sus discípulos el cúmulo de favores que el Señor concede á los que le están unidos por verdadero amor? Lo hacen, sin duda, para excitar su celo é infundirles valentía, energías y

constancia en las luchas necesarias para adquirir la perfección. Cuando los hebreos llegaron á corta distancia de la tierra prometida, ordenó el Señor que fuesen enviados doce exploradores al país que habían de conquistar. Evidentemente pretendía el Señor con este mandato que la descripción que ellos hiciesen á su vuelta de aquella tierra magnífica que manaba leche y miel, excitase el ardor de los israelitas é inflamase su corazón. Esa misma razón movía á los grandes maestros á trazar tan bellísimos cuadros de la vida perfecta. Santa Teresa lo manifiesta con toda evidencia: «¿Para qué pensáis, hijas mías, que he pretendido declarar el fin, y mostrar el premio antes de la batalla, con deciros el bien que trae consigo llegar á beber desta fuente y desta agua viva? Para que no os acongojéis del trabajo y contradicción que hay en el camino, y vayáis con ánimo, y no os canséis; porque, como he dicho, podrá ser que después de llegadas, que no os falte sino bajaros á beber en la fuente, lo dejéis todo y perdáis este bien, pensando que no tendréis fuerza para llegar á él, y que no sois para ello.» (*Camino*, cap. XIX-sub fine.) Y como en otra parte lo hace notar esta gran Santa, lo que hace necesarios estos estímulos, es que la total renuncia que se nos pide es muy dura á nuestra pobre naturaleza: «¡Que gran rigor parece decir que no nos hagamos placer en nada, como no se diga los gustos y deleites que trae consigo esta contradicción, y lo que se gana con ella, aun en esta vida!»

En cambio, los autores modernos no hablan casi nunca de estos preciosísimos efectos del amor divino; dan, es verdad, excelentes consejos, mas no ofrecen á las almas esas esperanzas tan confortantes, no hacen brillar en su ojos los esplendores de la tierra prometida, no muestran sus encantadores paisajes y sus frutos deliciosos. Presentan, sí, á maravilla las reglas de la vía purgativa y de la vía iluminativa; enseñan á hacer progresos en estas dos vías, mas no hablan, ó lo hacen con suma parsimonia, de la vía unitiva; no ponen de relieve sus encantos, no hacen concebir de ella un deseo vehemente.

¿De qué procede diferencia tan marcada? Para nosotros es evidente que si los autores modernos no han descrito con la misma fruición que los grandes maestros el estado unitivo, es porque no lo comprendían de la misma manera. El Rvdo. P. Colunga ha hecho ver con toda claridad, en esta misma Revista, cómo en el siglo xvi teólogos de gran talento han tenido prevenciones lamentables contra la Mística y la combatieron con un celo más ardiente que discreto. De aquella época data esa triste oposición á los verdaderos principios de la Mística y esa alteración de la doctrina tradicional. Por eso muchos autores modernos no tuvieron la verdadera noción de la vía unitiva, desconociendo el papel importante y decisivo que juegan en esta vía unitiva los dones del Espíritu Santo. Los antiguos explicaban los progresos de las almas plenamente fieles por las gracias místicas, entendiendo por ellas ciertas gracias de luz y de amor, luces de los dones de inteligencia, de ciencia, de sabiduría, que ilustran el alma y

perfeccionan su fe, y amor no reflexivo, pero intenso, que la fortifica y la tiene estrechamente unida á Dios. Los modernos, por el contrario, tienen de las gracias místicas ideas muy diferentes, las consideran como gracias *gratis datae*, que para nada se relacionan con la perfección.

«Por nuestros esfuerzos, por nuestra fidelidad, ayudados de la gracia, podemos llegar á la misma altura de santidad á que las almas místicas son levantadas por Dios.» Estas palabras, que transcribimos de un autor contemporáneo, resumen bien la enseñanza ordinaria de la mayor parte de los autores modernos. Por consiguiente, añaden ellos, puede uno elevarse á una alta perfección lo mismo por la simple meditación que por las oraciones más elevadas en que se ejercitan las gracias místicas. De aquí pasaron á enseñar que hay dos vías unitivas muy distintas: una, que llaman ellos extraordinaria, á la cual no recomiendan que se aspire, y es aquella en la cual el alma es favorecida con gracias místicas; otra, la vía mística ordinaria; la única que nos está permitido desear es aquella á la cual el alma llega por sus propias fuerzas, con la ayuda de las gracias comunes que hacen practicar las virtudes cristianas y que son dadas á todos, á los principiantes como á los perfectos, á los esforzados como á los flacos. Dejando la que ellos llaman «vía extraordinaria» para los autores que escriben tratados especiales sobre los favores excepcionales y aun milagrosos, no quieren ocuparse en sus exhortaciones, en los libros de piedad, más que de la vía unitiva, que llaman ordinaria. Nos la presentan como un estado en que el alma ha sometido plenamente su voluntad á la de Dios, y se limitan á esta declaración no encontrando nada que añadir á lo que nos han dicho al tratar de la vía iluminativa, como quiera que según ellos esta vía unitiva no se distingue de la vía iluminativa sino por una mayor energía y una mayor firmeza en la práctica de la virtud.

De aquí proviene necesariamente que en estas dos escuelas no se dan á las almas los mismos consejos para encaminarlas á la perfección. Los que no encuentran más diferencia entre la vía unitiva y la vía iluminativa que la diferencia que se aprecia entre lo más y lo menos, quieren que en una y otra se sigan las mismas reglas, el mismo método de oración, la misma manera de darse á la práctica de las virtudes, de multiplicar los actos de éstas, de hacer los exámenes continuos y minuciosos. La escuela antigua, que ve en el estado perfecto el efecto de la acción especial del Espíritu Santo mediante los dones, quiere que el alma ya piadosa, y que ha hecho algún progreso en la virtud, se dedique en primer término, por la renuncia universal y la pureza del corazón, á apartar de sí los obstáculos que se oponen á esta acción del divino espíritu y se dé enteramente á él.

La misma diferencia se observa en lo concerniente á la oración. La escuela intelectualista, para emplear el término del Rvdo. P. Colunga, exalta la meditación y no permite sino raras veces salir de ella; la escuela mística presenta la contemplación como «fin y blanco al cual tienden

todos los ejercicios» ⁽¹⁾ y enseña al alma cómo y cuándo se hace sentir el llamamiento, y como entonces debe responder á él... Los reproches tan vivos de San Juan de la Cruz á los directores que impiden á las almas responder á este llamamiento, las quejas de Santa Teresa, de Santa Juana de Chantal, son harto conocidos para que tengamos necesidad de citarlos.

Es sobremanera importante tener nociones exactas acerca de la Mística, comprender que el estado místico es precisamente el de la vía unitiva y que la perfección no se alcanza sino por los dones del Espíritu Santo, que ponen alma y la mantienen en una unión toda de amor con Dios.

La experiencia confirma plenamente esta doctrina de los doctores místicos.

Se ha visto y comprobado muchas veces que las personas más sencillas, en casos hasta analfabetos, si son muy fieles, son mucho más ilustradas que las personas instruidas, pero poco generosas; comprenden mejor cuán grande, bueno y digno de amor es Dios, cuán miserable es toda criatura; conocen mucho mejor cuanta sea la delicadeza y generosidad que pide el amor divino. Esclarecidos de este modo, tienen deseos mucho más ardientes de amar cada día más á su Dios, de sacrificarse por Él, de ver propagado su reino y de contribuir á esta obra con sus oraciones, sus trabajos y sus sacrificios... Al mismo tiempo manifiestan mucho más valor, mayor firmeza y perseverancia. Y estas luces, estos santos deseos y esta fortaleza de alma no la deben á sus reflexiones, á los esfuerzos metódicos de que se han servido para adquirir las virtudes; estos esfuerzos, estos actos de virtud laboriosamente practicados, sólo han logrado prepararlos, disponerlos para recibir mayores gracias, y estas gracias más enérgicas son difundidas en ellas por la acción del Espíritu de Dios.

Esto enseña la experiencia, y es también lo que nos dicen los grandes maestros. Hablando de esta luz superior que el Espíritu Santo desea siempre encender en el alma, escribe San Juan de la Cruz: «Esta luz nunca falta en el alma; pero por las formas y velos de criaturas con que el alma está velada y embarazada, no se le infunde; que si quitan estos impedimentos y velos del todo..., quedándose en la pura desnudez y pobreza del espíritu, luego el alma ya sencilla y pura se transformará en la sencilla y pura Sabiduría Divina, que es el Hijo de Dios. Porque faltando lo natural al alma ya enamorada, luego se infunde lo divino.» (Edición crítica, *Subida*, lib. II, cap. XIII, pág. 165.)

¿Cuál es el modo de obrar de Dios cuando así derrama luz y amor? Hay aquí un misterio que ni teólogos ni místicos aciertan á explicar. «¿Cómo lo que no vimos se nos queda con esta certidumbre? Eso no lo sé yo; son obras suyas.» (*Morada quinta*, cap. I.) No intentemos, pues, comprender cómo Dios se vale para poner en nuestro espíritu, con una convicción más ardiente y de una manera más perfecta, las verdades que nosotros cono-

(1) SAN FRANCISCO DE SALES, *Amor de Dios*, lib. VI, cap. VI.

ce mos independientemente de esto por la fe, y en nuestra voluntad actos de pura caridad.

Mas no nos extrañemos de que Dios, obrando Él mismo en nosotros, con nuestro consentimiento gozoso y diligente, los actos de estas virtudes de fe y de amor, los haga con más perfección que nosotros mismos. «Es el Espíritu Santo quien pone el acto: los defectos no pueden atribuirse á él.» Él corrobora el acto de fe; hace más ardiente y firme la adhesión del alma fiel. Infunde también nuevo conocimiento de las verdades de la fe: por la virtud de la fe, tal como se halla en todas las almas, se creen estas verdades porque Dios las ha revelado; por el don de inteligencia se comprende mejor lo que Dios ha revelado: «Fides importat solum assensum ad ea quæ proponuntur, sed intellectus importat quamdam perceptionem veritatis», dice Santo Tomás (2-2, q. VIII, art. 5, ad 3).—«In his quæ supra rationem sunt perficit fides, quæ est inspectio divinorum in speculo et in enigmatæ. Quod autem spiritualia quasi nuda veritate capiantur, supra humanum modum est, et facit donum intellectus, qui de auditis per fidem mentem illustrat.» (III *Sent.*, dist. 34, q. I, a. 2.)

Además, gracias al don de sabiduría se presentan estas verdades tanto más creíbles, más admirables, más sorprendentes, cuanto que el Espíritu Santo es quien las hace saborear, derramando en el alma un gusto íntimo, profundo, indefinible.

Otro tanto se debe decir de los actos de amor que Dios mismo produce en la voluntad, aun en el tiempo en que están tranquilos, casi imperceptibles, y en apariencia menos intensos, tienen tal pureza, tal delicadeza, tal firmeza y perfección que no se encuentran semejantes en los actos producidos mediante el raciocinio.

De lo expuesto deduciremos que son siempre gracias de fe y de amor las que se conceden al alma; por cuya razón, tratando San Juan de la Cruz de los estados místicos, habla sin cesar de fe y de amor; no obstante, los dones del Espíritu Santo hacen que esta fe sea mucho más luminosa y el amor mucho más perfecto.

No nos es posible aducir en un solo artículo todos los textos que corroboran la doctrina aquí expuesta. Transcribiremos solamente algunos pasajes de San Juan de la Cruz: «En esta noche obscura comienzan á entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de principiantes, que es los que meditan en el camino espiritual, y las comienza á poner en el de los aprovechados, que es ya el de los contemplativos, para que pasando por aquí, lleguen al estado de los perfectos, que es el de la divina unción con Dios.» (*Noche obscura del sentido*, cap. I, pág. 6.) «Aunque al principio el espíritu no siente sabor... siente la fortaleza y brío para obrar, en la substancia que le da el manjar interior, el qual manjar es principio de obscura y seca contemplación para el sentido.» (*Ibid.*, cap. IX, pág. 30.) ¿Qué alimento es éste dado ya con intimidad al alma, aunque en escasa medida, cuando se halla ella en la noche del sentido, y que si permanece

fiel le será comunicado luego en toda abundancia? El Santo dice y repite que es un conocimiento general y confuso de Dios (*passim*): «Aquí libremente recibe la voluntad esta noticia general y confusa de Dios.» (Tomo I, pág. 164.) «La noticia general, confusa, amorosa en que se hace la unión del alma con Dios.» (Tomo II, pág. 370.) «Mediante esta noticia amorosa y oscura se junta Dios con el alma en alto grado y divino, porque en alguna manera esta noticia oscura, amorosa, que es la Fe, sirve en esta vida para la divina unión.» (Tomo I, páginas 288-289.) «En un acto está Dios comunicando luz y amor juntamente, que es noticia sobrenatural, amorosa... Como en el entendimiento, esta noticia que le infunde Dios es general y oscura, sin distinción de inteligencia, también la voluntad ama generalmente, sin distinción alguna de cosa particular entendida.» (Tomo II, pág. 455.) Y en diferentes pasajes de sus obras declara que este conocimiento, esta amorosa sabiduría es lo que los contemplativos llaman Teología mística. (*Noche del espíritu*, páginas 58, 105, etc.)

Difieren, pues, la fe mística y el amor místico de la fe y del amor no místico en que aquellos son infundidos directamente por Dios en el alma, en vez de ser producidos con la ayuda de la razón.

Otra diferencia que los maestros ponen como muy digna de notarse es que la fe mística y al amor místico se producen en la parte más elevada del alma, muy por encima de los sentidos. Oigamos á San Francisco de Sales:

«Hay afectos en nosotros que proceden del discurso que hacemos, según la experiencia de los sentidos; otros hay que se forman sobre los discursos sacados de las ciencias humanas; otros, también, deducidos de discursos hechos según la fe; otros que tienen su principio *del simple sentimiento y asenso del alma á la verdad y voluntad divina*. Los primeros se llaman afectos naturales... Los segundos se llaman racionales, porque estriban todos en el conocimiento espiritual de la razón... Los del tercer grado se llaman afectos cristianos, porque tienen su origen en los discursos de la doctrina del Señor, que nos enseña á amar la pobreza voluntaria, la castidad perfecta, la gloria del paraíso; pero los afectos del grado supremo, se llaman divinos y sobrenaturales, porque *Dios mismo los infunde en nuestros espíritus* y ellos miran y atienden á Dios solo, sin mezcla de discurso alguno ni de alguna luz natural...» (*Amor de Dios*, I, 5.)

«En este templo místico (el alma) hay tres recintos, que son tres diferentes grados de razón. En el primero discurremos por la experiencia de los sentidos; en el segundo, por las ciencias humanas; en el tercero, por la fe; y en fin, además de esto, hay cierta eminencia y supremo vértice de la razón y facultad espiritual, no guiada por la luz del discurso ni de la razón, sino por una simple vista del entendimiento y un simple sentimiento de la voluntad con que se aquieta y rinde el espíritu á la verdad y voluntad divinas.» (*Ibidem*, XII.)

Encontramos señalados los mismos grados por San Buenaventura, *Iti-*

nerarium, cap. I; por Gerson, *Teología mística*, IX. Y todos colocan las operaciones místicas en la cima ó parte superior del alma. En tiempo de San Francisco de Sales los libros de Mística hablaban frecuentemente de esta doctrina, pues el Santo Doctor declara que «es muy necesario el no conocimiento de estos diversos grados de la razón para entender todos los tratados de las cosas espirituales». Nuestro Señor ha declarado á Santa Teresa que la palabra *spiritus* en el segundo verso del *Magnificat* designa la parte superior de la voluntad. (*Relación V.*)

San Juan de la Cruz consagra una parte de sus obras *Subida y Noche obscura* á explicar cómo el alma, á medida que avanza, debe purificarse renunciando á las imágenes, á los razonamientos y á los afectos sensibles; debe salir del modo de obrar inferior para pasar á un modo de obrar donde la imaginación pierde toda influencia y donde la razón, razonadora de por sí, tiene que callarse las más de las veces para dejar producirse las operaciones superiores, mediante las cuales las verdades creídas por la fe son contempladas dulcemente y deducidas sin trabajo, y en virtud de ellas también el amor, ya más tranquilo, es á la vez más constante y continuo.

Todo director atento que haya tenido que dirigir almas verdaderamente fervientes y generosas, habrá notado la crisis importante que señala el paso del estado ascético al estado místico (1); las operaciones de la gracia cambian de modo; los ejercicios de piedad, las ceremonias de la Iglesia, la misma comunión, cesan de producir sentimientos llenos de dulzura y suavidad; el alma se hace como insensible, las consideraciones que antes la conmovían no la conmueven ahora; la parte inferior parece substraída á la acción de la gracia; y también la parte media, ó sea aquella en que tienen lugar los actos más nobles de la razón, las reflexiones sobre las cosas morales y espirituales, las meditaciones sobre las verdades de la fe, no tiene ya aquella antigua facilidad para producir sus operaciones, las reflexiones se le hacen pesadas. Pero en cambio el alma encuentra un verdadero bienestar en dirigir su atención sencilla y amorosa á Dios; su oración se simplifica. Aun en los tiempos en que no ora, retiene fácilmente cierto pensamiento de Dios, un secreto atractivo hacia él; encuentra secreto placer en la soledad, como lo hacen notar Santa Teresa y San Juan de la Cruz, porque allí halla más fácilmente á su Dios... Por otro lado, la voluntad que, no estando sostenida por las gracias sensibles, debe obrar por sí misma, se afirma de un modo singular, tanto más cuanto que el amor más puro y más intenso que se le comunica redobla su ener-

(1) El que estas líneas escribe ha consagrado gran parte de su vida, durante más de treinta y dos años, es confesar y dirigir almas; además de otras personas, ha tenido que formar en la vida espiritual 600 novicios; y siempre ha experimentado, y se complace en testificarlo, que la gracia sigue en nuestros días la misma marcha que en tiempos de San Juan de la Cruz, de Santa Juana de Chantal, del P. Grou, del V. Libermann, etc.

gía. Si, pues, el alma continúa siendo verdaderamente fiel, «se establece poco á poco—dice el V. Libermann (*Escritos*, p. 226)—como una especie de separación entre las dos partes del alma»; las facultades ó potencias inferiores se calman y pierden una gran parte de su influencia, y las potencias superiores que, como dice el mismo autor, «se unen á Dios por la contemplación» (*Ibid.*), se hacen, por el contrario, más fuertes. Antes cedía el alma fácilmente á sus pasiones alteradas, era muy sensible á las contrariedades, á los deseos, á las inquietudes; pero una vez que se ha afirmado en el estado místico, adquiere una paz sólida, una plena posesión de sí misma, perfecta igualdad de ánimo y se la ve siempre tranquila y fuerte lo mismo en las tristezas que en las alegrías.

La fe y el amor místicos tienen el mismo objeto que la fe y el amor no místicos, porque la fe y el amor en esta vida tienen por término á Dios, no visto, que en ese caso ya no sería fe, sino existimado bueno, santo, perfecto, digno de amor, conforme á su propia palabra y al testimonio divino.

¿Cuál es la verdad de fe que sirve de base al estado místico? Sobre este punto no es posible la duda: es la incomprensible perfección y amabilidad de Dios, vista de un modo general é indistinto. (*Véase á San Juan de la Cruz, passim.*) «Todo es visto en general y nada en particular», dice San Francisco de Sales. «Vult Deus—dice Suárez—quod mens quiescat in cogitatione cujusdam eminentiæ ineffabilis quæ per negationes potius quam per affirmationes concipienda est.» (*De oratione*, XIII, 28.) Es la obscuridad mística, obscuridad ciertamente muy luminosa, como nos lo declara muy bien San Alfonso: «Quemadmodum qui intuetur solem, radiorum fulgore obæcatus nihil cernit, sed tantum intelligit solem esse magnum quoddam lumen, sic Deus in ista caligine infundit animæ lucem magnam quæ facit ut illa intelligat non jam veritatem aliquam particularem, sed acquirat generalem quamdam et confusam notitiam ejus incomprehensibilis bonitatis, unde anima incipit efformare altissimam de Deo ideam, licet confusam.» (*Praxis*, núm. 135.) Esta idea general é indistinta se encuentra en todo estado místico; se encuentra lo mismo en la contemplación árida que en la contemplación deliciosa; lo mismo en las pruebas que en las consolaciones; forma, indudablemente, junta con el amor infuso que le acompaña, el fundamento de este estado. «Esta luz—dice San Juan de la Cruz—transforma al alma y la hace pasar al estado de perfección: transformándose en ella en estado de perfección.» (*Edic. crit.*, t. I, pág. 165.) Hasta aquella hora el alma, para unirse á Dios, recurría á los razonamientos y á las representaciones de la imaginación, con las cuales *el alma puede hacer muy poca hacienda*. (*Llama viva*, páginas 44 y 655); en adelante, por medio de la ayuda de los dones del Espíritu Santo, que la iluminan y la fortifican, conseguirá una unión con Dios más perfecta y más constante.

A este conocimiento general pueden juntarse otros conocimientos, éstos

ya distintos y particulares, que vistos igualmente á la luz del don de inteligencia, sirven al alma de grande auxilio. Tal el amor de Dios en la Encarnación, en la Redención: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*; tal su inefable bondad y la indecible riqueza del alma en la comunión; tal la felicidad que henchirá los senos de nuestra alma poseyendo á Dios en el cielo; tal, por fin, la presencia de Dios dentro de nosotros: *Si quis diligit me... mansionem apud eum faciemus*.

Además de las luces que hacen conocer las grandezas y bondades divinas, le son concedidas otras al alma para hacerle conocer su nada, y el alma lo comprende entonces mejor que lo comprendería empleando largos años de meditaciones. «El mismo Señor le da la humildad—dice Santa Teresa—de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz que enseña aquí el Señor, que hace una confusión que hace deshacer.» (*Vida*, cap. XV.) La misma doctrina pone Santa Teresa acerca de la perfecta renuncia y del menosprecio de las cosas de este mundo; «El Señor muéstrale al alma en un punto más verdades, y dala más claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiéramos tener en muchos años.» (*Camino*, cap. XIX.) Otro tanto se pudiera decir del precio de las almas, de la desgracia del pecado y de otras grandes verdades de que las almas fieles están tan profundamente convencidas.

Hemos dicho arriba que el amor místico tiene el mismo objeto que el amor no místico; mas tiene modos diversos según la diversidad de las luces que son comunicadas y según la diversidad de sentimientos que Dios da. Con frecuencia el alma mística saborea su amor. Santa Teresa indica, y no se cansa de repetir, que las alegrías de la contemplación son alegrías de amor infuso. A la vez que el Señor derrama en el alma las alegrías del amor hace comprender, mediante una viva luz de gracia, que Él está en el alma y que es el autor de las dulzuras de que ella goza; aprendiendo así á conocer por experiencia la bondad de su Dios. *Cognitio experimentalis est quando quis experitur gustum divinæ dulcedinis*. (S. Tom., 2-2, q. 97, art. 2 ad 2. Cf. I.^a Pars, q. 43, art. 5, ad 2, et I *Sent.*, Dist. XIV, q. 2, art. 2, ad 2 et 3.)

Diremos de paso que tal es también, según los otros maestros, el conocimiento experimental de Dios; así lo explican San Buenaventura, Ricardo de San Víctor, Gerson y Suárez: Dios conocido no ya sólo especulativamente, sino por los efectos de gracia que Él hace experimentar á las almas; ninguno da á estas palabras: ciencia experimental, el sentido que algunos escritores de nuestros días quieren atribuirles.

Otras veces el alma no tiene esta experiencia de lo divino; no gusta á Dios, sino aspira violentamente hacia Él, quisiera salir de sí misma para arrojarse, abismarse en el Amado; es el *excessus mentalis* de que hablan con tanta frecuencia los místicos de la Edad Media.

Sucede otras veces que el amor que Dios comunica es frío y árido, aun-

que puro y poderoso, estando la voluntad sola en su expresión más elevada, bajo la acción del Espíritu Santo. Este amor comunica al alma una grande energía, pero la oración continua es seca y sin dulzura. Tal fué el caso de Santa Juana de Chantal, y por él pasan muchas almas perfectas. Los que hacen consistir la contemplación en la experiencia de lo divino, dirán que estas almas no tienen el don de la contemplación; nosotros, por el contrario, decimos que dichas almas están ciertamente en el estado místico.

Acontece otras veces que el amor místico es doloroso y martirizador, como quiera que el alma tenga un gran deseo de amar á su Dios y sienta por otra parte con gran viveza su profunda miseria y la impotencia en que se halla para ejercitar su amor. Ó bien experimentará ella un gran celo por la gloria de Dios y sufrirá penas incomparables viéndole desconocido, ofendido, ultrajado por sus hijos.

No hay duda que se pueden producir estos diferentes actos de amor valiéndose de discursos y razonamientos, como vemos sucede en la oración de meditación y en la oración afectiva, mas siempre será con menos pureza y eficacia.

Es digno de notarse que por no tener presente que el estado místico está muchas veces sin dulzuras sensibles y envuelto otras en dolores muy punzantes, muchos autores se han negado á identificarlo con la vía unitiva. Llevados de la idea que en el estado místico saborea siempre el alma grandes suavidades y dulzuras, y conociendo al mismo tiempo almas perfectas que estaban muy lejos de verse inundadas por las consolaciones divinas, se vieron como precisados á sentar esta conclusión: gran número de almas perfectas no están en el estado místico.

Creemos haber expuesto la doctrina mística, tal como la han enseñado los maestros, descartando todo aquello que pudiera parecer discutible. El lector puede apreciar cuán digna es de nuestros anhelos esta vía unitiva, en la que el Señor se muestra tan liberal, donde el alma recibe gracias tan preciosas y tantos socorros para la práctica de la virtud. El conocimiento de estos beneficios divinos no puede menos de animarnos á hacer esfuerzos generosos para morir enteramente á nosotros mismos y hacer vivir á Jesús en nosotros. «Vaciad vuestro corazón del amor propio y de todo aquello que no es Dios—decía la B. Margarita María á sus novicias—si queréis que sea digno y capaz de recibir las gracias que le están destinadas... Nuestro Señor os elevará á sí en la medida que os encuentre anonadadas á vosotras mismas.» (Avisos XXIV y XXV.)

AUGUSTO SAUDREAU.

La enseñanza de Santo Tomás en la Compañía de Jesús durante el primer siglo de su existencia.

La práctica.

Al mismo tiempo que dábamos á conocer la legislación de la Compañía acerca de la enseñanza de Santo Tomás, hemos hecho algunas ligeras indicaciones de cómo esas leyes eran reducidas á la práctica. Por desgracia, no contamos con la abundancia de elementos que fuera necesario para conocer en detalle ese orden práctico, como hemos podido reunirlos para trazar la historia del orden teórico ó legislativo. Esos elementos están en su mayor parte en los archivos de la Compañía. Algunos han salido ya á luz. Para conocer el contenido de otros, nos hemos servido de las indicaciones que hacen los historiadores de la Compañía. Por último, en diversas publicaciones y archivos hemos podido encontrar materiales preciosos, muy dignos de tenerse en cuenta por el que quiera conocer la historia del tomismo en la Compañía.

No pretendiendo dar á los textos un alcance que no tienen, en esta segunda parte de nuestro trabajo nos referimos casi exclusivamente á España.

Tomando por punto de partida la fecha de la publicación de las Constituciones, hagamos ante todo un breve inventario de los colegios en que nos consta que se enseñaba la Teología por Santo Tomás.

Entre todas las casas de estudios de la Compañía, quiso dar San Ignacio cierta preeminencia al Colegio romano. No es que fuera éste el más antiguo, aunque ningún otro le discutía el derecho á ocupar el primer puesto y servir de modelo á los demás. Su fundación tuvo lugar hacia 1551; pero los estudios no se formalizaron

hasta fines de 1553, puesto que en Octubre de ese año se hablaba de ellos como de cosa que estaba aún en proyecto. En el cuadro de estudios figuraban dos clases de teología, una por Santo Tomás, y otra por el Maestro de las Sentencias, las que en 1554 eran regentadas «a doctissimis professoribus», según expresión de San Ignacio. A juzgar por las frecuentes menciones de esas dos clases de teología que se encuentran en la correspondencia fechada en Roma en ese año, debió tomarse esto por cosa excepcional aun no conocida en la Compañía⁽¹⁾.

En el Colegio de Ingolstad se estudiaba al principio por las *Sentencias*; pero hacia 1550 fueron éstas substituidas por la *Suma* de Santo Tomás. Más tarde vuelven á restablecerse las *Sentencias*, sin que podamos decir si quedaba excluido con eso Santo Tomás⁽²⁾.

El Colegio de Gandia, fundado con pretensiones de Universidad, tuvo desde el principio dos clases diarias de Teología por Santo Tomás. Si hemos de creer á los PP. Miguel Gobierno y Dionisio Vázquez, que nos hablan de ello en sus cartas á San Ignacio, de 1553 y 1554, en esa fecha conservaba aún el fervor primitivo por los estudios teológicos. Mas al año siguiente debieron suprimirse en él los estudios. El P. Polanco justifica esa supresión por la escasez de externos que acudían á las aulas. Aquel mismo año ó en el inmediato se restablecieron los estudios de Gramática, quedando reducida la facultad de Teología á algunas clases semanales de casos de conciencia «vel ex secunda parte sancti Thomæ». San Francisco de Borja dispuso entonces que los colegiales que estudiaban Filosofía ó Teología pasasen á continuar su carrera en Valencia ó en el Colegio de Murcia, que por aquel tiempo se fundaba, y donde podrian dedicarse al estudio de Santo Tomás en tan buenas condiciones como en Gandia⁽³⁾.

La organización de los estudios teológicos en el Colegio de Santiago de Galicia nos ofrece un testimonio característico de lo arraigado que estaba en la Compañía la predilección por Santo Tomás. El 5 de Agosto de 1553 escribía Láinez desde Florencia á San

(1) Para más detalles acerca de los estudios teológicos del Colegio romano, véanse: POLANCO, *Vita Ignatii*, t. IV, p. 10, nota 3. *Monumenta ignatiana*, series prima, t. V, páginas 595 y 613; t. VI, páginas 518 y 558; t. VII, p. 136; t. X, páginas 420 y 443.

(2) Cfr. POLANCO, l. c., t. VI, p. 394, nota; *Epistolæ PP. Paschasii Broëti, Claudii Jaji, Joannis Codurii et Simonis Rodericii*, vol. I, p. 361.

(3) Cfr. *Litteræ quadrimestres*, t. II, páginas 479 y 646; POLANCO, l. c., t. V, p. 555 y t. VI, p. 550.

Ignacio, y proponiéndole el plan de estudios para el nuevo Colegio compostelano, advierte que la Teología escolástica se podrá estudiar «según la vía mayormente de Santo Tomás.» Quince días más tarde ordenaba San Ignacio al P. Araoz que en aquel Colegio se leyese «la teología escolástica, id est, las partes de Santo Tomás en cuatro años.» En los Colegios de España durante este primer periodo no parece haberse intentado en serio ni una sola vez la substitución de la *Suma* por otro texto⁽¹⁾.

Al año siguiente de 1554 se fundaba el Colegio de Avila, si merece ese nombre la casa que allí estableció la Compañía con tres individuos, de los que sólo uno era sacerdote. Éste, que hacía de Rector, servía de maestro de Gramática á uno de los compañeros, asistiendo él á su vez á las clases de Teología del Colegio-Universidad de Santo Tomás que allí tenía la Orden de Predicadores⁽²⁾.

Los estudiantes del Colegio de Salamanca acudían por ese mismo tiempo á las clases de Teología de la Universidad, y tenían además en casa otra por Santo Tomás. Los domingos, cada quince días, celebraban entre ellos algunos actos escolásticos de discusión, á los que asistían frecuentemente Profesores de la Universidad⁽³⁾.

En el plan de estudios que proponía el P. Juan Bautista de Barma á San Ignacio en 1555 para el proyectado Colegio de Murcia, figuraba también «una lección de Santo Tomás y otra de casos de conciencia»⁽⁴⁾.

Fuera de España, aunque no era tan constante esta uniformidad, predominaba generalmente el estudio de la Teología por Santo Tomás. En 1568 ordenaba San Francisco de Borja que se leyesen en el Colegio de Nápoles las partes de Santo Tomás. En cambio en un centro como París explicaban la Teología los Profesores de la Compañía por el Maestro de las Sentencias, hasta que en 1570 comenzó el P. Mariana á introducir la doctrina de Santo Tomás, siendo «el primero que me atreví en París á leerla en público», como advierte el mismo interesado.

Según estas indicaciones, los cursos de Teología se hacían normalmente en la Compañía siguiendo el texto y método de Santo

(1) Cfr. *Monumenta ignatiana*, series prima, t. V, p. 374, y *Lainii monumenta*, t. I, p. 229.

(2) *Epistolæ mixtæ*, t. IV, p. 392.

(3) Cfr. *Litteræ quadrimestres*, t. III, páginas 198-99; POLANCO, l. c., t. V, p. 412.

(4) *Epistolæ mixtæ*, t. V, p. 105. Cfr. POLANCO, l. c., t. VI, páginas 549-50.

Tomás. En algunos casos, y éstos contados, era substituido por el Maestro de las Sentencias ó se agregaba su lectura á la de la *Suma*, dejando otras veces en libertad al Profesor para añadir á la explicación de la *Suma* la lectura de las *Sentencias*. Así se dice en una de las instrucciones que dió el P. Nadal al Colegio de Evora en 1561: «Que basta leerse Santo Tomás, aunque no se lea el Maestro de las Sentencias ordinariamente, aunque también le puedan leer» ⁽¹⁾. El mismo Nadal ordenaba algunos años más tarde que los estudiantes de la Compañía que asistían á las clases de Teología de la Universidad de Lovaina, donde se explicaban las *Sentencias*, tuviesen en casa otra lección por Santo Tomás ⁽²⁾. Pero como no podían tomarse las *Sentencias* por explicación de la mente de Santo Tomás, que era lo que se intentaba, por regla general se recomienda la exposición de la *Suma* por el comentario de Cayetano, fijando aún en esto un límite para que el Profesor no se detuviese demasiado en unas cuestiones con perjuicio de otras ⁽³⁾.

El florecimiento de los estudios teológicos en la Compañía despertó muy pronto entre sus alumnos el amor á novedades y libertad en las opiniones que tan solícitamente habían cuidado de precaver las primeras disposiciones legislativas. No deja de ser muy extraño que el Colegio romano, estando siempre bajo la mirada diligente de los superiores supremos, haya sido uno de los primeros y principales centros de esas tendencias vitandas. De ello se quejaba amargamente el P. Diego de Ledesma en un documento relativo á las opiniones prohibidas en la Compañía. Transcribamos algunos textos.

(1) *Monumenta paedag.*, p. 692.

(2) *Ibid.*, p. 837.—La substitución de las *Sentencias* por la *Suma* en la Universidad de Lovaina tuvo lugar en 1596 por iniciativa de Felipe II, según lo hace ver el P. R.-M. Martín, O. P., en la *Revue Thomiste*, 1910, páginas 230-39.

(3) Entre las normas que da el P. Ledesma para el profesor de Teología, se lee esta que se refiere á la explicación de clase: «Dicat primo (professor) quæ divus Thomas et eodem prorsus ordine: argumenta, solutiones et fundamentum eius presse et diserte explicet: deinde similiter aliqua ex præcipuis Caietani, et eodem ordine fere semper: deinde addat quæ sibi videbuntur. Nam instituere tractatus proprios per materias, proprio ordine et inventionem, non est ita utile scholasticis, sed minus memoria retinent, et non se possunt præparare antequam audiant lectionem; et diversitate methodi et ordinis ac modi tractandi ab ipso divo Thoma et Caietano magis perturbantur.» (*Monum. paedag.*, p. 149.) Acerca de la medida en que se debía explicar á Cayetano, hacia el P. Fernández Pérez esta observación: «In primis persuasum esse oportet auctorem, quem in theologia ad interpretandum suscipimus non esse Caietanum, sed divum Thomam, ideoque de Caietani commentariis id tantum adduciendum erit quod ad explanationem vel divi Thomæ, vel rei quæ disputatur, utile sentiat.» (*Ibid.*, p. 573.)

Cum ex his opinionibus vel erroneis, vel quæ non sunt ita fidei consentaneæ, tot tumultos, scandala, divisiones, contentiones et pericula his annis superioribus per decennium, plus minus, in hoc nostro collegio contigerint; ita ut vix, aut ne vix quidem, sedari potuerint, et utinam modo non iterum pululent et fiat error peior priori; eum inquam hæc tot et tam gravia mala ex illis minus sanis opinionibus acciderint, necesse profecto est ut, non solum in genere, sed etiam particulatim aliqua prohibeantur, et ea præscribantur, quæ ad veram, sanam ac securam doctrinam Societatis conservandam satis esse possint.

... Hæc pestis iam non solum collegium nostrum, sed, ut audio, aliquas etiam alias provincias et collegia nostræ Societatis invasit aut certe coepit invadere; et utinam ita non sit, nec radices iam alicubi altiores egerit, aut etiam hic sint omnino eradicatæ (1).

El mal se había extendido, como indica el P. Ledesma, por otros Colegios y provincias de la Compañía, y comenzaba á inquietar seriamente á los superiores. En 1567, escribiendo el General San Francisco de Borja al P. Torres, le decía:

De Evora se avisa, no menos que de Coimbra, que ya entran allá las nuevas proposiciones y opiniones que se introducen en nuestras escuelas, y veo que lo que yo temía se va ya cumpliendo, que de las novedades en lógica y física habían de nacer las de teología. Particularmente, escriben que se lee esto: que *Deus non est bonus formaliter*, y que su bondad no es cosa real en Dios, sino *ens rationis resultans ex operatione nostri intellectus*. Estas cosas suelen engendrar vanidad en el que las enseña, y error en el que las aprende y escándalo en el que las oye. Merecen no solamente aviso, mas severa reprehensión los autores dellas (2).

Parecida á ésta debía ser, algunos años más tarde, la situación de las cosas en el Colegio de Salamanca, á juzgar por los informes que enviaba el Visitador Avellaneda al General en carta escrita el 3 de Abril de 1579. Dice así Avellaneda:

V. P. me ha recomendado que hiciera desaparecer las opiniones nuevas y atrevidas, sobre todo en la enseñanza de la teología. Desde que estoy en esta provincia he comprobado por mí mismo demasiada libertad en esta materia. Aparte de esto, me escriben el Rector y los profesores Rivera y Miguel Marcos de Salamanca que urge remediar aquéllo, instándome para que ponga manos á la obra: de otro modo, haciendo muchos bachilleres, dejaríamos introducirse muchas opiniones extrañas y poco sólidas (3).

(1) *Monumenta paedag.*, páginas 541-43.

(2) A. ASTRAIN, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, t. II, páginas 562-63.

(3) SCORRAILLE, l. c., t. I, p. 158. Tanto éste como otros textos que tomamos del

Con ese amor de novedades vino también la atenuación del respeto á la autoridad doctrinal, sin exceptuar al mismo Santo Tomás. Diversos testimonios de autores jesuitas nos dan á conocer el gran retroceso que en este orden habían sufrido algunos Colegios. En particular en el de Alcalá, que, según Rivadeneyra, había sido «el más principal Seminario que la Compañía ha tenido», y continuaba siendo al escribirse esas líneas (hacia 1583) «uno de los mejores Colegios de la Compañía», se revelaban por ese mismo tiempo las tendencias más alarmantes. Oigamos lo que escribía en 1582 desde Alcalá el P. Deza al General Aquaviva.

Lo que he respondido cuando V. P. me preguntó por las doctrinas de los nuestros tenía una importancia que jamás yo hubiera sospechado. Yo lo compruebo desde que me encuentro en España, y, sobre todo, en este Colegio.

Cuando partí para Roma se esperaba solamente, al parecer, que hubiese vuelto la espalda para volvérsela ellos á Santo Tomás. De hecho, los que enseñan aquí se han propuesto alejarse de él, sin respeto alguno á su autoridad. De ahí resulta que se han alejado al propio tiempo, fuera, la estima y confianza que se tenía en nuestras opiniones, dentro, la paz y la tranquilidad de nuestras comunidades: tan grande es la libertad que se toman nuestros Profesores. Ellos se defienden diciendo que es mayor esa libertad en Italia que en España, y mayor aún en Roma que en el resto de Italia, por lo cual hasta el presente no ha sido fácil á los superiores reprimirla... Á V. P. corresponde avisar y hacer lo que pide el servicio de nuestro Señor y el interés de la Compañía. ¿Hemos de ver siempre á nuestros Profesores perder inútilmente su tiempo inventando doctrinas fantásticas enseñando opiniones, ó enterradas desde muy antiguo ó que jamás habían sido propuestas? ¿Deberán exponerse á ser juzgados por los tribunales de la Inquisición, á los que imponían en lo pasado sus propios juicios? ¿Habrà que desechar el parecer de nuestros religiosos más antiguos y más competentes, ó, mejor dicho, el parecer de todos, salvo únicamente de aquéllos á quienes ha contaminado esta lepra? Estos motivos me obligan á suplicar á V. P., por las entrañas de nuestro Señor, que examine el mal y lo remedie en cuanto es aún posible.

Que no le detengan las dificultades, las que sólo puede surgir de dos capítulos: ó de las oposiciones mismas de Santo Tomás, que algunos creen insostenibles, y en ese caso, si V. P. quiere, yo me encargaré de volver los espíritus al buen camino; ó del descontento de los que deberían ser corregidos, dificultad que no cabe tener en cuenta porque, según el giro que llevan las cosas, dentro de algunos años será imposible todo remedio, y aquél será responsable de ello, que, pudiéndolo contener en un momento dado, no lo hizo.

¿De cuán diferente manera que en otro tiempo se mira hoy á la Compañía! Bastaba decir antes que una opinión era enseñada por sus maestros para que

mismo autor, por no tener á nuestra disposición el original, inédito por lo regular, los hemos traducido del francés con la mayor fidelidad.

fuese aceptada como un oráculo. Es que su doctrina era la de un santo, de Santo Tomás, y de un santo que pertenecía á otra Orden religiosa. Siendo fruto de la santidad del Doctor y de la humildad de nuestros profesores, no podía menos de ser excelente. Lo era, además, porque obrando así obedecíamos á nuestras Constituciones, y subíamos á las cátedras inclinando primero nuestro espíritu bajo la autoridad del que nos asignan por Maestro... Por mi parte no veo otro remedio del mal que sufrimos, á lo menos para España, que obligarnos á seguir en todo la doctrina de Santo Tomás (1).

No sabemos qué impresión causaría en Roma esa carta. Ya hemos visto que el General Aquaviva comulgaba en parte, durante sus primeros años de generalato, con los que pretendían una mayor emancipación de Santo Tomás. El P. Enríquez nos lo presenta declaradamente antitomista. Con todo, en él estaba mirar por el bien de la Compañía y evitar los males que amenazaban si no se ponía pronto remedio. Entre las medidas que para ello se adoptaron, creemos que fué una esta disposición que encontramos en los Estatutos que se hicieron en 1585 para el Colegio de Alcalá.

Los colegiales que fueren proveídos para oír Teología sean obligados á oír y oigan dos lecciones de Santo Tomás, una del Catedrático del Colegio de Sant Ildefonso y otra del lector del Colegio de la Compañía de Jesús. Lo cual ordenamos por lo mucho que importa darse á la doctrina de Santo Tomás (cap. XXX).

La solicitud de los Superiores obligando á observar fielmente la letra y el espíritu de esa disposición, que no hacía más que recordar lo ordenado en las Constituciones, hubiera sido bastante eficaz para sanear aquel ambiente, si el ejemplo de Suárez no hubiese dado alientos á los estudiantes para continuar por el camino emprendido. Algunos años más tarde, en 1605, se hicieron necesarias nuevas amonestaciones del General, quien escribía al Provincial de Toledo en esta forma:

En el Colegio de Alcalá se siguen de tal suerte las opiniones del P. Vázquez que se repara poco en que á las veces sean contrarias á las de Santo Tomás. Siendo esto así, bien ve V. R. que en ninguna manera se debe permitir, según en otras se le ha escrito, por ser expresamente contra el decreto de la quinta Congregación General, cuya exacta observancia encargo á V. R. con las veras que puedo (2).

(1) SCORRAILLE, l. c., t. I, páginas 212-13.

(2) ASTRAIN, l. c., t. IV, p. 33.

Aunque el P. Deza en la carta antes citada se refiere principalmente al Colegio de Alcalá, manifiesta al mismo tiempo que esa situación era bastante común en los Colegios de la Compañía en España. Por lo que toca á los de Salamanca y Valladolid, tenemos el testimonio expreso del P. Avellaneda en la carta mencionada de 1579, lo cual corrobora en parte el P. Enríquez al hablar de la favorable acogida que tuvo en Valladolid la primera edición del *Ratio studiorum*.

En Valladolid le ví recibir por el P. Cobos, lector, y los estudiantes, con gran aceptación — escribe él, refiriéndose al ejemplar del *Ratio* que allí se había enviado —, como lo podría decir el hermano Baptista, que fué el que descubrió á sus discípulos teólogos este libro, que les pareció cosa que convenía con el apetito que he visto en muchos lectores de Artes y Teología de la Compañía de seguir nuevas opiniones (1).

Las medidas que luego se tomaron para procurar una adhesión más estricta de la Compañía á la doctrina de Santo Tomás, no fueron bien recibidas de todos en este Colegio de Valladolid, como hemos visto que sucedió en Barcelona, y los discolos, entre los que figuraba principalmente el P. Padilla, hombre «amicísimo de nuevas doctrinas», según Enríquez, continuaron su camino, como si no existieran tales leyes. El P. La Puente se creyó obligado á denunciar al General ese proceder, y en carta escrita en Valladolid el 12 de Julio de 1595, le decía:

Lo que tengo que avisar de nuevo á V. P. es que este decreto de seguir la doctrina de Santo Tomás muchos de los nuestros no lo han recibido con la obediencia de juicio y voluntad que fuera razón, poniendo dudas cerca de él, diciendo que no puede la Compañía obligar á leer opiniones de Santo Tomás, que ellos tienen por evidentemente falsas. En un acto público que se tuvo en el Colegio de los Ingleses, presidiendo el P. Antonio de Padilla, se pusieron más de diez conclusiones contra Santo Tomás (2).

En Portugal, donde años antes habían comenzado á arraigar las *nuevas doctrinas*, manifestaron también algunos jesuitas su desagrado por el exclusivismo con que allí imperaba Santo Tomás, escribiendo en 1589 al General en esta forma:

En ninguna parte en nuestros Colegios se enseña el Maestro de las Senten-

(1) Memorial citado.

(2) ASTRUC, l. c., t. IV, p. 31.

cias. En nuestras escuelas no se oye hablar más que de Santo Tomás. ¿Por qué se abandonan de ese modo nuestras Constituciones? Explicando á Pedro Lombardo el renombre de la Compañía, no podría menos de ganar. Porque no hay, que nosotros sepamos, en todo el orbe cristiano una Universidad en que no se explique oficialmente el Maestro de las Sentencias ⁽¹⁾

Por último, encontramos síntomas de desafecto y lenguaje irrespetuoso hacia Santo Tomás en el Colegio de Valencia. El que nos proporciona ese informe no es de la Compañía, como en los casos anteriores, sino el P. Lanuza, Provincial de los dominicos de Aragón; pero su testimonio no puede desestimarse por interesado, por referirse á hechos públicos que todos podían comprobar. Dice así, entre otras cosas, este Padre en un memorial presentado á Felipe II, firmado en Valencia el 22 de Agosto de 1598:

Hablan (los jesuítas) de Santo Tomás como pudieran de algún autor de patrañas, y aun de manera que, viniendo ellos á un ejercicio literario de esta casa, mostraron ayer tan poco caso de Santo Tomás y su doctrina que el P. M. Salau, de la Orden de San Agustín, hombre eminente y Catedrático de la Universidad, pasmado del desacato de ellos y de la demasiada paciencia que por parte de los nuestros se tenía, tornó la mano y dió muy seria reprehensión al de la Compañía que argüía, hasta decir que los de la Compañía, por esta altivez contra Santo Tomás, habían de parar en mal.

De todos estos hechos, se infiere, como consecuencia necesaria, ineludible, que la atenuación del tomismo que hemos comprobado en la legislación de la Compañía á principios del generalato de Aquaviva era inmensamente mayor en la práctica. Los testimonios alegados son terminantes, y no creemos necesario insistir más sobre esto.

La invención y promoción de las opiniones nuevas á que antes hemos hecho referencia, era atribuida en gran parte á Francisco Suárez. «Como se me había escrito de Salamanca—decía el P. Avelaneda al General en la carta citada de 3 de Abril de 1579—que este Colegio de Valladolid era el foco de opiniones exóticas, he hablado de ello al que era su causa (Francisco Suárez) para inducirle á que renunciase á continuar por ese camino» ⁽²⁾. Y quince años

(1) SCORRAILLE, l. c., t. I, p. 217. Conocían muy mal nuestras Universidades de aquellos tiempos los que así se expresaban.

(2) SCORRAILLE, l. c., t. I, p. 159.

más tarde, en 1594, escribía el P. Miguel Marcos á Aquaviva: «El P. Francisco Suárez ha sido, y es aún en esta provincia, uno de los principales inventores y fautores de opiniones nuevas.» Y acentuando más la influencia perniciosa de Suárez entre los estudiantes, añadía: «El ejemplo y apoyo del P. Francisco Suárez, han introducido tal libertad de opiniones entre nuestros queridos estudiantes, que me parece imposible traerlos á los antiguos senderos» ⁽¹⁾. Por su parte, el P. Vázquez, rival de Suárez en el Colegio de Alcalá, y como tal poco satisfecho de sus cosas, acusaba á éste de «dogmatizar á su capricho», y el mismo P. Enríquez, antiguo maestro de Suárez, encontraba en sus escritos muchas proposiciones peligrosas y malsonantes ⁽²⁾.

Al propio tiempo que de amor de novedades, acusaban á Suárez algunos de esos Padres de tener poco afecto á Santo Tomás y de apartarse de él con frecuencia. Avellaneda, al hacer su visita en el Colegio de Valladolid, «me encargó encarecidamente, de parte de V. P. (habla el mismo Suárez en carta al General), que en la lectura de Teología hubiese cuidado de no introducir opiniones nuevas ni apartarme de la doctrina de Santo Tomás» ⁽³⁾. «He encontrado en él (en Suárez) alguna resistencia—dice Avellaneda refiriéndose á ese aviso;—pero como es buen religioso, ha prometido conformarse con todo lo que yo ordenare.» Anteriormente á ese encargo, háiale hecho otro parecido el P. Provincial, según confiesa el mismo Suárez. Lo que motivaba principalmente esa reprensión era el modo que Suárez tenía de leer, «por ser tenido por particular y de opiniones contrarias á Santo Tomás».

Es de creer que estos reiterados avisos movieran á Suárez á proceder con más cautela en sus explicaciones de clase. Con todo, algunos años más tarde vuelven á repetirse las acusaciones, y esta vez no es él solo el tachado de desafecto á Santo Tomás, sino que estaban en el mismo caso todos los que le mostraban alguna simpatía.

¿Qué fundamento tenían todos estos cargos? Se ha dicho que algunos de los acusadores eran hombres extremosos, para quienes toda innovación en materia de doctrina era sospechosa; que otros

(1) Ibid., t. I, páginas 320-21.

(2) Ibid., t. I, páginas 262 y 300.

(3) N. DEL PRADO, O. P.: *De veritate fundamentali philosophiæ christianæ*, Friburgo (Suiza), 1911, p. 208.

procedieron con apasionamiento, y, en consecuencia, que lo que ellos censuraban como defectos en Francisco Suárez, no eran en sí tales, sino prendas excepcionales que no sabían apreciar.

Si se tratase de un hecho aislado y fuera una sola voz la que levantaba esas quejas, no sería difícil convencernos de ello; pero habiendo varios testimonios acordes—y no creemos haber mencionado todos los que constan en documentos, porque no tenemos éstos á nuestra disposición, según dijimos al principio—, y siendo tan autorizados, por proceder casi siempre de personas que intervenían en el asunto *ex officio*, hay que confesar que todas esas quejas tenían algún fundamento. El P. Atienza, que tomó á su cargo la defensa de Suárez ante el General contra las acusaciones de Avellaneda, decía que cuando se le argüía *ex auctoritate sancti Thomæ*, «dejaba algo que desear» en punto á respeto exterior, y que sólo se apartaba del Angélico alguna que otra vez y en opiniones que muchos relusaban atribuirle ó que no tenían gran importancia ⁽¹⁾. Esta es una concesión que hacía su abogado, y representa, por lo tanto, el *mínimum* de lo que debemos atribuir á Suárez. Pero entre ese *mínimum* y el *máximum* expresado en las acusaciones hay todavía mucha distancia. Alguien creerá que la verdadera situación de las cosas puede darnos el estudio comparado de los escritos de Suárez con los de Santo Tomás. Esto, en verdad, podrá esclarecerla, pero no resolver definitivamente la cuestión, porque sabido es que Suárez, cuando preparaba sus primeros escritos, recibió reiterados avisos del General para que pudiese especial cuidado en no dar cabida en ellos á opiniones que no fuesen comúnmente aceptadas, aun por los dominicos, y que debía proceder de acuerdo con Santo Tomás: y no satisfecho con eso el General, exigía que se le remitiese á Roma el manuscrito antes de publicarlo. Y más tarde, al prohibir la Inquisición romana la teoría de la confesión á distancia ó por carta, que había defendido Suárez en su tratado *De pœnitentia*, añadía esta Congregación: «Inhibeatur eidem P. Francisco Suárez, ne amplius possit scribere, vel edere libros ad Sacram Theologiam pertinentes, nisi prius eosdem libros, quos edere voluerit, ad hanc Urbem et Sacram Congregationem Sanctæ Inquisitionis miserit et ab ea approbati fuerint» ⁽²⁾. Es evidente, según esto, que el Suárez de los libros puede

(1) SCORRAILLE, l. c., t. I, p. 160.

(2) Decreto del 31 de Julio de 1603. SCORRAILLE, l. c., t. II, p. 112.

diferir bastante del Suárez profesor, que era el que había motivado las quejas.

En definitiva: siendo necesario conceder á estas quejas un valor histórico substancial, no es posible justificar el proceder de Suárez, en cuanto profesor, ni siquiera bajo pretexto de que innovaba en el buen sentido de la palabra. Él tenía, sin duda, cierta predilección por Santo Tomás, y hace profesión de ello en diversas ocasiones; pero no era una predilección tan arraigada que le impidiera abandonarle al ver en él algún punto discutible ó menos conforme con su juicio. Esto, hecho con sobriedad y fundado en razones poderosas, no tendría en él gran cosa de reprehensible; pero junto con eso ejercía Suárez en la enseñanza de clase una labor educadora, en la que no siempre debió observar la táctica y prudencia á que estaba obligado. Y de ahí precisamente surgieron las alarmas y recriminaciones que sobre él pesaban. Es cierto que el General Aquaviva trató de quitar importancia á esos cargos; pero lo hizo, entre otras razones, porque no veía de cerca los efectos de tal proceder, como los veían y experimentaban los que á diario tenían que conversar con aquella juventud formada en las aulas de Suárez.

Quedan ya mencionados algunos testimonios que declaran la verdadera situación de las cosas en este asunto. Séanos permitido recordar uno más en apoyo de lo que acabamos de afirmar:

El P. Miguel Marcos — escribía Aquaviva en 1595 al P. Alarcón — se queja de que los PP. Suárez, Salas y Cobos son poco afectos á la doctrina de Santo Tomás, y que á causa de eso es imposible hacerla amar de los estudiantes, destruyéndose por la influencia de estos Padres todo cuanto se ha dicho ó hecho con ese fin ⁽¹⁾.

El cargo era grave, y sabemos por otra parte que el P. Marcos no había exagerado las cosas. Un año antes, á poco de comenzar Suárez su enseñanza en Salamanca, donde la juventud escuchaba ansiosa sus explicaciones, se habían defendido bajo su dirección cinco tesis del tenor siguiente:

Dios no predetermina ó ni aun predefine el acto de contrición del pecador que vuelve á él. — Los méritos adquiridos antes del pecado reviven después del perdón; pero los pecados perdonados no podrían, con imposibilidad abso-

(1) SCORRAILLE, l. c., t. I, p. 325.

luta en el orden actual, revivir jamás. — Es dudoso que el ángel no pueda arrepentirse. — Es permitido á veces, y á veces aun obligatorio, revelar en confesión el cómplice de su falta. — No es improbable que la absolución dada, en caso de necesidad, á un ausente, sea válida ⁽¹⁾.

El sólo hecho de asignar para un acto escolástico cinco tesis contrarias en su mayor parte á Santo Tomás, era un síntoma gravemente sospechoso y un ejemplo subversivo para los estudiantes, que merecía un correctivo más severo del que se había dado á Suárez años antes, y que por lo visto no había producido los efectos que se deseaban, á pesar de la palabra de enmienda dada por el interesado. Este mal ejemplo cundía entre los estudiantes, materia siempre apta para asentar á novedades, y por él quedan suficientemente justificadas las alarmas de que hemos hablado, lo mismo que las quejas que suscitó esa conducta de Suárez en muchos dominicos, cuyo testimonio no hemos querido alegar, porque, aun sin serlo, algunos lo desecharían por parcial.

Pasemos por alto las controversias de *Auxiliis*, que en la conciencia de todos está cómo se portó en ellas la Compañía con Santo Tomás; y dejemos también para otra ocasión la historia del estatuto ó juramento que hizo la Universidad de Salamanca de enseñar y defender la doctrina de Santo Tomás, a lo que se opusieron tenaz é injustamente los jesuitas. La continuidad orgánica de aquel segundo momento que comenzó con el generalato de Aquaviva, pedía que las cosas siguiesen esa orientación, y lo extraño es, no que fuese precisamente así, sino que siéndolo se haya pretendido desfigurar los hechos para hacernos creer que en aquellas campañas defendían los jesuitas los intereses de Santo Tomás y de su escuela. Nadie que conozca los hechos depurados de toda tendencia unilateral podrá creer sinceramente en ese contrasentido y comprobará más bien que la etiqueta de las palabras *tomista* ó *iuxta mentem D. Thomæ*, puestas al frente de algunos escritos de jesuitas de aquella época, eran un abuso atrevido de términos ó un expediente para evitar protestas y mejor disfrutar del derecho de preferencia de que gozaba Santo Tomás en el Orbe católico.

Si en la historia del tomismo cabe reservar alguna gloria á la Compañía, esa debemos buscarla principalmente en el periodo

(1) SCORRAILLE, t. I, p. 319.

comprendido entre los años de 1550 y 1580, en que los hijos de San Ignacio se decidieron á seguir resueltamente al Angélico. Hace treinta años el P. Ehrle, S. J., y en nuestros días el P. Scorraille, han hablado de esa gloria de la Compañía, atribuyendo en gran parte á su acción el triunfo definitivo de Santo Tomás sobre los demás doctores escolásticos. Nosotros tenemos la plena convicción de que ese triunfo estaba consumado al entrar la Compañía en escena, y que ella no hizo más que sumarse á los otros factores que desde muy atrás venían colaborando en la empresa. Ese proceder de la Compañía escogiendo por jefe á Santo Tomás, era cosa muy natural y acomodada á las circunstancias de aquel ambiente doctrinal, y obrar de otra manera hubiera tenido algo de anacrónico. Por eso no deja de ser un alegato muy inocente el de aquéllos que para muestra de las preferencias que se dió al Angélico sobre el Maestro de las Sentencias en la Compañía, aducen que espontáneamente se adhirieron al primero, sin tener razón alguna especial que á ello les obligase (acaso se olvidan de la educación intelectual que tuvo San Ignacio). Dicho sea esto sin rebajar ni un ápice el tributo de gratitud á que es acreedora la Compañía de parte del tomismo por la valiosa adhesión que le prestó desinteresadamente en la segunda mitad del siglo xvi.

Para evitar equívocos conviene señalar más en concreto el *terminus a quo* de la acción que ejerció la Compañía en favor del tomismo en la enseñanza. Hablamos de lo que sucedió en España. En 1550 no contaba aún la Compañía con suficiente personal apto para la enseñanza de la teología, pues un año antes tuvo que recurrir á la ayuda de otra Orden para abrir los estudios de Gandía ⁽¹⁾. En los diez años siguientes estableció muchos Colegios y dedicó sus mejores ingenios á los estudios teológicos en las Universidades, en cuya enseñanza llevaba la delantera á todas las demás Órdenes la de Santo Domingo. No actuaba, pues, la Compañía en favor del tomismo en ese decenio, sino que era actuada ó sufría la acción del ambiente, decididamente tomista y en gran parte dominicano, de nuestras Universidades ⁽²⁾, informando ella á su vez á los estudiantes de su religión en ese mismo espíritu. Su influencia en el magisterio público era todavía nula, y las mejores

(1) Cfr. ASTRAIN, l. c., t. I, p. 305.

(2) Véase lo que dice acerca de esto el P. Astrain, hablando de Maldonado, en la obra tantas veces citada; t. II, p. 358.

energías debía destinarlas á llenar las necesidades domésticas. Sus Colegios no habían tenido aún tiempo de llegar á la plena madurez. El de Salamanca, por ejemplo, uno de los más favorecidos por las circunstancias para progresar en los estudios, no celebró acto mayor de teología hasta 1559 ⁽¹⁾.

Según esto, podemos señalar el principio de la actuación pública de la Compañía en favor de la enseñanza de Santo Tomás á partir del año de 1560, cuando ya el Angélico ostentaba la aureola de gloria que sobre sus sienes había puesto el Concilio de Trento, y en nuestras aulas era venerada su doctrina sobre la de todos los demás doctores escolásticos.

FR. V. BELTRÁN DE HEREDIA.

(1) ASTRAIN, l. c., t. II, p. 573, nota segunda.

EL VINO EN LA TEOLOGÍA

Ni citarse merece la opinión de Juan Jacobo Rousseau, para quien no debe tomarse vino, por ser esto contrario á la Naturaleza, ya que se trata de una bebida artificial, y nada natural es fermentado. Habría entonces que no comer pan con fermento, sino solamente ázimo, y abstenerse, por haber sufrido la fermentación, de otros muchos alimentos necesarios. Si Dios no proporciona al hombre algunas substancias completamente preparadas, le proporciona el talento para prepararlas y perfeccionarlas del modo más conveniente á su alimentación. Argumento parecido al de Rousseau empleaba en *El Abstemio* el presbítero Angelats, para concluir que no se debía beber vino. He aquí sus palabras: «La uva y toda la fruta se debe tomar como la da la Naturaleza; pues que al hombre no le es lícito enmendar ni perfeccionar las leyes naturales: contra las leyes naturales no puede haber progreso ni perfección».

De contrario, hasta se ha llegado á opinar que el desprecio del vino y el combatir su uso es una falta, porque se trata de una obra de Dios, y ninguna cosa hecha por Dios es mala; sin advertir, sea cualquiera la fuerza de la ilación lógica, que falta base al argumento, pues el vino no es obra inmediata de Dios: el fruto natural de la vid lo forma el racimo, cuyas uvas sirven para quitar el hambre y aplacar la sed y curar muchas enfermedades.

Nada diremos de las leyendas religiosas acerca del vino y de la vid, que pueden verse en el trabajo que sobre este punto escribió Graf ⁽¹⁾. En los libros sagrados de la India, conforme refiere Pablo Mantegazza ⁽²⁾, cuéntase el beber vino en el número de los cinco pecados capitales. Los etruscos y los escitas, por lo mismo que

(1) *Leggenda del vino.*

(2) *Studi sull' Etnologia dell' India.*

lo usaban en el sacrificio los sacerdotes, lo consideraban cosa sagrada prohibida al vulgo. Entre los libros religiosos de los chinos haylos, según consigna Corradino ⁽¹⁾, que son verdaderos alegatos contra las bebidas alcohólicas. En el Código de Manú se excluía de toda ceremonia religiosa á los bebedores de licores fuertes. Los cartagineses, al decir de Marro ⁽²⁾, tenían leyes no sólo contra el abuso, pero también contra el propio uso del vino. En alguna época de la historia del pueblo romano se castigaba con pena de muerte á la mujer que probara el vino, y sólo desde los treinta años se permitía á los varones. El Corán impone 40 bastonazos al hombre libre que beba vino y 80 al esclavo.

Que Jesucristo nuestro Señor consagrarse el vino en la última cena y convirtiéndolo en su propia sangre lo diese á sus discípulos deseando que lo bebiesen todos, *bibite ex eo omnes*, y que para después de la sunción ordene la Iglesia el empleo de él, no prueba que haya obligación de no ser abstemios y que no deba combatirse su uso. La promesa ó juramento que se formula en las Sociedades antialcohólicas, exceptúa los deberes culturales ó religiosos. Precisamente, algunos pueblos paganos creían que no se debía beber vino porque se usaba en los sacrificios de los dioses. Si el Dios verdadero instituyó con él el Santo Sacrificio, no fué para recomendar, ni menos preceptuar el uso de bebidas alcohólicas. Celebró la cena eucarística conforme al rito mosaico de la Pascua, en el que se empleaba vino; el sacrificio de la nueva ley estaba en los antiguos conmemorado, de los que el vino formaba parte; éste no debía faltar en el festín eucarístico, pues costumbre era que no faltase en los grandes festines; por sus muchas analogías con la sangre, era propio se le adoptase para transubstanciarse en ella. Siendo el vino alegría del corazón en frase del Espíritu Santo, denótase que el banquete sagrado alegra el espíritu del hombre y en dulzura inenarrable embriaga su alma. Otras significaciones místicas se ven comúnmente en el vino: compuesto de muchos granos de uva pisados y exprimidos, indicase con él que en la sagrada comunión deben comunicarse, unirse en uno, los fieles, comulgando sus corazones en la unión de la verdadera caridad, y dejarse hollar cuanto preciso fuere por la mortificación. Así como el jugo de la uva se transforma en alcohol en el vino, así al recibir la san-

(1) El vino, *nei costume dei populi*.

(2) *Caratteri dei delinquenti*.

gre de Jesús el cristiano debe convertirse en nuevo hombre, desapareciendo el hombre viejo. Fácil sería aducir otras muchas razones de congruencia, explicativas de que la Sagrada Eucaristía se instituyese y se administre bajo la especie de vino, sin que preciso sea recurrir al supremo argumento de que *tota ratio facti est voluntas facientis*. Que Jesucristo consagró no vino puro, sino mezclado con agua, creencia es confirmada por el Concilio de Trento.

A los primeros fieles y en los siguientes tiempos se les administraba la Eucaristía bajo las dos especies de pan y de vino, aunque no por precepto del Señor, ni sin que hubiese numerosas excepciones. La costumbre contraria se introdujo desde que se convirtieron los países septentrionales, donde no se daba el vino ni era fácil importarlo; y el haber ya no pocos abstemios, puede ser una de las causas para que sólo en especie de pan se administrara desde hace muchos siglos la Santa Comunión en la Iglesia Católica.

Solo, pues, los sacerdotes comulgan bajo la especie de vino, y aun eso juntando un poco de agua, en conmemoración de la que salió del costado de Cristo con la sangre, y la cantidad de vino que han de echar en el cáliz, está mandado que sea poca, *quantum uno haustu facile sumi possit*. La segunda ablución tiene que ser también mezclando el vino con agua. Herejes hubo, los acuarrios, que San Cipriano refutó, los cuales celebraban la Misa con agua en vez de vino; pero no porque creyesen malo el uso de éste en sí propio y de suyo, sino por ignorancia, suponiendo que les sería lícito en atención á que por el olor del vino tomado en el sacrificio matutino podrían ser descubiertos como cristianos por los gentiles.

Como el vino si no está fermentado no tiene inconvenientes y peligros, de él usan algunas iglesias protestantes para sus cenas litúrgicas. Esta clase de vino valdría para decir Misa, pues es vino por lo menos incoado, pero no está permitido usarlo «por la impureza del mosto», en frase del Doctor Angélico, y porque, en dicho de los Salmanticenses, «no es vino usual ni bien cocido». Sólo en casos gravísimos sería lícito el mosto, al tenor de las Rúbricas de la Misa. Enseñan los moralistas que no son materia apta del Sacramento de la Eucaristía ni las uvas, porque sirven para comer y no para beber; ni la cerveza, porque no procede de uvas sino de cebada; ni cualquier vino tomado de frutas que no sean de la vid; ni el agua que de ésta afluye. Según el Papa Julio, el jugo de

las uvas, exprimido inmediatamente sobre el cáliz, sería materia válida de consagración. No lo sería si las uvas estuvieran enteramente verdes. El aguardiente, aunque sale del vino, no es vino ni vale, por lo tanto, para la Misa.

No se puede consagrar con ninguna bebida alcohólica cuyo alcohol no provenga de la vid, ni aunque reciba el nombre de vino, pues sólo impropriamente y por alguna semejanza podría así llamarse. El vinagre fué, pero ya no es vino por estar corrompido substancialmente. Si el vino principia sólo á agriarse ó corromperse, sería válido el sacrificio; pero el Sacerdote que sin necesidad lo emplease, pecaría por irreverencia al Sacramento, ya que si el vino conservaba su substancia y su forma, no así sus cualidades.

A fin de que se conserve el vino para la Misa sin corromperse, propuso á la Sagrada Congregación de la Inquisición el Obispo de Carcasona si se podría añadir un poco de aguardiente ó hacer hervir el vino hasta 65 grados, y se le contestó (8 Mayo 1877) que era preferible lo segundo.

En 30 de Julio de 1890, la Sagrada Congregación del Santo Oficio permitió que al mosto flojo, mientras fermenta ó luego de terminada la fermentación tumultuosa, pueda añadirse la cantidad de alcohol puro extraído del vino que sea necesaria para impedir que el vino resultante se agrie ó corrompa, siempre que la dosis total de alcohol no pase del 12 por 100.

Más benigna aún, interpretando la voluntad de Cristo, instituidor de la materia de los Sacramentos, se mostró la Iglesia.

Según decreto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, contestando al arzobispo de Tarragona (6 Agosto 1896), es lícito condensar el mosto por evaporación al fuego antes de la fermentación, pero á condición de que ésta se obtenga naturalmente; también se permite adicionar alcohol extraído del vino «con tal que se haga la mezcla cuando empieza á decrecer la fermentación tumultuosa y de que la cantidad de alcohol añadida, junto con la que naturalmente contiene el vino de que se trata, no exceda de 17 á 18 grados».

La pasteurización del vino, que tiene por objeto matar los gérmenes de sus enfermedades mediante la elevación de temperatura, está aprobada por la Santa Sede (Offic. 4 Mayo 1887). El vino fermentado de pasas es materia válida y lícita, con tal que por el color, olor y gusto se conozca que es verdadero vino (Offic. 22 Julio 1706).

Habiendo el Vicario Apostólico de Tcheli preguntado si al mosto de aquel país, pobre en glucosa, podría añadirse azúcar de caña, se le contestó (Offic. 25 Junio 1891) que en vez de ello se echase espíritu de vino al mosto cuando la fermentación tumultuosa principiase á descender.

Nota el P. Eduardo Victoria ⁽¹⁾ que el mosto hervido á fuego directo, llamado *vi blanch* en Cataluña, al que se le hace perder gran parte del agua, aunque válido no es legítimo vino de Misas, porque «además de que inmediatamente después de exprimido se lleva á las calderas de calefacción (y, por tanto, es sumamente dudosa la fermentación incipiente), se le somete á una larga ebullición, con lo cual no es posible que quede ninguna razón probable que justifique la permanencia de los microbios vivos necesarios para la fermentación».

Benedicto XIV, en su libro de *Sacrificio Missae*, encarga á los Sacerdotes que para la Misa empleen el mejor vino.

Sabido es que á Ibas de Edesa se le hizo en el Sínodo de Berito la acusación de consagrar con vino de poco valor. Para que éste fuese puro seguramente, algunas iglesias poseían viñas de donde se sacaba para el sacrificio. Con este objeto San Remigio legó una viña á la Catedral de Reims.

En el quinto mandamiento se prohíbe implícitamente el abuso de toda bebida alcohólica, no su uso. Éste en los primitivos tiempos del cristianismo se vedó á las religiosas, pero nunca en absoluto á todos los cristianos. Sólo algunos herejes antiguos, sin importancia ni nombre, lo consideraron malo intrínsecamente.

En los escritos de los Santos Padres encuéntranse frases muy duras, no ya contra la embriaguez, pero además contra el origen de ella: el vino.

San Ambrosio reparaba que «el vino dañó á muchos, y la continencia á nadie»; que «antes de su invención no estaba perdida la libertad»; que «es el peor de los venenos, pues no sólo daña al cuerpo sino que además al alma». Al decir de San Agustín, «en el vino naufraga la castidad, y muchos por él perdieron la libertad, cayeron en la locura y fueron reducidos á la miseria». En frase de San Basilio «deprime la mente y excita los malos afectos como un enjambre de avispas». San Bernardo enseña que al joven no le conviene probarlo, pues por él la lujuria se irrita y se nutre y

(1) *El vino dulce para Misas.*

crece. El que ama el vino, escribe San Buenaventura, nunca se enriquece con la posesión de las virtudes. Conviene huir de él como de la cicuta: ambos á dos matan, repetía San Clemente Alejandrino. Temédle siempre, inculcaba San Efrem, porque nunca perdona al cuerpo y constantemente enciende en él los ardores de la concupiscencia. Incendio de la sensualidad, le apellidaba San Fulgencio. Si se ha de creer á un experto, evite como un veneno el vino la esposa de Cristo, recomendaba San Jerónimo; él es la primera arma que contra la adolescencia esgrime el demonio; el que lo bebe siente que su razón se debilita y se apaga. El vino no es la borrachera, reparó San Pedro Crisólogo, pero no hay borrachera sin vino.

Sin embargo, que no prohíben en absoluto el vino, como por su naturaleza dañoso, los Padres de la Iglesia, se ve por otros pasajes suyos. Conforme decía San Juan Crisóstomo, «ni la planta de la vid, ni el fruto de ésta es malo, sino el abuso del mismo»: ó para hablar con San Basilio «dón de Dios es el vino, y los hombres le han hecho instrumento de incontinencia»; ó, según se expresaba San Teodoreto, «no es reproable el beber, sino el beber inmoderadamente». En una palabra, sus invectivas contra las bebidas alcohólicas no son absolutas, sino por sus excesos, por sus peligros, ó relativamente á cierta clase de personas. Y lo propio se debe decir de las censuras de los predicadores y escritores ascéticos contra el alcohol.

De poder acusarse de algo á los antiguos teólogos, no sería de demasiada severidad en sus enseñanzas sobre el alcohol, sino todo lo contrario. Lo cual se explica perfectamente. Había antes pocas viñas, y por lo tanto poco consumo de vino; y éste no se falsificaba como hoy de forma que fuese tan dañoso á la salud y perjudicase tanto el ejercicio de las potencias del alma. No se conocían las bebidas alcohólicas, producto de la destilación; y cuando el aguardiente se descubrió en los siglos medios, recibió el nombre que aún tiene en Francia, *agua de la vida*, y por la ciencia fué considerado como un elixir para evitar sinnúmero de enfermedades. Y aun entonces sólo se extraía del vino puro de uva, mientras que hoy, según cálculos de F. Donot, refiriéndose á Francia ⁽¹⁾, á más de que, de diez partes del vino que se despacha en el comercio, las nueve se fabrican sin sombra de racimo, por cada 100 litros de alcohol,

(1) *Manuel du conferencier antialcoolique.*

96 son producidos artificialmente, y hasta suelen añadirsele esencias aromáticas que lo impurifican más.

La Teología católica habla por boca de San Agustín, quien refutó á los *enkratitas y severianos é hidropastas*, para los cuales el vino no podía tomarse sin pecado, porque la vid había sido plantada por Satanás. El Príncipe de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino, se propone la cuestión de si el uso del vino es ilícito totalmente, y contesta con negación rotunda ⁽¹⁾, desatando las objeciones y aduciendo en pro de su doctrina varios testimonios de la Sagrada Escritura y las palabras de Jesús, según el cual «no mancha al hombre lo que entra por su boca»; pero añade que puede ser ilícito aun sin exceso, cuando el que bebe conoce su peligro de fácilmente embriagarse ó tiene hecho voto de no beber, y cuando con esto se da escándalo al prójimo.

En otro artículo prueba el santo que la sobriedad, más que á las personas mayores, importa á los jóvenes y á todas las mujeres, porque en aquéllos prepondera la concupiscencia deleitable *á causa del horror de la edad*, y en éstas *non est sufficiens robur mentis ad hoc quod concupiscentiis resistant*; y que especialmente se prescribe á los reyes y á los ministros de la Iglesia, á unos en atención á que por la sabiduría deben gobernar los pueblos, y á los otros porque han de ocuparse con mente devota en los oficios espirituales.

Numerosos artículos de la Suma Teológica se dedican á la templanza, y sentándose por principio que esta virtud no existe ⁽²⁾ si de los bienes deleitables de este mundo se usa más de lo que la necesidad de la vida requiere. Adviértese allí que de dos maneras puede ser una cosa necesaria para otra: ó por no poder ésta en modo alguno existir sin aquélla, ó por no poder existir convenientemente; y que la temperancia se refiere, no sólo á la primera necesidad, pero también á la segunda. Entre las cosas no necesarias, no debe el templado usar de las dañosas á la salud, porque eso será pecar contra la templanza; «de las que no son perjudiciales usará moderadamente, según el lugar, el tiempo y la conveniencia de aquellos con quienes vive».

Del célebre Cardenal Manning es la reflexión siguiente: «La templanza en el beber es buena; pero la abstinencia es mejor. Todos por las promesas hechas en el Santo Bautismo venimos obliga-

(1) 2-2, q. 149, art. 3.

(2) Parte segunda de la segunda parte, cuestion 141, art. 6.

dos á la templanza, mas no á la abstinencia absoluta, la cual procede de la libre elección de los que quieren llevar vida más perfecta. Dichosos los que jamás aprendieron á tomar bebidas alcohólicas. Dichosos los que han sacudido el yugo de esta pasión. Más felices los que se obligan á completa abstinencia, no por necesidad personal, sino animados del deseo de salvar á los otros por la palabra y por el ejemplo de la mortificación. En sus casas y en sus corazones habitará la paz de Dios.»

No manda, pues, la Moral católica abstenerse en todo caso del vino; pero á medida que con su uso el abuso se ha generalizado, se esfuerza en hacer visibles los desastrosos efectos de éste, y más ahincadamente recomienda que se mire con toda prevención lo que es su causa ú ocasión le presta, y hasta que de él nos alejemos cuanto conviniere. En su monumental *Catecismo explorando* ⁽¹⁾, el doctísimo Profesor de Praga, Spirago, sienta esta proposición: «La abstinencia total ó parcial de bebidas alcohólicas, conviene al cristiano espíritu y constituye una necesidad de nuestra época»; deduciendo de la doctrina de Cristo acerca de la abnegación, y del ejemplo de su Precursor, que «la abstinencia del alcohol es cosa genuinamente cristiana».

Los Concilios modernos no se contentan con lanzar sus reprobaciones contra la embriaguez. Para que más horror se le coja y la causa más fácilmente se evite, son varios los que encarecen la conveniencia de separarse del vino y demás licores, á lo menos durante algún tiempo, con lo que se consigue libertarse de su tiranía hasta poco á poco abandonar la costumbre.

Así, por ejemplo, los Padres del tercer Sinodo de Cincinnati (1898), decretaron lo siguiente ⁽²⁾:

134. «Procuren los Pastores de almas que los fieles á su vigilancia encomendados se inscriban en las pías asociaciones que promueven la abstinencia de toda bebida embriagante.

135. Si por cualquier causa eso no fuere posible, esfuércense y trabajen con el mayor empeño para que, si no todos, así ancianos como jóvenes, por lo menos los que puedan ser á ello inducidos, prometan abstenerse de todo líquido embriagador cada semana, desde el medio día del sábado hasta la misma comida del lunes siguiente,

(1) Tomo II.

(2) *De remediis efficacioribus contra ebrietatem.*

137. Recomendamos á los párrocos el persuadir á los fieles que en los viernes todos, para honor de Jesucristo Crucificado, y en recuerdo de su sagrada sed, no tomen ninguna bebida fermentada.»

Resulta, por tanto, que la Teología Católica está equidistante de las opuestas exageraciones respecto del vino. Ni prohíbe su uso ni lo preceptúa, á no ser en pequeña cantidad á los sacerdotes en el Santo Sacrificio. Nadie con mayor energía que sus intérpretes repueba el abuso de cualquier bebida alcohólica; pero el abuso es separable del uso en la presente materia, y por aquél no había de prohibirse éste, si no se quiere prohibir todo, pues nada hay de que algunos no abusen. No obstante, lo mejor y más seguro es evitar el peligro, teniendo en cuenta lo que la misma Teología enseña relativamente á las diversas clases de ocasiones. .

† ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.



EL «DISCURSO SOBRE EL MÉTODO,, DE LA FILOSOFÍA CATÓLICA

II

EL SYLLABUS TOMISTA

El «*Motu proprio*» *Doctoris Angelici* habla constantemente de *principios, fundamentos, verdades capitales (capita)* y afirmaciones *mayores (majora pronuntiata)* de la Filosofía de Santo Tomás. ¿Cuáles son los principios, los fundamentos, las verdades madres, las grandes afirmaciones de la Filosofía del Angélico?

Esta cuestión, siempre de importancia, lo es de un modo particular para el filósofo católico después que la Santa Sede ha hecho aquellas gravísimas declaraciones, á saber: que los tales principios habia que sustentarlos «sancte inviolateque»; que no se han de tener por opiniones «de quibus in utramque partem disputare licet»; que son como pilares (*sicut fundamenta*) sobre los cuales descansa toda la ciencia de las cosas naturales y divinas («*omnis naturalium divinarumque rerum scientia consistit*»); que ni entender puede las palabras con que la Iglesia propone los dogmas, quien tales principios no admite ó los interpreta mal («*quibus submotis aut quoquo modo depravatis, illud etiam necessario consequitur, ut sacrarum disciplinarum alumni ne ipsam quidem percipiant significationem verborum, quibus revelata divinitus dogmata ab Ecclesiae magisterio proponuntur*»), y, por lo tanto, que ciertamente desobedecen á la Santa Sede y le resisten los que enseñan doctrinas contrarias á los principios de la Filosofía de Santo Tomás, aunque hubiesen sido defendidas por alguno de los Doctores escolásticos («*nonnulli sibi persuaserunt, Nostræ sese obsequi aut certe non rafragari voluntati, si quæ unus aliquis e Doctoribus scholasticis in philosophia tradidisset, quamvis principiis Sancti Thomæ repugnantia, illa haberent promiscua ad sequendum. At eos multum animus fefellit*»).

Hechas estas solemnes declaraciones (y como el Sumo Pontífice decía, *in re maximi momenti*), y dado que muchos de los principios y verdades madres de la Filosofía de Santo Tomás han sido ó negados ó interpretados torcidamente durante siglos, no sólo por doctores particulares, sino por Corporaciones que vienen ejerciendo innegable influencia en la enseñanza católica ¿qué sería si quedase al dictamen particular resolver cuáles son los principios, los fundamentos, las verdades capitales y afirmaciones mayores de la Filosofía de Santo Tomás, de que habla el citado y comentado «*Motu proprio*»? ¡Cuánta argucia, cuánto sofisma no se inventaría para ver de eludir el golpe, y por ende cuánto tiempo no se perdería y cuántas fuerzas no se restarían al estudio objetivo y desinteresado de la Filosofía de Santo Tomás! Porque quitada aquella barrera del *præcipue*, tras la cual, aunque tan débil, se amparaban contra las repetidas declaraciones y disposiciones de los Papas, y terminantemente declarado, por quien podía hacerlo, que en cuestiones de importancia Santo Tomás es entre católicos maestro único, que contra Santo Tomás no se concede alternativa á los otros escolásticos, á los aludidos elementos católicos no les quedaba otro remedio que, ó confesar que efectivamen se habían engañado, lo cual ni han hecho ni harán, aunque la verdad así lo exige, ó empeñarse en hacer ver que no es de importancia ninguna de las cosas en que ellos se apartaron del Angélico; si no tomaban por el otro camino de mostrar que el Santo cambió de parecer, muerto y todo, desde que ellos llegaron al campo de la Filosofía y de la Teología católicas.

De aquí la necesidad católica de nueva declaración pontificia, que no se hizo esperar. El 29 de Junio del año pasado de 1914 se publicó el «*Motu proprio*» *Doctoris Angelici*, y el 27 de Julio del mismo año, la Sagrada Congregación de Estudios, por mandato de Su Santidad—*de ejusdem Sanctitatis Sæe mandato*—, que lo era, como se sabe, el santísimo Pío X, publica una serie de tesis (por lo que les damos el nombre de *Syllabus*), acerca de las cuales declara dos cosas, á saber: que son de Santo Tomás y que son evidentemente en la Filosofía de Santo Tomás, particularmente en su parte metafísica, «principios y aserciones mayores»: «*Eas plane continere sancti Doctoris principia et pronuntiata majora. Ad præcipua sancti Præceptoris principia in re præsertim metaphysica exactas.*»

EL SYLLABUS TOMISTA Y EL P. N. DEL PRADO

Quien haya leído las obras de este filósofo español, digno discípulo del Cardenal González, no extrañará de seguro que aquí recordemos su nombre y su labor. El P. del Prado, como es sabido, hace muchos años que viene trabajando en el problema de las verdades fundamentales, ó mejor, de la verdad fundamental de la Filosofía de Santo Tomás. En otra ocasión hemos recordado la sentencia de Bergson: el filósofo digno de tal nombre no ha dicho sino una verdad, quiero decir, todas las vió en una y mediante ella ⁽¹⁾. ¿Cuál es la verdad en la cual veía la inteligencia poderosa del Angélico, digno sin duda del nombre de filósofo, las cuasi infinitas verdades que en sus obras entalló?...

Con buen acuerdo, y como lo había hecho Santo Tomás, distingue el P. del Prado entre verdades fundamentales *in via inventionis* y verdades fundamentales *in via iudicii*; y si se hubiese tenido en cuenta esta distinción hubieranse excusado ciertas críticas, sin duda sinceras, pero realmente antifilosóficas, si es lícito llamar las cosas por sus nombres. Para los humanos, verdades fundamentales *in via inventionis* son, como Aristóteles, Santo Tomás y Cayetano largamente explanan, los primeros datos sensibles y los primeros principios de la razón ⁽²⁾. Todo otro conocimiento, hasta las más encumbradas especulaciones de la Metafísica, de este conocimiento arranca. Hay aquí un problema delicado, con general aplauso resuelto por el P. Garigon-Lagrange, el de la homogeneidad de los conocimientos posteriores, por sutiles que ellos sean, con este conocimiento primero y rudimentario, que por ser patrimonio de todos recibe el nombre de *sentido común* ⁽³⁾. Sea lo que se quiera de este y de otros problemas, puesta *in via inventionis* la cuestión, para Santo Tomás, como para los aristotélicos en general, estuvo siempre resuelta. La verdad fundamental es el principio de contradicción ⁽⁴⁾.

(1) E. Bergson. *L'intuition philosophique*. Conferencia leída en el Congreso filosófico de Bolonia. Véase *LA CIENCIA TOMISTA*, Septiembre-Octubre de 1913, pág. 48.

(2) Santo Tomás, *Summa Theologica*, I, q. 85, art. 3; Cayetano, Ib., Comentarios al opúsculo *De ente et essentia*, q. I; Aristóteles, *Posteriorum Analyticorum*, cap. I.

(3) P. Garigon-Lagrange, O. P., *Le Sens commun, la Philosophie de l'être et les Formules dogmatiques*, cap. II.

(4) Véase Zigliara, *Summa Philosophica*, t. I, lib. II, cap. II, art. 2.º

Otra, por lo tanto, es la cuestión. Al amparo de los primeros principios y como llevada de la mano por los sentidos, lenta y trabajosamente va la razón humana explorando la realidad y engendrando poco á poco las ciencias, que con el tiempo y la acumulación de trabajo llegan á su plenitud. Ciencia es conocimiento de las causas, de las razones y porqués de las cosas; y ahondar en las ciencias, es ahondar cada vez más en el estudio de las causas y razones. Conforme á esto, la última causa, la razón última, el último porqué—en cuanto lo puede averiguar nuestra razón—es la verdad fundamental de la Filosofía. Pero claro que no *in via inventionis*, puesto que, por hipótesis, es el término de la investigación; sino en sí, y cuando se comparan verdades con verdades, de todas las ya adquiridas, averiguando cual de ellas es como causa; á lo que se llama ser *in via judicii* fundamental. Cuando no sólo se observan y comprueban los hechos, sino que se investigan las causas, y cuando el espíritu no se aquieta con el estudio de las causas inmediatas, sino que pretende dar con las últimas causas, y si posible es, con la causa última, es forzoso que llegue á un punto de donde el paso sea imposible al pensamiento del hombre. ¿Cuál es este último punto?

Compréndese sin dificultad, y hasta es natural, que no haya entre los filósofos uniformidad en la respuesta. Á tales alturas siempre son fáciles las ilusiones en la óptica de la inteligencia. Pero no es lícito inferir de aquí, *sin más*, como pretende cierto escritor, que ninguna de las soluciones es cierta. ¿Es ciertamente fundamental en Filosofía la verdad de la existencia de Dios? ¿Lo es la existencia del alma espiritual? ¿Quién lo dudará? Y, sin embargo, una y otra fueron negadas por muchos filósofos. Ahora que también hay que andar con cuidado cuando se dice que todo lo pierde quien no edifica sobre la verdad *in via judicii* fundamental; porque las dos cosas son ciertas: que todo sería falso si las cosas no fueran como en la verdad fundamental se afirma; y también que aun filósofos que no han llegado hasta ella ó llegaron y la negaron, no por eso dejan de hallarse en posesión de más ó menos verdades inferiores; como es cierto que todo sería falso si Dios no existiera, y que los ateos poseen, sin embargo, verdades bien demostradas.

La tesis del P. Norberto del Prado es bien conocida, porque ha dado la vuelta al mundo. Para el Angel de la Escuela, la verdad fundamental de la Filosofía, aquella en que vió todas las otras, según el P. del Prado, es la de la identidad en Dios y distinción en

las criaturas de la esencia y la existencia. *Solus Deus est suum esse; in omnibus autem aliis differt essentia rei et esse ejus*. «Más ó menos veladamente aparece apuntada—dice ⁽¹⁾—en los escritos de Platón y de Aristóteles; brilla ya en forma de nebulosa en los libros *De Causis* y *De Divinis Nominibus*; luce bien precisada por Boecio en su opúsculo *De Hebdomadibus*; es utilizada para sus argumentaciones por Avicena y otros filósofos de la Edad Media; fija ya mejor su sentido y aplicaciones Alberto Magno en su egregio tratado *De processu rerum omnium a Causa Prima*; pero es Santo Tomás quien la hizo propia, quien desentrañó la riqueza de ideas y los tesoros de luz en esa verdad encerrados, hasta el punto de hacer de ella la base y la corona de su Metafísica, el centro luminoso de sus raciocinios, la suprema razón de sus discursos, la llave de oro de su sistema filosófico y el principio vital del organismo científico que informa y vivifica sus dos admirables *Sumas*.»

Y como obras son amores, y no bellos discursos, á la obra de evidenciar esta su gran tesis se consagró el P. del Prado. Toda su labor como filósofo puede decirse que está condensada en la obra que lleva por título *De veritate fundamentali philosophiæ christianæ* (XLV-659 páginas); pues si bien es verdad que antes y después dió muchos trabajos á la estampa, los anteriores son como preparación, y los posteriores, desarrollo de la misma.

Este filósofo español ha tenido contra sí enemigos poderosos. Y uno de los más fué la falta de espíritu metafísico actualmente reinante en las escuelas, aun en las católicas. Porque la cuestión de la esencia y la existencia es de tal condición, tan abstracta y sutil, que sólo los ingenios muy avezados á las altas especulaciones pueden apreciarla en toda su vital transcendencia. «Si fuera una cuestión sencilla, llana y que está al alcance de los entendimientos medianos y adocenados»..., decía candorosamente un crítico ⁽²⁾. Y como la cuestión no es sencilla, sino muy complicada, como que es el principio vital del organismo científico, más vasto que registra la Historia de la Filosofía; ni llana tampoco, sino muy alta y encumbrada; ni está al alcance de los entendimientos medianos, ni menos de los *adocenados*, ya se comprende lo que sucedería cuando aquella obra y las tesis que en ella se sustentan fuesen sometidas al fallo de semejantes entendimientos.

(1) Fr. Norberto del Prado, O. P., *Escoto y Santo Tomás*, pág. 101.

(2) *Razón y Fe*, Septiembre de 1912, pág. 64.

Alégase una circunstancia de mucha monta. Dada la aprobación particularísima que desde la Encíclica *Aeterni Patris* tiene la Filosofía de Santo Tomás, de ser cierta la tesis del P. del Prado, hombres eminentes, orgullo de su casa y de su escuela y aun fundadores de escuela, quedaban por el mismo caso fuera de la Filosofía católica oficial. Lo que particularmente debía suceder con Suárez. Por eso decía el mismo crítico, antes citado ⁽¹⁾: «Si el célebre escritor se limitara á decir que todos estos problemas se resuelven *mejor* con la distinción real, y que ésta es *más probable* que la doctrina de Suárez...» Y en otra parte ⁽²⁾: «¿Se pretende que con la distinción real se armonizan las demás verdades principales de la Filosofía de Santo Tomás? O se pretende más: ¿que si no se admite aquélla viene abajo el edificio de la Filosofía de Santo Tomás?... Si lo primero, preguntaremos de nuevo: ¿Y con qué censura ó calificación se pretende esa tesis? ¿Como probable, más probable ó cierta? Si sólo se pretendiera establecer en sentido afirmativo y *como probable* que la distinción real es la verdad fundamental de la Filosofía de Santo Tomás, *transeat, pase*, diríamos inmediatamente, y daríamos por terminada la discusión. Si como *más probable*, repetiríamos aquí lo dicho en el artículo anterior... Y nos contentaríamos ó sufriríamos que se dijera que la doctrina de Suárez es *menos probable* (pero al fin *sólidamente probable*), y que no concuerda *tan bien* (pero bien sí) con el resto y cuerpo de la doctrina de Santo Tomás. Si *como cierto*, ¡ah!, entonces no podemos consentir que se pretenda privar á la doctrina de Suárez de *toda sólida probabilidad*, ni podemos estar ciegos como para no ver lo que ya hemos demostrado; que *no es cierto* que la distinción real es la verdad fundamental de la Filosofía de Santo Tomás». El pensamiento no puede estar más claro. El caso es que á Suárez no se le haga la vida imposible. «Apelar á la fuerza de los argumentos», tranquilamente nos dice el crítico que «es un recurso de poco valor» ⁽³⁾.

(1) *Ib.*, pág. 58.

(2) *Ib.*, Mayo de 1913, pág. 37.

(3) *Ib.*, Septiembre de 1912, pág. 65. Y los que este celo tienen por la gloria de Suárez véase como se expresan hablando de Santo Tomás: «*Dato et non concesso* (como cierto) que en el capítulo LII del libro II *Contra los Gentiles*, ó en cualquier otra parte de sus obras, donde *ex professo* tratara la cuestión, enseñó Santo Tomás la distinción real; ¿es cierto que la enseñó como doctrina ciertamente verdadera, ó nada más que como opinión más ó menos probable? Aunque (subrayado por nosotros) á decir verdad, y hablando en rigor, como Santo Tomás al fin y al cabo es falible, y de hecho se equivocó en algun

Sin embargo, y á pesar de la fuerza de la rutina y de los intereses de escuela, la tesis del P. del Prado se iba abriendo camino. Hombres como Lorenzelli, Billot, gloria de la Compañía y orgullo del Colegio Cardenalicio; P. Matusi, actual Regente de la cátedra de Dogma en la Gregoriana, si no nos engañamos; P. Gardeil y otros que no son entendimientos *adocenados* ni se arredran por las asperezas de la Metafísica, francamente habían suscrito la tesis del profesor de Friburgo. Y á la verdad, es tal la abundancia de la doctrina, la firmeza de la argumentación y el orden, claridad y destreza (generalmente reconocidos) con que procede, que sólo quien diga que es «un recurso de poco valor» «apelar á la fuerza de los argumentos», podrá negar en su fuero interno, después de leída la obra del P. del Prado, que la doctrina de la identidad en Dios y distinción en las criaturas de esencia y existencia es de Santo Tomás, y que es en la Filosofía y en la Teología de Santo Tomás muy importante.

Los suaristas españoles nada serio han opuesto. La crítica que en *Razón y Fe* se le hizo, es sencillamente incalificable. Aquella aplicación del probabilismo á la Metafísica, no creo yo que la sufriesen ni Vázquez ni Suárez. «¿Es creíble, es verosímil que sea verdad fundamental de la Filosofía cristiana una sentencia que por varios siglos ha sido y sigue siendo discutida, refutada y rechazada como menos probable, y aun por muchos como improbable, y aun por algunos como absurda?» Esta pregunta hoy ya la tiene contestada la Sagrada Congregación de Estudios. Y los teólogos españoles, máxime los de la Compañía, se adelantan á la Sagrada Congregación. ¿Cuántas doctrinas, que durante siglos habían sido discutidas y refutadas y rechazadas como menos probables y hasta como falsas, no fueron por ellos sustentadas como ciertas? «Para que sea cierto—continúa el crítico—que la distinción real es la

punto de Filosofía; v. gr.: en admitir la generación espontánea y en negar la Inmaculada Concepción (esto no podía faltar), no basta que él la enseñara como ciertamente verdadera para que de hecho lo sea (y aunque no se hubiera equivocado no bastaba tampoco); lo que importa y se requiere es que lo sea, si se ha de verificar la tesis; la distinción real es la verdad (fundamental) de la Filosofía de Santo Tomás.» ¿Y aquello de que «apelar á la fuerza de los argumentos que presenta es un recurso de poco valor»? ¿Pues qué «recurso» nos queda si el de los argumentos es de «poco valor» y el de autoridad no existe? Pero ya se ve; las cosas cambian según que se trate de Santo Tomás ó de Suárez. Si trata de Santo Tomás, es falible (verdad como un templo, si bien hay mucho que decir sobre los engaños que señalan); pero si se trata de Suárez: «¡Ah!, entonces no podemos consentir...» ¡Pues no tendrán más remedio que consentirlo!

verdad fundamental de la Filosofía de Santo Tomás, es preciso que conste con *certeza*: 1.º, que Santo Tomás trató de la cuestión de la distinción entre la esencia *individual, física* y su existencia *actual*; 2.º, que en esta cuestión defendió la distinción real; 3.º, que la defendió como ciertamente verdadera (ó por lo menos, que de hecho sea verdadera); 4.º, como la verdad fundamental de su Filosofía. Si hubiera *duda grave ó prudente* (todas las palabras subrayadas lo están por el crítico) de la certeza de uno solo de estos miembros, no sería cierto que la distinción real es la verdad fundamental de la Filosofía de Santo Tomás, porque la certeza sobre una cosa no es compatible con la duda grave ó prudente sobre dicha cosa.»

Ya está lo de la duda *grave ó prudente* (prudente sobre todo) como máquina transportada de los campos de la Moral á los de la Metafísica. Y ¿por qué hay duda grave ó prudente? Apelar á la fuerza de los argumentos ya nos han dicho que es recurso de poco valor. «Si examináramos la cuestión intrínsecamente, compulsando el valor de cada uno de los argumentos aducidos por el R. P. N. del Prado, la tarea sería aun mucho *más fácil*, y todo el edificio por él construido vendría abajo con el mismo estrepito y facilidad con que se derrumbó la famosa estatua de Nabucodonosor.» La comparación no es mala para significar la impresión que en el crítico causó la obra criticada. Él, sin embargo, por buenas razones, acaso por el extraño instinto de lo difícil, acaso por los riesgos á que su derrumbamiento expone, tomó por otro camino. No es cierto que en las criaturas la esencia se distinga realmente de la existencia, ni que tal haya defendido Santo Tomás, y menos como verdad importante... porque así lo dicen muchos autores, la mayor parte de ellos de la Compañía. Por este procedimiento, no la Compañía, una Orden religiosa cualquiera, tiene en sus manos hacer dudoso cuánto hasta hoy se escribió.

Pero véase qué dicen los «autores» ⁽¹⁾. Aranha, que es *imposible* la distinción real; Oischinger, que conduce al panteísmo; Suárez, que la suya es «omnino vera»; Vázquez, que es verdadera la de Suárez, aunque le quite el «omnino»; Losada, Palmieri y Mendive, que la tomista es *falsa*; Urráburu, Tongiorgi, Noldin, Pesch, Limbourg, Harper, Felchlin, Lahousse, Van der Aa, Willems, Pecsh, ¡Menéndez y Pelayo! y *cien más*, la tienen por *menos probable*. Estos y los otros cien ya dan un gran bajón, como se ve, en la manera de

(1) Tomado de *Razón y Fe*. Véanse los números citados.

calificar. Pues Schiffini y Kleutgen dicen que es *más ó menos* probable; acaso sea más. Y por último, el P. T. Pesch, que «no es cuestión que se pueda resolver con certeza».

Pero todavía es más curioso lo que nos dicen sobre la mente de Santo Tomás. Dr. Willems: «Es difícilísimo muchas veces discernir si el Doctor Angélico habla en aquellos lugares de la esencia física ó de la metafísica, y dado que trate de la física, si pone distinción real ó sólo metafísica»; Mendive, que «la mente del Santo Doctor es muy diferente», ya se sabe de qué; Dr. Pecsí, que «en realidad de verdad, Santo Tomás no puede ser aducido en pro de ninguna de las dos (opiniones), porque esta cuestión *no había sido*, aun en tiempo de Santo Tomás, explícitamente *propuesta*»; P. Piccirelli, que «críticamente es *evidente* que no se prueba con evidencia que Santo Tomás enseñó la distinción formalmente real, sino que se prueba que enseñó la distinción fundamentalmente real, ó sea de razón racionada»; y, al último, y con aires de historiador—*je parle histoire*—el P. Chossat, que «Santo Tomás *la rechazó constantemente*» ⁽¹⁾. ¿Quién entiende esto? «*Lo cierto*, ¿es que entre ellas hay alguna distinción», y que Santo Tomás «la admite»—como dice nuestro crítico—, ó *lo cierto* es que la *rechazó* ó es *lo cierto* que *ni se propuso* la cuestión?... Pero lo que menos importa es *lo cierto*, que se le escapó al crítico, porque fiel á sus principios le estaba vedado hablar de certeza; lo que importa es que con nombres y con dichos se arma el embrollo, que para eso están en reserva los principios de probabilismo.

«Tratándose de una afirmación tan capital, como es la verdad fundamental de la Filosofía cristiana, sería de desear que el Padre N. del Prado adujese algún testimonio grave, como alguna Encíclica ó documento pontificio en favor de ella.» Así, como último recurso, escribía un suarista español no ha mucho ⁽²⁾. ¿Quién le diría que también por aquí habria de ser cogido? Porque semejante testimonio «grave», gravísimo, se puede aducir, y ahora lo aducimos en favor de los puntos de vista del P. del Prado. La Sagrada Congregación de Estudios, pese á todos los suaristas del mundo—que ó decían que es falsa, ó que es imposible, ó que es menos probable, ó por lo menos que no es cierta, y que Santo Tomás no la

(1) Al P. Chossat le dió el P. Mandonnet su merecido. Véase la *Revue Thomiste*, 1910, pág. 741.

(2) E. Ugarte de Ercilla. *Razón y Fe*, Septiembre de 1912, pág. 65.

había enseñado, ó que la había rechazado, ó que ni se había propuesto la cuestión, ó cuando menos que no constaba cuál hubiese sido su manera de pensar: cosas de que nos informaron largamente—, no sólo declara que la tesis de la distinción real en las criaturas de esencia y existencia es ciertamente de Santo Tomás y capital en su Filosofía, sino que confirma todas las otras tesis que el P. del Prado venía sosteniendo acerca de las relaciones que con ella tienen las grandes verdades de la Filosofía cristiana, tales como la creación, la promoción, la distinción entre substancia y accidente y el constitutivo de las substancias espirituales.— Véase si no:

P. del Prado.

1. «*Insum esse per se subsistens est Unum tantum et Primum; in quocunque igitur præter Primum est ipsum esse tanquam actus, et substantia rei habens esse tanquam rei potentia receptiva hujus actus quot est esse.* En thesis fundamentalis totius philosophiæ D. Thomæ, quæ Philosophia Cristiana jure merito denominatur.» — *De veritate fundamentali philosophiæ christianæ*, pág. XXX.

«Fundamentum philosophicum, cui prima divisio entis realis (*in ens per essentiam et in ens per participationem*) innitatur, ex hoc habetur quod solus Deus est suum esse, in omnibus autem aliis differt essentia rei et esse ejus.» Ib., tesis del cap. II del lib. II.

2. «Demonstratio vere philosophica processionis omnium rerum a Deo per creationem præsupponit, tanquam lapidem angularem supra quem firmiter ac bene fundatur, identitatem substantiæ et esse in Deo atque realem utriusque compositionem in omnibus quæ sunt præter Deum.» — Ib., tesis del cap. II del libro IV.

«Tota etiam controversia de influxu Cause Primæ in omnes causas secundas venit postremo resolvenda, jus-

S. Congregación de Estudios.

1. «*Quapropter in absoluta ipsius esse ratione unus subsistit Deus, unus est simplicissimus, cætera cuncta quæ ipsum esse participant, naturam habent quæ esse coaretatur, ac tanquam distinctis realiter principiis, essentia et esse constant.*» -- Thes. III.

2. «Divina Essentia, per hoc quod exercite actualitati ipsius *esse* identificatur, seu per hoc quod est ipsum Esse subsistens, in sua veluti metaphisica ratione bene nobis constituta proponitur, et per hoc idem rationem nobis exhibet suæ infinitatis in perfectione.» — Thes. XXIII.

«Ipsa igitur puritate sui *esse*, a finitis omnibus rebus secernitur Deus. *Inde infertur* (subrayado por nosotros) primo, mundum nonnisi per creationem a Deo procedere potuisse; dein-

ta D. Thomam, in hanc veritatem fundamentalem:

»Solut Deus est suum esse; in omnibus autem aliis differt essentialis rei et esse ejus». — Ib., tesis del cap. VI del lib. IV.

«Ratio suprema quæ prædicatur de Deo, est ratio esse subsistentis». — Ib., lib. III, texto del prólogo.

«Ex identitate essentialis et esse in Deo assumit D. Thomas præcipua argumenta ad divinas perfectiones demonstrandas.» — Ib., tesis del cap. III del lib. III.

3. «Ex reali compositione esse et essentialis declaratur atque elucescit vera notio substantiæ, et accidentis, et individui, et suppositi, ad quod, proprie loquendo, pertinet habere esse.» — Ib., tesis del cap. VI del lib. II.

de virtutem creativam, qua per se primo attingitur ens in quantum ens, nec miraculose ulli finitæ naturæ esse communicabilem; nullum denique creatum agens in esse cujuscumque effectus influere, nisi motione accepta a prima causa.» — Tesis XXIV.

3. «Est præterea in omni creatura realis compositio subjecti subsistentis cum formis secundario additis, sive accidentibus: ea vero, nisi esse realiter in essentia distincta recipere-tur, intelligi non posset.» — Tesis V.

«¿De entre todos los elogios de los Pontífices y Concilios en pro de la Filosofía de Santo Tomás, hay uno solo en pro de la distinción real? Y sobre todo, ¿hay uno solo que diga que la distinción real es la verdad fundamental de la Filosofía cristiana, ni de la Filosofía cristiana restaurada por León XIII y Pío X, ó de la Filosofía de Santo Tomás? ⁽¹⁾» Ahí está bien clara la respuesta. ¡Lástima que por puntillos de honra, siquiera sea de una Corporación gloriosa, se haya perdido y se pierda aún tanto tiempo en combatir á Santo Tomás! ¿Cuándo será una convicción, contra la cual no prevalezca ninguna otra por fundada y santa que pudiera parecer, aquella sentencia de Santo Tomás con que empezó Pío X su último «Motu proprio»: «Doctoris Angelici nemo sincere catholicus eam ausit in dubium vocare sententiam: *Ordinare de studio pertinet præcipue ad auctoritatem Apostolicæ Sedis qua universalis Ecclesia gubernatur, cui per generale studium providetur*? Porque la voluntad de la Santa Sede en ninguna otra cosa se ha mostrado más clara y terminante. Á este propósito, plácenos consignar aquí las palabras, recientemente pronunciadas, de un Cardenal jesuita, bastante grande para sentir los intereses de la verdad y de la Iglesia por

(1) *Razón y Fe*, Mayo de 1907.

encima de los de su escuela y familia: «Inter alia multa quæ me ad reverentiam Doctoris Angelici movent, unum est, Eminentissimi Patres, auditoresque ornatissimi, quod momento et pondere cæteris præstat, quodque in ipso initio dicendi de objecto et causa hujus nobilissimi consessus, silentio preterire non possum. Et est perpetua continuata, repetita de ævo in ævum ad hanc usque diem, singulari prorsus instantia, eximioque studio, Sedis Apostolicæ commendatio. Res vere omni observatione digna! In apostolica cathedra sibi invicem succedunt pontifices, alii post alios, origine, genere, cultura, educatione varii; omnium tamen in commendando Aquinate una invariata sententia est: a Joanne XXII qui Thomam ad altarium honores evexit, usque ad gloriose nunc regnantem Benedictum XV, qui vix dum universalis Ecclesiæ tractanda gubernacula suscepisset, nihil antiquius habuit quam testificare se, hac in re, a Decessorum suorum mente minime dissentire, imo non verbis modo, sed et factis declarare. Porro, si annales ecclesiasticos percurro, si bullarium romanorum Pontificum listro, si dicta, si acta, si gesta evolvo, nullum simile exemplum invenio quoad unum in individuo signatum, seu præceptorem, seu magistrum, seu doctorem. Quæ quidem singularitas vec sola me admonet, non ibi rem esse quæ ad humana arbitria, ad studia partium, ad scholæ contentiones, ad privatas ipsorum Pontificum seu opiniones seu aestimationes pertineat, referendaque sit, sed ad iudicium ejus qui in cathedram ad consummationem usque sæculi divinitus fundata, unus semper sedet et præsidet et vivit, unus idemque loquitur ac docet, Petrus» ⁽¹⁾.

Esto se llama ver las cosas como sabio y como católico. Pero de esto bastante hemos dicho. Esperemos nuevas contradicciones, que ellas nos han de merecer nuevas declaraciones de los Papas. Consignado el hecho de la coincidencia del silabus tomista con las tesis del filósofo español—hecho que para los que se preocupan de la influencia de los filósofos españoles en la Filosofía general, nos parece de importancia—pasamos adelante.

(1) Cardenal Billot, S. J.; discurso pronunciado el día 11 de Marzo de este año de 1915 en la solemne inauguración de la Academia romana de Santo Tomás, reformada por el actual Papa Benedicto XV. *Analecta Sacri Ordinis Predicatorum*, Abril de 1915.

PLAN DEL COMENTARIO

El padre, así llamado, de la filosofía moderna, después de enumerar los grados ordinarios de la sabiduría y los medios por donde, á su juicio, se adquieren, añade: que «hubo en todo tiempo hombres grandes que han tratado de hallar un quinto grado para llegar á la sabiduría, incomparablemente más alto y más seguro que los otros cuatro», que es «averiguar las primeras causas y los verdaderos principios de donde se puedan deducir las razones de todo lo que es posible saber», y que «quienes en esto han trabajado reciben de un modo particular el nombre de filósofos» ⁽¹⁾.

Y no hay por qué negar que, efectivamente, así es. Descartes recuerda los nombres de Platón y Aristóteles. Los españoles tuvimos un Raimundo Lulio, cuya Arte Magna no tenía otro objeto que organizar los principios por donde podía el hombre llegar al claro y demostrativo conocimiento de todas las cosas ⁽²⁾. El mismo Descartes escribe un libro que se titula precisamente *Les principes de la philosophie*, y Leibnitz, Kant, Spencer han escrito sendos tratados sobre lo mismo.

Tampoco es necesario añadir que cada cual presenta los suyos como los únicos verdaderos. Aristóteles muchas veces se gloria de haber sido quien dijo las verdaderas causas y principios de las cosas ⁽³⁾. Raimundo habla de su Arte como de una revelación ⁽⁴⁾. Descartes, bonitamente, y sin rodeos, nos dice: que, aunque no trató de todas las cosas, porque es imposible, que cree haber explicado

(1) Descartes, *Œuvres*; *Les principes de la philosophie*, prefacio.

(2) Raimundo Lulio: «Et quia quolibet scientia habet sua principia propria et diversa á principiis aliarum scientiarum; ideo requirit et appetit intellectus quot sit una. Scientia Generalis ad omnes scientias, et hoc cum suis principiis generalibus, in quibus principia aliarum scientiarum particularium sint implicita et contenta, sicut particulare in universali». *Ars Magna*, pról.

(3) Aristóteles, *1 Metaph.*, Cap. V: «Breviter igitur et summam percurramus quanam et quomodo locuti sunt de principiis, et ipsa veritate. Tantum tamen ex his habemus, quot eorum qui de principio et causa dixerunt, nemo quidquam, præter ea quæ in *De naturalibus* determinata sunt dixerit.»

(4) «Per hanc quidem scientiam possunt aliæ scientiæ perfacile acquiri. Principia enim particularia in generalibus hujus Artis relucet et apparent, dum tamen principia particularia applicentur principiis hujus Artis, sicut pars applicatur suo toto.» *Ars Magna et Ultima*, pról. «Exercitatis per hanc Artē, ducentibus sanctam vitam, additur lumen sapientiæ, per quod statim scitur applicatio rationis aut rationum ad propositum, et eodem lumine demonstratur, utrum bene concludatur, et quasi simul occurrunt iudicium veritatis, et ratio veritatis.» *Introductoria artis demonstratiæ*, Cap. V.

de tal manera las que ha tenido ocasión de explicar, que quienes las lean atentamente podrán persuadirse que «no hay necesidad de buscar otros principios que los que él ha establecido, para llegar á todos los más altos conocimientos de que el espíritu humano es capaz» ⁽¹⁾. Kant escribe los *Prolegómenos á toda Metafísica* futura, absolutamente á toda; y Bergson cree haber tenido la suerte feliz de haber sorprendido el punto escondido en que se encierra la esencia más íntima de la realidad, y si, á diferencia de los otros, se declara impotente para apoderarse de él por entero, y pide la colaboración de las ciencias, cree haber alcanzado lo suficiente para declarar falsos los principios de todas las filosofías anteriores, sin exceptuar siquiera la de Kant ⁽²⁾.

Santo Tomas tiene un opúsculo, el *De ente et essentia*, que es, se puede decir, su verdadero tratado: «De primis principiis philosophię» y sus *Prolegómenos á toda Metafísica*. El P. Ceferino no vacila en afirmar que «forma sin disputa uno de sus trabajos más acabados y más completos», y que en aquella obrita «se revela con toda su fuerza y esplendor el poderoso genio filosófico» de Santo Tomás ⁽³⁾; y el P. Norberto del Prado sustenta la tesis que el sistema filosófico de Santo Tomás, delineado y como en cifra, se halla todo en el citado opúsculo: *Systema philosophicum Sti. Thomæ exstat breviter delineatum in opusculo De Ente et Essentia* ⁽⁴⁾.

¡Y cosa estupenda! Esta obra, que resulta tener los principios fundamentales de la filosofía sin aditamentos, porque la Filosofía de Santo Tomás es la Filosofía, fué escrita por el Santo ¡á la edad de veintiún años! Y hace notar un escritor, el Cardenal Pecci, que algunos códices antiguos llevan la afectuosa dedicatoria: *Ad fra-*

(1) Descartes, *Les principes de la philosophie*, prefacio: «Encore que je n'aie pas traité de toutes choses, et que cela soit impossible, je pense avoir tellement expliqué toutes celles dont j'ai eu occasion de traiter, que ceux qui les liron avec attention auront sujet de se persuader qu'il n'est pas besoin de chercher d'autres principes que ceux que j'ai établis pour parvenir á toutes les plus hantes connoissances dont l'esprit humain soit capable.»

(2) E. Bergson, *L'evolution creatrice*, 5.ª ed., pág. 217: «Sur ce nouveau terrain la philosophie devra donc suivre la science, pour superposer á la verité scientifique une connaissance d'autre genre qu'on pourra appeler métaphisique. Dés lors toute notre connaissance, scientifique ou métaphisique, se relève. Dans l'absolu nous sommes, nous circulons et vivons. La connaissance que nous en avons est incomplete, sans doute, mais non pas exterieure ou relative. C'est l'etre même, dans ses profondeurs, que nous atteignons par le developpement combiné et progressif de la science et de la philosophie.»

(3) *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, Lib. II, cap. VII.

(4) *De veritat e fundamentali philosophię cristiane*, pág. 26.

tres, sin más pretensiones, como si se tratara de un trabajillo de poco más ó menos.

En este opúsculo, pues, hemos querido buscar la inspiración para planear el comentario á las veinticuatro proposiciones declaradas por la Sagrada Congregación de Estudios, principios fundamentales de la Filosofía de Santo Tomás.

En primer lugar, en dicho opúsculo, fija el Santo cuál es el objeto propio de la Filosofía. «Porque el error pequeño en el principio, en el fin es grande, según el filósofo en el I *De cælo et mundo*, y ente y esencia son las primeras cosas que en el entendimiento se conciben, como dice Avicena en el V de los Metafísicos: por eso, en primer término, para evitar errores que podían provenir de su ignorancia, para desentrañar la dificultad que encierran, hay que decir que se significa con el nombre de ente y con el nombre de esencia, y como se hallan en los diferentes seres, y en qué relación están con las intenciones lógicas, esto es, con los géneros, con las especies y con las diferencias» ⁽¹⁾.

En realidad, y á pesar de las diferencias aparentes, todos los filósofos están conformes con el objeto que á la Filosofía señala aquí Santo Tomás. *Quomodo essentia inveniatur in diversis*, he aquí la cuestión filosófica general, en la que todas las otras se resuelven, lo mismo para el filósofo idealista que para el materialista, para el monista como para el pluralista. El monista negará la diversidad radical de seres, pero la negará en el término de la investigación, y no en el principio. El idealista reducirá la realidad á pensamiento, y el materialista reducirá el pensamiento á realidad, y á realidad material: habrá hondas diferencias en la manera de concebirle; pero todos estarán acordes en que el problema de la esencia de la realidad, es el problema en que se cifran todos los anhelos de la Filosofía.

Ahora bien: *quomodo essentia invenitur in diversis?* — 1.º En la constitución del ente en cuanto ente, y particularmente en la constitución de los seres espirituales, sobre todo de Dios (según nosotros lo podemos concebir), ¿cómo se halla ó de qué principios resulta la esencia?—2.º ¿De qué principios resulta la esencia de los seres sensibles, y entre los seres sensibles, la esencia del hombre?—3.º ¿De qué principios resulta la esencia del conocimiento humano, ó cuál es el estado y condición de la esencia en el conocimiento del hombre?

(1) Santo Tomás, *De ente et essentia*, proemio.

A estos tres problemas, por Santo Tomás discutidos en el *De ente essentia*, responden las veinticuatro tesis del nuevo sílabus: al primero, las siete primeras y las dos últimas; al segundo, las tesis VIII y siguientes hasta la XVII, y al tercero, las restantes, que son desde la XVII hasta la XXIII. Por donde viene á suceder que el comentario al sílabus tomista, puede también acomodarse al citado opúsculo, como si sobre su texto exclusivamente hubiera de escribirse ⁽¹⁾.

Y porque se trata, según la Sagrada Congregación, no de los principios fundamentales de una filosofía, de una de tantas, sino de los principios fundamentales de la Filosofía, nos esforzaremos en hacer ver como, efectivamente, además de ocupar un lugar orgánico en la Filosofía de Santo Tomás, ellos tienen la clave de las grandes cuestiones, de las que todo el mundo reconoce como tales; y que deformaban en puntos de importancia la verdadera Filosofía los que estas tesis deformaron ó negaron; y que su olvido ó mala interpretación realmente causa de grandes é irremediables equivocaciones, que hoy mismo se lamentan. Claro, que todo ello tiene que ser muy á la ligera, tocando los puntos más bien que desarrollándolos, porque, tanto como nuestros lectores, queremos nosotros que el comentario llegue á tener pronto fin.

FR. SABINO M. LOZANO.

(1) Parecida, aunque no igual, es la división de «Grundprobleme» que hace Paulsen en su *Einleitung in in die philosophie*. Los problemas fundamentales de la filosofía, según el célebre profesor de Berlín, son «die probleme der Metaphisik», que comprende el problema ontológico y el problema cosmológico teológico, y «die probleme der Erkenntnistheorie», que comprende el problema critico y el problema del origen del conocimiento.

ANHELOS DE UNIDAD

I

EL PROTESTANTISMO Y LA UNIDAD DE LA IGLESIA

El Protestantismo no tiene la unidad, nota característica de la Iglesia de Cristo. Al separarse del Papa, Vicario de Jesucristo, se rompió esa unidad, y al rechazar la tradición eclesiástica y establecer la libertad de interpretación de la Sagrada Escritura, abrieron el camino para todas las divisiones posibles. Y así, por la fuerza lógica de los principios que sustenta el Protestantismo, durante cuatro siglos, han surgido infinidad de «Iglesias cristianas», distintas y aun contrarias entre sí, sin base doctrinal fija, sin autoridad moral para definir las verdades religiosas. Y con escándalo de muchos de ellos se han llegado á defender los más graves errores. No hace mucho, en un libro titulado *Fundamentos (Foundations)*, obra de varios profesores de Oxford y altos dignatarios de la Iglesia anglicana, se niegan los milagros del Evangelio, en especial la virginidad de María, *The Virgin-birth*, y la resurrección del Señor.

Ante este espectáculo desconsolador, muchas almas honradamente cristianas, muchos espíritus nobles y generosos vuelven los ojos á aquellos tiempos en que la unidad de la Iglesia cristiana se manifestaba de un modo visible en el mundo, manteniendo integro el tesoro de la fe revelada. No son de hoy los deseos entre los protestantes de establecer la unidad eclesiástica. Ya se quiso establecerla sobre la distinción de las verdades de la fe, declarando á unos «fundamentales», en las que todos convenían y á otras «accidentales», en las cuales podían diferir. Pero esta unidad ficticia, aun en el caso de haber sido formuladas las dichas verdades fundamentales, no podía satisfacerles, por cuanto dejaba en pie todas las divisiones existentes. «Los fundadores cristianos — se dice en

un documento oficial protestante—van viendo cada vez más claro, que la fe cristiana tiene que ser una fe común á todos» ⁽¹⁾.

También se ha intentado una unión ó federación de las diferentes confesiones protestantes, para no impedir los unos el ministerio de los otros y cooperar todos juntos, sobre todo en las misiones, á la obra de la cristianización. Y en este terreno han llegado algunos organismos á un acuerdo, aun cuando se haya dado lugar á conflictos y discusiones tan ruidosas como las recientes sobre la conferencia de Kikuyu (África Oriental). Pero esto no es la unidad apetecida: subsisten todas las diferencias. La religión cristiana — dice un obispo protestante—significa una vida corporativa, un organismo, y no el trabajo de cooperación de diversos organismos» ⁽²⁾. Realmente, la unidad de la Iglesia consiste en que todos los cristianos formen un solo cuerpo místico, vivificado por una misma fe y por la gracia comunicada por unos mismos sacramentos, teniendo por cabeza invisible á Nuestro Señor Jesucristo, y por cabeza visible en la tierra á su Vicario y Vicegerente, el Papa, sucesor de San Pedro en el Pontificado de Roma. Y el único camino para restablecer la grande y antigua unidad de la Iglesia en todas las sectas disidentes, es atender «á la piedra de que fueron cortados», reconsiderar aquellas palabras de nuestro divino Salvador: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella», y volver después al cariñoso regazo de la Santa Madre, la Iglesia católica, de la cual se separaron los iniciadores y fundadores del protestantismo. ¿Será posible un movimiento de retorno hacia el catolicismo en el seno de las confesiones protestantes? Nada sería más grato al corazón verdaderamente cristiano que poder afirmar fundadamente esta esperanza consoladora. No ha llegado aún el día en que esto pueda decirse. Pero hay augurios de que puede llegar en tiempo no lejano. Hoy se nota entre los protestantes una honda preocupación, no exenta de inquietud y remordimiento, por la cuestión de la unidad de la Iglesia: son bastante generales las ansias, los anhelos de reconstituirla, sobre la base de una fe única y de un orden jerárquico y social, único también. La empresa ofrece serias dificultades, lo reconocen sinceramente, pero es preciso hacerlas frente y vencer-

(1) Cf. *An Official Statement by the Commission of the Protestant Episcopal Church.*

(2) Cf. *Unity or Union: Which?*, por el Rev. P. M. Rhineland, D. D., Obispo (protestante) de Chicago.

las. Varios escritores, entre ellos el ministro protestante Robert Campbell, de Canadá, en su obra *Relations of the Christian Churches*, y el americano Marion Simms, en otra titulada: *¿What must the Church do to be saved?*, abogan por la unidad de todas las iglesias (á los protestantes les gusta más este nombre que el de sectas), proclamando anticristiana la división existente.

En Inglaterra esta idea de la unidad perdida también preocupa hondamente, y bastará para probarlo una carta que, firmada por el Arzobispo de Cantorbery y otros obispos y altos dignatarios de varias denominaciones protestantes, se publicaba en el *Times*, de Londres, invitando á consagrar un día (el día de Pentecostés fué el señalado), á la oración para alcanzar de Dios esta unidad de la Iglesia. Declaraban noblemente que no abrigaban ningún propósito de controversia, ni prejuizgaban ninguna cuestión, ni envolvía la oración que pedían otras afirmaciones más que las cuatro siguientes:

1.^a Que Nuestro Señor Jesucristo intentó y quiso que nosotros fuésemos todos unos en visible sociedad.

2.^a Que nuestras divisiones actuales impiden y aun paralizan su obra.

3.^a Que todos nosotros merecemos castigo y necesitamos hacer penitencia por los varios modos en que hemos contribuido á la división ó la hemos promovido.

Y 4.^a Que todos nosotros tenemos necesidad de una inteligencia abierta y sencilla para recibir la luz y más luz todavía, para que por caminos que tal vez ni imaginamos siquiera, podamos ser dirigidos y volver hacia la unidad ⁽¹⁾.

Pero el movimiento más amplio y de mayor empuje hacia la unidad doctrinal y orgánica de todas las Iglesias cristianas tiene lugar actualmente en los Estados Unidos. Hace algunos años, en Octubre de 1910, en una Convención general de la Iglesia protestante episcopal de Norte América, celebrada en Cincinnati, Ohio, se aprobó la idea de celebrar una Conferencia ó Congreso, al que serían invitados todos los organismos cristianos del mundo, para tratar de las cuestiones referentes á la Fe y al Orden y ver de conseguir la unidad de la Iglesia. Se nombró una Comisión, formada por siete Obispos, siete presbíteros y siete seculares para que estudiasen este asunto, la cual dió el siguiente informe:

(1) Cit. en los opúsculos publicados por *The World Conference on Faith and Order*.

«Unánimemente creemos que ha llegado el tiempo en el que
 » todos los representantes de la familia de Cristo, guiados por el Es-
 » piritu Santo, querrán reunirse para considerar las cuestiones de
 » la Fe y del Orden. Creemos, además, que todas las comuniones
 » cristianas están conformes con nosotros en nuestro deseo de de-
 » jar á un lado la propia voluntad, y no tener otros sentimientos
 » que los de Jesucristo Nuestro Señor. Queremos seguir el llama-
 » miento del Espiritu de Dios con humildad y sencillez de corazón.
 » Consideraremos no sólo nuestras cosas sino, colocándonos en el
 » lugar de los demás, prestaremos consideración también á las de
 » ellos, convencidos como estamos de que nuestra esperanza de mu-
 » tua inteligencia reposa en este intercambio personal y mutuo de
 » consejos y deliberaciones, llevado á cabo con un espíritu de pa-
 » ciencia y de amor. Tenemos la convicción de que la Conferencia
 » con el objeto de estudiar y discutir, pero sin poderes para le-
 » gislar y adoptar resoluciones, constituirá el primer paso hacia la
 » unidad.

» Con dolor por nuestro alejamiento en el pasado y por otras fal-
 » tas originadas de la soberbia y confianza en la propia suficiencia,
 » todo lo cual tiene tendencias al cisma; con lealtad á la verdad,
 » tal como nosotros la vemos y con respeto para las convicciones
 » de los demás que difieren de las nuestras; teniendo la creencia de
 » que los principios de la unidad han de encontrarse en la clara ex-
 » posición y completa consideración de aquellas cosas en que dife-
 » rimos, así como de aquellas otras en que estamos conformes, so-
 » metemos respetuosamente la resolución siguiente:

» Por cuanto existe hoy en todo el pueblo cristiano un creciente
 » deseo de que se cumpla la oración de Nuestro Señor, de que todos
 » sus discípulos sean una sola cosa y que el mundo crea que ha sido
 » enviado por Dios:»

» Se resuelve que sea nombrada una Comisión de varios miembros
 » para llevar á cabo una Conferencia para la consideración de las
 » cuestiones tocantes á la Fe y el Orden, y que todas las Comuni-
 » nes cristianas, que en todo el mundo confiesan á Jesucristo como
 » Dios y Salvador de los hombres, sean requeridas para que se unan
 » á nosotros en la preparación y celebración de una tal Confe-
 » rencia.»

Esta resolución ha sido impresa en todas las lenguas habladas
 en los países cristianos, y la idea ha sido acogida con calor en to-
 das partes. Una delegación fué personalmente á Inglaterra para

tratar este asunto con las Iglesias protestantes de las Islas Británicas, y quedó aprobada la idea y se nombraron Comisiones para cooperar á la empresa. En un folleto publicado por la Comisión americana, constan ya los nombramientos de 35 sectas protestantes, adheridas á la empresa. Figuran en las extensas listas personajes eclesiásticos y seculares no sólo de Europa y América, sino también de las Misiones de Asia, Africa y Oceanía.

También se han dirigido oficialmente al Cardenal Gibbons y á otros altos eclesiásticos de la Iglesia católica en Norte América, y según la relación oficial, todos manifestaron interés y simpatía por este asunto, y el Cardenal Gibbons les manifestó deseos de que le informasen de los ulteriores progresos de este movimiento, estimando que sólo bienes eran de esperarse del esfuerzo para promover el espíritu de paz y de unión en que la Conferencia ha de celebrarse. Ofreció rogar á Dios para que tuviesen cumplida realización los deseos y planes de unidad.

En una entrevista con el Arzobispo Platon, de la Iglesia Ortodoxa rusa, declaró éste que aprobaba y le era simpática la idea, y que tendría sumo placer en transmitir al Santo Sínodo de Rusia las comunicaciones oficiales de la Comisión sobre la proyectada Conferencia.

Como se ve, se quiere dar toda la amplitud posible al proyecto, no se quiere excluir á nadie. A LA CIENCIA TOMISTA han dirigido una elegante epístola latina, en la que á la par que la sinceridad de los propósitos resplandece ese espíritu de paz y armonía que desean llevar á la Conferencia. Comienza por poner después de la fecha, 2 de Febrero, «Festividad de la Purificación de la Bienaventurada Virgen María», atención delicada y muy digna de tenerse en cuenta, tratándose de un documento emanado de una entidad protestante. Después de deplorar los males de la actual guerra europea, que debe atribuirse principalmente al olvido y desprecio de los principios de la fe cristiana, señala la necesidad de volver al culto de la saludable doctrina de Jesucristo, para que acabados los tumultos de la guerra, otra vez vuelva á florecer la paz y aumenten y se difundan copiosamente los beneficios de la civilización, de la cual fué siempre promotora y defensora la Iglesia de Cristo. «Pero este preclaro fin—añaden—será muy difícil de obtener, si no se unen en espíritu de amor, depuestas las antiguas divisiones, todos los que en el mundo entero confiesan á Cristo como Dios y Señor, hecho hombre para redimir al género humano, é in-

vestiguen los medios por los cuales otra vez puedan formar un solo cuerpo y restaurar la antiquísima unidad de un solo rebaño y un solo Pastor. Proponiéndose esto la Iglesia Episcopal americana, la cual venera como es debido á la Iglesia Romana, Madre de todas las Iglesias, según frase de San Cipriano, en su Convención general celebrada el mes de Octubre de 1910, decretó trabajar con todas sus fuerzas para reunir un Congreso general, al cual concurriesen todas las Iglesias que adoran á Jesucristo, y con caridad fraterna discutiesen los medios para promover la unión de todos. Antes de que esta empresa tenga feliz cumplimiento, hemos juzgado oportuno rogar á los más eminentes varones, cuyos amores é ideales son robustecer la firmeza de la fe cristiana y propagar el reino de Jesucristo en el mundo, que favorezcan nuestros esfuerzos con sus oraciones, con sus escritos, divulgando nuestros propósitos y defendiendo y predicando la necesidad de la unión de todas las Iglesias. Porque para conseguir este fin deseado por todos los cristianos, es preciso que nos apoyemos más en la oración que en los humanos auxilios.

«Tenemos una gran esperanza de que la gloriosísima Iglesia española, que, unida á la Sede Romana, tantas maravillas realizó ya en el campo de las disciplinas sagradas, ya en la predicación de los preceptos de la Fe á los antiguos habitantes de nuestra América, favorezca nuestros comenzados intentos. Por esta causa, reverendísimo Padre, os enviamos los opúsculos publicados por la Convención general de la Iglesia episcopal americana como prenda de nuestra admiración y cristiana amistad hacia ti y tus compañeros que por tan admirable manera aumentáis la gloria y esplendor de la Filosofía cristiana por medio de la revista LA CIENCIA TOMISTA. Por esos opúsculos podréis tener más amplia noticia de nuestros propósitos, y como vehementemente deseamos, os será grato dar noticia de ellos en LA CIENCIA TOMISTA.

»Haga Dios que, destruidas al fin las barreras de las discusiones intestinas, podamos muy pronto mutuamente congratularnos de la reintegración de la Unidad cristiana los que nos arrodillamos á los pies de Jesucristo, nuestro divino Salvador ⁽¹⁾.»

(1) He aquí el texto latino:

•2 Februarii 1915. Purificationis B. M. V. — Reverendissimo Pater: Tot inter acerba mala et dissidia quae extremam minitantur orbi ruinam; tot inter vastationes et funera, quae lachrymis ac sanguine exultissimas regiones Europae inundant, doctis investigationibus opus non est ut quisquis sibi persuasissimum habeat per oblivionem prae-

¡Hermosos propósitos, noblemente expuestos, que ojalá tuviesen completa realización!

Grandes dificultades, casi insuperables, ha de vencer este espíritu de unión. La Unidad de la Iglesia tiene su fundamento en la Unidad de fe. *Unus Dominus, una fides, unum baptisma*. Como decíamos al principio, el protestantismo, al establecer la libre interpretación de las Sagradas Escrituras, ha abierto de hecho la puerta á toda clase de divisiones, ha roto la Unidad de fe, fraccionando casi al infinito las confesiones ó iglesias cristianas. Ahora bien; no

sertim et contemptum principiorum fidei Christianae vix ac ne vix societatem Christianam pessumdatam fuisse.

Conficitur inde redeundum ad cultum salutiferae doctrinae Jesu Christi, ut sedatis bellorum tumultibus pax iterum in orbe terrarum reforeat, et civilis cultus, cuius promotrix ac vindex semper extitit Ecclesia Christi, beneficia copiose diffundantur augeanturque. Hicce tamen praeclarus finis perdifficilis quidem est obtentu, nisi remotis vetustis dissidiis, amoris spiritu adactae quotquot habentur in orbe Ecclesiae quae Christum Deum ac Dominum profitentur pro redimendo humano genere humana carne indutum, media pervestigent quibus in unum queant iterum coalescere corpus ac perantiquam instaurare unius gregis uniusque ovilis unitatem. Hoc sibi propositum statuens Ecclesia Episcopalis Americana quae qua par est veneratione prosequitur Romanam Ecclesiam, Matricem omnium Ecclesiarum, ut verbis utar S. Cypriani, in suo Conventu Generali habito mense Octobri 1910, decrevit prae viribus urgere convocationem cuiusdam generalis congressus, cui suam praeberent adhaesionem omnes Ecclesiae Jesum Christum Deum adorantes, et in quo fraterna charitate de mediis promovendae Ecclesiarum unionis certamen institueretur. Antequam vero hocce facinus felicem sortiatur effectum, visum est spectatissimos viros quibus cordi est robur Christianae religionis firmare ac regnum Jesu Christi in terris peramplum efficere obsecrari, ut conatibus nostris faveant, suisque precibus ac vulgatis in lucem scriptis proposita nostra palam faciant, ac necessitatem unionis Ecclesiarum tueantur ac praedicent. Etenim, ut peroptatum cunctis Christianis finem consequamur, precibus potius quam humanis auxiliis nitamur opus est.

Vehementissime igitur tenemus spe ut gloriosissima Hispanae gentis Ecclesia, quae Romanae sedi conjuncta tot mira patravit, sive in sacrarum disciplinarum provincia, sive in praeceptis fidei Christianae vetustis Americae nostrae incolis imbuendis, nostris benigne faveat incoeptis. Hac de causa, Reverendissime Pater, tibi tuisque sodalibus, qui christianae philosophiae decus ac splendorem commentario periodico *LA CIENCIA TOMISTA* mirum in modum adaugentis, mittimus nostrae admirationis et Christianae amicitiae pignus, opuscula typis mandata a Generali Conventu Ecclesiae Episcopalis Americanae. Ex eis enim, ut nos spes tenet, pleniorum propositorum nostrorum scientiam haurire valebitis, atque, ut vehementer optamus, eorundem in *CIENCIA TOMISTA* mentionem injicere vobis volupe erit.

Faxit Deus, ut intestinorum dissensionum cuniculis tandem obstructis, quotquot ad pedes Jesu Christi Servatoris nostri divini provolvimur, de redintegrata unitate christiana quam citius mutua gratulatione fungamur. Humillimus servus.

ROBERT H. GARDINER, *Secretarius*.

LA CIENCIA TOMISTA, revista de los Dominicos españoles, Santo Domingo el Real, Claudio Cuello, 114, Madrid, Spain.

es posible ni en un Congreso ni en varios, á consecuencia de una discusión pacífica y amistosa, reformar ó cambiar las ideas religiosas, los principios reputados de fe, que constituyen el ideal y á veces la vida entera de un hombre.

En cada comunión protestante hay algo propio y distintivo, algo que diversifica á unos de otros y los constituye en una individualidad religiosa independiente, y á ese algo difícilmente y con dolor se renuncia. Por eso nos parece muy sensata la idea expuesta en uno de los *reports* de la World Conference. El trabajo que se impone el Congreso propuesto no es para conseguir inmediatamente la unidad apetecida, sino más bien una preparación para ella, formar ambiente, hacer ver su necesidad, conseguir que todos la amen, la deseen y laboren por quitar los obstáculos del camino; y así se podría lograr su total implantamiento dentro de algunas generaciones. Con este reconocimiento de la dificultad y con esa tranquila y perseverante labor para vencerla, la idea se cree realizable, contando siempre con el auxilio divino, implorado por constante y universal oración. ¡Ojalá llegue á lucir ese día feliz, que hoy vemos algo lejano!

Para conseguir esa unidad de fe, en medio de las diferentes confesiones cristianas, sería preciso una revisión de los principios que originaron y dieron sér al protestantismo; para condenar lo que tienen de disolvente y destructor, sería preciso reconocer la autoridad docente de la Iglesia de Cristo, infalible en materia de fe y costumbres. Esta autoridad única es el centro de unión, es el lazo que une á todas las iglesias, á todos los fieles de todas las razas, de todas las lenguas, de todos los tiempos. Sin una autoridad docente, infalible, acatada por todos, es imposible la unidad de fe.

La tradición, la historia, el Evangelio, señalan clara é inconcusamente dónde reside esa autoridad. Aun cuando Jesucristo dió á los Apóstoles, y, por consiguiente, á sus sucesores los Obispos, plena autoridad docente, cuando les dijo: «Euntes docete omnes gentes», la sometió, sin embargo, á la autoridad de San Pedro: «Tu confirma fratres tuos.» «Tu es Petrus et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.» La tradición eclesiástica, representada por los Santos Padres y escritores eclesiásticos, viene á confirmar y dar la verdadera interpretación de estos textos del Evangelio.

Recientemente W. J. Sparron Simpson ha escrito una obra titulada *The Catholic Conception of the Church*. En ella se examina á la luz de las Escrituras y de la tradición patristica la constitución de

la Iglesia. En medio de todos sus prejuicios y buscando siempre una interpretación de los textos más ó menos forzada para dar al episcopado plena é independiente autoridad, y reduciendo á su mínima expresión el Primado de San Pedro y sus sucesores los Papas, que al fin reconoce, estudia los escritos de San Clemente, de San Ignacio, de Tertuliano, de San Ireneo, de San Cipriano y San Agustín, y á pesar de sus esfuerzos para darles un sentido episcopaliano, dejan sin embargo una impresión de que la Iglesia de Roma, el Sumo Pontífice, es la primera é inapelable autoridad, es el centro de la unidad, es la Madre de todas las Iglesias, es á donde deben convenir todas las Iglesias, es decir, todos los fieles esparcidos en toda la redondez de la tierra. No podemos en este artículo seguir al autor en todas sus afirmaciones, ni podemos recomendarle á los católicos, pero si creemos que su lectura entre los protestantes ilustrados y de buena fe, ha de producir tal vez buenos efectos, es decir, mayor respeto hacia la Santa Sede, mayor aprecio hacia la Iglesia romana; y efecto de este respeto y aprecio un movimiento hacia el catolicismo, nombre que el autor quiere aplicar á la Iglesia episcopaliana, rechazando el calificativo de protestante.

En las diferentes sectas ó confesiones protestantes, aun cuando deban su origen á la independencia y libertad de interpretar las Santas Escrituras, una vez formadas por cierto espíritu de conservación, se ha establecido una especie de autoridad docente, en cierta manera infatigable, que ha definido artículos de fe fundamentales, y hasta hay en algunas un Cuerpo formado por obispos y doctores que juzga de las doctrinas y hasta declara fuera de la comunión á los que no se someten á su autoridad. De esta manera, aunque de un modo indirecto, vienen á confirmar la necesidad de la doctrina católica de la infalibilidad del Papa y del Concilio ecuménico, convocado, presidido y aprobado por el Papa.

Otra observación debe hacerse sobre este punto. En la Conferencia ó Congreso propuesto por la Iglesia Episcopal Americana, figurarán como parte integrante y necesaria de los comités ó representaciones de las diferentes Iglesias, personas seculares. Bueno es que los seculares doctos coadyuven al esclarecimiento de un punto de doctrina y que tomen parte, bajo la dirección de los obispos y sacerdotes, en los movimientos de la Iglesia y hasta en las discusiones eclesiásticas, si están dotadas de ciencia y celo por la fe, pero debe tenerse en cuenta que no tienen misión docente en la Iglesia de Cristo. Con la pluma, con la palabra, con el ejemplo, pueden y

deben, cada uno, dentro de las circunstancias en que esté colocado, contribuir á robustecer la fe de sus hermanos, á propagar las prácticas cristianas, á extender el reino de Jesucristo, pero siempre bajo la autoridad y dirección de la Iglesia docente.

Además, es imposible que la mayoría de los cristianos, el elemento popular, tenga un conocimiento detallado y completo de todas las cuestiones de fe y teología dogmática y moral: sería preciso para esto que todos los fieles tuviesen oportunidad de cursar con aprovechamiento la carrera eclesiástica. Basta para la generalidad de los fieles, el conocimiento y fe explícita de aquellas verdades, que en este sentido, podríamos llamar fundamentales, contenidas en el Catecismo de la Doctrina Cristiana. De esta manera, explícitamente en unos, explícita en lo fundamental, é implícitamente en todo lo demás, se realiza la unidad de la fe en la Iglesia Católica.

*
* *

De todas maneras, es consolador é infunde grandes esperanzas este movimiento hacia la unidad de la Iglesia, que preocupa, no sólo á los episcopalianos de Norte América, sino también á los presbiterianos de Canadá y á los anglicanos del Reino Unido y á otras muchas Iglesias disidentes.

En la *Revista Teológica de Harvard* (Estados Unidos) del mes de Julio del presente año, se estudia en un artículo de D. J. Fraser este movimiento de unión en Canadá, cuyos resultados hasta ahora han sido, *Montreal College co-operacion* (Unión de Seminarios), *Church Unity League* (Liga de Unión Eclesiástica), y las negociaciones para la unión orgánica de las comuniones (protestantes), congregacional, metodista y presbiteriana.

En el anglicanismo se nota ya hace tiempo un movimiento hacia la Iglesia católica, que ha dado origen á numerosas conversiones. Paul Thureau Dangin, de la Academia francesa, publicó hace algún tiempo *La Renaissance Catholique en Angleterre*, obra traducida al inglés con el título *The English Catholic Revival in the Nineteenth Century*. Esta obra relata todos los adelantos del catolicismo y sus doctrinas en la Iglesia anglicana desde lo que se llama *Oxford movement*, hasta la muerte del Cardenal Manning en 1892. La doctrina de la Eucaristía y el culto de la Virgen, son dos puntos en que varios miembros de la Iglesia anglicana se acercan cada vez más á las doctrinas y prácticas de la Iglesia Católica. Sobre estos pro-

gresos es digno de leerse el estudio que con el título de «Anglicanism past and present» ha publicado en la *Dublin Review* el escritor católico James Britten ⁽¹⁾.

*
* * *

Diríase que en el seno del protestantismo hay una especie de fermento religioso que va modificando los corazones y las inteligencias para recibir un día la plenitud de la gracia de la conversión. No en vano lee continuamente la palabra de Dios, el Santo Evangelio, que le recuerda verdades abandonadas, como la Unidad de la Iglesia, «un solo rebaño y un sólo Pastor», la Supremacía del Pontificado de San Pedro, y, por consiguiente, de sus sucesores los Obispos de Roma, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, el culto de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, verdades que, á pesar de los prejuicios y de las falacias de interpretación del texto sagrado, se imponen al alma que devotamente lee la relación evangélica y que causan esa inquietud y esa especie de remordimiento en los protestantes pensadores, de recto corazón y buen deseo de ser verdaderos cristianos, verdaderos discípulos de Cristo.

Siempre de estos movimientos, de estas discusiones, de estas inquietudes del protestantismo, han resultado numerosas conversiones al catolicismo: los nombres gloriosos de Newman y Manning van unidos al movimiento de Oxford. Esperemos que la actual efervescencia produzca también buenos resultados, aun cuando no sean tan grandiosos y completos como serían de desear. Nos piden nuestras oraciones; este es el aspecto más simpático de este movimiento: humildemente confiesan que esperan más en la oración que en los auxilios humanos. Nuestras oraciones no han de faltar; rogaremos al Dios de las misericordias y Padre de las luces, por el feliz éxito de la Conferencia mundial propuesta, para que, amando de veras la unidad, lleguen á descubrir al fin dónde se encuentra; y venciendo todos los obstáculos, se incorporen al centro de donde irradia la unidad que anhelan.

¡Domine, ut videant!

FR. J. M. C.

(1) He aquí una lista de los opúsculos recibidos de la Comisión de *The World Conference on Faith and Order*:

- Report and Resolution of the Protestant Episcopal Church suggesting the Conference, and Report and Resolutions of the National Council of the Congregational Churches of the United States looking to Reunion with the Protestant Episcopal Church.
- Report and Resolution of the Protestant Episcopal Church suggesting the Conference.
- Report of April 20, 1911, of the Committee on Plan and Scope of the Commission of the Protestant Episcopal Church.
- The World Conference and the Problem of Unity. By the Rev. Francis J. Hall, D. D.
- Letter to the Council of the Old Catholic Churches in Europe.
- An Official Statement by the Commission of the Protestant Episcopal Church.
- Prayer and Unity.
- Questions of Faith and Order for Consideration by the Proposed Conference. By the Rt. Rev. A. C. A. Hall, D. D., Bishop of Vermont.
- A Bibliography of Topics related to Church Unity. By the Rev. F. J. Hall, D. D.
- Unity or Union: Which? By the Rt. Rev. P. M. Rhinelander, D. D., Bishop of Pennsylvania.
- The Conference Spirit.
- The Manifestation of Unity. By the Rt. Rev. C. P. Anderson, D. D., Bishop of Chicago.
- List of Commissions already appointed to March 20, 1914.
- Report to the General Convention of 1913 of the Protestant Episcopal Church by the Commission appointed by that Church.
- A First Preliminary Conference.
- Report of the Committee on Church Unity of the National Council of Congregational Churches.
- A World Movement for Christian Unity. By the Rev. L. M. A. Haughwout.
- Manual of Prayers.



BOLETIN DE CUESTIONES SOCIALES

CUESTIONES PARTICULARES

Los efectos desastrosos y paralizadores de la guerra europea hanse dejado sentir de un modo singularmente funesto en la producción literaria social. Ante esa horrible hecatombe, han caído por los suelos algunas teorías, y se han defraudado muchas esperanzas ó ilusiones sobre organización económico-social de los pueblos. El poder de las ideas pacifistas, que toda tendencia democrática implica, y la fuerza, que parecía incontrastable, de las organizaciones proletarias, fueron vencidos en el momento en que los Poderes públicos decretaron las movilizaciones. Por eso, en gran parte, se ha suspendido el juicio, y la labor intelectual de los reformadores ha sufrido un paréntesis que encierra un inquietante signo de interrogación. El fracaso, en concepto de muchos, no sólo ha afectado al socialismo, sino á la misma democracia cristiana, algunas de cuyas ideas guardan con la escuela socialista notables analogías.

Para estas ideas madres ó fundamentales, aun no dilucidadas suficientemente, es para las que nos atrevemos á asegurar que no ha habido ni habrá fracaso de ningún género, sino que continuarán viviendo en la conciencia pública civilizada, y seguirán inspirando á los que, por encima de sus equivocadas, mixtificadas ó adulteradas interpretaciones (por cuyo motivo resultaron ineficaces), como hicieron en mal hora los socialistas anticristianos, creen firmemente en un porvenir de paz y de democracia universales.

Bastaría para convencerse de ello leer (y nosotros lo aconsejamos á nuestros lectores) el *Discurso* profundo, documentado y alentador que poco ha leyó en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el Sr. Fernández Prida en el acto de su recepción (23 de Mayo) y la hermosa contestación del Marqués de Figueroa, sobre *La crisis del derecho internacional*. «El azote de la guerra...», dice Fernández Prida, parece haber llevado al ánimo de las gentes una idea, que tiende á ser unánime en medio de la asombrosa diversidad de juicios que el conflicto suscita: la de que el derecho internacional (y toda la doctrina democrática social, añadimos nosotros) que no logró evitar el choque de las fuerzas contendientes, ni encauzar su acción destructora, ni conducirla rápidamente á términos de paz y de justicia, es algo inútil, que debe ser definitivamente arrinconado en los surcos donde se conserva el recuerdo de pasadas instituciones jurídicas». «Motivos de índole económica, creciente solidaridad

que une á las naciones, propagandas pacificadoras, campañas violentas del socialismo internacional, venían á robustecer la fe en las soluciones amistosas de los conflictos entre Estados; y, sin embargo, todas estas esperanzas, como construcción mal cimentada, se derrumbaron con estrépito, bastando el espacio de unas cuantas horas para que el incendio de la guerra se extendiese por la mayor parte de Europa y llegara á prender hasta en los remotos países del Extremo Oriente.

Pero (dice en conclusión el Sr. Fernández Prida, después de largos y concienzudos razonamientos que no es posible extraer) «el derecho internacional *no es el autor de la actual sociedad de los pueblos*, sino que, *tal como ella es*, tiene que limitarse á darle reglas, susceptibles de una aplicación inmediata. Ni tampoco la misma ciencia, aun moviéndose con mayor libertad en su esfera, puede hacer otra cosa más que analizar atentamente la realidad que estudia, señalar imperfecciones ó proponer remedios: nunca llevar á la práctica estos últimos, que es labor solamente á la política de los Estados reservada.

«Si, pues, hay deficiencias en la organización social de la coacción para las relaciones internacionales; si de ahí nace, á veces, el incumplimiento de los tratados ó la inobservancia de las costumbres de la guerra; si el Estado, con daño de la imparcialidad y peligro de la justicia, es, á la vez, en sus litigios, demandante que reclama, juez que falla y fuerza que ejecuta; si hay apelaciones indebidas á la violencia, y los poderosos abusan de los débiles y resisten en mayor medida el freno del derecho; si el reconocimiento internacional no puede reservarse á los Estados de formación legítima; si se amparan en él conquistas reprobables, y si el equilibrio, por fin, es un *modus vivendi* que, á pesar de todas sus vaguedades y peligros, no cabe desterrar totalmente de la vida internacional contemporánea, el origen de tamaños males no ha de buscarse en la imperfección, ni atribuirse á la inutilidad de las reglas jurídicas, sino explicarse por que en la evolución histórica de las agrupaciones humanas no se ha llegado aún, ni es dado saber si habrá de llegarse algún día, á la constitución de la universal sociedad de los pueblos sobre base más firme que la proporcionada hoy por la absoluta independencia que cada uno de aquellos reivindica».

«Aguardemos, pues, atentos siempre á las enseñanzas de la Historia, á que al fin de la crisis presente, como al término de tantas otras, permita continuar, con redoblados bríos, la marcha progresiva del derecho en las mutuas relaciones de los pueblos; pensemos, como Ihering, que las grandes perturbaciones sociales son aspiraciones decididas á una organización mejor; y confiemos en que, disipados los naturales pesimismos de hoy, no esté lejano el día de un más seguro y universal reinado de la paz y de la justicia».

Nosotros, los católicos sociales, somos los que más motivos tenemos para confiar en el triunfo de nuestros ideales y de nuestras doctrinas pacifistas aun en medio de esta gran catástrofe que preveíamos y esperábamos como epílogo de una civilización que pretendió apartarse de Dios y de su Evangelio.

Lejos de apartarnos, ni en un ápice, de nuestras doctrinas sociales democráticas, debemos confirmarnos más en ellas al ver palpablemente que el pacifismo sin Cristianismo es una utopía, la cultura sin la ética una mentira, y la organización y liberación del Proletariado sin el Evangelio un fracaso inevitable.

Justicia social.—No nos cansaremos de repetir que la *Cuestión social* con todos sus derivados no es una cuestión de *beneficencia*, una aspiración generosa á *mejorar*, sino una cuestión de *rigurosa justicia*. Por eso todo cuanto se diga y se haga sin llegar al fondo y descubrir y aplicar lo que la Justicia dicta en las relaciones económicas de unos individuos con otros en la vida asociada, será totalmente inútil si es que no llega á ser contraproducente. ¿Cuál es el contenido puro de esa palabra tantas veces repetida? ¿Cuál es su alcance y cuáles son sus límites, aplicable todo ello á la terrible contienda entre el Capital y el Trabajo?

El P. Vermeersch, uno de los escritores sociales más profundos y distinguidos de la culta y desgraciada Bélgica, ha tratado de realizar esa labor en su libro recientemente traducido al castellano, *Cuestiones acerca de la Justicia* (1).

«En este libro, dice su autor en el prólogo, no abarcamos todas las cuestiones de *Derecho* y de *Justicia*, sino solamente las que son necesarias para resolver las cuestiones más concretas ó que más relación tienen con las actuales controversias».

En el primer tomo estudia cuatro cuestiones: *La virtud de la justicia y su división.*—*La justicia legal y la distributiva.*—*El derecho de sufragio y los tributos.*—*El vicio de la injusticia y la restitución.* El segundo tomo está todo él consagrado á estudiar *El Socialismo y la Propiedad privada*, dividiéndolo en cinco capítulos: *El Socialismo.*—*El derecho de propiedad privada.*—*Causa próxima de la propiedad ó hecho primitivo de donde se deriva.*—*La propiedad intelectual é industrial.*—*y Ventajas del poseedor.*

El método adoptado por el P. Vermeersch es el escolástico, sobre todo en el primer tomo. Esto le lleva no pocas veces á desmenuzar y sutilizar en demasía los conceptos, siendo quizá causa de que los lectores poco acostumbrados á ese sistema, sientan cierta fatiga y ansiedad en la búsqueda de las ideas sintéticas y de las afirmaciones terminantes.

Entremos desde luego en materia. En términos generales la justicia es la realización del derecho; es dar á cada cual lo que *en derecho* le pertenece. Aquí, naturalmente, el que lleva la idea fija de aplicar los dictados de esa virtud á la materia económico social, busca una tabla de derechos fijos, absolutos para acomodarla con preferencia y sin contemplaciones á las relaciones concretas del Capital y del Trabajo. Pero qué difícil es esto. Si partimos del concepto de *persona*, el *ser que existe para sí*, para su propio bien, para su fin, para lo cual debe tener subordinados otros seres, en tal forma y manera que la *persona* no puede ser nunca considerada como un medio subordinado á otras personas, sino paralela á ellas y disfrutando de la misma dignidad y autonomía, caemos en el individualismo y hasta en el anarquismo; y si consideramos á la *persona* capaz de ser un medio ó un instrumento de otras personas, para la fijación de los derechos, podemos ir á parar al socialismo y la esclavitud, ó sea á la absorción completa de unas personas por otras en todos los órdenes de la vida.

(1) *Cuestiones acerca de la Justicia*, por el P. A. VERMEERSCH. S. J. Dos tomos en 8.º de 312 y 303 páginas. Traducción de D. Pedre Valls Tarragó, Presbítero. «Ciencia y Acción». S. Calleja. Madrid.

El hecho de vivir en sociedad echa por tierra el individualismo absoluto; unos hombres se ayudan á otros; hay intercambio de acciones, y este intercambio crea derechos de unos para con otros, enlazándolos fuertemente; de otro lado el derecho y la justicia protestan contra esas derivaciones de la vida asociada, por las cuales ocurren casos de verdadera esclavitud y de socialismo parcial y absorbente, constituyendo estos vicios lo que se llama *cuestión social*.

De este laberinto debiera sacarnos el concepto claro de *derecho* y de *justicia*. El lector verá si en los siguientes párrafos del P. Vermeersch se destaca con claridad el criterio deseado.

«Además de las cosas propiamente dichas 'dice al querer determinar tres clases de derecho objetivo, pág. 24) que *totalmente* se pueden ordenar al bien de una persona, las mismas personas físicas, salva su dignidad personal, y, por consiguiente, *no por sí mismas*, sino *por lo que es suyo*, se ordenan en concepto de *partes* al bien de la persona moral (sociedad) á la cual pertenecen, y ésta, á su vez, en cuanto es *el todo*, se ordena al bien de las personas físicas, que son sus miembros.

«La persona privada, además de las cosas que puede llamar *suyas* porque inmediatamente se ordenan á su bien, también puede decir *suyas* las cosas (en sentido lato, las acciones y los bienes exteriores) que inmediatamente son de la comunidad. También la *comunidad*, además de lo que le pertenece inmediatamente con el bien de las personas, que son miembros de la comunidad.

»Por este triple *mío y tuyo* que acabamos de exponer se expresa el orden peculiar de algunas cosas al fin, ó sea al bien de alguna persona; y la persona tiene potestad moral inviolable para exigir ese orden. Tenemos, pues, aquí el triple objeto de esta potestad, es decir, del derecho.

»Pero no se aplica de la misma manera á los tres casos el *mío y tuyo*. Porque esos tres órdenes á los que compete esa razón que hemos explicado, no tienen el mismo concepto formal, sino que media entre ellos una diferencia específica.

»Desde luego salta á la vista que la primera acepción que hemos dado al *mío y tuyo* tiene lugar desde el momento en que, además de la cosa subordinable á una persona, haya otras personas que deban respetar esa subordinación, ó sea dondequiera que haya *una reunión* de hombres; la segunda y tercera acepciones no tienen lugar sino cuando las personas tienen entre sí relación de partes y todo, esto es, cuando forman *una sociedad perfecta*... Por lo tanto: primero, al desaparecer la conexión inmediata de los bienes con la persona á la cual pertenecen, desaparece por lo mismo el derecho mediato; segundo, la persona que tiene derecho mediato sobre una cosa, no puede considerarla como exclusivamente suya, sino que ha de respetar y reconocer el derecho inmediato de la otra persona; tercero, *la cantidad material de una cosa que corresponde por derecho á una persona, varía según la naturaleza de la conexión que tiene la cosa con la persona*. Así, en el primer caso la cosa es *mía totalmente*, ó sea en toda aquella cantidad que dice conexión inmediata conmigo. En el segundo y tercer caso hay que ver primero qué es lo que exige la conexión inmediata de la cosa con la otra persona. Además, en el segundo hay que atender á la conexión que tienen los demás miembros con la comunidad. Por lo cual, si una cosa que es de la comunidad debe hacerse *inmediatamente* propia de los miem-

bros, es menester distribuirla según lo que corresponde á cada uno. Más breve: los ciudadanos tienen derecho á que la sociedad mire por igual al bien de todos, pero teniendo en cuenta *la condición de cada uno*.

»Por último, en el tercer caso hay que ver qué necesita la sociedad para su subsistencia y perfección; y si es necesario hacer propios de ella algunos bienes de los miembros, hay que ver á lo que está obligado respectivamente cada uno; es decir, la sociedad tiene derecho á exigir la cooperación de los ciudadanos equitativamente, en proporción á *la condición de cada uno*. Luego la cantidad que se exige de cada miembro no representa un número absoluto, sino *relativo ó proporcional*» (pág. 27).

En resumen (si es que hemos entendido rectamente este largo y profundo raciocinio): lo *mío y tuyo*, cuya distribución pertenece á la *justicia*, no constituyen derechos absolutos é ilimitados á no ser cuando se refieren á objetos ó cosas *ilimitadas*, v. g., los bienes espirituales, cultura, perfección, etc.; pero cuando se refieren á objetos de suyo *limitados*, como son los bienes materiales ó económicos, en cuya adquisición y uso nos hemos de encontrar siempre con otras personas, que buscan lo mismo, entonces no puede haber un *tuyo y mío* absolutos é ilimitados; esos derechos tienen que estar, por necesidad, condicionados y regulados por la sociedad ó por las demás personas que están enfrente de nosotros. El P. Vermeersch introduce aquí, para esa regulación y limitación, una idea que nos parece prematura si es que no la calificamos ya de injusta: la de la *condición de cada uno*. ¿Es que no puede haber *condiciones* injustas? ¿Es que la misma *condición* en que se supone á las personas, para dar ó recibir más ó menos, no debe estar regulada por la justicia y el derecho?

Por eso, cuando más adelante (pág. 34), entrando en la definición de la justicia y su demostración, analiza el acto de justicia, la última razón ó motivo que aduce para afirmar que tal acto es justo, es una razón que nos parece secundaria, que carece de fundamento. «¿Por qué, dice, un acto es justo? Porque se le debe a Ticio. ¿Por qué se le debe? Porque tiene derecho. ¿Por qué tiene derecho? Porque *posee* tal cosa, porque es hombre, porque se le ha adjudicado en virtud de tal contrato, etc.» Ni la posesión, ni el contrato son ideas primitivas que puedan decirnos lo que es la justicia; la justicia, por el contrario, es la que debe regular la posesión en su raíz, lo mismo que los contratos, etc.

La clasificación que hace el P. Vermeersch de la justicia es la escolástica: *justicia general ó legal, justicia conmutativa y justicia distributiva*, impuesta por el hecho y la necesidad de vivir en sociedad. No estamos conformes con el P. Cathrein, que dice ser solamente *rigurosa justicia la conmutativa*, o sea la que va de individuo á individuo y no la que va de los individuos á la sociedad (legal) ó de ésta á los individuos (distributiva).

Esta distinción inicial entre *justicia rigurosa y no rigurosa* se presta luego á muchas confusiones y dificultades, como tendremos ocasión de observar. Para nosotros tan justicia es la que debe regular las relaciones de unos individuos con otros, como la que tiene por objeto condicionar las relaciones de cada individuo con el bien público y en atención á él, y las derivaciones de éste con cada asociado, mediante la Autoridad encargada de determinar estas relaciones para asegurar el derecho de todos. Aquí radica la divergencia entre el criterio *individualista* y el criterio *social* para las cuestiones económicas obreras.

Después de estos preliminares, el P. Vermeerseh pasa á estudiar la *justicia legal* y la *distributiva*, pues como él nota, con mucha razón, «para mejor resolver varias controversias de actualidad relativas á los tributos, al justo salario de los obreros, etc., es preciso tener idea clara de las dos partes de la justicia llamadas legal y distributiva. Pero si es necesaria y de importancia esta cuestión, no es menor la dificultad que ofrece; tanto más, cuanto que los autores de primera nota de los siglos xvi y xvii apenas la trataron por la poca importancia que entonces tenía» (pág. 69).

En la indagación más atenta de estos aspectos de la justicia, es donde estriba la *novedad* de lo que ha querido llamarse *catolicismo social* ó *democracia cristiana*, locuciones que para muchos carecen de sentido real. No incluyendo dentro de la justicia rigurosa los actos *exigibles* por la Autoridad á los ciudadanos y los *exigibles* por éstos á aquélla, respecto á los bienes materiales, es indudable que el derecho individual sobre los mismos bienes, una vez *poseídos*, *contratados*, etc., etc., jamás puede ser alterado ó modificado en nombre de la justicia aunque lo reclame el bien común ó bien social. Los tratadistas modernos que pertenecen á la escuela social definen esta justicia, que puede llamarse social ó colectiva, «aquella por la cual damos á la sociedad lo que le es debido para procurar el bien común de los ciudadanos».

La tesis que asienta el P. Vermeerseh es la siguiente: «La justicia general prescribe (imperá) como debido al bien común los actos de varias virtudes impuestas a los ciudadanos, ó por alguna ley positiva de la comunidad, ó por su conexión necesaria con el bien común» (pág. 73). La fecundidad de esta doctrina, que afirma la coexistencia (si no la superioridad) de una *justicia social* con la justicia puramente *individual* (comutativa), aparece clara, pues traspasa los límites de la sociedad nacional y fundamenta la teoría de la sociedad universal y de la filosofía pacifista. Si el derecho ó la justicia social condiciona el derecho individual en aras del bien común, el bien de la Humanidad tiene que condicionar también y limitar el derecho y la justicia nacionales. Supongamos la doctrina contraria y resultará: que los bienes materiales serán patrimonio sagrado é intangible de los más fuertes, afortunados y acaparadores, sin que haya posibilidad de contener tales extralimitaciones, la horrible competencia económica y la lucha de clases, y que el estado normal de las naciones al extender sus derechos ilimitados sin otras consideraciones, será el estado de guerra con los horrores que estamos presenciando.

«Esta cuestión, dice el P. Vermeerseh (pág. 84), está relacionada en otra no menos importante, sobre la necesidad de admitir ó no una sociedad internacional fundada *no en algún pacto, sino en la misma Naturaleza*; pues si existe esta sociedad, habrá algún bien común que procurar, y este corresponderá á la *justicia general*».

«Pues bien; añade, Suárez (*De legibus*, l. 2, c. 19, núm. 9), ya con su tiempo, de la necesidad de prestarse mutua ayuda los pueblos ó naciones y de comunicarse entre sí, deducía la existencia de una sociedad general que lograrse estos fines, que cada sociedad civil no puede obtener por sí sola. Con mucho mayor razón parece que se ha de admitir esta unión social hoy que tanto se han generalizado y facilitado las comunicaciones de unas naciones con otras, llegando á crear cierta uniformidad universal de costumbres y de cultura. La Naturaleza, al originar necesidades mutuas entre los pueblos, juntamente los in-

duce á formar sociedad, y sanciona eficazmente su constitución. Por lo demás, sólo así se pueden explicar bien ciertos puntos muy particulares del derecho internacional que hay que respetar aun en tiempo de guerra, aun sin haber sido objeto de ningún pacto formal, como es, por ejemplo, que el alta mar no está sujeta á la jurisdicción de nadie, aunque las tres millas próximas á las costas se consideran de dominio de los respectivos pueblos». Sin embargo, hay escritores católicos que impregnan estas teorías, en virtud del mismo criterio *individualista*.

La cuestión relativa á la *justicia distributiva* (páginas 88-131), también merece algunas observaciones. De igual modo aquí puede predominar el criterio *individualista* ó el criterio *social*, variando notablemente las consecuencias y las aplicaciones.

Con razón dice el P. Vermeerseh: «Al derecho en virtud del cual pertenecen mediatemente á los ciudadanos los bienes de la comunidad, debe corresponder un deber en la comunidad, es decir, en los que la representan, *distinto de la obligación de procurar el bien común*, á saber: el de procurar que los ciudadanos *participen de las utilidades comunes*, no como quiera, sino dando á cada cual lo que de los bienes comunes es suyo; suyo decimos, del modo especial que es propio de los individuos lo que pertenece á la comunidad. Pues bien; este deber de la sociedad para con los ciudadanos lo hace cumplir la justicia distributiva».

La cuestión esta ahora en saber «cuáles son los bienes comunes á que pueden tener derecho los individuos, y la sociedad obligación de distribuirlos.» Los tratadistas antiguos asignaban como materia propia de la justicia distributiva los «cargos», las «cargas comunes», y así, en términos generales, «cosas comunes», y algunos, como Molina, «los bienes superfluos». Como *en cierto modo* los bienes particulares materiales pertenecen, por múltiples relaciones, á la colectividad en que los particulares viven, de ahí que la moderna tendencia trata de incluir, con mucha razón, en la justicia distributiva los bienes económicos de la misma sociedad. Así, la fórmula que propone el ilustre Toniolo en su libro *El concepto cristiano de la democracia*, es la siguiente: «En una sociedad bien constituida las cargas deberían distribuirse en proporción á la capacidad de los ciudadanos, y los bienes, en proporción á su importancia ó necesidad» (pág. 93), fórmula que dista bastante de la sustentada por el socialismo: «Todas las cosas frugíferas deben poseerse en común, y los frutos del trabajo colectivo han de repartirse conforme al trabajo puesto por cada uno, hasta que con el progreso de la cultura y de las costumbres, se pueda aplicar esta otra regla más perfecta: que cada uno contribuya con su trabajo á medida de sus fuerzas y perciba las utilidades á medida de su necesidad.» Digo que dista bastante esta fórmula de la anterior, porque si bien en esta última aspiración debemos estar todos conformes, para llegar á ella no hay necesidad de suprimir la propiedad privada; basta sólo con ponerla límites y moverla, en tal forma que todos participen de los bienes de la Tierra; porque no otra cosa es el bien común de una sociedad sino el bien de todos los que la componen; lo demás es metafísica vana.

La tesis del P. Vermeersch (pág. 94) es la siguiente: «La justicia distributiva tiene por objeto directo los bienes comunes que hay que repartir, y por indirecto solamente las cargas. El fin de la proporción que guarda es satisfacer cumplidamente (igualar) el derecho especial que los socios tienen sobre

los bienes comunes. La cantidad de este derecho hay que medirla, en primer lugar, por lo que reclama el bien común, y en segundo lugar, por la norma de la igualdad.»

Pero, repito, que todo esto es, a nuestro juicio, vana palabrería, mientras no se determine con toda claridad *qué se entiende* por BIENES COMUNES; qué es lo que puede y debe repartir el Estado ó el Gobierno por justicia á los ciudadanos, por tener estos riguroso derecho á tales distribuciones. El problema es arduo, pero no puede negarse que es fundamental. Se emplean con mucha frecuencia las palabras «bien común» (el que debe procurar el Estado) y «bienes comunes» (los que debe distribuir); pero sin señalar con precisión su contenido. Descartando, desde luego, que no pueden ser materia propia de la *justicia distributiva* las funciones que son propias de todo Gobierno por elemental que sea como son la tutela, la conservación del orden público, la enseñanza, etc., etc., es indudable que esos «bienes comunes» que debe distribuir el Estado se contraponen en la «propiedad privada.» Es decir, son los bienes materiales económicos que hay en la Nación y sobre los cuales tiene dominio el Estado para distribuirlos entre los ciudadanos que los necesitan por no haber logrado la indispensable «propiedad privada.» Y que la *justicia distributiva* debe tener por objeto algún bien económico concreto, lo da á entender el mismo P. Vermeersch cuando más adelante (pág. 100) trata de enumerar esos «bienes comunes.» «Los bienes, dice, son: los cargos, la tutela ó garantía de la libertad y de los derechos, las subvenciones pecuniarias para crear diversas instituciones, como escuelas públicas, etc., para fomentar las artes y las ciencias y para socorrer á los menesterosos.» Subrayamos nosotros estas últimas palabras porque con ellas se apunta, aunque con vacilación, á la meta del problema. Antes que los cargos públicos y la garantía de la libertad y el fomento de las artes y de las ciencias, creo que está el hacer efectivo el *derecho á la vida* de cada ciudadano, con los elementos económicos necesarios para sustentarla, máxime cuando el *pauperismo* y el *proletariado* son fenómenos constantes en el actual régimen económico de las sociedades. El *socorro á los menesterosos*, no en calidad de deber moral ó de limosna voluntaria y generosa por parte del Estado, sino como deber de *rigurosa justicia*, es lo que entiendo yo pertenece al objeto propio y primordial de la *justicia distributiva*. Esto claro está que amenaza a la propiedad privada, no á la propiedad privada en su raíz, sino en su extensión; y aquí está la razón de las vacilaciones y de los doctrinarismos de muchos autores.

Pero yo pregunto: ¿es que los excesos de una virtud ó los excesos cometidos en nombre de una virtud ó de un derecho no tienen dentro de la misma virtud limitaciones ó cortapisas para ser corregidos ó evitados? No perdamos de vista que estamos tratando de la justicia (no de la caridad ó beneficencia), de la virtud por la cual se ha de dar á cada uno *lo suyo* en la medida de la igualdad y en tal forma que, haciéndolo, no resulte nadie perjudicado, nadie sin lo necesario para vivir. ¿Cómo es, entonces, que desenvolviéndose la justicia en las sociedades actuales, resultan tantos *menesterosos* y *desheredados*? Importa poco para el caso que la justicia se considere como una virtud simple, ó compuesta de sus consabidas partes, *legal*, *conmutativa* y *distributiva*. Ya hemos indicado más atrás que algunos en vista, sin duda, de estas dificultades y conflictos, no dan á la *justicia legal* y *distributiva* el atributo de *justicia rigu-*

rosa; es decir, dan á las relaciones económicas privadas de individuo á individuo (conmutativa) una superioridad tal sobre las de los individuos con la Autoridad y las de esta con los individuos, que llegado el caso en que en la lucha económica (más terrible y trágica á veces que la lucha cuerpo á cuerpo) los más fuertes y hábiles absorban los bienes de los más débiles ó desgraciados, estos han de quedar totalmente despojados, sin que la Autoridad, con la justicia distributiva en la mano, pueda defender y hacer prevalecer los derechos fundamentales de la vida contra los acaparadores, ambiciosos ó afortunados que tienen más de lo necesario.

Y entiendo que esos posibles y reales excesos de la *justicia conmutativa* deben estar rigurosamente limitados por la *justicia distributiva* tan sagrada é intangible como la primera. De lo contrario, tendríamos que admitir esta contradicción: *que la justicia es injusta ó que la justicia es insuficiente para realizarse á sí misma*. Igualmente sería ridículo suponer que sólo puede ponerse en práctica la *justicia distributiva* cuando el Estado tiene *bienes comunales*.

Hasta qué punto puede y debe desenvolverse libremente la propiedad privada; hasta qué punto debe esta tener en cuenta la población general y sus necesidades; hasta qué punto el Estado ó las Organizaciones profesionales deben asegurar el *derecho á la vida* de los desheredados y proletarios teniendo presentes los límites de la propiedad individual, he aquí una serie de cuestiones gravísimas que los tratadistas pasan por alto, y entre ellos el P. Vermeersch, debiendo afrontarlas con resolución.

No obstante, convencido sin duda nuestro autor de que este programa es el que constituye el fondo y la razón de ser de la *Democracia cristiana* dedica á esta un Apéndice (páginas 118-131), que no tiene de particular más que el haberlo colocado con acierto en este sitio para mover sin duda á la inteligencia á la lectura entrelíneas.

Efectivamente, la *Democracia Cristiana*, plantea una serie de cuestiones de rigurosa justicia social, afirmando implícita ó explícitamente que en el actual orden de las sociedades hay un quebrantamiento habitual, profundo, tolerado ó francamente autorizado por las leyes y gran parte de la opinión, de la justicia en las relaciones económicas; quebrantamiento que debe ser reparado á todo trance y con toda urgencia. Por eso nos parecen aún insuficientes las definiciones que el P. Vermeersch apunta acerca de la *democracia social*. «Con el nombre de *Democracia cristiana*, dice (pág. 121), se puede significar la agrupación de ciudadanos que, siguiendo los principios católicos, bajo cualquier forma de gobierno, favorecen al pueblo y se consagran á procurar su bien y sus comodidades. Estos favorecen los *intereses del pueblo y de los obreros*, como otros protegen los *intereses de la industria y de la burguesía*.» No, la *Democracia cristiana* no es ó no debe ser cuestión de *preferencias*, simpatías ó *parcialidades* por una clase ó por una serie de intereses, como suelen ser los partidos al uso; la *Democracia cristiana* proclama la falta en las modernas sociedades de una *función social*, la de la *justicia distributiva*, tan esencial como la función legislativa, ejecutiva ó judicial.

«Siempre apoyan sus teorías y su conducta, dice el P. Vermeersch hablando de los demócratas cristianos, en la encíclica *Rerum Novarum*; son propagandistas incansables de las corporaciones obreras, reclaman la protección del Estado, mediante la adopción de leyes en favor de los obreros, para proveer a

la defensa de aquellos derechos que ellos no puedan defender por sí mismos: tales son la indemnización por los accidentes del trabajo, la protección de las mujeres y de los niños, la limitación de las horas de trabajo, y el descanso en los días festivos y durante la noche. Afirman además que el Estado actual es muy defectuoso, y que el mejor medio de reforma y como el centro de un nuevo orden de cosas serían los gremios».

Y en efecto, algunas sentencias del inmortal León XIII dan pie para que afirmemos esa quebrantamiento oficial y ese abandono inconcebible de la *justicia distributiva*. No hay para qué acumular citas. El P. Vermeersh dice: «En la encíclica *Recurvum Novarum* se afirma tan terminantemente que en la sociedad moderna los obreros son víctimas de muchos males, y que hay que procurar su remedio, que ningún católico puede dudar de esto», (pág. 125).

Lo que exalta é irrita los ánimos es que, después de reconocerlo, no se proponga algún remedio que vaya á la raíz del mal y se contente todo el mundo con el empleo de ciertos parches. Por ejemplo: el P. Vermeersh señala como *puntos principales de discrepancia entre los católicos y, por lo tanto, como materia opinable*, los siguientes:

«1.º Si es ó no conveniente designar con el nuevo nombre de *Democracia cristiana* la acción social de todos los buenos.

2.º Qué opinión debe adoptarse en ciertos puntos particulares; como, por ejemplo, *por qué título* hay que pagar el salario familiar.

3.º Qué se debe pensar del actual estado de cosas, que unos juzgan detestable, y otros no».

A esto tenemos que observar: 1.º Que la cuestión del nombre es lo de menos; 2.º Que el *salario familiar*, como postulado de la *justicia*, debe ser incuestionable, porque sin esta base ni es posible redimir á la mujer y al niño, ni es practicable la virtud del *ahorro*; 3.º Que después de lo dicho, el actual estado de cosas no puede ser más detestable y escandaloso.

La cuestión dedicada al estudio de *El derecho del sufragio* y de *Los tributos* (páginas 133-230) ofrece puntos de vista muy interesantes y abunda en doctrinas luminosas. «Casi todos los doctores escolásticos, dice el P. Vermeersh, omiten esta cuestión (la del sufragio); razón por la cual casi no podemos servirnos de ellos.

Hay que exceptuar á Santo Tomás. «Y en efecto el Santo Doctor con su mirada de águila y su ecuanimidad intelectual, es el único que, afirmando la superioridad del régimen compuesto de las tres formas, realeza, aristocracia y democracia, sobre cada una de ellas en su pureza exclusiva, asentó el derecho al sufragio como derivación de la *justicia*, aunque no de la *justicia* ó del derecho natural. Conviene notar este detalle para conocer el espíritu y el criterio que dominan en la doctrina social de Santo Tomás, aun poco conocida y dilucidada.

En el estudio de *El vicio de la injusticia* y *La restitución* (páginas 231-298) hay un punto sobre el cual hemos de hacer también algunas reflexiones.

Hay en Derecho un principio que dice: *Scienti et consentienti non fit injuria*, es decir, que «no hay injusticia para el que la acepta y consiente á sabiendas.» Según esto, pueden quedar borradas de un plumazo todas cuantas in-

justicias se vienen denunciando en el actual régimen económico social, y, particularmente, podrían darse por buenos y justos todos los *contratos del trabajo* actuales, en las que radica principalmente la esencia del problema social. La masa obrera «consiente á sabiendas» el *precio* que se asigna corrientemente al trabajo; consiente la jornada y lo consiente todo, por cuyo motivo pueden decir algunos con ciertas apariencias de razón, que la cuestión social, que la cuestión obrera y las reclamaciones de la democracia *no son cuestiones de justicia*. «Los autores modernos, dice el P. Vermeersch (pág. 245) inquieran qué condiciones ha de tener el consentimiento con que desaparece la injuria (injusticia) si basta un consentimiento cualquiera, aun arrancado á la fuerza, ó si es preciso que sea del todo voluntario, ó, como dicen, que no tenga nada de involuntario.» Parece ser que los tratadistas antiguos, acaso por no haber visto de cerca las consecuencias de ese principio que hoy palpamos, admitieron implícita ó explícitamente esa fórmula; algunos de los modernos la modifican en estos términos: «Al que consiente eficaz y *válidamente* no se le hace injuria.» «Otros, como Crolly y Pottier, dice el P. Vermeersch, rechazan estas excepciones, y, á nuestro juicio, más acertadamente.»

Las razones en que el P. Vermeersch apoya su tesis: *El axioma «No se hace injuria al que á sabiendas la acepta», no admite excepción alguna*, no nos convencen.

El obrero que, impulsado por el hambre, acepta á sabiendas y hasta con gusto un salario que *pudiendo* ser proporcionado á sus necesidades, es muy inferior á ellas... ¿es ó no es víctima de una horrible injusticia?

El Socialismo y la *Propiedad privada* es el asunto del segundo tomo de la obra que nos ocupa. El análisis de este sistema social que ha pretendido ser el único en reclamar contra todas las *injusticias* económico sociales es muy interesante y está muy bien documentado (pág. 7-91). Parte desde luego el P. Vermeersch de una definición muy concienzuda que nos permite á los católicos protestar contra el *monopolio* que han hecho de esa palabra nuestros adversarios en creencias éticas y religiosas. «El socialismo, dice, *etimológicamente* se opone al individualismo; sus acepciones son estas: a) Puede significar toda doctrina opuesta al liberalismo económico, que deja al arbitrio y al poder ó debilidad de los ciudadanos al desenvolvimiento económico, sin regularlo positivamente con ley alguna.

«En este sentido puede haber un socialismo *católico*. Algunas veces se ha extendido la aplicación de la palabra socialismo á todo sistema que pretende mejorar la situación de la sociedad actual.» Con esta definición tan exacta, á nuestro juicio, puede apreciarse todo el alcance de la que da á continuación del *socialismo* *propiamente dicho*. «El socialismo, agrega, *propiamente dicho* pertenece por sus teorías económicas al comunismo positivo, y su objeto es este: *que la sociedad posea en común todos los medios de producción y de circulación, y la socialización de las artes y negocios.*» El error más grave del socialismo, ó mejor dicho, de los socialistas, no está principalmente en sus teorías económicas, sino en que se entrometen á hacer afirmaciones de orden moral y religioso en un sentido tan brutalmente materialista, que no puede por menos de hacerse repulsivo á todos los católicos, y aún á los que solamente creen en algo superior á la materia. «El socialismo, dice el P. Vermeersch, no se limita al orden económico, y, á excepción de los colectivistas agrarios, quizás nadie profesa

un socialismo puramente económico fuera del Dr. Schaeffle, sino que todos los que se precian de verdaderos socialistas aspiran á la regeneración completa del mundo», y lo intentan negando ó menospreciando los valores espirituales en la vida.

Porque afirmar la superioridad de la *forma colectiva de la propiedad* sobre la *forma individual* de la misma, no lo creemos una heregía, sino un asunto de libre discusión.

Sin condenar por ilegítima y opuesta al derecho natural la *propiedad individual*, tal como actualmente se halla constituida, según hacen los socialistas, calificándola de robo, se puede discutir y opinar que la propiedad en su forma *colectiva* es acaso preferible á la *individual*, por ofrecer aquella menos inconvenientes y estar menos expuesta á la *injusticia* que esta última. De modo que en este punto cabe una aproximación y hasta una fusión entre el socialismo puramente económico y las doctrinas de la democracia cristiana ó catolicismo social. Todo está ahora en los procedimientos que hayan de emplearse para llegar á esa transformación de la propiedad sin que se violente ó quebrante esa misma *justicia* sancionada por la Historia y las leyes positivas, aunque no de una manera inmutable y eterna. Es un caso análogo en la vida del derecho y de las instituciones humanas al tránsito de la Monarquía absoluta y de derecho divino á las instituciones políticas vigentes en casi todos los países civilizados. Que «la sociedad ó agrupación de hombres que haya de poseer los bienes en común», sea el Estado, el Municipio ó las entidades profesionales llamadas Sindicatos y Cooperativas, esto es también asunto de libre discusión en el cual han de decidir más que las razones *a priori* los dictados de una larga y trabajosa experiencia social.

El P. Vermeersch expone con gran precisión y fidelidad, las distintas clases y formas del socialismo. La tesis que opone á este sistema es la siguiente: *El colectivismo, sea puro, sea mixto, se funda en argumentos y principios falsos, y en sí mismo es absolutamente inadmisibile.* (Por *colectivismo* entiende el P. Vermeersch «el socialismo moderno en su aspecto económico»). «Al impugnarlo, dice el insigne maestro (pág. 34), no necesitamos defender contra los socialistas el presente estado económico como si hubiera de *permanecer siempre el mismo* ó fuera *del todo perfecto*; pues no hay razón alguna para afirmar que no haya de progresar aún más el género humano, como no la había antes para asegurar que había de mantenerse siempre el dominio de los señores sobre los siervos, ó la aristocracia feudal, ó los gremios privilegiados de los obreros. Ni faltan aún entre los católicos quienes deploran en frases enérgicas, no menos que los socialistas, los defectos y abusos del régimen actual. Por lo que rechazamos el socialismo es porque impugna y quiere destruir aún lo mismo que antes y después de Jesucristo ha existido universalmente en todo pueblo civilizado, yendo así contra la misma naturaleza humana, tal como en realidad existe».

«Las teorías estrictamente económicas del colectivismo absoluto las juzgamos temerarias», dice más adelante (pág. 36), el P. Vermeersch. (Se dice temeraria una proposición cuando es contraria á una verdad teológica tan cierta, que no es lícito negarla). Esta calificación nos parece excesivamente dura, y, desde luego, no la admitimos. Nadie podrá demostrar que la *propiedad colectiva sea ilícita* en sí misma, ni que la Iglesia la haya prohibido. Podrá hablarse de las dificultades enormes con que tropieza para implantarla, de la misma *impo-*

sibilidad en que se encuentra hoy el mundo para ponerla en práctica; pero calificarla de un absurdo ó de una utopía, eso sí que nos parece temerario.

Con estas cortapisas pueden ser admitidos ó contestados todos los argumentos que el P. Vermeersch aduce contra el colectivismo. Nuestro insigne escritor admite la existencia de grandes injusticias en el actual régimen económico social, y la posibilidad de que éste sufra radicales transformaciones. Pues si la base de este régimen es la *propiedad individual*, sobre ella han de caer esas denuncias y vaticinios.

«La dificultad de esta cuestión (la del derecho de propiedad privada, páginas 92-294), dice el P. Vermeersch (pág. 97), nace principalmente... del derecho de excluir *perpetuamente* á los demás hombres del dominio de una cosa, siendo así que para todos igualmente parece que las ha destinado el Creador del mundo».

¿Existe realmente un derecho absoluto y *perpetuo* de excluir á los demás hombres, por desgraciada y pobre que sea su condición, del disfrute de los bienes, una vez adquirido ese dominio sobre ellos que se llama *propiedad individual*? En caso afirmativo creo que no hay razón para calificar de *injusticia* los males económico sociales á que constantemente nos venimos refiriendo, ni cabe aspirar á reformas que tropiezan con *derechos perpetuos*, aunque se admita que son renunciables.

Lo mismo los antiguos que los modernos discuten sobre la naturaleza de este derecho; si es derecho *natural*, de *gentes* ó *positivo*, derivándose de aquí la cuestión de si la propiedad puede ó no puede ser objeto de transformaciones. En general los antiguos teólogos escolásticos, opinaban que la propiedad privada estaba fundada en el *derecho de gentes*, y sobre esto dice el P. Vermeersch (pág. 107): «No creemos reprehensible de suyo sostener la doctrina de los antiguos escolásticos». La tesis que asienta nuestro autor, es la siguiente (página 105): *En la misma ley natural se funda en general el régimen de la propiedad privada de las cosas exteriores, aun de las inmuebles.* Las razones en que la apoya son las ya conocidas, por haberlas escogitado con gran precisión el mismo Santo Tomás en el artículo de la *Summa* (2.^a-2.^a, q. 66, art. 2.^o) en que el Santo se pregunta *si es lícito que el hombre posea bienes propios*.

Entendemos que esas razones no tienen el alcance que quieren darles algunos de los tratadistas modernos; se refieren á la *licitud* de la propiedad individual, y, si se quiere, á cierta conveniencia ó *necesidad relativa*, nunca á una *necesidad absoluta* que haga prescindir de todas las modalidades y condiciones posibles de la sociedad, y niegue la posibilidad de transformar la propiedad individual en colectiva para obviar los inconvenientes ya experimentados que tiene la primera.

Puede sostenerse que el régimen de la propiedad individual es *lícito*, está conforme con el derecho natural, pudo y aun puede considerarse como *necesario* para el mantenimiento del orden social, y debe considerarse como una institución preferible á la *indistinción* de los bienes inmuebles y al *comunismo* rudimentario de Platón y de los socialistas adocenados; pero creemos que también puede sostenerse dentro de la ortodoxia más pura que el régimen de la propiedad colectiva es igualmente *lícito* y está muy conforme con el derecho natural. El mismo P. Vermeersch, á pesar de la rigurosidad de sus tesis, vie-

ne de cuando en cuando á caer en afirmaciones en extremo favorables á la tendencia colectivista, en el sentido en que puede hacerlo un católico. «Hay muchas cosas, dice (pág. 130), como son las *muebles*, que se destinan al servicio de la persona ó de la cosa, las cuales absolutamente deben apropiarse, si los hombres han de vivir en paz. El hombre tiene por naturaleza tal derecho para hacer suyas esas cosas, que ningún tirano, ni la misma voluntad del pueblo, podrían imponer un régimen contrario á los ciudadanos que no quieren aceptarlo. Pero hay otras cuya propiedad no está tan íntimamente ligada con la esencia del orden civil. Por ejemplo, no hay repugnancia absoluta en que *el suelo sea propiedad de la nación*. ¿Qué pensar, pues, del caso en que las leyes de una sociedad no permitieran á los particulares sino la *posesión imperfecta de los campos*, quedando siempre á salvo los derechos adquiridos? Aunque reprobamos este régimen y creemos que debe cambiarse, con todo, mientras esté vigente, conviene que los particulares se acomoden á él. Porque *la propiedad privada de pocos apenas es provechosa para el bien común*; pero su reclamación turbulenta resultaría perjudicial para el mismo; y *la división de los bienes no la sanciona la naturaleza sino en cuanto está evidentemente ligada con el bien general*».

«Esto supuesto, vamos á resumir en términos precisos nuestra opinión: la propiedad privada, por lo que hace á cierta clase de bienes, es de derecho natural absoluto; pero *la división de otros, especialmente de los inmuebles*, es de derecho de gentes, de tal modo fundado en la naturaleza, que *de no intervenir la voluntad contraria de los hombres*, deriva su fuerza de la naturaleza misma. Las encíclicas de León XIII nos parece que en sumo grado corroboran nuestro modo de pensar; porque por un lado se nos enseña «que el derecho de poseer privadamente las cosas como propias ha sido dado á los hombres por la naturaleza» (encíclica *quod apostolici*); por otro se admite una fórmula más benigna respecto de la posesión de los campos, según hemos visto en el núm. 26, 2.º p. Esta parece ser la opinión de Vázquez, quien hace derivar la división de los campos del derecho de gentes que, en su sentir, es el derecho natural secundario, que NI MANDA NI PROHIBE, SINO MAS BIEN PERMITE».

La larga (páginas 134-157) serie de testimonios de los Santos Padres, que los mismos socialistas alegan con cierta frecuencia contra la propiedad individual y que el P. Vermeersch recoge para explicarlos, no prueban efectivamente nada contra la propiedad individual en el sentido de que sea *injusta* y vitanda; pero francamente, la impresión que dejan en el ánimo desapasionado es que veían en la propiedad individual ó privada una institución muy imperfecta, muy expuesta á la tiranía y á los abusos, y un serio peligro de condenación para los propietarios ricos. Los Santos Padres añoraban indudablemente otra forma posible, más perfecta de la propiedad, ya que tan duramente califican la única por ellos conocida.

Aun más, el P. Vermeersch dedica un capítulo (páginas 194-207) á estudiar los *límites del derecho de propiedad*. Un derecho al que hasta ahora no se le habían puesto *límites efectivos*, que sepamos, pero al que la opinión científica se los señala muy estrictos, está evidentemente en crisis. «El perfecto derecho de dominio *está limitado* por todos, y solos los límites propiamente dichos que pone *el derecho de la necesidad ajena* y la jurisdicción de la autoridad pública, que no puede abrogar ó cercenar directamente el derecho de dominio priva-

do, sino influir en él indirectamente en cuanto lo exige el bien común (página 194).» Todo esto ha sido reconocido implícita ó explícitamente por los tratadistas de todos los tiempos, al hablarnos de la facultad que tiene el que está en *necesidad extrema* para apoderarse de los bienes ajenos, sin cometer *robo*: pero todo ello ha sido y es letra muerta, en virtud de la ineficacia del régimen, pues al lado de *propiedades particulares inmensas* han existido en todos los tiempos y países *muchedumbres de seres humanos en constante necesidad extrema ó casi extrema*, y no se ha intentado hacer efectivos esos límites de las propiedades teniendo en cuenta el estado de *pauperismo* de tantos seres humanos. Reconocido todo eso en globo, cuando se llega á los casos concretos, ó se niega la *necesidad*, ó cada propietario excusa su responsabilidad cargándola sobre el vecino, y así el mal continúa, contentándose todos con proclamar un derecho (el de las necesidades) al que no se le asigna un deber práctico correspondiente. «La intención primaria de la naturaleza, dice el P. Vermeersch (página 199) al tratar de demostrar la existencia de esos límites, fué destinar las cosas exteriores para *uso de todos*; por donde el derecho de propiedad no sólo es medio para que la persona que lo tiene pueda conseguir su fin personal, lo cual es común á todo derecho, sino que, además, es medio para que las mismas cosas exteriores tengan el empleo á que primariamente las ha destinado la naturaleza; de suerte que, al menos, *ninguna propiedad privada pueda prevalecer sobre ese fin primario*. Para esto es necesario que las posesiones privadas estén sujetas á la ley de que, á falta de otro medio, *cualquier persona, en caso de necesidad extrema ó casi extrema, pueda tomar, como si no fuera de nadie, los bienes de otro menos necesitado, á lo menos en la proporción que sea necesaria para que se cumpla la voluntad de la naturaleza al querer que los bienes de orden inferior sean más absolutamente propios de cada uno que lo son las cosas exteriores de su dueño*».

El riesgo á que se exponen los que, en nombre de la *necesidad extrema ó casi extrema*, se apoderan de lo ajeno y el principio tan común aceptado por el P. Vermeersch (pág. 213) de que «no hay *obligación de justicia* de socorrer positivamente al necesitado» hacen verdaderamente nulo é irrisorio este límite del derecho de propiedad individual.

Por vía de *Apéndice* estudia el P. Vermeersch la *propiedad intelectual é industrial* (páginas 219-237) y las *ventajas del poseedor* (páginas 238-294), pero no nos detenemos ya en su análisis por no alargarnos en demasía.

Sindicalismo.—La acción social obrera en lucha por estas reivindicaciones de *justicia* y las ideas que siguen y apoyan este movimiento regenerador han venido á condensarse en lo que se llama *Sindicalismo*, ó sea en las agrupaciones de resistencia y de conquista, formadas por los individuos que desempeñan la misma profesión ú oficio, como medio instrumental y de ensayo para llegar á la total reorganización del trabajo y de la propiedad. Sobre este tema merece nuestra atención la obra de Víctor Diligent, titulada *¿Qué es la Sindicación obrera?* (1)

(1) CIENCIA Y ACCIÓN.—Calleja, Madrid. Dos volúmenes.

La obra está traducida del francés al español por un especialista, por el insigne D. Juan Reig y Genovés, organizador de los Sindicatos Católicos de Valencia y uno de los hombres más cultos con que cuenta el catolicismo social en nuestra patria. «Este libro, dice el traductor, es de gran utilidad en las presentes circunstancias, cuando el movimiento sindical obrero, en sus agitaciones y violencias, presagia en todas partes transformaciones profundas».

En la primera parte (I, páginas 17-86) estudia Diligent *El movimiento sindical obrero, algunas de sus causas y consecuencias*. Turgot, el ministro de la revolución francesa que abolió los *gremios* (aquellas instituciones, mas ó menos perfectas, en las que se habían refugiado las aspiraciones y los ideales del obrerismo en los siglos pasados), había dicho: «La fuente de todo mal está en la misma facultad de asociarse y de reunirse en gremio otorgada á los artesanos de un mismo oficio». Pocos años bastaron para que cristalizara en el ambiente y sobre todo en la conciencia del proletariado la afirmación diametralmente opuesta: «La fuente de todo mal estuvo en prohibir á los artesanos de un mismo oficio el asociarse y reunirse en corporación»... (pág. 12). Los obreros sueltos y desorganizados sufrieron, al empezar con las máquinas las grandes industrias modernas, un período de horrible esclavitud que será el baldón eterno de los comienzos de la época contemporánea. Aun en 1886 decía convencido un industrial belga: «Es preciso no perder de vista que la ciencia industrial consiste en *obtener de un ser humano la mayor suma de trabajo posible útil, remunerándole al más bajo precio*» (pág. 27). Así se amasaron los grandes capitales modernos, y así, por *reacción*, aparecieron los *Sindicatos obreros* para poner un límite á la jornada brutal del trabajo, elevar los salarios y velar por el trabajo de la mujer y de los niños, el cual había llegado á ser una infame explotación.

Víctor Diligent ha señalado paso á paso y documentalmente todas las ventajas obtenidas para el proletariado de la organización sindicalista. «De la influencia que hemos comprobado, dice (pág. 56), en la acción sindical es legítimo concluir un doble «argumento de moralidad» en su favor. Si es verdad que «es necesario un *mínimum* de bienestar para el ejercicio de la virtud» (Santo Tomás), es preciso felicitarse de que la disminución de las horas de trabajo y el alza de los salarios, determinadas por la acción sindical, tiendan á dar á los obreros la posibilidad de vivir una vida verdaderamente humana; y porque esa acción asocia á los obreros á la producción de otra suerte que de un modo mecánico, el sindicato tiende por otra parte á acrecentar su conciencia y el sentido de su responsabilidad; á desenvolver, por consiguiente, en ellos las posibilidades de una vida intelectual y moral más intensa».

No dejaremos de consignar una observación útil para los que recelan del sindicalismo. El autor se refiere á Francia, pero sus palabras pueden aplicarse perfectamente á España. «En ciertos medios franceses, dice (pág. 64), se habían á estudiar la cuestión sindical sólo bajo el aspecto de los conflictos violentos, de que es *ocasión*, tal vez, más que *causa*. Y la idea sindical levanta naturalmente visiones de tumultos sangrientos y fábricas incendiadas. Lejos de parecer constructiva la acción sindical, parece la última palabra de la anarquía destructora. Lejos de ser saludable como manifestación del progreso moral, parece un desencadenamiento brutal de coaligados egoísmos. Aunque esta opinión tuviera fundamento, sería poco psicólogo proclamarla. A fuerza

de llamar groseras á las personas que nos rodean, se las hace mas groseras que hubieran llegado á serlo».

«¿Hay que pasmarse, dice más adelante (pág. 84), y entristecerse por los conflictos de fuerza que parecen preparar tales agrupaciones? O ¿no es preciso ver simplemente en ello la lógica de las cosas y una fase necesaria de la organización económica? En el orden político internacional, el régimen de la paz armada ha impedido muchos conflictos, y se puede esperar poco á poco que esta paradoja de la paz sostenida por la preparación de la guerra hará lugar á relaciones jurídicas internacionales que por causas diferentes producirán el mismo efecto. ¿No podrá encontrarse en estos hechos alguna analogía con la evolución económica actual, y prever y buscar para esto, mediante una curva semejante, un resultado análogo?»

En la segunda parte (I. páginas 87-162 y II, 1-64) estudia Diligent *Las orientaciones sindicales; las ideas sindicales de Waldeck-Rousseau. Las teorías de los católicos-sociales y el Sindicalismo revolucionario.*

El célebre Ministro francés Waldeck-Rousseau, bien con fines meramente políticos y electorales, bien por convicción más ó menos sincera y desinteresada en favor de la clase obrera, dió un gran impulso en su país al movimiento sindical con su ley de 1884, amparando y facilitando la creación de los Sindicatos profesionales. Como hombre de Gobierno veía, desde luego, en los Sindicatos obreros «elementos de conciliación y apaciguamiento, compatibles con la libertad» (pág. 101). Y por eso mismo su ley fué combatida por muchos *socialistas* que veían en ella «un lazo tendido por el gran patronato para desnaturalizar la acción de los sindicatos y hacerles inmovilizar sus fondos en empresas industriales y comerciales á fin de que no los tengan disponibles en los momentos de huelgas». Y otros decían: «formados ya con tanto trabajo, á costa de perseverantes esfuerzos y de enormes sacrificios los Sindicatos obreros; convirtiéndose en industriales y comerciantes, estarían abocados á las más funestas divisiones, á la disgregación rápida, por perseguir exclusivamente intereses materiales, por las inevitables inquietudes, las rivalidades, las dificultades de dinero y administración. Los Sindicatos, convertidos en simples sociedades de producción, absorberían los esfuerzos de los hombres más activos y más abnegados para resultados dudosos, y, en fin, se apartaría á los sindicatos de su verdadero y normal destino: la defensa de los intereses generales, corporativos del proletariado, para hacer de ellos sociedades mercantiles, sólo capaces de satisfacer los intereses de un pequeño número de obreros» (pág. 114).

Cabalmente, en estos pretendidos argumentos contra los Sindicatos profesionales y las Cooperativas, que son sus suplementos, está su mejor apología. Waldeck-Rousseau no supo libertarse, sin embargo, del yugo doctrinal del *liberalismo económico* en que fueron educados todos los políticos, hijos de la revolución francesa. No obstante, avanzó mucho precisando y consagrando las aspiraciones de la Asociación profesional. «Lo digo á todas horas, exclamo en cierta ocasión (pág. 103), que para mí el Sindicato profesional no es la última palabra del progreso; hace falta mucho más. Yo creo que el Sindicato profesional, proponiéndose, desde luego, como fin principal la elevación de los salarios, la mejora de la suerte de los obreros por una *plus-valia* de la mano de obra, se propone un objeto que siempre no será bastante, hasta me atrevo á decir que

no le bastará dentro de poco. Cuando cierto número de hombres *inteligentes y resueltos* se dan cuenta de lo que se puede hacer *cuando hay buena fe*, tengo para mí que pondrán como esperanzas á sus esfuerzos otro fin y otro objeto que el obtener la elevación de los salarios, siempre que ésta pueda ser funesta á su industria; y de la Asociación, formada con el fin de elevar la mano de obra por la creación del trabajo, llegarán á *un estado más completo y más perfecto de asociación*, es decir, al único medio que á mi modo de ver, puede ofrecerles la mejora efectiva de su condición.» «¿Cuál?», interrumpió uno de los oyentes. Waldeck-Rousseau no precisó su contestación; pero la evolución de los hechos y la lógica de las ideas contestaron unánimemente que las *Cooperativas* eran esa Asociación más perfecta y más completa á que llegarán los Sindicatos profesionales, cuando los asociados adquiriesen ese grado superior de *cultura, de moralidad y de buena fe*, sin cuyas virtudes las Cooperativas serán siempre un fracaso, pero con las cuales son la completa liberación del obrero. Las Cooperativas, principalmente las de producción, serán las que sin violencias, sin injusticias ni revoluciones, antes por el contrario, con un gran espíritu de paz, de disciplina y de moralidad cristiana harán ver prácticamente á los capitalistas y proletarios las ventajas que tiene para unos y otros la propiedad colectiva, seriamente organizada, sobre la propiedad particular tal como existe en la actualidad. Y digo que esas ventajas ineludibles las verán los mismos capitalistas, porque realizado el *programa mínimo* de toda Acción social, sea de la escuela que sea, sobre elevación de los salarios, sobre pensiones, retiros y accidentes, sobre la prohibición del trabajo de la mujer y del niño, trabajo nocturno, disminución de las horas de jornada y otra porción de cosas que los Gobiernos y la opinión van reclamando al capital, éste no podrá sobrelevar el peso de tanta responsabilidad y preferirá asociarse con el Trabajo antes que exponerse á las consecuencias de tantas obligaciones y riesgos. «Los salarios, dice V. Diligent (pág. 107), no podrán aumentar indefinidamente en las condiciones actuales de la industria y del comercio. Llegará, pues, un día en que el trabajo buscará en sí mismo su retribución. El movimiento económico que se ha producido después de cincuenta años hace esta evolución posible. Se caracteriza por tres hechos importantes: la presencia de grande número de empresas industriales, la baja de la tasa del interés, el poder de ahorro del trabajo» (1).

(1) «Las Cooperativas de producción, dice el autor con respecto á Francia (pág. 109), se reparten por profesiones de un modo muy diverso. Las más numerosas son las de los impresores (54). Después siguen las de los pintores (26), los zapateros (18), los cocheros (17), los albañiles (15), los obreros de la edificación en general (13), carpinteros (9), carpinteros de armar (10), cerrajeros (9), tejedores (8), canteros (8), etc. En el decenio de 1907 se crearon seis Cooperativas de impresores, cinco de albañiles, cuatro de pintores, tres de zapateros, tres de tallistas en piedra, dos de carpinteros de armar, dos de plateros, dos de chaffers de automóvil, dos de obreros de la construcción, etc.

365 Asociaciones con 16.149 socios han dado á conocer la cifra de sus negocios, que se eleva á 52.885.500 francos.»

Las Cooperativas de producción fracasan individualmente con relativa frecuencia, en parte por la competencia capitalista y en parte también por la falta de las condiciones intelectuales y morales que hemos señalado anteriormente en los obreros que las fun-

Un eminente Profesor de Derecho y católico, Eugenio Duthoit, decía hace algunos años: «Al presente, sólo los Sindicatos profesionales tienden á una reforma profunda de la sociedad individualista, y preparan la sustitución gradual del régimen inorgánico, producto de la economía liberal, por un régimen de trabajo organizado. Adicionadas á los Sindicatos las Cooperativas, en vez de resultar un simple paliativo de nuestro sistema económico, contribuirán á duplicar sus fuerzas, y, por lo mismo, á preparar el advenimiento de una sociedad mejor organizada» (pág. 113).

Las teorías sindicalistas de los católicos sociales arrancan de principios más hondos é incontrastables que aquellos de donde pretenden derivarlas los no católicos. La exposición que de ellas hace V. Diligent (páginas 122-162) es admirable por su claridad, por su concisión y por su teoría sindicalista sobre la base del concepto cristiano del *trabajo*, su naturaleza y su finalidad. «Si el término «sindicalista», dice Diligent (pag. 122), se aplica á una escuela en la medida de la importancia teórica y práctica que otorga á la Asociación profesional, puede aplicarse sin exageración y escrúpulo á la escuela denominada de los «católico-sociales».

Sus teorías sindicales no son simplemente, como las de Waldeck-Rousseau, una interpretación del movimiento obrero contemporáneo; son la *consecuencia necesaria de las ideas* de sus miembros tocante a la organización profesional». Y más adelante (pág. 125) añade: «La escuela de los católicos sociales ocupa una posición bien definida. Sus miembros deducen de los dogmas y de la moral del catolicismo los «requerimientos» de la *justicia* con relación al *salariado*. Y á estas deducciones añaden las inducciones que les proporciona la experiencia del poder constructivo del Sindicato.»

Hablando con entera sinceridad la situación precaria del proletariado está explicada y sostenida por la enorme *depreciación del trabajo*. Sin calificar de injusto y antinatural el régimen del *salariado*, es evidente que los *salarios* corrientes no corresponden al *valor natural* que debe tener el trabajo humano: el Capital si es verdad que carga con todos los riesgos también lo es que se lleva la totalidad de los beneficios. Por eso dice Diligent (pág. 128) que «el *salariado* aparece a los ojos de los católicos sociales como necesitado de una poderosa organización sindical. Sólo ella le parece que permitirá el respeto á la *causalidad* y la *finalidad* inherentes al *trabajo*. Solo ella satisfará la solidaridad imperiosa que agrupa á los trabajadores en la sociedad profesional, cuya organización se impone con los mismos títulos que la de la sociedad política.»

Decíamos que solo el *concepto cristiano del trabajo* autoriza para levantarlo, dignificarlo y exigir por él mejores recompensas. En el momento en que en el hombre no se considera otra cosa que su *fuerza muscular* y se prescinde de su *alma*, de su valor *espiritual* y *moral*, el trabajo humano queda reducido al papel que actualmente representa, al papel de una simple *mercancia*, siendo muy lógico que aparezca en los Códigos el contrato del trabajo humano equiparado al contrato *alquiler* y al de *arrendamiento* de las cosas y de los *animales*.

dan. Esto, sin embargo, no prueba nada en contra del ideal cooperativista; prueba tan sólo que son muy pocos todavía los obreros *capacitados* para estas empresas, tan difíciles como beneficiosas para ellos. Las Cooperativas son la piedra de toque para apreciar el valor intelectual y moral de los obreros y si son aptos para ser ó no *ser libres*.

Por eso, los católicos sociales, los demócratas cristianos, los sindicalistas católicos, en una palabra, insisten en que el trabajo humano sea considerado como una *actividad espiritual*, como un *acto moral* que, en cierto modo, debe acaparar á todo contrato propiamente *mercantil*. «¿Cuál es, pregunta Duthoit (pág. 131), la naturaleza de un contrato en que la actividad humana interviene como objeto y la vida humana como fin de la obligación? Este contrato, ¿participa de la naturaleza de las convenciones instituídas para enajenar definitiva ó temporalmente las cosas materiales? No; este contrato participa de la naturaleza de las *convenciones instituídas para la unión de los hombres los unos con los otros*.» «La aportación, añade Diligent, del asalariado está, en efecto, constituída por un empleo de su actividad; su misma persona se encuentra ligada. Resulta, pues, que el hecho solo de la participación de un asalariado en una operación reviste á ésta del carácter de una *obra colectiva entre el asalariado y el empresario*.»

Los católicos sociales afirman casi unánimemente que el *contrato de trabajo* debe ser excluído del *contrato de arrendamiento* y del de *compraventa* para ser asimilado al *contrato de sociedad*. «El asalariado, dice Diligent (pág. 136), deberá ser tratado como colaborador, y será, por tanto, injusto tratarlo como «motor animado.»

«La parte que le toque en los beneficios de la producción *deberá debatirse de poder á poder entre él y su empresario*, como se debate lo que corresponde al trabajo de dos asociados.» Para debatir con eficacia se imponen los Sindicatos como una necesidad ineludible.

De la finalidad impuesta por el mismo Dios al trabajo humano, que es el sostenimiento decoroso de la vida del obrero y de su *familia*, se siguen otra porción de consecuencias referentes al *salario familiar*, los *seguros*, etc., etc.

Breves palabras vamos á emplear en la exposición del *Sindicalismo revolucionario*. Los elementos sociales que viven fuera del Catolicismo han querido apoderarse de este movimiento *natural*, con el pretexto de reacción contra el *socialismo marxista* que antes defendieron como la última palabra de la ciencia social, y cuya disolución no pudieron evitar. Si en la forma exterior el Sindicalismo revolucionario se diferencia del socialismo, en el fondo adolece de los mismos vicios y defectos que acabaron con este. Los mismos sueños, las mismas utopías, el mismo azuzar á los obreros contra el capitalismo, la misma concepción materialística de la vida y el mismo menosprecio de los valores éticos y religiosos. Los Sindicatos rojos son batallones ó regimientos organizados en otra forma menos centralista para la misma *lucha de clases* y para la misma *revolución social* acariciada por todos los reformadores no católicos. Los sindicalistas rojos no censuran en el socialismo marxista otra cosa que su fracaso en la actuación política y el que no haya llegado ya la *gran catástrofe* que esperaban y habían anunciado como consecuencia de una evolución natural de estas sociedades asentadas sobre la injusticia.

En su furor antipolítico reniegan del Estado, organizando uno dentro de cada Sindicato; la *gran catástrofe* esperan los sindicalistas rojos verificarla directamente por la *huelga general*, ya que ella de por sí no viene. Bellas palabras, cantos á la moralidad que echan de menos, pero que no encuentran, fuegos de artificio, y nada más.

Diligent extracta largos párrafos de los principales sindicalistas franceses, Sorel, Lagardelle, Pouget, etc. (Tom. II, páginas 7-64); pero tales peroratas, cá-lidas y brillantes, dejan el vacío más grande en el cerebro y en el corazón de los que buscan sinceramente la verdad y el bien.

«Cuando se piensa, dice Diligent (pág. 62), en la *disciplina* admirable que sería necesaria á los sindicalistas para no comprometer al día siguiente de la *huelga general* el progreso del mundo (admitiendo que ésta ya no lo hubiese comprometido); cuando se piensa en el *individualismo* apasionado y al mismo tiempo disciplinado que se espera de ellos, ¿cómo confiar en sutiles analogías? La «moral de los productores» presentada así, no es más que «la sombra de una sombra». ¿De qué se vivirá después de nosotros?... «Los sindicalistas se han mofado de las utopías de los socialistas antiguos, de sus divertidas descripciones de las ciudades del porvenir. Creen haber acabado con la utopia del socialismo. ¿No la han traspuesto simplemente de las cosas á los hombres? No describen ciudades ilusorias, pero ¿no hacen reposar la grandiosidad de las ciudades que no describen sobre la existencia problemática de *héroes* cuya alma nos describen? Cuando nos hablan de «mitos», ¿no estamos en plena mitología con los superhombres del sindicalismos? «No basta, pues, insistir sobre la *necesidad de la moral de los productores*; hace falta encontrar fuentes que la alimenten y *hombres que la vivan.*»

Estas fuentes son las del catolicismo social y estos hombres los sindicalistas católicos libres.

En *Las corrientes sindicales*, tercera parte de la obra (páginas 6-114), nos habla Diligent del origen, organización y funcionamiento de la *Confederación general del Trabajo* que es la principal institución sindicalista revolucionaria de la República francesa. Pero como quiera que la Confederación, según Diligent (pág. 111), «reune apenas el tercio de los sindicatos franceses», y considerando que su actual carácter revolucionario depende tan sólo de que en ella predominan los anarquistas por «un sistema de votación paradójico é injusto» que no puede durar mucho tiempo, habiendo dentro de la C. G. T. una tendencia á admitir «los elementos moderados», tan apartados de los anarquistas como de los amarillos», hay quienes auguran para ella una sana reacción en sentido derechista, en tal forma que sea posible una inteligencia con los católicos sociales. Ayudará á esto lo que está produciendo en todas las conciencias el espectáculo de la guerra europea, y con lo cual no contaba aún V. Diligent. Este decía cuando ni se soñaba en este magno acontecimiento: «En la C. G. T., y con mayor razón fuera de la C. G. T., se encuentra, pues, hoy un gran número de sindicatos, cansado de la tutela en que el sindicalismo revolucionario parece tener al proletariado francés. Nosotros quisiéramos ver en qué condiciones podría realizarse la unidad obrera entre ellos, y la influencia nueva que de esto resultaría para las transformaciones profundas del porvenir.

Sobre este tema del *sindicalismo* se ha publicado este mismo año en España un libro de bastante importancia é interés; me refiero al *Sindicalismo y Cristianismo. Su valor social*, escrito por el P. Teodoro Rodríguez, agustino, Profesor de la Universidad de El Escorial. El P. Teodoro Rodríguez se ha revelado en

estos últimos años como un escritor social de primera fuerza. Sus libros *Estudios Sociales* (dos volúmenes), *Ricos y Pobres*, *Explotadores y Explotados* y el que ahora nos ocupa, merecen ya un estudio de conjunto que sentimos no poder hacer ahora por falta de espacio, pero que no renunciamos á hacerlo algún día. El lenguaje del P. Rodríguez subyuga y satisface por lo denso y correctísimo; no hay palabras inútiles ni ampliaciones vanas. Sus ideas, que mueven vivamente á la discusión, son simpáticas porque nacen vivas y frescas de un cerebro que piensa por sí mismo y con una serenidad que encanta.

No podemos resistir la tentación de transcribir algunos párrafos del Prólogo de sus *Estudios*. «Para aquellos cuyo bagaje intelectual es todo prestado y en cuyo espíritu no hay más que ideas de acarreo, que se limitan á leer y se abstienen de pensar por cuenta propia y que el mérito y valor de una doctrina lo aprecian por el número de autores que la siguen, aunque sea á veces inconscientemente, cayendo en un dogmatismo humano después de haber rechazado el divino..., para estos no hay duda que mi libro será algo así como una herejía en el orden económico-social; pues en él, aunque se defiende al obrero, no se le adula divinizándole y hablándole sólo y siempre de sus derechos, sin recordar para nada sus deberes; no se abomina del capital ni se le cargan en cuenta todos los actuales males sociales, aunque no se disculpan los abusos con él cometidos; en fin, no es un libro de proposiciones absolutas, de afirmaciones extremas, de síntesis generales, de partido ó escuela, sino un libro donde se estudia razonadamente y con independencia completa de criterio la cuestión del salario y lo que á este estudio sirve de base, haciendo con este motivo una crítica seria y con puntos de vista nuevos de proposiciones, leyes y conceptos que pasen por oro de ley, y como el lector podrá convencerse, son de vulgar similar. Por ejemplo, la ley de la oferta y de la demanda es reputada como una ley opresora del obrero, y, sin embargo, es la única base sólida para que pueda aspirar á un buen salario; es comunísimo afirmar que el capital se forma secuestrando el empresario parte del trabajo del obrero; y realmente el obrero recibe más de lo que pone en el producto. Creen algunos que los patronos son vampiros que chupan la sangre del obrero; y yo sostengo que los grandes bienhechores de la humanidad, son los grandes sabios y los grandes empresarios, porque unos y otros aumentan el patrimonio social, produciendo incomparablemente mas de lo que consumen... Todo esto, como es natural, intento demostrarlo, creo demostrarlo y estoy dispuesto á ampliar las razones, si alguien no las encontrase suficientes.»

Cuando el P. Rodríguez habla de los ricos, de las riquezas ó sea del capital, se pone tremendo, tan tremendo como el Evagelio y los Santos Padres; haciendo lo que el les manda hacer en nombre de la razón y de la moral cristiana, en realidad no habría lugar para la pobreza. Pero cuando habla de los obreros y ve que éstos, empobrecidos, tratan de organizarse fuertemente para *exigir* con energía, y como se pueda, lo que aquellos ricos deben dar y *no dan*, á pesar de tantos anatemas y de tantos imperativos morales, entonces parece como que se asusta y se retira... y sospecha de todas las formulas nuevas que se han ido inventando para que el *modo de pedir* de ahora sea algo mas eficaz que el de antes.

El modo de pedir antiguo se creyó bastante robustecido para los tiempos modernos con las instituciones obreras llamadas *Círculos* y *Patronatos*; última-

mente se ha creído que esas instituciones no eran del todo eficaces y que se imponía la creación de *Sindicatos*. Las antinomias ó diferencias ú hostilidades entre éstos y aquéllos, es lo que trata de resolver el P. Teodoro Rodríguez en su último libro (1).

El P. Rodríguez toma pie para su libro de un artículo de Severino Aznar publicado en la «Hoja social» de *El Correo Español*, en el que el insigne maestro criticaba la institución de los *Círculos católicos de obreros*. «Hoy, dice el Padre Rodríguez (p. 9), ¡esos mismos católicos sociales declaran fracasados los *Círculos*, ineficaces sus procedimientos, con relación al fin perseguido, y equivocados los que á ellos prestaron calor y vida con su dinero, su tiempo, su inteligencia y su corazón. Se miran esas instituciones con desdén rayano en el desprecio, se las conceptúa anticuadas no obstante estar en los albores de la vida, y hasta perjudiciales en cuanto desvían las corrientes de los nuevos y bien orientados cauces modernamente abiertos. Hoy se quiere levantar, se comienza á levantar los *Sindicatos* sobre las mismas de los *Círculos*, y en aquellos se pone la esperanza y para ellos son las simpatías, el dinero, la inteligencia y el corazón de muchos de los hombres de acción católica.» «Esto, dice más adelante, no significa la menor hostilidad en los *Sindicatos*, somos entusiastas sinceros de ellos; en el pueblo donde escribimos funciona uno, fundado por el autor de estas líneas; esperamos mucho de ellos; si van bien dirigidos los creemos instituciones muy en armonía con la época actual y que responden á su verdadera necesidad social. Lo que no creemos es su incompatibilidad con los *Círculos* y los *Patronatos*, ni que los *Sindicatos* por sí solos van á resolver la cuestión social, sobre todo si se los desliga de las demás instituciones y se los organiza con prejuicios socialistas.» Tal es la tesis del P. Rodríguez, para cuya demostración aporta serios argumentos. Son notables los capítulos dedicados á los *Sindicatos en general* (II), *Sindicatos cristianos* (III), *Sindicatos integrales* (IV), *Diferencias fundamentales entre el cristianismo y socialismo* (VIII), etc.

Por hoy no podemos detenernos más.

(Continuará.)

FR. JOSÉ D. GAFO, O. P.

(1) P. TEODORO RODRÍGUEZ, Agustino, Profesor de la Universidad de El Escorial: *Sindicalismo y Cristianismo. Su valor social*. Madrid. Asilo de Huérfanos, 1915.

DE DERECHO ECLESIAÍSTICO

Concesiones para el tiempo de la guerra. — Su Santidad Benedicto VX trabaja, como es sabido, por aminorar los males de la actual guerra europea; al mismo tiempo ha hecho concesiones amplísimas en favor de los que tienen que entrar en batalla, para que así ya que no se puedan evitar muertes, por lo menos se haga lo posible por la salvación eterna de los que mueren. Entre estas gracias podemos contar: facultad amplísima concedida á todos los sacerdotes que por cualquier concepto pertenezcan á los Ejércitos, para absolver de todos los pecados y censuras á los soldados beligerantes, considerándose como tales desde el momento de la movilización; facultad para dar la bendición apostólica á todos los que se hallen próximos á la muerte; facultad asimismo para aplicar las indulgencias apostólicas á las coronas, cruces medallas. Ha concedido también el que los sacerdotes celebren *per modum Viatici* sin estar en ayunas; el que se conmute á los clérigos movilizados el rezo del Oficio divino en rezos más fáciles. Estas y otras concesiones son muestras del celo que despliega Su Santidad en favor de los pobres beligerantes de todos los países. Son muy de notar las concesiones siguientes:

I MISAS VOTIVAS EN LA GUERRA. — *Decreto de la S. Cong. de Ritos 15 Abril 1915.* (A. A. S., VII, 266.) Todos los sacerdotes que se hallen en campaña ó estén prisioneros, sean ó no capellanes de Ejército, pueden decir: 1) en las Dominicas, fiestas del Señor y sus Octavas la Misa de *SSmma. Trinitate*; 2) en otras festividades dobles de I ó II clase, de *Sancta Maria a Pent. ad Adventum* con Gloria y Credo y la oración *pro tempore belli*; 3) en los demás días: ó la mencionada Misa de *Beata Virgine* con la oración *pro tempore belli*, ó la Misa *pro tempore belli* con la conmemoración de la Virgen, ó también la Misa de *Requiem*.

RESERVADO EN LOS CAMPAMENTOS: S. Congregatio Sacrament. *Facultas*, 22 Junio. — A petición del Ilmo. Ordinario Castrense de Italia, se concede que durante la presente guerra, á su arbitrio y conciencia pueda autorizar que en las enfermerías y en los buques que tengan un ministro sagrado, se pueda tener reservado el Santísimo Sacramento, con tal que el altar sea decente y adornado, se celebre una vez por lo menos á la semana la Santa Misa, se guarde con cautela la llave del Sagrario, luzca una lámpara ante el Santísimo, se renueven frecuentemente las sagradas especies, y se observen las debidas cautelas, que el mismo Ordinario Castrense determine según las diversas circunstancias y lugares.

Parroquias á Regulares. — Proposito dubio: «*utrum facultas concedendi Religiosis parochias saeculares spectet ad S. Concilii, vel potius ad S. C. de*

Religiosis», Emi Patres huius S. C. Consistorialis, re mature perpensa et praehabito Consultoris voto, in generalibus comitiis diei 28 iunii 1915 respondendum censuerunt: «spectare ad S. C. Concilii, firma tamen obligatione pro Ordinibus et Congregationibus religiosis obtinendi á S. C. de Religiosis necessariam facultatem vel dispensationem, si ipsorum constitutiones et regulae eis prohibeant paroeccias retinere et regere».

In audientia autem infrascripto Cardinali Secretario concessa die 2 iulii 1915, SSmus D. N. resolutionem ratam habuit et confirmavit.

Romae, die 5 iulii 1915. — ✠ C. CARD. DE LAI, EP. SABINEN., *Secretarius*. — L. ✠ S. — † THOMAS BOGGIANI, ARCHIEP. EDESSEN., *Adessor*.

Los Ordinarios no pueden entregar de un modo estable y definitivo parroquias á los Regulares sin licencia de la Santa Sede. Pero cuando crean necesario ó conveniente hacerlo, pueden acudir á pedir dispensa. Hasta la constitución *Sapienti consilio* daba esta facultad la Congregación de Obispos y Regulares. Según la declaración que aquí publicamos, ahora los Ordinarios deben acudir á la Sag. Cong. del Concilio; los Regulares, si necesitan dispensa por prohibirles sus leyes tener parroquias, á la Congregación de Religiosos. Actualmente son muchos los países en que los Regulares tienen parroquias generalmente por escasez del clero secular; en España sólo hay algún caso que otro por razones locales.

Imágenes de Beato. — Expostulatum est a sacra Rituum Congregatione: utrum imagines seu statuas alicuius Beati, for maliter beatificati, publicae fidelium venerationi in ecclesiis seu oratoriis publicis expositae, amoveri possint auctoritate respectivi ordinarii?

Respuesta: Si adfuit indultum apostolicum, vel tantum expositionis praedictarum imaginum seu statuarum, vel maius indultum celebrandi festum cum officio et Missa de Beato (quo in casu facultas continetur exponendi memoratas imagines, seu statuas), *negative; secus affirmative.* (24 de Julio de 1915).

La beatificación sólo autoriza el culto para determinadas regiones ó Institutos. Si se quieren exponer en iglesias no comprendidas en el indulto pontificio imágenes de Beatos, se exceden los límites de la concesión, y, por consiguiente, el Ordinario puede prohibirlo. Si se tratase de santos no beatificados ni incluidos en el Martirologio romano, el Ordinario, no sólo podría, sino debería prohibir el que el culto público se propagase fuera de los lugares en que está autorizado por costumbre ó privilegio apostólico. (S. R. Cong., 28 de Abril de 1914.)

Respuesta de la Comisión Bíblica. — I. Utrum ad solvendas difficultates, quae in epistolis sancti Pauli aliorumque Apostolorum occurrunt, ubi de «Parousia», ut aiunt, seu de secundo adventu Domini nostri Iesu Christi sermo est, exegetae catholico permissum sit asserere, Apostolos, licet sub inspiratione Spiritus Sancti, nullum doceant errorem, proprios nihilominus humanos sensus exprimere, quibus error vel deceptio subesse possit?

Resp. Negative.

II. Utrum prae oculis habitis genuina muneris apostolici notione et indubia sancti Pauli fidelitate erga doctrinam Magistri; dogmate item catholico de inspiratione et inerrantia sacrarum Scripturarum, quo omne id quod hagiographus asserit, enuntiat, insinuat, retineri debet assertum, enuntiatum, insinuat a Spiritu Sancto; perpensis quoque textibus epistolarum Apostoli,

in se consideratis, modo loquendi ipsius Domini apprimè consonis, affirmare oporteat, Apostolum Paulum in scriptis suis nihil omnino dixisse quod non perfecte concordet cum illa temporis Parousiae ignorantia, quam ipse Christus hominum esse proclamavit?

Resp. Affirmative.

III. Utrum attenta locutione graeca « ἡμεῖς οἱ ζῶντες οἱ περιλειπόμενοι »; perpen-
sa quoque expositione Patrum, imprimis sancti Ioannis Chrysostomi, tum in patrio idiomate tum in epistolis Paulinis versatissimi, liceat tanquam longius petitam et solido fundamento destitutam reicere interpretationem in scholis catholicis traditionalem (ab ipsis quoque novatoribus saeculi xvi retentam), quae verba sancti Pauli in cap. IV, epist. I ad Thessalonicenses, vv. 15-17, explicat quin ullo modo involvant affirmationem Parousiae tam proximae ut Apostolus seipsum suosque lectores adnumeret fidelibus illis qui superstites ituri sunt obviam Christo?

Resp. Negative.

Die autem 18 Iunii 1915, in audientia infrascripto Reverendissimo Consultori ab Actis benigne concessa, Sanctissimus Dominus Noster Benedictus PP. XV praedicta responsa rata habuit et publici iuris fieri mandavit.

Romae, die 18 Iunii 1915. — LAURENTIUS JANSSENS, O. S. B. Abb. tit. Montis Blandini, *Consultor ab Actis*.

Aunque esta decisión de la Comisión de Estudios Bíblicos es importantísima, la trataremos muy brevemente, por no ser materia de Derecho.

Es indudable que muchos de los primitivos cristianos y algunos escritores eclesiásticos creyeron próxima la *Parousia* ó segunda venida del Señor. También lo creían así antes de Pentecostés algunos ó todos los Apóstoles. Para probarlo, basta recordar la petición de los Hijos del Zebedeo. Sin duda influyó en esta creencia de los Apóstoles la manera de concebir el Mesías que había entre los judíos. Pero después de venir el Espíritu Santo, sería muy aventurado suponer que los Apóstoles no comprendiesen la verdadera doctrina del Salvador sobre este punto. Esto, sin embargo, no lo resuelve la Comisión Bíblica.

Algunos autores católicos admitieron que los Apóstoles siguieron influidos en esta materia por el ambiente escatológico que reinaba entre los judíos, y que los escritores hagiógrafos escribieron, ó que por lo menos no es contrario a la inspiración el que escribieron bajo la influencia de estas ideas. De aquí que pudiera expresarse en la Sagrada Escritura esta creencia en la próxima venida del Señor, no como enseñanza doctrinal, sino más bien como sentimiento subjetivo del hagiógrafo. La doctrina verdadera, auténtica, sería que el fin del mundo y la segunda venida de Nuestro Señor son secretos reservados por Dios. Las palabras que suponen la Parousia próxima ó inminente, serían expresión del estado subjetivo del autor.

La Comisión resuelve que para explicar los textos y resolver las dificultades, no es lícito apelar al recurso de que algunos textos expresan más bien un sentimiento subjetivo que no una doctrina revelada; que no se puede admitir que San Pablo ignorase la verdadera doctrina sobre el fin del mundo, y que no es infundada la explicación que se ha dado hasta ahora del texto de la primera *ad Thes.*, cap. IV, vv. 15-17. La primera respuesta es la más importante, porque lógicamente se tendrá que aplicar á otros puntos exegéticos. Por lo

demás, aunque no sea atinado aplicarle á los Apóstoles, que tenían más luces, es indudable que pueden coexistir en la conciencia estas dos afirmaciones: no sabemos de cierto cuándo será el fin del mundo; por estas señales y por las otras parece cierto que va á venir en seguida. Y sin duda tal estado de conciencia llegó en ciertas épocas aciagas á reinar en las muchedumbres.

Extensión á todo el orbe cristiano del privilegio de decir tres misas el día de los Difuntos. — En los países que formaron la antigua Corona de Aragón, existió, desde la Edad Media, la costumbre de celebrar tres misas los sacerdotes regulares y dos los seculares el día de los Difuntos. Unos creen que esta costumbre la introdujo poco á poco la devoción hacia las almas del Purgatorio; otros afirman que concedió este privilegio al reino de Aragón Benedicto XIII (Pedro de Luna). Benedicto XIV extendió el privilegio á todos los dominios de los reinos de España y Portugal (Const. *Quod expensi*, 27 Agosto 1748). Pero mandó que las dos nuevas misas que permitía celebrar, se aplicasen por los difuntos en general, sin admitir estipendio ninguno. Este privilegio de los países ibero-americanos era muy deseado de los demás fieles de otros países, y en muchos Congresos se formularon votos porque se extendiese á todo el orbe. Por fin Su Santidad Benedicto XV satisface á esos deseos, y por su constitución *Incruentum altaris* de 10 de Agosto de 1915 lo extiende á todo el mundo.

Para los países á los cuales extendió el privilegio Benedicto XIV, las cosas quedan como estaban, excepto en un punto, y es que la tercera misa en vez de aplicarla por los difuntos en general, habría que aplicarla á intención del Sumo Pontífice, la cual parece ser principalmente la de suplir las omisiones en el cumplimiento de las cargas perpetuas, ya dependan las omisiones de negligencia, ya de la desaparición ó disminución de los bienes de fundación. Pudiera dudarse de si alcanza á la Corona de Aragón el precepto del Papa de sólo poder recibir estipendio por una de las misas. Porque en Aragón siguen la costumbre que ya tenían antes de Benedicto XIV, y los regulares pueden recibir estipendio por las tres, los seculares por las dos. La intención del Papa parece ser que todos los sacerdotes sin excepción apliquen una misa por los difuntos en general y otra por sus intenciones, quedando de la libertad del celebrante una por la cual podrá recibir estipendio. Sin embargo, como la costumbre de la Corona de Aragón es un privilegio particular y de muchos siglos de existencia, no parece quedar abolida sin una revocación especial. Por consiguiente, en Aragón podrán seguir como hasta ahora, mientras no venga declaración en contrario.

La parte dispositiva de la constitución es como sigue:

I. *Liceat omnibus in Ecclesia universa Sacerdotibus, quo die agitur Sollemnis Commemoratio omdium finelium defunctorum, ter sacrum facere; ea tamen lege, ut unam é tribus Missis cuicumque maluerint applicare et stipem percipere queant; teneantur vero, nulla stipe percepta, applicare alteram Missam in suffragium omnium fidelium defunctorum, tertiam ad mentem Summi Pontificis, quam satis superque declaravimus.*

II. *Quod Decessor Noster Clemens XIII Litteris die XIX mensis Maii a. MDCCCLXI datis concessit, id est ut omnia altaria essent eo ipso Sollemnis Commemoratiouis die privilegiata, id, quatenus opus sit, auctoritate Nostra confirmamus.*

III. Tres Missae, de quibus supra diximus, sic legantur, quemadmodum fel. rec. Decessor Noster Benedictus XIV pro Regnis Hispaniae et Lusitaniae praescripsit.

Qui unam tantummodo Missam celebrare velit, eam legat quae in *Missali* inscribitur legenda in *commemoratione omnium fidelium defunctorum*; eandem adhibeat qui Missam cum cantu celebraturus sit, facta ei potestate anticipandae alterius et tertiae.

IV. Siubi acciderit, ut Augustissimum Sacramentum sit expositum pro Oratione XL Horarum, Missae de Requie, cum vestibus sacerdotatibus coloris violacei necessario dicendae (Decr. Gen S. R. C. 3.177-3.3864 ad), ne celebrentur ad *Altare Expositionis*.

Pase regio al Decreto «Maxima cura». — Ha sido concedida *el Pase regio al Decreto «Maxima cura»* sobre la remoción de Párrocos. Aunque sin este requisito el Decreto regía en España, siempre es una ventaja la admisión por el Poder civil, porque así se evitarán recelos y anomalías y es de creer que á las remociones hechas conforme á la nueva legislación se les reconocerán efectos civiles. Sin embargo, el Pase se concede con la salvedad de que en la ejecución del Decreto no se falte á las leyes concordadas; y esto quizás pidiera que algunas de las leyes concordadas se modificasen conforme á la nueva disciplina. El Real decreto es como sigue:

Comunicado oficialmente al Ministerio de Gracia y Justicia el Decreto de la Sagrada Congregación Consistorial fecha 20 de Agosto de 1910, que regula las causas y procedimientos para la remoción administrativa de los Párrocos, de conformidad con lo informado por la Comisión permanente del Consejo de Estado, y de acuerdo con el Consejo de Ministros,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo único. Se concede el *Pase* al Decreto de la Sagrada Congregación Consistorial, fecha 20 de Agosto de 1910, sobre remoción administrativa del oficio y beneficio curado, siempre que en la ejecución del mismo no se falte á las disposiciones concordadas, y que en cada caso se dé cuenta al Ministerio de Gracia y Justicia de las remociones que en uso de dicho Decreto se lleven á cabo; quedando éste incorporado á la legislación eclesiástica de España, con cuyo objeto se insertará íntegro á continuación, á fin de que surta todos sus efectos y obtenga la observancia debida.

Dado en Palacio, á veintiocho de Junio de mil novecientos quince.—**ALFONSO.** — *El Ministro de Gracia y Justicia*, MANUEL DE BURGOS Y MAZO.

FR. E. COLUNGA, O. P.

CRÓNICAS CIENTÍFICO-SOCIALES

ESPAÑA

Asamblea del Magisterio.—La Unión Nacional de Maestros de España, á la que en tiempos anteriores, gobernando el partido liberal, le fué denegada la autorización para celebrar una Asamblea, consiguió realizar en los días 25, 26 y 27 de Julio el proyecto tanto tiempo acariciado. Los temas tratados en las sesiones de la Asamblea tenían por objeto la mejora de la situación económica y profesional del Magisterio. La mezquindad inverosímil de algunos sueldos debe desaparecer; un Montepío del Magisterio bien organizado y bien administrado, cierta independencia de la tutela de los Gobiernos en su función social y docente, todo esto, con las resoluciones tomadas, no dudamos ha de elevar la personalidad del Maestro al grado de estimación é influencia que su misión merece. La Unión Nacional de los Maestros de España ha de trabajar, no sólo por llevar á la práctica toda la legislación actual, favorecedora de la enseñanza y de los intereses de los Maestros, sino promover por todos los medios á su alcance el perfeccionamiento de esa misma legislación.

Antes de dar á conocer las conclusiones aprobadas en la Asamblea, hemos de hacer constar nuestro sincero aplauso por la declaración hecha en el discurso de clausura del Sr. Cemboraín España, Director de la Escuela Normal de Madrid, de que la enseñanza debe tener carácter religioso, condenando de esta manera el grosero absurdo de la enseñanza laica. «No hay instrucción perfecta—dijo—sin educación, ni educación sin moral, ni moral sin religión.»

Las conclusiones aprobadas, y que serán elevadas á los Poderes públicos, son las siguientes:

Construcción de Escuelas para que la educación física y mental de los niños se pueda realizar dentro de las prescripciones de la Pedagogía moderna; que para que la educación se lleve á cabo de un modo científico, según se verifica en las naciones que marchan á la cabeza de la civilización, se dé amplia libertad á los Maestros; que se incorporen asimismo directamente al Tesoro todas las atenciones de la primera enseñanza, así del personal como del material y alquileres escolares; fusión de todos los escalafones del Magisterio (Escuelas primarias, Normales, Inspecciones y Secciones administrativas); ingreso en la carrera por oposición; ascenso por rigurosa antigüedad en cada categoría del escalafón, reservando el 25 por 100 de las vacantes para proveerlas por oposición restringida; pago por el Estado de todo cuanto adeuda al Magisterio con anterioridad al año 1902; que se modifique ó desaparezca la llamada Es-

cuela de Estudios Superiores; desaparición de los derechos limitados para ascender, no existentes en ninguna carrera; que las Maestras consortes tengan derecho á jubilación y á substitución; que se permitan las permutas entre Maestros de distintos sueldos, una vez que el sueldo ya no pertenece á la Escuela; que desaparezca la traba de los cinco años para permutar de nuevo, y que la cuota por consumos que han de pagar los maestros, no exceda del 1,50 por 100 de su haber anual y deje de estar al arbitrio del cacique que quiera perseguir al Maestro.

Concursos y premios.—La Real Academia de la Historia concederá, además de los ya anunciados en los números anteriores, los siguientes premios:

Premio del Barón de Santa Cruz, y fundación del Sr. Marqués de la Vega de Armijo. El primero se concederá al autor de la mejor monografía histórica que se presente sobre el tema: «Vida militar, política y literaria de Alfonso III el Magno», haciendo en ella indicación precisa de los documentos en que la narración se apoye. El premio, 3.000 pesetas.

El segundo, consistente también en 3.000 pesetas, se concederá al autor de la mejor Memoria que verse acerca del tema: «Estudio teórico-crítico sobre las peticiones y los ordenamientos de las Cortes de Castilla y de León acerca de las condiciones de las clases trabajadoras (labradores, menestrales y mercaderes) durante la Edad Media», haciendo también indicación precisa de los documentos en que la narración se apoye.

El plazo de admisión terminará el 31 de Diciembre del presente año.

—La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas ha publicado la convocatoria para adjudicación de premios.

Concurso ordinario para 1916, abierto hasta el 30 de Septiembre del mismo año, sobre el tema: «Conceptos de los derechos adquiridos y de los intereses creados. ¿Hasta qué punto deben ser tenidos en cuenta por el legislador?» El premio consiste en 2.500 pesetas, Medalla de plata, Diploma y 200 ejemplares impresos del trabajo premiado.

Premios de la fundación del Sr. D. José María de Hita, correspondientes al trienio de 1915 á 1918. *Premios á la virtud y al trabajo*: 1.º Se concederá un premio de 1.000 pesetas y un certificado ó diploma á la persona que, á juicio de la Academia, deba ser preferida entre las que, siendo de condición humilde, acrediten acciones virtuosas, que demuestren el amor familiar, la abnegación, la probidad, la resignación ante las desgracias y cambios de fortuna; una conducta, en fin, que pruebe la elevación de espíritu y sentimiento del deber en grado que deba estimarse como ejemplar y extraordinario. — 2.º Se adjudicará otro premio de 1.000 pesetas y el diploma correspondiente á la persona que la Academia considere de mayor mérito entre las que soliciten esta recompensa: por la asiduidad y perseverancia en el trabajo; por actos de compañerismo ó de fidelidad á los patronos; por mejora ó perfeccionamiento en la labor desempeñada como obrero, ó por cualquiera otra acción ejecutada en el servicio de las profesiones agrícolas ó industriales que prueben honradez y aplicación ejemplares en el trabajo. El plazo de admisión termina el 31 de Diciembre del año corriente.

Premio á la obra escrita sobre moral que sea más útil (3.000 pesetas en efectivo, Diploma y la impresión de la obra). Tema: «Estudio de alguna ó varias de las instituciones de asistencia humana en cualquiera de sus aspectos, ó aplica-

ciones á la mendicidad ó á la vagancia, á la enseñanza ó á la beneficencia pública ó privada.» La Academia señala este asunto como indicación ó por ejemplo; pero respetando la cláusula de la fundación, admitirá en este concurso cualquiera otra obra de asunto moral, en la que pueda reconocerse positiva utilidad. El plazo de presentación de Memorias terminará el 30 de Septiembre de 1918.

— *La Unión Ibero-Americana*, deseando cooperar á la conmemoración del tercer centenario de Cervantes, ha convocado á un concurso sobre el tema: «Estudio crítico de los trabajos hechos por escritores ibero-americanos acerca del *Quijote*, ofreciendo 2.000 pesetas al autor del trabajo premiado.

— *Concursos del Derecho Internacional*. — El Colegio de Abogados de Madrid abre dos concursos para premiar otras tantas obras de Derecho internacional privado, que deberán versar sobre los siguientes temas:

1.º «Potestad jurídica, legítimamente aneja á la ocupación militar de un territorio.»

2.º «Consecuencias jurídicas en España de las sentencias de divorcio dictadas en otros países respecto de españoles ó extranjeros.»

Los premios consisten en 5.000 pesetas en metálico y 800 ejemplares. Podrán estar escritas las Memorias en castellano, latín ó francés. El plazo de admisión se abrirá el 1.º de Septiembre de 1918 y se cerrará el 15 del mismo.

VIII Certamen periodístico. — Hemos recibido el programa del *VIII Certamen periodístico «Ora et Labora»*. Comprende cuarenta temas variadísimos, divididos en las siguientes secciones: *Especial, periodística, catequística, literaria, científica, social y práctica*. Entre los temas hay: plana de un periódico, poesía de varios géneros, hoja parroquial, pieza representable, monografía periodística, hoja de propaganda, cuento, caricatura, artículos de todos los géneros, crónicas, estudios de Teología, Filosofía é Historia, y otros muchos no menos importantes. Los premios han sido concedidos por gran número de Prelados, dignidades del Clero catedral, publicaciones y librerías católicas y varios particulares. El plazo de presentación de los trabajos termina el último día de Septiembre.

Congreso litúrgico de Montserrat. — Con gran solemnidad acaba de celebrarse este Congreso regional, presidido por el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad y con asistencia de los Rvmos. Prelados de Tarragona, Barcelona, Vich, Gerona, Urgel y Solsona.

El 5 de Julio fué la inauguración, y al día siguiente hubo, por la mañana, reunión de Secciones: de *Estudios históricos*, de *Ministerios eclesiásticos*, de *Gregorianismo y popularización*. Por la tarde, primera sesión general, con discursos por el Sr. Obispo diocesano, sobre «La vida parroquial y la sagrada Liturgia», y del Prior de Montserrat, sobre el tema «El altar, centro del Sacrificio Eucarístico». El 7 celebróse la segunda sesión general; el Sr. Obispo de Solsona leyó una conferencia sobre la «Catequesis cristiana por la Liturgia»; el Padre Suñol disertó sobre «El canto litúrgico»; el Dr. Carreras, sobre «Las oraciones de la Santa Misa»; el Dr. Vilá, sobre «La Liturgia de la Ordenación», y el señor Gudiol, acerca de «El altar, artística y arqueológicamente considerado». El día 8, en la sesión general, disertó el Sr. Gomá, sobre «Lecturas durante la misa (Epístola y Evangelio)»; el Dr. Baranera, sobre «Prólogo de la misa (misa de los catecúmenos), y el Dr. Clascar, sobre «El ofertorio». El día 9 se

celebró la sesión de clausura, disertando el P. Soler, sobre «La Consagración»; el P. Ferreres, sobre «La Comunión»; el Sr. Obispo de Urgel habló, sobre «La participación del pueblo en la Sagrada Liturgia», y, últimamente, el Sr. Nuncio pronunció un interesante discurso, considerando la Sagrada Liturgia desde el punto de vista pedagógico. He aquí algunas de las conclusiones generales aprobadas en el Congreso:

1.^a La participación activa de los fieles en los misterios sagrados y en la oración pública y solemne de la Iglesia, es el manantial primero é indispensable del verdadero espíritu cristiano...

2.^a La participación del pueblo en los actos litúrgicos conviene sea integral, siguiendo los textos, tomando parte en el cántico y practicando las ceremonias sagradas.

5.^a Siendo la Sagrada Liturgia el método más fecundo para la educación del espíritu y la vida cristiana, deben procurar cuantos se ocupan de la instrucción religiosa, dar á ésta el carácter de verdadera catequesis litúrgica, enseñanza viva de la fe y preparación de los fieles á su participación activa en las funciones del culto.

6.^a Para que la popularización de la piedad litúrgica sea efectiva, es preciso propagar en lengua vulgar el conocimiento y uso de los libros oficiales de la Iglesia. Para esto se recomienda la difusión del *Eucologi*, primera edición catalana, publicación del Congreso Litúrgico de Montserrat.

Proyecto de ley de epidemias.—Para dar una idea solamente de la mortalidad general en España por enfermedades infecciosas, el Sr. Ministro de la Gobernación, en el preámbulo á este nuevo proyecto, elige los dos primeros lustros de este siglo, ó sea el período del quinquenio de 1901 á 1905, y el de 1906 á 1910, tomando los datos del Instituto Geográfico y Estadístico. La suma total de mortalidad en ese decenio asciende á la enorme cifra de 995.573, ó sea, aproximadamente, un millón de vidas perdidas en la primera década del siglo xx por enfermedades evitables, que es lo mismo que decir, por grave culpa, en parte, de nuestra deficiente organización sanitaria.

Por tal razón, el Sr. Ministro entiende que la reforma sanitaria debe ir dirigida en primer término á legislar contra las enfermedades infecciosas, llamadas también evitables. La declaración obligatoria de todo caso de enfermedad transmisible; el aislamiento de los enfermos, para impedir el contagio; la desinfección de las casas y personas contaminadas, y el empleo de vacunas y sueros preventivos, llevado todo ello con preceptos imperativos de la ley, constituyen seguramente medios poderosos para alcanzar la reducción del tipo ordinario de nuestra mortalidad anual. A todo esto se ordena el nuevo proyecto de ley de epidemias.

Un vil mercado. — Por manejos secretos de agentes extranjeros, se está efectuando en España un vil comercio de hombres, que son llevados á Francia para ser objeto de una explotación que contrista el ánimo. La ignorancia y la codicia, hábilmente explotada por esos agentes de emigración, están arrancando á los campos españoles millares de braceros, que van á tierra extraña á rendir su trabajo, sin remuneración ni agradecimiento.

Acabamos de leer en un diario de provincias: «Tenemos noticias de obreros españoles que fueron reclutados para trabajar en Francia. Estos obreros dan la voz de alerta á sus compañeros de trabajo, para que no se dejen seducir por

ofertas hechas por los reclutadores que explotan este lucrativo negocio. Nuestros obreros han sido víctimas de viles engaños, y hoy se les explota sin cumplir las condiciones del contrato con que fueron ajustados. Se les obliga á trabajar duramente; reciben un exiguo jornal, y están malamente atendidos. Algunos, abatidos y enfermos, están hoy en los hospitales, asistidos por la caridad.»

Los Sindicatos agrícolas. — Con fecha de 28 de Julio, el Ministerio de Hacienda ha dirigido una Real orden al Banco de España, en virtud de la cual se invita á dicho Banco á que incluya desde luego en sus listas de crédito, previo examen de los respectivos estatutos y de cuantos antecedentes conduzcan á una clasificación acertada, á todos los Sindicatos que, como tales, hayan obtenido los beneficios de la ley de 28 de Enero de 1903, y encarga al Banco que comunique al Ministerio las normas que dicte para la concesión de créditos á los Sindicatos agrícolas y los beneficios que acuerde, para que actúen como intermediarios de las operaciones, así como el número de Sindicatos que clasifique, á los efectos indicados, en cada provincia, y la cuantía total de la cantidad por qué lo haga.

Esta Real orden, como se ve, poco ó nada añade al convenio pactado entre el Gobierno y el Banco en 17 de Julio de 1902, en el que se establece «que el Banco de España favorezca con especial interés el uso del crédito mercantil, industrial y agrícola, incluyendo en sus listas de crédito los Sindicatos agrícolas y las Cajas rurales de reconocida solvencia»...

Lástima que el Sr. Ministro de Hacienda, que ha querido indudablemente favorecer á los Sindicatos agrícolas, como él mismo lo indica en el preámbulo á dicha Real orden, no haya precisado bien sus aspiraciones.

El Secretariado Nacional Católico Agrario ha estudiado detenidamente y con simpatía esta Real orden, y he aquí algunas de las observaciones que ha creído conveniente y necesario transmitir al Ministro:

1.^a En ella se *invita* al Banco de España á prestar á los Sindicatos agrícolas, y pensamos que hace falta algo más que una cortés invitación. Los privilegios que el Estado le concede, y que las clases agrarias contribuyen á sostener, autorizarían que el Ministro atornillara un poco más y asegurara de algún modo la eficacia de esa invitación.

2.^a Si se quiere prestar, él es el que ha de imponer las condiciones de sus préstamos. Y nosotros creemos que hubiera sido, más que conveniente, necesario, que el Ministro se hubiera adelantado á fijar aquellas condiciones básicas que dieran alguna garantía de eficacia á su loable iniciativa.

El Banco de España suele exigir que los Sindicatos agrícolas estén constituidos por escritura pública. Eso es innecesario, costoso, con frecuencia de dificultades insuperables y contrario al espíritu de la ley; eso debería prohibirlo el Ministro.

Por todas estas consideraciones, el Secretariado pide al Ministro: que haga sobre el Banco las presiones indispensables para que cambie de actitud con los Sindicatos agrícolas, reconociéndoles personalidad y dando facilidades para sus préstamos; que el Banco no exija á los Sindicatos agrícolas ni escritura de constitución, ni pago de impuestos de que están taxativamente exentos por su ley; que fije un interés bajo; que *de hecho* preste á largos plazos; que extienda sus préstamos á las demás Asociaciones agrarias que ofrezcan análogo

gas garantías; que no espere el Banco para hacer estos préstamos á terminar ese trabajo preparatorio de clasificación general, y que procure centralizar los préstamos en las Cajas Centrales de las Federaciones de Sindicatos, en el Banco Popular de León XIII y en los demás Bancos análogos que se establezcan.

Últimamente el Banco ha contestado á la Real orden. En su contestación, después de elogiar cumplidamente los propósitos que inspiran la mencionada Real orden y de elogiar que en esa norma de conducta ha inspirado sus actos el Banco de España, manifiesta que procurará por toda clase de medios secundar los deseos del Ministerio de Hacienda, facilitando á los Sindicatos los recursos que soliciten, y añade que tendrá especial satisfacción en poder incluir en sus listas de créditos á todos los Sindicatos que hayan obtenido los beneficios de la ley.

Banco Popular de León XIII. — Mientras las entidades análogas han contraído sus préstamos, el Banco de León XIII sigue ampliando sus operaciones de crédito con los Sindicatos agrícolas católicos, para contribuir, en proporción á sus recursos, á resolver la difícil situación que atraviesa nuestra agricultura por falta de dinero. En la actualidad pasan ya de 900.000 las pesetas que este Banco tiene repartidas entre los Sindicatos, en su mayoría de provincias.

Inauguración de un nuevo Barrio. — Acaba de inaugurarse el pintoresco Barrio moderno de Bilbao IRLA-BARRI. La creación de este moderno Barrio ha tenido por causa la necesidad de facilitar alojamiento cómodo, agradable y económico á numerosas familias que deseaban disfrutar de la vida alegre y tranquila del campo, en viviendas independientes y aisladas y rodeadas de jardín. En Bilbao no las había. Muchísimas casas del casco antiguo y aún del ensanche, situadas en calles estrechas y lóbregas, ventiladas por patios angostos y oscuros, tienen viviendas donde la alegría y salud no pueden existir. La creación de IRLA-BARRI ha venido, con oportunidad, á llenar este vacío y á dar satisfacción á naturales anhelos.

Al acto, que resultó grandioso, asistieron Sus Majestades el Rey y la Reina, Sus Altezas Reales los Infantes, el Sr. Nuncio de Su Santidad y el Sr. Obispo de la Diócesis, el Sr. Marqués de Comillas y otras distinguidas personalidades. Las Reales Personas prodigaron muchos elogios á esta simpática empresa, de la cual Su Majestad es el primer accionista y uno de sus más entusiastas colaboradores.

Movimiento social. — La Federación diocesana de Sindicatos agrícolas católicos de Burgos celebró el 18 de Junio su Asamblea anual. Estuvieron representados en ella los Sindicatos de sesenta y cinco pueblos. Los Sindicatos federados en Junio de 1914 eran 34, y hoy llegan á 89, que representan un total de 4.000 socios. La suma total de préstamos concedidos por el Monte de Piedad á los Sindicatos que componen la Federación diocesana importa en la actualidad 150.000 pesetas.

— En Zaragoza se han celebrado grandes fiestas con motivo del sexto aniversario de la fundación de los Sindicatos de obreros católicos de aquella capital. El Sr. Martín Álvarez pronunció un elocuente discurso. Entre otras muchas cosas, dijo, que el fin de la Asociación obrera debe ser procurar el mejoramiento del trabajo, de su retribución y de las condiciones en que se rea-

liza, y al mismo tiempo procurar que las circunstancias cambien en favor del obrero. No es lícito renunciar á la huelga, ni tampoco abusar de ella, sino sacar de ella las mejores ventajas y, sobre todo, procurar la armonía entre patronos y obreros. La labor de las Asociaciones católicas tiene que ser un trabajo de ajuste.

— En Alcalá de Henares se ha constituido la Federación de obreros católicos, que ha de proporcionar muchos bienes á la clase proletaria de aquella localidad.

— Con motivo de la denominada *Fiesta del Trabajo*, los Sindicatos católicos han elevado al Gobierno varias peticiones. He aquí algunas de las que creemos más importantes:

1.^a Cumplimiento estricto, y sin las innumerables excepciones que hoy existen, de la ley relativa al descanso dominical.

2.^a Aplicación sin contemplaciones, y si es preciso hasta sin respeto á la en otras circunstancias sagrada inviolabilidad del domicilio, de la ley que regula el trabajo de las mujeres y de los niños, pues no solamente en fábricas, que nadie vigila, sino hasta en ciertos domicilios particulares, convertidos en talleres, se está abusando escandalosamente de la mujer obrera.

5.^a Concesión por parte del Estado, Municipios y demás entidades oficiales á sus obreros, en casos de accidentes y enfermedades, de los mismos beneficios ya otorgados por Sociedades particulares, tal como salario íntegro y reserva del puesto ocupado.

6.^a Establecimiento de un mínimo de salario, proporcionado á las necesidades locales, y de un máximo de ocho horas de jornada para los obreros del Estado, del Municipio y entidades oficiales de cualquier género.

7.^a Publicación de una ley que regule el contrato del empleo é impida las arbitrariedades y abusos de que son objeto los modestos empleados y dependientes de comercio.

11.^a Protección á las Bolsas del Trabajo y su multiplicación por todos los pueblos, para facilitar al obrero la colocación que necesita, sin que sea preciso, como hoy ocurre, acudir á las «recomendaciones», que le humillan y le envilecen, y no favorecen de ordinario más que á los peores trabajadores.

15.^a Medidas para abaratar los artículos de primera necesidad, recargando los de lujo y las bebidas alcohólicas.

16.^a Medidas contra el paro forzoso y para colocar la industria nacional, aprovechando las actuales circunstancias, en condiciones de impedir, concluida la guerra, la tan temida emigración de obreros al extranjero en cuanto se restablezca la paz.

— A mediados de Mayo se produjo gran agitación entre los obreros de las cuencas mineras de Asturias en petición de aumento de salario. El Sindicato minero asturiano, en representación de los huelguistas, solicitó de los patronos mejoras que, al decir de los reclamantes, pudieran neutralizar la situación angustiosa de los mismos por el enorme encarecimiento de la vida. Alegaban á su vez, como prueba de la legitimidad de sus peticiones, el aumento considerable en la cotización de los carbones, en la cuantiosa demanda que en la presente época existe y en la justificación de los patronos, que, admitiendo las pretensiones de los obreros, evitarían a la región un gravísimo conflicto.

Sus peticiones se redujeron últimamente: 1.º Aumento de 0,50 de peseta de jornal.—2.º Aumento de un 50 por 100 en la retribución de la hora extraordinaria de trabajo.—Y 3.º Alumbrado gratis para las labores.

Los acuerdos adoptados por la Junta general de la Asociación de patronos mineros, en contestación á la solicitud de los huelguistas, fueron rechazados por el Comité ejecutivo del Sindicato minero, y declararon la necesidad de tomar medidas extremas para lograr la admisión de sus peticiones. Como quiera que los Estatutos determinan que para la declaración de huelga es necesaria la votación de la mayoría de los asociados que le constituyen, el 23 de Mayo se verificó la votación. Más de 4.000 votaron en pro de la huelga, y 50 en contra. El conflicto era inminente, dada la votación de los mineros, en vista de lo cual, los representantes de las Empresas accedieron á las peticiones de los obreros, adoptándose los siguientes acuerdos:

1.º Se elevarán los jornales, tanto en los trabajos del interior como del exterior, á 0,50 de peseta por cada uno, desde el día 1.º de Junio, manteniéndose este aumento separado del jornal.

2.º Desde el día 1.º de Octubre próximo correrá por cuenta de las Empresas el alumbrado.

3.º Desde la misma fecha las horas extraordinarias de trabajo se abonarán con un 50 por 100 de aumento sobre el precio de las horas ordinarias.

Se respetarán las costumbres actualmente establecidas en cuanto á los cuartos de día del exterior.

— La cuestión referente á los obreros del mar, tuvo, por su carácter general, gran importancia. Los marinos solicitaban ante todo la reglamentación del trabajo, el Montepío general Náutico y la inamovilidad de los patronos de cabotaje. Gracias á los trabajos realizados por el Gobierno, secundados por la buena voluntad de los navieros y del personal de los buques mercantes, han hecho posible el aplazamiento de la huelga hasta el mes de Octubre.

Necrología.—El día 8 de Agosto falleció en Madrid D. Miguel Ramos Carrión, el fecundo autor cómico que, con Vital Aza, representa nueva época en la literatura dramática española.

Siendo aun muy joven se aficionó á la vida periodística, y escribió algunos artículos satíricos, que obtuvieron gran éxito. Poco más tarde fundó dos publicaciones humorísticas: *Las Disciplinas* y *El Fisgón*. Sin embargo, su verdadera vocación fué el teatro, enriqueciéndole con una multitud de comedias y zarzuelas; entre las primeras merecen citarse: *La careta verde*, *La mamá política*, *Levantar muertos*, *Zaragueta*, *El señor gobernador*, *Robo en despoblado*; entre las segundas: *Los sobrinos del Capitán Grant*, *La tempestad*, *La bruja*, *El rey que rabió*, *Agua*, *azucarillos* y *aguardiente*.

Las cualidades predominantes del Sr. Ramos son la solidez del plan y la habilidad del desarrollo, y ocupará siempre en la historia de nuestra literatura el puesto de segundo orden.

— Acaba de fallecer el ilustre Escolapio, jefe de la Interpretación de lenguas del Ministerio de Estado, P. Pompilio Díaz. Nació en Madrid el año 1848, y comenzó sus estudios en las Escuelas Pías de San Antón, dando muy pronto muestras de su raro ingenio. Se doctoró en Filosofía y Letras, desempeñando varias cátedras y cargos en los colegios de su orden. Fué el fundador de la hermosa *Revista Culusancia* y anotador comentarista de la primera traducción

castellana de la *Summa* de Santo Tomás. Era un eminente filólogo, y actualmente se ocupaba con brillante éxito en confirmar su original teoría acerca de «El parentesco gramatical del turco y del vascuence».

FR. MAXIMILIANO F. CORDERO, O. P.

Madrid, 25 de Agosto de 1915.

ITALIA ⁽¹⁾

El problema de las provisiones. — En nuestras crónicas pasadas ya varias veces hicimos notar cuán grave se había presentado este problema y cómo el Gobierno había procurado solucionarlo. Con la movilización del ejército y la declaración de guerra vino á pasar en Italia lo que en las demás naciones beligerantes: el problema de las subsistencias se agrava y reclama nuevas providencias. Ya en los últimos días de Junio se reunieron en Roma los Alcaldes de las principales ciudades del Reino para adoptar acuerdos comunes. La cuestión de la carne, del pan y del carbón fueron las que principalmente se trataron. Sobre la carne pidieron al Gobierno desistiese del acaparamiento en globo de ganado para el ejército y disolviese los campos de concentración, nombrando, en cambio, una Comisión que, con el concurso del Ministerio de la Guerra, provea á la importación de carnes congeladas, sea para las necesidades del ejército, sea para la población. Al fin, el Gobierno ha venido á aceptar la petición. Cuanto al grano, la cosecha parece haber sido este año abundante. Por causas que no se explican, el trigo comenzó no obstante á subir cuando más razones había de que bajase. La misma Junta pedía la evaluación del trigo existente y la fijación del precio, para evitar las explotaciones. No siendo la producción nacional suficiente para las necesidades del Reino, es preciso acudir á la importación en la América, ya que las otras fuentes están cerradas.

Movilización civil. — Los vacíos causados por la movilización militar y las necesidades de la guerra exigen la organización de todas las clases sociales del Reino. El Sr. Salandra, Ministro de Interior, en una carta dirigida á los diputados y senadores y á todos los ciudadanos pedía el concurso de todos para la organización civil que había de coadyuvar con el Gobierno á las necesidades actuales. «No queriendo, decía el Presidente, trazaros un programa, creo sea buen consejo no establecer un grande organismo central con criterios fijos é inflexibles, sino instituir en todos los centros pequeños y grandes comités locales autónomos, que investiguen las necesidades y provean á su satisfacción, con el concurso que la solidaridad de los ciudadanos, oportunamente excitados, no dejará de aportar. En ningún municipio del Reino debe faltar su comité; ningún ciudadano que pueda prestar algún socorro de dinero, objetos ó trabajo debe negarse. Todos debemos comprender que esta es la hora de la abnegación y del sacrificio, que es la hora de la solidaridad en el

(1) Las rigurosas disposiciones vigentes, impiden al cronista ser explícito en referir acontecimientos de la guerra y situación de Italia. El Decreto del 17 de Junio prohíbe, bajo pena de seis meses de cárcel y de cien á mil liras, la publicación de noticias no oficiales.

bien, que todo el sobrante de energías y de medios debe emplearse por los que pueden en servicio de las familias, á quienes el servicio de la patria priva de su sostén.»

Conforme á este criterio, se formó en Roma un Comité general, presidido por el Alcalde y dividido en cinco secciones: 1.^a, comisión de propaganda; 2.^a, comisión financiera; 3.^a, comisión de integración de los servicios públicos; 4.^a, comisión de asistencia social, y 5.^a, de organización femenina. Estas comisiones se distribuyen luego los varios ramos en que cada una debe ocuparse. Al lado de este Comité general, y de acuerdo con las varias comisiones que le componen, las asociaciones sociales católicas ya existentes procuran coadyuvar con celo á las mismas necesidades patrias.

Asistencia religiosa. — Para proveer á ésta en el ejército en campaña, S. S. nombró al Sr. Angel Bortolomasi, Obispo auxiliar de Turín, «Ordinario de los clérigos Sacerdotes, sean regulares, sean seculares, que en la batalla, en los campamentos ó en los hospitales de campaña ó en las naves existan por el tiempo que durase esta guerra». Á continuación de este decreto el Gobierno publicaba otro por el que «institufa el cargo de Obispo de campo, que tendrá la alta dirección del servicio espiritual en el ejército y en la marina y la autoridad disciplinaria eclesiástica sobre todos los capellanes de tierra y mar. El Obispo de campo, previo acuerdo con la autoridad militar, nombrará tres Vicarios (uno de los cuales al servicio de la armada) que lo representen en las localidades lejanas de su Sede y provean á la resolución de los casos urgentes. Tendrá asimismo un Sacerdote como Coadjutor. Limitada al tiempo de la guerra, la asimilación de los grados militares se fijó del modo siguiente: Obispo de campo, á Mayor general; Vicario, á Mayor; Capellanes-Jefes de escuadra y Coadjutores, á Capitán; Capellanes, á Tenientes».

Para proveer de otro modo á los heridos y enfermos de los hospitales y á los soldados en campaña, la *Obra nacional de la buena prensa*, recientemente fundada, procura atenderlos con lecturas recreativas y edificantes.

El clero y la guerra. — El clero y los católicos han sido hasta el fin los más resueltos defensores de la neutralidad que el Gobierno sostenía contra los partidarios absolutos de la guerra. Tal vez de aquí los elementos anticlericales quisieron tomar pretexto para suscitar una campaña. Es cierto que, apenas declarada por el Gobierno la guerra, todo el mundo, si no son tal vez algunos elementos anarquistas ó socialistas, se unieron estrechamente en torno al Gobierno y se ofrecieron voluntariamente á colaborar por la victoria. Pero los elementos sectarios quisieron explotar en estos momentos de excitación la facilidad con que el pueblo cree en los espías. Las acusaciones de espionaje, de austrofilismo, se levantaron de todas partes contra Obispos, Sacerdotes, religiosos, y los periódicos radicales inflaban los sucesos y venían poco á poco á deducir que el clero, á pesar de otras mil pruebas de patriotismo, negaba la patria y se vendía á los enemigos. El caso más ruidoso fué el de Baví contra cinco religiosos Dominicos, á quienes todos daban por convictos de espionaje y traición á la patria. Al cabo de casi dos meses, el tribunal militar vino á fallar «no haber lugar á proceso penal por inexistencia de reato». En el examen público de los testigos y en el juicio oral con que terminó, el Fiscal, el Defensor y los Jueces estuvieron acordes en afirmar que tantos ruidos contra los religiosos acusados no tenían más fundamento que la

alucinación nocturna de un Teniente y las sugerencias de infinitos, que de la primera habían tomado origen. La sentencia fué un triunfo para los acusados y para la causa católica. Esperamos que esta ruidosa experiencia, añadida á las anteriores, irá convenciendo á los sectarios que la verdad lo vence todo.

La labor del Papa. — Algo semejante á lo que sucede al clero acaece al Sumo Pontífice. Pero las agitaciones en torno á la persona del Papa trascienden las fronteras y aun tienen su origen fuera de Italia. La famosa entrevista de Latapie alcanzó gran revuelo en la prensa liberal de Italia, la cual no dejó también de propalar otros hechos y argumentos de la germanofilia de Benedicto XV, para excitar contra él las sospechas populares. Pero en medio de estas turbulencias sectarias, el Pontífice sigue trabajando activamente por la paz del mundo y por remediar los efectos desastrosos de la guerra. Los últimos días, Holanda le mandó un Embajador extraordinario para coadyuvar á la obra común de la paz. El Ministro de Holanda, explicando ante las Cámaras la determinación del Gobierno, dijo, entre otras cosas: «El carácter de esta misión se basa únicamente sobre esto: que se debe reconocer en el Papa un poder importante en la política internacional. Esto es sencillamente una realidad. Que haya alguno que deplora esta realidad, esto no cambia en modo alguno el hecho. El Papa tiene incontestablemente este poder. Y añadido que, especialmente en la hora actual, pocos centros políticos neutrales tienen mayor importancia que el centro político del Vaticano».

La última carta del Sumo Pontífice por la paz ha recibido aquí las mismas interpretaciones que en todas partes. La prensa liberal está casi de acuerdo en opinar que la carta sólo puede dirigirse á los imperios centrales, que son los que tratan de oprimir la libertad de los pueblos; á ellos toca, pues, procurar la paz que con sus ambiciones perturban. Cuanto al resultado de esta carta no piensan que tenga otro que mostrar las buenas intenciones del Papa. Otros más modestos en sus juicios creen que la carta será con todos los gobernantes y los pueblos, que puedan cada cual en su medida tomar su parte. Ninguno, sin embargo, de éstos ve en esta carta nada que no haga justicia á las justas aspiraciones de Italia.

Nueva organización de la Unión Económico-social católica. — Fuera de las cosas que de cerca ó de lejos tocan á la guerra, es este el sólo hecho que en esta temporada hallamos digno de señalar á nuestros lectores, y por esto mismo queremos darles el documento íntegro:

Estatutos de la Unión Económico-social de los católicos italianos.

NOMBRE Y SEDE. — *Art. 1.º* Queda establecida la Unión Económico-social de los católicos italianos, que tiene su propia Sede en el lugar escogido por el Oficio de presidencia.

FINES. — *Art. 2.º* Su fin es promover, dirigir y coordinar toda la acción social y económica de los católicos italianos, en conformidad siempre con la doctrina católica, las instrucciones de la Santa Sede y los programas directivos y deliberaciones de la Junta directiva de la Acción católica italiana.

MEDIOS. — *Art. 3.º* Pretende obtener sus fines principalmente con a) la propaganda oral; b) la prensa; c) visitas é inspecciones; d) cursos especiales de

instrucción; e) reuniones y congresos generales y parciales de las instituciones adherentes.

CONSTITUCIÓN. — *Art. 4.º* La Unión Económico-social es el conjunto de todas las instituciones de carácter social y económico, ya organizadas en especiales Federaciones nacionales.

Sus órganos son el «Consejo General» y el «Oficio de Presidencia».

Art. 5.º El Consejo General está compuesto: a) por el Presidente y un representante de cada una de las Federaciones nacionales; b) por el Secretario general de aquellas Federaciones nacionales que hayan constituido un Secretariado general que funcione regularmente; c) por otros Consejeros que el Consejo podrá agregar en número tal que no exceda la mitad del número de los Consejeros de derecho.

Art. 6.º Las Federaciones de las Uniones profesionales y otras organizaciones profesionales centralizadas, regularmente constituidas, tendrán derecho á la representación de que se habla en el artículo precedente.

Art. 7.º Los miembros del Consejo General permanecerán en el cargo por tres años, y son reelegibles.

Art. 8.º El Oficio de Presidencia está compuesto por un Presidente, un Vicepresidente, un Cajero y dos Consejeros, y forman parte también el asistente eclesiástico y el Secretario general de la Unión con voto consultivo.

Art. 9.º Para el nombramiento del Presidente, el Consejo presentará á la Santa Sede el nombre de tres personas, elegidas por mayoría de votos. La elección de esta terna puede ser hecha, en todo ó en parte, en personas que no pertenezcan al Consejo.

Art. 10. Los otros miembros del Oficio de Presidencia serán elegidos por el Consejo General, por mayoría de votos.

Art. 11. Las deliberaciones del Consejo serán tomadas por mayoría de votos de los presentes, y se anotarán en el registro los verbales.

Art. 12. La Unión Económico-social tiene un asistente eclesiástico nombrado directamente por la Santa Sede.

CONSEJO GENERAL. — *Art. 13.* El Consejo General se reúne ordinariamente una vez al año en el primer trimestre y extraordinariamente cada vez que la Presidencia de la Unión ó una Federación nacional lo juzgue necesario.

Art. 14. El Consejo General, en su Asamblea ordinaria, oída la relación moral y económica de cuanto se haya hecho desde la última Asamblea, fija el programa de máxima para el futuro trabajo, nombra, según el caso, todos ó parte de los miembros electivos del Consejo y procede á la elección de los cargos del Oficio de Presidencia. Establece, además, la cuota de la anual contribución que debe dar cada una de las Federaciones nacionales y de las organizaciones profesionales centralizadas á la Caja de la Unión Económico-social.

Art. 15. Cada miembro del Consejo General pueda presentar á la Asamblea ordinaria proposiciones de discusión. Éstas, sin embargo, deben ser comunicadas por escrito al Oficio de Presidencia, á fin de que puedan ser escritas en la Orden del día. La invitación á la Asamblea del Consejo, juntamente con la Orden del día, debe ser enviada quince días antes á todos los que tienen derecho á intervenir.

OFICIO DE PRESIDENCIA. — *Art. 16.* El Oficio de Presidencia representa la

Unión; provee á la ejecución de las deliberaciones del Consejo General; vigila sobre la marcha de las Federaciones adherentes; reúne las Asambleas generales; indica las materias y la Orden del día, teniendo cuenta de las proposiciones de los miembros del Consejo General; cuida de las estadísticas aplazadas de las asociaciones Económico-sociales. Cada año, después de la Asamblea ordinaria, transmite á la Junta directiva de la Acción Católica copia de las deliberaciones y de la relación moral de la Unión. Asimismo comunicará á la Junta los cambios que en consecuencia de las elecciones se verificasen dentro de la Unión Económico-social.

Art. 17. Cada Federación nacional está obligada á pagar anualmente una contribución á la Unión Económico-social, en razón del número y de la naturaleza de las instituciones y de las obras que la constituyen, y según fuere establecida anualmente por el Consejo General.

Art. 18. El Consejo General, para mejor responder á los fines de los cuales se habla en el artículo 2.º, procurará establecer, ó por regiones ó por provincias, según las varias condiciones locales, un centro de propaganda y de coordinación, de acuerdo con las Federaciones nacionales.

DIVERSAS DISPOSICIONES. — *Art. 19.* El Consejo General queda autorizado para redactar, aprobar y aplicar los Reglamentos generales y particulares que juzgue necesarios para la ejecución del presente Estatuto.

Art. 20. Junto al Oficio de Presidencia de la Unión Económico-social queda constituido como órgano propio un Secretariado de las Uniones Profesionales para promover la organización centralizada y coordinar la acción.

Art. 21. El presente Estatuto no podrá ser modificado sino por la mayoría de votos del Consejo General, aprobado por la Junta directiva de la Acción Católica y sancionado por la Santa Sede.

DINAMARCA Y HOLANDA

Derecho de voto para las mujeres. — Una de las noticias más importantes de este mes de Junio es la aceptación en Dinamarca de la nueva constitución, que fué firmada por el Rey y votada por las Cámaras el 5 de Junio.

Después de las formalidades, se presentó en la Cámara de Diputados el ejemplar de la nueva Constitución, que llevó la firma del Rey y de los Ministros, y se entregó ésta al Presidente de la cámara, quien lo aceptó con la promesa de ejecutarla escrupulosamente.

El artículo más interesante de esta Constitución es el que concede á las mujeres el derecho de voto político. Esta concesión era preparada ya durante muchos años, especialmente por el Ministro Presidente *Klaus Berntsen*, que en 1912 propuso el proyecto de la Constitución que hoy se ha aceptado.

Las mujeres dinamarquesas han celebrado con una procesión pomposa, en las calles de Copenhague, el nuevo derecho que se las concedió por la nueva Constitución. También se presentó durante la solemne sesión de las Cámaras una diputación de mujeres, y una señorita, llamada *H. Forchhammer*, subió á la Cátedra y leyó un breve discurso del siguiente tenor: «En este día tan importante para nosotras en que el derecho de voto para las mujeres de Dinamarca ha sido un hecho, como representantes de miles de mujeres, hemos de-

seado manifestar, ante del Gobierno dinamarqués y de la Cámara de Diputados, nuestra alegría sobre el completo derecho civil que la nueva Constitución concede á nuestras mujeres. Apreciamos altamente este derecho de voto, el cual nos abre la posibilidad de influir sobre las leyes de la Patria, que valen así para las mujeres como para los hombres. Nos fué una gran satisfacción ver que todos los partidos políticos estaban de acuerdo en este asunto, y es nuestra esperanza que la legislación que de hoy en adelante se hará por hombres y mujeres junto no dejará de contribuir á la prosperidad y el adelanto de nuestra patria y de nuestro pueblo.»

El mismo discurso se leyó también ante del Rey en su palacio de *Ama-lienborg*.

Fué la primera vez que en Dinamarca una mujer subió á la Cátedra en la Sala de los Diputados. El derecho de voto para las mujeres, nuevo en Dinamarca, ya existía hace algunos años en Suecia.

Embajada holandesa en el Vaticano. — Es verdad que los neutrales sufren muchísimo las fatales consecuencias de la guerra. Y aunque la Providencia nos ha preservado de la sangrienta tragedia que presenciarnos — cosa que muchos no parecen apreciar —, sin embargo, gente pobre y también de la clase media se ven inclinados bajo el peso, cada día más duro, de las circunstancias tristes. ¡Ojalá Dios nos de pronto el bien inapreciable de la paz!

Con todo, la misma guerra, tan terrible y horrorosa, no deja de traer consecuencias buenas y favorables. Así ha sucedido á Holanda. Nuestra patria se ha aprovechado mucho de esta catástrofe europea, aprovechando, no inicuamente, sino con título justísimo, su reputación de neutralidad correcta y sincera. Nuestra patria se ha enriquecido con los méritos hermosísimos de la caridad, cuando los fugitivos belgas, contándose por millares, traspasaban las fronteras holandesas para pedir socorro y alivio en sus espantosos temores. Además, la guerra nos ha dado una embajada en el Vaticano. Holanda no tenía hasta ahora embajada en el Vaticano. Y esto por ser una nación pequeña y en su mayoría protestante. Nuestras relaciones políticas con la Santa Sede fueron entretenidas por un Internuncio que vivía en La Haya. Por lo demás, no había nada.

Pero la guerra cambió las ideas. Nuestro Gobierno actual, aunque liberal por la mayoría, comprendió que los intereses de nuestra patria pedían una embajada holandesa en Roma. La posición y la autoridad del Papa, tan repentinamente aumentada por la misma guerra y por el movimiento pacífico que venía desde Roma difundándose sobre los campos de batalla, hicieron comprender al Gobierno holandés que en caso de paz sería de mucho interés para Holanda estar en directa comunicación con la Sede Apostólica. Así, se propuso un proyecto para la institución de una embajada temporal de Holanda en el Vaticano, el cual proyecto quedó aprobado en las Cámaras después de muchas contradicciones por parte de los protestantes y aceptado por mayoría. Luego se nombró el personaje que empezaría á desempeñar el papel de Embajador holandés en el Vaticano; fué el Excmo. Sr. *Mr. Regout*, ex Ministro del Gobierno anterior, hombre de familia noble y benemérita para la causa católica de Holanda.

Claro está que este acto de un Gobierno acatólico ha llamado mucho la atención y consecuentemente causó muchas protestas entre los liberales y protes-

tantes de nuestra patria; así como los católicos aplaudieron entusiasmados los pasos nobles é imparciales de nuestro gobierno. Sin embargo, hasta entre los mismos protestantes hubo muchos que aplaudieron el proyecto acerca del nombramiento de un Embajador temporal. He aquí lo que escribe un periódico, protestante neto, y, como tal, testigo fidedigno: «Opinamos que nuestro país debe tener su representante donde quiera que sus intereses lo pidan... En el Vaticano duerme el germen del cual saldrá un día el árbol de la paz. Y quizás ningún pueblo es más propio para posibilitar la salida de este árbol como el holandés, que, por el Instituto Internacional del Palacio de la Paz, será su capital proclamada capital del mundo entero...» ¿Y si de esta misión temporal saliera una embajada fija? ¿Qué habría en contra de esto? ¿Acaso no hay otras naciones, también protestantes, que tienen su embajada en el Vaticano? ¿No es el Jefe de la Iglesia católica, aunque privado de autoridad temporal, un soberano que en todos los países del mundo tiene un influjo poderoso? Esto lo pueden lamentar muchos protestantes, pero el hecho no se cambia con esto. Por lo tanto, no podemos desaprobarnos para el porvenir una embajada fija en el Vaticano. Millones de nuestros compatriotas lo desean con ansia. Esto vale también algo... No perderemos nada de nuestro carácter protestante por la medida que nuestro Gobierno toma ahora. A no ser que un pueblo por la mayoría protestante pudiera negar hechos claros é innegables. Pero á esto no se atreve nadie.»

Sea lo que fuere, tenemos ahora una embajada en el Vaticano. Y esto será una cosa de mucho provecho para Holanda sobre todo cuando venga la restauración del equilibrio europeo. Y sobre todo prueba espléndidamente la grande fuerza moral y el irresistible influjo que ahora, más que nunca, sale del cautivo del Vaticano, el Santo Padre Benedicto XIV.

FR. PEDRO TER MAAT, O. P.

Nymegen-Holanda.

IRLANDA

El pueblo irlandés.—Numerosos han sido los irlandeses que han emigrado á los Estados Unidos en tiempos no muy lejanos. Empobrecidos y perseguidos en la patria amada, han ido á buscar en otros países medios de subsistencia, libertad religiosa y política. En la emigración nunca olvidaron la verde isla, encanto de su alma, amor purísimo del corazón, donde tantos hermanos gemían bajo la opresión del Gobierno inglés. Se unieron y formaron sociedades, cuyo objeto era la liberación de la patria. No olvidaron las amarguras pasadas.

Pero los tiempos han cambiado mucho. La idea de que el pueblo irlandés tiene derecho á gobernarse á sí propio, ha penetrado en las altas esferas del Gobierno. La sola esperanza de la implantación del *Home Rule* detuvo la ola de la emigración. Y es probable, que después de la guerra, cuando esta esperanza sea una realidad, comience la inmigración, la vuelta al antiguo y nunca olvidado hogar, de numerosos hijos expatriados.

Estos irlandeses que viven fuera de Irlanda, que llevan en el fondo del corazón la irrestante herida de persecuciones injustas, ¿cómo es posible que

hoy estén al lado de Inglaterra en la heroica lucha que sostiene por la libertad y el derecho á la vida de las naciones pequeñas? No pueden convencerse de que «el leopardo ha cambiado la piel», como reza una expresión vulgar inglesa, de que el Gobierno que trata inicuamente de aniquilar una nacionalidad pequeña, dentro de su propia jurisdicción, se haya constituido en adalid y defensor de una pequeña nación extraña, como Bélgica, contra el inmenso poderío militar de Alemania. No olvidan que el mismo *The Times* que hoy pone de manifiesto la crueldad de los teutones, escribía cuando la guerra anglo-boer: «La verdadera estrategia consiste primero en causar al ejército enemigo los mayores destrozos posibles, y después en hacer sufrir á los habitantes las mayores calamidades para que ansíen la paz y obliguen á su Gobierno á pedirla. Al pueblo debe dejársele sin nada más que los ojos para llorar sobre las desolaciones de la guerra.» No olvidan tampoco la soberbia del protestantismo inglés, que ha sido el verdadero opresor de Irlanda, que ha dicho en una publicación oficial el *Church Times*: «Nosotros hemos conquistado un imperio con nuestra espada, y nuestra sola justificación es que creemos haber recibido de Dios la misión de dominar á los pueblos extranjeros para su bien.»

Estos irlandeses no pueden estar al lado de Inglaterra. Pero en Irlanda la opinión pública es bien diferente. Los jefes del partido nacionalista han hecho sentir su voz en las asambleas públicas para exaltar el patriotismo, para aumentar el entusiasmo por el alistamiento: más de doscientos mil irlandeses empuñaron las armas en los primeros meses de la guerra.

El episcopado irlandés, que tan íntimamente unido con su pueblo vive, y que conoce tan á fondo los amores y repugnancias, los intereses y peligros de sus hijos espirituales, ha proclamado en sus Pastorales la necesidad de estar todos unidos para defender los intereses vitales del imperio, y han visto con simpatía que Irlanda haya respondido al llamamiento de aquel noble irlandés, ministro de la guerra, lord Kitchener.

Esperemos que nuestros hermanos del extranjero, y, sobre todo, de Norte América, se convenzan de que la época de la opresión ha pasado, que el Gobierno sostiene y fomenta nuestras seculares aspiraciones, y que la grandeza de la patria está unida á nuestra devoción y sacrificios por los intereses del Imperio Británico.

Los mártires de Irlanda. — Pronto veneraremos en los altares á la pléyade gloriosa de mártires irlandeses, que en los siglos xvi y xvii sellaron con su sangre la fe católica durante la persecución protestante. *Hibernia, heroum nutrice*, como la llama el documento pontificio, llena de júbilo se prepara para la celebración de tan glorioso acontecimiento. Aun cuando el número de mártires de esa época es incontable, y muchos de ellos sólo en el Libro de la Vida tienen sus nombres escritos, en el Decreto de beatificación ó declaración de martirio se cuentan los nombres de 14 prelados de la Iglesia, muchos sacerdotes seculares, muchos varones religiosos pertenecientes á las familias religiosas, á saber: premostratenses, cistercienses, dominicanos, franciscanos, agustinianos, carmelitas, trinitarios y jesuitas, y varios seculares y personas nobles, á los cuales hay que añadir seis piadosas mujeres. El número total de mártires es de 257, y encabezan la lista Dermot (Dermecio) O'Hurley, Arzobispo de Cashel, Cornelio ó Devany, O. S. F., Obispo de Down y Connor, Terencio A. O'Brien O. P., Obispo Imolacense.

Con la protección de estos mártires gloriosos la noble Irlanda continuará en el mundo su gran misión de conservar y propagar la fe, no sólo en el Imperio Británico, sino en todos los países de lengua inglesa. En Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, África del Sur, el catolicismo tiene su más firme sostén en los apóstoles, formados en los colegios, seminarios y conventos de Irlanda, y en las familias por cuyas venas corre sangre irlandesa.

El protestantismo y los refugiados belgas. — Varias sociedades protestantes, cuyos fondos eran destinados á la propaganda y á combatir el «romanismo», parece que ahora han querido entrar por mejores caminos, destinándolos al socorro de los huéspedes belgas. Pero lo triste del caso es que, junto con la obra de caridad, se ve el fanatismo protestante. En un anuncio de la *Protestant Alliance*, organismo batallador y rabiosamente anticatólico, publicado en la prensa para pedir limosnas y suscripciones para el socorro de los belgas, se dice que al comenzar la guerra había en Bélgica tres millones de no-católicos, de los cuales 400.000 eran protestantes. Añade que ellos favorecen y socorren á todos, sin tener en cuenta la denominación religiosa. Es posible, pero dados sus antecedentes y la falsa información que acompaña al anuncio, es de temer que á esos socorros se mezele un proselitismo indigno. No hay un censo belga moderno; el de 1891 da una población de seis millones, de los cuales unos 28.000 eran protestantes y unos 13.000 judíos. Sin duda con el aumento de población (siete y medio millones en 1912), se habrán modificado estos números; aun cuando no podamos hacer un cómputo, sin embargo, de algunas indicaciones sobre el número de ministros y los subsidios con que favorece el Estado, podemos deducir la relativa proporción entre católicos, protestantes y judíos. Según el *Stateman's Year Book* de 1913, el clero católico contaba 5.779 individuos, incluyendo en esta cifra 85 prelados; los pastores protestantes 33, y entre rabinos y ministros judíos 14. El Estado pagaba al clero católico 7.318.200 francos; á los protestantes, 117.000, y á los judíos, 32.000. No sabemos de dónde habrá sacado las cifras que aduce la Alianza Protestante: probablemente no tendrán otro origen que el deseo del proselitismo entre los católicos belgas, hoy refugiados en nuestro pueblo.

La Prensa francesa refería emocionada que tres oficiales irlandeses que iban al frente de batalla, al pasar por la ciudad de Rouen, depositaron á los pies de la bienaventurada Juana de Arco, una corona de lirios y rosas. Hubo curiosidad por averiguar los nombres de tan nobles y simpáticos oficiales, y se ha dicho que eran hijos de tres generales del ejército británico, Sir Desmond O'Callaghan, General Gregorie y el difunto General Sir William Butler. Fué un homenaje lleno de piedad, religión y poesía, muy propio de militares pundonorosos y católicos, que hubiera llenado de alegría y orgullo el corazón del valiente Butler.

CORK J. P. O'SULLIVAN.

ESTADOS UNIDOS

Del campo social. — *Convención de la Liga de «Women's Trade Union».* — Se ha celebrado en Nueva York, del 7 al 11 de Junio último, un Congreso de la *Liga Nacional de Obreras Norteamericanas*, con asistencia de 91 delegaciones de multitud de sociedades, representando un total de 100.000 obreras, pertene-

cientes á distintas nacionalidades é industrias, venidas de casi todos los Estados de la Unión. Según leemos en la revista profesional *Life and Labor*, órgano de la Liga, el objeto de esta Asociación es organizar en Sindicatos toda la población obrera femenina de Norte América é incorporarlos á la Federación Nacional del Trabajo. En el discurso de apertura de dicho Congreso, Mrs. Raymond Robins significó las tres cosas que más perentoriamente necesitaban resolver: *Organización, Legislación y Educación*. El programa legislativo que presentó era muy amplio, incluyendo el sufragio de la mujer para que pudiera intervenir en las funciones legislativas y mejorar, por sí misma, la triste condición de las obreras.

También ofreció vivo interés la discusión acerca del salario *mínimo* que varía en cada localidad, y por eso dejaron la determinación de este salario á los Comités locales de la Asociación. Respecto de la *Educación*, además de recomendar vivamente la asistencia á las Escuelas públicas y profesionales, pidieron la amplitud de las Escuelas de aprendizaje, con enseñanza teórica y ejercicios prácticos, vistos los buenos resultados que desde el último Congreso produjeron estas Escuelas. En varias Universidades, tales como la de Chicago, Evanston, etc., se han establecido *cursillos* para la mujer obrera, donde pueden aprender *Economía* y los problemas modernos del trabajo.

Hay un detalle que ofrece interés para los lectores católicos, como son los de España. El Presidente Wilson ha nombrado miembro de la Comisión Nacional *Aid to Vocational Training* (ayuda para las Escuelas de aprendizaje) á la Presidenta de la *Liga de Chicago*, que es, al mismo tiempo, Presidenta de la *International Glove Workers*, y es, sobre todo, católica. Es la primera obrera, y la única mujer agraciada con este nombramiento para formar parte de una Comisión oficial, formada por nueve personas competentísimas.

— *La Federación Americana de las Sociedades Católicas* acaba de publicar un folleto en el que, después de explicar en qué consiste la Federación, reseña los trabajos llevados á cabo por la misma en los trece años que lleva de existencia, asuntos de importancia general y referentes á Estados particulares y comunidades; asuntos de carácter político-religioso: contribuir á sanear la opinión pública en tan vitales cuestiones como el divorcio, la literatura inmoral, el teatro, asistencia á las escuelas católicas de los indios y á las misiones de los negros y en otras varias esferas. Es verdaderamente consolador el número de obras que ha realizado esta Federación Católica en tan pocos años.

Las Escuelas Católicas. — En las Escuelas públicas de los Estados Unidos está prohibida la enseñanza de la Religión á los maestros. Cuando los padres lo desean, pueden ir á enseñarla los Ministros de las confesiones respectivas. Los católicos pagan esas Escuelas por medio de las contribuciones y, además, deben sostener, porque así lo quieren, las Escuelas parroquiales, donde la enseñanza es completamente católica. Esta situación es violenta, y así lo proclaman públicamente. No es justo que los católicos paguen sumas enormes, directa ó indirectamente, para sostener Escuelas arreligiosas donde no van sus hijos, y se vean obligados á gastar más, creando para sí otras Escuelas. En el último Congreso celebrado en San Pablo por la *Catholic Educational Association* se ha revelado esta ansia general de los católicos de una manera vivísima, desde el discurso de apertura, admirable, pronunciado por el Arzobispo

Ireland, hasta las últimas conclusiones contenidas en el *Catholic Bulletin*, semanario de San Pablo.

Este estado de los católicos, dijo Mgr. Me Devitt, que contribuyen enormemente al sostenimiento de las Escuelas públicas y, al mismo tiempo, tienen que sostener las Escuelas parroquiales para educar á sus hijos, es una violación clara de uno de los fundamentos en que se asienta nuestra República — *no taxation without representation* : no tasación sin representación; es decir, esas contribuciones no están determinadas por representación ninguna, porque nosotros no aprobamos esos gastos, ese desnivel que prácticamente nos coloca en un régimen innoble de castas y de clases.

En este Congreso se advirtió también que en todos los Estados Unidos el maestro católico es considerado como *tipo* de educador; que las Escuelas parroquiales van creciendo de una manera admirable. Pero se vió que la mayoría de los niños y niñas católicas es todavía educada en Escuelas *no católicas*... Es preciso que reviva el entusiasmo, redoblar los esfuerzos, ampliar las suscripciones y donativos para que se realice pronto el ideal de un autor: «Cada niño católico de los Estados Unidos, que sea educado por un maestro católico y en una Escuela católica».

Bodas de oro del «The Ave María».— Esta hermosa revista, consagrada á la propagación de los intereses católicos, bajo la protección de María, cuyo culto y devoción extendió poderosamente en los Estados Unidos, celebra en este mes el 50 aniversario de su fundación. Justo es que le dediquemos este recuerdo de gratitud por lo mucho que trabajó en el campo religioso, y de simpatía por sus ideales y sus campañas tan hábilmente sostenidas por su Director R. P. Hudson, C. S. C., veterano escritor, á quien sinceramente felicitamos.

FR. F. W. O. P.

New-York, Agosto de 1915.

JAPON

El desbarajuste religioso.—Así debe llamarse el género de propaganda que, en estos últimos años, principalmente en el que corremos, están llevando á cabo los corifeos de las sectas protestantes.

Con un descaro completamente reñido con la humildad y modestia de Jesucristo, se encuentran hoy por doquiera á estos evangelistas, llamando, con anuncios de teatro y cantos marcadamente anticristianos, á las gentes para embaucarlas y hacerlas dar su nombre á su secta.

Otro rumbo un poco más juicioso, aunque no muy diferente en sus formas é idéntico en la conclusión, es el seguido por algunos otros, también sectarios y no menos decididos, de secularizar las doctrinas y enseñanzas cristianas.

Consiste esta nueva predicación, á la que mejor se denominaría propaganda de reforma *ético-social*, en un pacto ó convenio de todas las sectas existentes en Japón, á fin de aunar sus esfuerzos y cooperar de común acuerdo á lo que ellos creen cristianización del imperio. Como es de suponer, teniendo cada secta un *credo* distinto, ha sido preciso empezar por prescindir en todos los discursos y enseñanzas de todos aquellos puntos y materias en que se ha-

llan disconformes unos de otros, tratando tan sólo de aquellos artículos en que todos están de acuerdo. Y como aquellos son los más y de éstos, en los que todos convienen, sólo nos queda la existencia de Dios, y aun Éste trunco, pues no falta secta que sostiene que Dios nos salva aunque no creamos en Él, con tal que obremos con rectitud natural; resulta que en toda esta propaganda de lo menos que se trabaja es de *re religiosa* y mucho menos *crisiana*. Todas sus peroratas empiezan y terminan con sendas exhortaciones á obrar bien, ser fieles á los contratos, levantar el prestigio y honor nacional, y á pedir la reforma de las costumbres sociales. Para este género de propaganda tienen reunida la suma de medio millón de *yenés*.

Religiones.—Los setenta millones de habitantes que componen el Japón, comparten las ideas de cinco religiones—dejando alguna de poca ó ninguna importancia—, subdivididas todas ellas, excepto la Católica, en una infinidad de sectas y ramas, que hacen casi imposible el darse cuenta y llegar á comprender qué es lo que cada una enseña y sus diferencias.

En el orden cronológico aparece en primer lugar el Shintoísmo, religión nacional, compuesto abigarrado de culto á la naturaleza y veneración á los antepasados, principalmente á los ascendientes de la dinastía imperial. Al presente, este sistema religioso, si es que su carencia absoluta de dogmas doctrinales y de moral permite incluirle en el conglomerado de las religiones, cuenta con unos 164.300 templos y 16.093 sacerdotes, y el número de adeptos se eleva á cerca de 19.000.000; y forzoso es confesar que, no obstante su inutilidad y absoluta carencia de valor interno, se halla en nuestros días en un período de bonanza, debido á la protección decidida y manifiesto apoyo del gobierno y clases directoras del imperio, puerilmente convencidas de que aun se puede con mitologías y fábulas reformar y gobernar á un pueblo civilizado y amante del progreso.

Al Shintoísmo sigue, así en el orden cronológico como en representación y número de adeptos, el Budismo que, si bien desde la restauración imperial—hace sesenta años—carece de patente de oficialidad, no cabe duda que aun conserva profundas raíces y ejerce influjo grande en la gente del pueblo. Hoy mismo, no obstante de carecer del apoyo y aun mirado con menosprecio por las clases pudientes é instruídas, sus adeptos superan en mucho á los shintoístas, y las estadísticas budistas acusan un contingente de cerca de 29.000.000, aun excluyendo los de Corea, donde la inmensa mayoría profesa esta religion. No vaya, sin embargo, á creerse que su estado actual sea floreciente o que le espere un brillante porvenir. Su anulación como religion nacional fue un golpe mortal de que nunca podra reponerse, a pesar de los grandes esfuerzos que en nuestros días realizan sus jefes y directores, tomando parte en las obras sociales de colegios, hospitales, etc., y sistematizando y explicando ó acomodando sus doctrinas á las teorías y corrientes filosoficas modernas. La corrupcion de los bonzos y su ignorancia, les ha atraído el desprecio universal, aun entre la gente del pueblo. Tiene unos 72.000 templos, con mas de 52.000 bonzos.

Tambien gozan de popularidad y se hallan bastante extendidas las sectas Kurozumikyo y Tenrikyo, ambas ramificaciones del shintoísmo. El kurozumikyo es obra de un tal Kurozumi, muerto hacia mediados del siglo pasado. Sus doctrinas son completamente shintoístas y solo se distingue y consigue hacer-

se adeptos por sus supersticiones y manejos más ó menos hábiles encaminados á curar enfermedades y á prevenir el caer en ellas.

El Tenrikyo, obra de una vieja llamada Omiki, muerta en 1887, mezcla de shintoísmo y confucionismo, se distingue de uno y otro por el fanatismo de sus adeptos y los manejos ocultos para curar enfermedades, así como también por la habilidad para embaucar á las gentes sacándoles el dinero, hasta dejar en la calle á una infinidad de familias. Esto ha dado mucho que hablar á la Prensa, y hasta hubo de intervenir el Gobierno, llegándose á creer por un momento que quedaría prohibida su propaganda. Pero la habilidad de sus jefes se sobrepuso á todo y precisamente sacó de la prueba el que fuera reconocida como rama y religión independiente del shintoísmo, al que hasta entonces (1911) había pertenecido como secta. Dícese que le costó un millón de yenes.

Con respecto al Cristianismo, sabido es que no tiene en el Japón protección de los poderes seculares. El total de cristianos de todas las sectas (católicos, cismáticos y protestantes) son unos 80.000 en Japón y 50.000 en Corea y Formosa.

Estadísticas.—Según la estadística de criminalidad correspondiente al año 1913, hay en las cárceles 60.546 presos. Los delitos son: falsificadores, 2.200; jugadores, 10.552; homicidas, 753; malos tratos con lesiones, 2.671; dolosos, 13.922; ladrones, 23.939; rapiña, 4.572; adúlteros, 394; por procurar el aborto, 543. Hubo además la sorprendente cifra de 6.711 suicidios de varones, con 4.042 de mujeres.

Para terminar la lista digamos algo de *re matrimoniali*.

En el mismo año se contrajeron 442.498 matrimonios oficiales ó registrados civilmente, á los que correspondieron 59.681 divorcios también oficiales ⁽¹⁾.

Nacimientos hubo 1.883.914, naciendo vivos 1.726.522, y muertos 157.392. De todos ellos fueron legítimos, 1.560.493, y naturales ó ilegítimos, 551.364, á los cuales corresponden 37.855 de los nacidos muertos.

Resulta, pues, para cada 1.000 habitantes, 8,61 matrimonios y 1,17 divorcios; 33,09 nacimientos vivos y 3,09 de muertos.

Las defunciones se calculan en 1.073.732, dando para cada mil 21,10 muertos al año.

FR. TOMÁS DE LA HOZ, O. P.

Kochi 30 de Junio 1915.

(1) Digo oficiales y es preciso tener en cuenta este dato. De los matrimonios no oficiales ó sea no registrados, no es exagerado el suponer que una cuarta parte de los contraídos en esta forma se disuelven. La razón es obvia. En Japón sólo se suelen registrar los matrimonios después de pasada la temporada de prueba, que suele ser hasta tener hijos, ó dos ó tres años después de reunidos, ó sea cuando se juzga ya prudentemente que la separación no habrá ya lugar. Si, pues, entre los matrimonios registrados resulta el número arriba indicado de divorcios, entre los que pueden decir cuando quieran, «si te vi no me acuerdo», ¿qué sucederá?

REVISTA DE REVISTAS⁽¹⁾

Catholic World (The), July. — J. MATE, S. J.: *Black Robes and Brown in California*. Datos históricos sobre los trabajos de los PP. Jesuitas y Franciscanos de las misiones de California. — Edmund T. SHANAHAN, S. T. D.: *Evolution and Progress. III*. Continuación del interesante estudio sobre el progreso, haciendo en este artículo un resumen histórico de las civilizaciones que han sido. Egipto, Grecia, Roma evolucionaron hacia un progreso que luego fué decayendo: otros pueblos han tenido también sus épocas de grandeza y decadencia. El industrialismo de los tiempos modernos, ¿quién sabe á dónde nos llevará en su desarrollo? — V. M. CRAWFORD: *Lucie Faure Goyan*. Datos biográficos de Mad. Lucie Faure, hija de un Presidente de la República francesa, con una crítica de sus obras, en las que resplandece al lado de un gran mérito literario un amor grande á los ideales de la Iglesia católica. — Walter ELLIOT, C. S. P.: *Vocation*. En qué consiste y señales de la vocación religiosa. El autor se apoya en los escritos de Santa Teresa, citando muchas veces sus palabras. — J. L. O'BRIEN: *A notable French convert*. (Paul Loewengard.) De origen judío, Paul Loewengard, se había distinguido en el campo de la literatura más bien que en el de la controversia religiosa. En su conversión ha servido como medio, aparte de otras muchas circunstancias, el P. Lemann, judío convertido también. La historia de su conversión recuerda la de otros literatos como Benson, Jörgensen, Coppée, Brunetière, etc. — R. P. O'CONNOR: *The Irish volunteers*. Los voluntarios irlandeses, hoy en el campo de batalla, son la expresión de la Nueva Irlanda, con su Gobierno propio, su libertad y su emancipación de la esclavitud protestante de tantos años. = *Idem*, August. — Brother LEO: *Alfred the Great, Patron of learning*. Datos sobre la vida y hecho del rey de Inglaterra Alfredo el Grande (siglo IX), gran protector de sabios y amigo de extender el conocimiento de las ciencias y las letras. — E. T. SHANAHAN, S. T. D.: *The enlarged Conception of God*. Refutación del libro de Alden Yout, con este título, en el cual, pretendiendo *democratizar, socializar* la teología, dice que debemos concebir á Dios como algo que va en la corriente de la conciencia social, como un participante en la vida humana y en los trabajos y constantes luchas por la vida. — W. P. KITCHIN: *The Achievements of Pius X*. Las obras y leyes bienhechoras de Pío X en su fecundo Pontificado.

Ciudad de Dios (La), 5-20 de Agosto. — M. ARRÁIZ: *Psicología comparada*. (Instinto é inteligencia.) Pregunta el articulista: ¿Qué es lo que, mentalmente, diferencia al hombre del animal? ¿Cuál es la nota característica y fundamental que hace del hombre un ser especial y aparte de todos los seres de la escala zoológica? Ponen unos esta superioridad en la moralidad, en la religión, en su aptitud para constituirse en sociedad y vivir en ella jurídicamente; otros en el poder de usar un lenguaje y de inventar me-

(1) Esta sección ha sido redactada por los PP. I. González y J. Grain (Corias); J. Corbato (Santa Maria de Nieva); Urbano (Valencia); Menéndez (Vergara); Beltrán, Cordero, Cuervo y Menéndez-Reigada (Madrid).

dios de expresión y comunicación espiritual; pero buscando el origen *primero* fundamental, lo encontraremos en el *concepto abstracto y universal*; en este poder original, que posee la inteligencia humana de comprender y asimilarse la *idea* inmanente en la realidad, el sér y las razones de las cosas; razones de existencia, de causalidad, de relación, de finalidad, de orden, etc. Este poder abstracto y de universalización, que coloca á la inteligencia fuera de las condiciones del tiempo y de la movilidad continua de las cosas, es el principio del juicio, del razonamiento, de la ciencia y del arte, de la reflexión y de la libertad, de la moralidad, de la religión, de la vida social.

Coenobium, Abril-Mayo. — Ed. P. LEJEUNE: *De la psychologie du neutre*. El carácter psicológico de la neutralidad presenta facetas múltiples. La actitud del neutro puede ser inmoral ó moral según juzgue los hechos; mas la calificación no es posible mientras dura el conflicto de guerra. Es dificilísimo apreciar bien la situación del *neutro*. — C. TRENNES: *Maggio nel sangue*. Aconseja á los socialistas que no desesperen de la eficacia y valor de sus aspiraciones, á pesar de que la presente guerra parece conjurarse contra ellos. — E. F. DE VERCE: *Per uno studio obbietivo dei fenomeni religiosi*. El fenómeno religioso puede considerarse como un hecho positivo concreto, individual y social, compuesto de ideas y sentimientos. Es de grandísima importancia social por su fuerza creadora de organismos sociales. Todo el artículo está inspirado en tendencias racionalistas. — C. ACCIÀSINO: *Il nuovo orientamento della filosofia*. Examen de un estudio de A. Chiapelli. Según éste, la nueva orientación de la filosofía consiste en el esfuerzo de borrar, no el fundamento absoluto de la realidad, sino su continuo *devenir*, su vida en creación incesante. La filosofía tiende á conciliar la vida con el pensamiento. De aquí nacerá una nueva relación, una nueva verdad, un renovamiento de todos los valores.

Dublin Review (The), July. — Canon BARRY, D. D.: *The City of Constantine*. Datos históricos de la Ciudad de Constantino, que hoy á causa del desarrollo de la guerra, tienen excepcional interés. — Bernard HOLLAND: *Disraeli*. Datos biográficos y críticos sobre el gran político inglés de este nombre. — Comtesse B. DE COURSON: *The Marquise de la Tour du Pin*. — Rev. F. CUTHBERT, O. S. F. C.: *War and the Conscience of the Nations*. La guerra actual despierta el sentido moral de las naciones, y tanto al examinar las causas de la misma como su desarrollo, se hace una especie de examen de conciencia de las naciones, cuyos resultados han de ser beneficiosos, ya creando un derecho internacional más respetado, ya estableciendo sobre mejores bases las relaciones de unas naciones con otras. — A. H. POLLEN: *The Submarine Campaign*. Es preciso buscar una defensa efectiva contra los submarinos: el caso del «Lusitania», del «Triumph» y del «Majestic» demuestra que los medios protectores hasta ahora empleados son ineficaces. El autor espera se resolverá satisfactoriamente este problema. — James BRITEN: *Anglicanism past and present*. Movimientos hacia la doctrina y práctica católica en el culto de la Eucaristía y de la Virgen María en el seno del anglicanismo. — Hilaire BELLOC: *The effect of Waterloo*. Se analizan los efectos y consecuencias de la batalla de Waterloo en el terreno histórico y político.

Ecclesiastical Review (The), July. — Rev. W. T. A. O'BRIEN, S. T. B.: *The powerful heart of St. Paul*. De los Actos de los Apóstoles y de las mismas Epístolas de San Pablo, concordando y uniendo textos, hace un estudio magnífico del *poderoso corazón de San Pablo*, el cual era «de acero para sí mismo, de carne para los hombres y de fuego para con Dios». — Eldbridge COLBY: *The Priest in fiction*. En la novela desde los tiempos antiguos se ha presentado la persona del sacerdote de varias maneras; en las novelas de autores protestantes, y el autor cita muchas, generalmente se le describe mal y se le trata peor. — Rev. S. ESPELAGE: *The Wonderful growth of the Catholic Church and China and its causes*. Después de los datos estadísticos, que prueban el admirable aumento del número de católicos en China, examina las causas del mismo, atribuyendo en gran

parte este crecimiento á la sangre de cristianos derramada en la persecución de los *boxers*, en 1900. = *Idem*, August. — Pierre de CHAIGNON LA ROSE: *The arms of Benedict XV. An introduction to the Study of Papal Armorial*. Para estudiar el escudo de armas del Papa Benedicto XV, se dan muchos datos y algunas ilustraciones, sobre los escudos de armas de los Sumos Pontífices. — Rev. W. LEEN: *The Church and modern Spiritism*. Examina los fenómenos del espiritismo moderno, y después de analizar varias teorías para explicarlos, que no los explican satisfactoriamente, concluye por condenar esas prácticas, según las direcciones y mandatos de la Iglesia. — Elbridge COLBY: *The Priest in fiction. II*. El sacerdote tal como le presentan las novelas de escritores católicos, especialmente en la moderna literatura inglesa. — Rev. J. Mac CARTHY: *Converts and the impediments of marriage*. Trata con profundo conocimiento los casos de impedimentos matrimoniales que suelen ocurrir al convertirse protestantes, casados ante los ministros de la secta, ó habiendo contraído matrimonio civil solamente. — Rev. C. F. CREMIN, S. T. L.: *Where ecclesiastical infallibility resides*. No discute la infalibilidad del Sumo Pontífice, ni la del Concilio general, sino si la infalibilidad se refiere á lo subjetivo, es decir, al pensamiento del Papa, ó á lo objetivo, es decir, al sentido de las palabras en sí mismas. Aun cuando la distinción es algo sutil, el caso es posible. El autor combate esa infalibilidad objetiva, como separada de la subjetiva, y coexistiendo con un error personal del Papa.

España y América, 1.º de Julio. — P. G. MARTÍNEZ: *Por entre la psicología nacional: La cuestión casi única en España*. — P. E. NEGRETE: *Los problemas fundamentales de la filosofía bergsoniana: La libertad*. «Según la filosofía nueva, la base de nuestro libre albedrío, si queremos ir derechamente al fondo de las cosas, debe asentarse sobre un concepto de la duración, ó sea del tiempo, distinto del vulgar y del científico é independiente de las exigencias de la vida práctica y de las comodidades de la expresión y del lenguaje.» Según Bergson, hay que distinguir la duración-cualidad de la duración-cantidad, el tiempo verdadero y el tiempo materializado. La duración es el cambio puro sin cosa que cambie, es la única realidad existente. En el presente artículo intenta el P. Negrete hacer resaltar las confusiones de que adolece la teoría bergsoniana y refutar los errores que implica. Duración sin algo que dure es algo ininteligible. Duración y tiempo son dos cosas muy distintas: el tiempo es medida de la duración (no de cualquiera) y supone cambio, movimiento en el sentido más amplio de la palabra é inteligencia que de algún modo presencia el cambio la sucesión. Pero el tiempo también es mensurable, ¿cómo? No hace falta especializarlo, como pretende Bergson, para que los instantes pasados esperen la adición de los posteriores; en la mente persisten de un modo intelectual y esto basta. — P. Angel MONJAS: *La revolución de México*. — P. G. MARTÍNEZ: *Poetas cubanos: Guillermo de Montagú*. — P. Agustín MELCON: *Páginas de la última revolución china*. = *Idem*, 15 de Julio. — P. Angel GAGO: *Las teorías modernas del Derecho penal en sus relaciones con la Filosofía. El positivismo crítico*. Después de señalar los principios capitales de la escuela lombrosiana expone las doctrinas de la escuela denominada *sociológico-criminal*, que reconoce por autor al alemán Liszt. Esta escuela toma como punto de partida la negación de la libertad; su método es la rigurosa observación de los hechos. Partidaria de la evolución, somete al hombre á las mismas leyes rígidas e inflexibles que á los demás seres naturales, y defiende que el delito es producto necesario del temperamento ó idiosincrasia psico-fisiológica del delincuente y de las condiciones físicas, sociales y económicas que le rodean. Liszt divide la criminalidad en dos especies: *criminalidad aguda y criminalidad crónica*, según las causas que predominan en su producción. Hace luego una exposición del *positivismo crítico* tal como se halla contenido en *Notas filosóficas de un criminalista*. El *positivismo crítico* sostiene que no parece contradictorio querer armonizar la negación del libre albedrío con la imputabilidad, porque aquél se refiere á la pretendida causa del fenómeno volitivo, y ésta á la manifestación externa de la volición. Al delito concurren predisposiciones orgánicas, físicas,

biológicas y sociales, pero el factor principal son las últimas que cada día tienden á ser más preponderantes. Últimamente hace una refutación de este *positivismo crítico*. = **Idem**, 1.º de Agosto.—P. Angel GAGO: *Las teorías modernas del Derecho penal en sus relaciones con la Filosofía. El positivismo crítico* (continuación). Este segundo artículo continúa refutando el positivismo crítico, guardando en ello el orden que le es dado por el Sr. Alimena.—P. Celso G. MORÁN: *Utopías pacifistas*.—P. Angel MONJAS: *La revolución de Méjico*.—P. P. N. de MEDIO: *Sobre la naturaleza del espacio, XIV. El espacio puro y el espacio en relación con las Matemáticas*. Expone el sabio dominico las razones con que Dunan refuta el concepto apriorístico del espacio defendido por Kant y el concepto opuesto de los sensualistas, según los cuales el espacio sería un extracto de los sentidos, la sensación misma despojada del elemento cualitativo. Continúa el P. de Medio haciendo resaltar la *oposición* radical que Kant establece entre el conocimiento sensible é intelectual, y demostrando cómo estas dos formas de conocimiento, si son distintas, no son opuestas, sino que se continúan una á otra y se completan. Ambos se hallan en un mismo sujeto y ambos pueden ejercitarse respecto de un mismo objeto cognoscible, agotando su cognoscibilidad. De aquí que las Matemáticas, obra del entendimiento principalmente, no excluyan la intuición sensible ni la materialidad y sensibilidad del espacio. Luego no es necesario el «espacio puro» de Kant para salvar el apriorismo de las ciencias exactas. La misma conclusión se deduce estudiando lo que á las Matemáticas deben las ciencias físico-naturales... No obstante ser la intuición sensible punto de partida indispensable en las ciencias matemáticas como en las físicas, hay diferencia en la certeza de que son susceptibles y en la dependencia entre principios y conclusiones de unos y otros. «Las verdades y los principios de las ciencias experimentales y de observación tienen alguna manera de contingencia, no admisible en las llamadas rigurosamente exactas...» XV. *Formación de lo extenso con lo inextenso: divisibilidad indefinida de la materia*. ¿Cuál es el constitutivo de la extensión en sí misma y para todos los cuerpos en general? ¿Pueden serlo puntos inextensos reunidos? Pero puntos inextensos no pueden yuxtaponerse sin confundirse, á no ser que consten de partes diferentes, contra la hipótesis. Además, esos puntos serían *cospúsculos*, luego serían extensos. La cuestión no quedaría resuelta, sino alejada sólamete. «Atendiendo, pues, á esta dificultad contestáramos que la extensión no se constituye por algo distinto de sí propia, y que si algo la constituye es la esencia misma de los cuerpos, de que resulta como propiedad inmediata, fundamental.» Por otra parte: ¿cómo de puntos inextensos puede nacer lo extenso? Negando la imposibilidad de componer una extensión con puntos ó elementos inextensos. «Si es cierto que infinitas negaciones no dan una afirmación, muchos ceros una cantidad positiva, es de advertir que los elementos inextensos de que resultaría el cuerpo extenso no sería pura negación, sino algo positivo en el orden corpóreo, aunque negativo en el de extensión.» Un edificio no es una ciudad, ni un árbol es un bosque... «Con muchas inmovilidades sucesivas y diferentes de un cuerpo (que es algo positivo) en diferentes puntos del espacio se puede dar, y se da, movimiento.» La dificultad se resolvería diciendo que la extensión es una relación de elementos ó corpúsculos inextensos en sí, pero aptos á formar extensión una vez reunidos. Ninguna explicación es del todo satisfactoria. Lo cierto es que hay cierta *unidad* en el cuerpo á pesar de que la substancia corpórea sea extensa ó distribuida en partes, que no es necesario que sean *actuales*, sino que basta que sean *potenciales*. A continuación toca el P. de Medio el problema de la divisibilidad de la materia, negando el número actual infinito y la divisibilidad infinita de la materia. — P. Agustín MELCÓN: *Páginas de la última revolución china*. = **Idem**, 15 de Agosto.—P. Angel GAGO: *Las teorías modernas del Derecho penal en sus relaciones con la Filosofía. El positivismo crítico* (continuación). En este tercer artículo refuta algunos argumentos sacados de ciertos hechos denunciadores, á juicio del Sr. Alimena, de que las determinaciones humanas, por nosotros consideradas como libres, son producto necesario de ciertos factores intrínsecos y extrínsecos. — P. BARREIRO: *Un capítulo de Etnografía comparada*. — P. M. VELEZ: *Nuevas observaciones sobre Bergson*.

Jewish Quarterly Review (The), July. — Dr. JACOB NACHT: *The symbolism of the Shoe with special reference to Jewish sources*. «El simbolismo del zapato» da ocasión al Doctor judío para un erudito estudio sobre la significación de llevar calzado ó ir descalzo, sobre las diferentes frases en que entra esta palabra y su significado y sobre los usos más ó menos supersticiosos que antigua y modernamente se han hecho de los zapatos. Y todo con numerosas citas bíblicas y de las literaturas clásicas. — J. Z. LAUTERBACH: *Midrash and Mishnah. A Study in the early history of the Halakah*. Estudio y discusión de métodos de enseñanza en las escuelas judías en la época anterior á Nuestro Señor Jesucristo.

Harvard Theological Review (The), July. — W. A. BROWN: *The Permanent Significance of miracle for Religion*. El milagro, lo mismo en la antigüedad pagana que en los tiempos cristianos, ha significado siempre la acción extraordinaria de Dios sobre la naturaleza con el fin de confirmar una doctrina, una enseñanza religiosa. — F. J. Mc. CONNELL: *The function of the educated and of uneducated Ministry*. Como protestante, habla de la influencia de la educación ó instrucción de los ministros en la acción religiosa. — P. E. MORE: *Evolution and the other world*. Aplicando ideas evolucionistas, spencerianas especialmente, al concepto del mundo, viene á dar idea de otro mundo, que no es precisamente el cielo, sino algo vago é impreciso; habla de las regiones inmensas interstidiales, de Alma Cósmica (con letra mayúscula)... — D. J. FRASER: *Recent Church Union Movements in Canada*. Proyectos y negociaciones de varias agrupaciones protestantes del Canadá, para reunirse y formar, hasta donde sea posible, una especie de unidad eclesiástica. — T. N. CARVER: *What ails the Church?* Artículo ultra protestante en el cual se afirma que aprovechando toda la actividad humana se obtiene la verdadera Iglesia, el verdadero reino de Dios, sin necesidad de milagros ni orden sobrenatural. ¿Y llamar teología á esto?

Irish Theological Quarterly (The), July. — Rev. J. ASHTON, S. J.: *Pessimism or Supernaturalism*. El naturalismo conduce al pesimismo: solamente el Supernaturalismo de la fe eleva al hombre, en el orden intelectual, moral y social, siendo ésta la única teoría aceptable del *superhomo*. — Rev. DAVID BARRY, C. C.: *Influence of error on responsibility*. Examen del aumento ó disminución de responsabilidad en las acciones humanas, debido al error ó ignorancia del que ejecuta la acción. — Rev. J. B. O'CONNELL, Ph. D.: *The beginnings of Philosophy*. Los comienzos históricos de la filosofía, según los mas antiguos escritos de los griegos. Estudio bien documentado y de examen minucioso y aceptable. — J. M. FLOOD, B. L.: *Sacred latin Poetry*. La poesía sagrada latina, especialmente en la Edad Media. El autor aboga por la publicación de una antología completa de las obras poéticas de los escritores cristianos.

Month (The), July. — Rev. S. F. SMITH: *The anti-miraculous presuppositions*. Los racionalistas, al rechazar el milagro como cosa imposible, presuponen unos principios, que ni son tales principios, ni los prueban de ninguna manera. Afirmaciones tan redondas como la de Thomson: «el admitir el milagro es suicidar intelectualmente», prueban el estado mental del racionalismo en todas sus fases. — H. S. DEAN: *The latest portent of Anglicanism*. El último portento del Anglicanismo llama el autor á la Sociedad de San Pedro y San Pablo que, en las obras publicadas, tiene cierta tendencia al «Romanismo». El autor no concede á eso gran importancia, ni para infundir temores á los anglicanos, ni dar grandes esperanzas á los católicos. — Rev. H. THURSTON: *English ritualia, old and new*. Curioso examen y comparación de los rituales modernos y antiguos de la Iglesia católica en las Islas Británicas. — *Idem*, August. — J. BITTEN: *The Church's flowers*. Las flores tienen, además de un uso casi ritual en el adorno de los altares e imágenes sagradas, nombres que indican tradiciones católicas y costumbres cristianas de la antigüedad. Como es natural, se refiere á los nombres ingleses. — Rev. H. THURSTON

ton: *John Hus*. Relaciones del hereje húngaro, con los herejes ingleses, especialmente Wiclef, y rectificación de algunas apreciaciones recientes sobre la persona y doctrinas de Juan Hus.

Princeton Theological Review (The), Julio. — J. G. MACHEN: *History and Faith*. El Cristianismo no puede desligarse de la historia sin corromper su carácter esencial. El liberalismo que atenta contra él en este terreno tropieza con dificultades insolubles. — R. D. WILSON: *The Book of Daniel and the Canon*. Un largo estudio sobre la canonicidad del libro de Daniel. He aquí algunas de sus conclusiones: a) Los documentos hebreos primitivos, todos los griegos, latinos, siríacos y armenios ponen á Daniel entre los profetas. b) El silencio del Eclesiástico no significa nada. c) Las citas de Daniel son tenidas por Josefo y los autores del Nuevo Testamento en igual valor que las otras autoridades escriturarias. d) Puesto que los argumentos contra la canonicidad del libro no demuestran nada, queda probada la posición antigua que lo consideraba como verdadera Escritura canónica y á Daniel como su autor y uno de los profetas. — H. W. RONKIN: *Philosophy and the problem of Revelation*. Puesto que la revelación, tal como se nos presenta en la Sagrada Escritura, ha sido dada á la humanidad y de hecho fué recibida en la experiencia humana, ciertamente concierne á la Filosofía estudiarla, como lo hizo en muchas ocasiones. El verdadero filósofo no puede recusar el examen de un fenómeno que ejerció sobre la humanidad entera un influjo inmenso. Es, pues, una cuestión seria el problema de la revelación, como lo han reconocido los más grandes pensadores modernos, aun aquellos que, por otra parte, eran declarados enemigos de lo sobrenatural. La idea que nos formamos de Cristo implica un concepto del mundo completamente distinto, según ella sea. Así que la Filosofía no puede desentenderse de la revelación, sino que debe estudiarla con grande empeño.

Razón y Fe, Julio. — E. PORTILLO: *El original manuscrito de la primera edición castellana de la vida de N. P. San Ignacio, por el P. Rivadeneira*. Describe el ejemplar manuscrito, que se encuentra hoy en la Casa profesa que tiene en Madrid la Compañía (Cfr. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 66 (1915), pág. 529), y lo compara con la primera edición castellana, anotando en particular algunas correcciones y adiciones que sólo constan en el manuscrito. — L. G. VILLADA: *Instrumentos de trabajo científico. Las enciclopedias francesas*. — I. M. BOYER: *Carácter sacramental del matrimonio cristiano según la epístola á los Efesios*, V, 22-32. Inducen á reconocer ese carácter sacramental en el matrimonio, de que habla San Pablo, el ser un símbolo sagrado intentado por Dios que confiere gracia consecuente á su empleo como rito santificante. — N. NOGUER: *Los socialistas y la cooperación de consumo*. — P. VILLADA: *Un nuevo argumento contra el divorcio*. En 1906 contrajo matrimonio canónicamente en Madrid un subdito alemán, protestante, con una española católica. Dos años después los Tribunales alemanes declararon disuelto el matrimonio, solicitando del Tribunal español la ejecución de su sentencia, la cual fué denegada por el Supremo fundándose en que la disolución del matrimonio canónico no compete al Tribunal civil, sino al eclesiástico. En 1912, no obstante la protesta documentada del Ministerio de Estado español, el subdito alemán contrajo nuevo matrimonio en Alemania, viniendo los cónyuges á establecerse en Madrid. La primera mujer interpuso recurso de casación de ese segundo matrimonio y el Supremo ha declarado «que el matrimonio civil contraído en Alemania con la segunda señorita es perfectamente válido; que el primer matrimonio está legalmente disuelto en el orden civil y que no puede perseguirse en España á quien se ampara de leyes de su propio país». La situación actual de la primera mujer es para algunos motivo para declarar disuelto el primer matrimonio. El articulista, naturalmente, lo niega, porque la injusticia con que se procedió en el segundo no puede perjudicar á la validez y perpetuidad del primero. = *Idem*, Agosto. — N. NOGUER: *Los socialistas y la cooperación de consumo*. — E. UGARTE DE ERUILA:

Vuelta á Kant. Todo el artículo se reduce á refutar la frase del escritor protestante Hugo BOND, «Kant, filósofo del Catolicismo». — J. A. de LABURU: *Refutación de un nuevo argumento de los transformistas*. El articulista se ocupa de las *precipitinas*, consideradas solamente en cuanto pueden servir para determinar las especies. — C. EGUÍA RUIZ: *El P. Luis Coloma. Su vocación literaria*.

Revue de Métaphysique et de Morale, 22 année, núm. 5, Septembre 1914. Publicado á causa de la guerra en Junio de 1915. — E. BOUTROUX: *Allocution au Congrès de Philosophie mathématique*. Solamente el enunciado del artículo y la celebración de este Congreso indica una tendencia regeneradora de la ciencia de la cantidad, una liberación de las Matemáticas de las cadenas positivistas de A. Comte. Se creía que entre la Filosofía y las Matemáticas existía un divorcio irremediable; que si no se odiaban no cambiaban por lo menos el saludo. Esta creencia es aún de ayer. Lo que pasaba es que ni los filósofos sabían de Matemáticas ni los matemáticos conocían la Filosofía; y claro, despreciaban lo que no entendían. Ahora ya no pasa esto. La corriente de simpatía baña estos campos del saber humano. La tendencia *filosófica* de las *matemáticas* se manifiesta principalmente en las críticas y estudios que hacen acerca de los fundamentos de esta ciencia de la cantidad y del valor de sus axiomas y principios tenidos por indestructibles. No pueden querer los sabios una Filosofía que cerrando los ojos á las teorías y construcciones científicas, se imagine el Universo á su antojo. Ellos aman una filosofía respetuosa, que sería como la reflexión razonada de los principios que forman esta serie de conocimientos: análogamente á lo que se dice filosofía de la Religión, del Derecho, del Arte, de la Historia... No hay más que una verdad; el hombre la busca por medio de las ciencias y de la Filosofía. No conviene destruir los esfuerzos ni romper los lazos que unen los espíritus investigadores: filósofos y matemáticos que trabajen unidos en la formación de sus conocimientos y aun en la educación de la humanidad. Debemos siempre buscar la verdad y la justicia para realizar la unión y la armonía de los individuos y de las naciones. — L. CAHEN: *Un fragment inédit de Condorcet*. Este fragmento da luz á ciertas ideas del autor del *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, singularmente acerca del instinto de los animales, del concepto y alcance de la evolución teísta que admitía, sobre las inclinaciones de los hombres..., etc. — C. BORGÉ: *Remarques sur le polytelisme*. Por semejanza con la significación de «polysémie» se llama «polytélisme» la multiplicidad de fines que por un mismo medio se pueden alcanzar: es un fenómeno de graves consecuencias para los éticos y los sociólogos. Para las sociedades civilizadas el *polytelismo* es un accidente, porque no es necesario que un mismo medio sirva para muchos fines; pero es un accidente *feliz*, porque la sociedad puede sacar de él mucho partido. Es muy pernicioso separar la intención de la acción, la eficacia social de la finalidad psicológica: es pernicioso y es inhumano. La sociología debe rechazar esa tendencia materialista. Este artículo contiene reflexiones tomadas de la *vida que pasa*, pero de gran actualidad y enseñanza: su abundancia nos impide extraerlas. — D. ROUSTAN: *La Science comme instrument vital*. Con ejemplos sacados de la filosofía francesa de una manera especial, trata de exponer el papel importantísimo, ya de antiguo asignado á la ciencia como consoladora de la vida por medio de la investigación de la verdad. No todos los raciocinios nos conducen á ella, ni en todas las ideas nuestras podemos encontrarla. La buscamos con ansia porque llena la capacidad de nuestro entendimiento. Buscamos la verdad por riesgos y por breñas, saltando á veces abismos, de manos de la audacia. Son ensayos, tanteos, hipótesis... auroras de verdad. La ciencia, en este sentido, es una necesidad vital, no porque se rebaje lo verdadero al nivel de lo útil, sino porque lo útil se eleva á la altura de la verdad. Busquemos la verdad y se robustecerá nuestro espíritu. — En los *Estudios Críticos* hay uno muy interesante de Lalande acerca de la obra de Couturat, y en las *Cuestiones prácticas* una disertación acerca de *La guerra y la Democracia*, escrita por Belot. Es un examen de conciencia sobre estos dos puntos: Alemania, preconizando la fuerza, tiene que vencer por

la fuerza para *saber* ella que tiene razón; á nosotros (*los franceses*) no nos basta vencer; es preciso que sepamos que nuestra causa es justa, que nuestra victoria es la del Derecho...

Rivista di Filosofia Neo-Scolastica, Junio. — STERZO: *Intorno alla psicologia dell'arte*. El sentimiento estético es algo típico, especial, *sin génesis* y que incluye todos los sentimientos sin confundirse con ninguno de ellos. Los conceptos y definiciones de la belleza: *esplendor de lo verdadero* ó de la *forma sobre un sujeto proporcionado*; *armonía supra-excelente*, etc., ganarían mucho en verdad y exactitud, estudiadas y definidas desde un punto de vista más psicológico. El objeto de la belleza es el ente percibido simultáneamente por las dos facultades: cognoscitiva y apetitiva. *Pulchrum addit bonum quemdam ordinem ad vim cognoscitivam*. La belleza, objetivamente considerada, no reside en una perfección determinada del ente, sino en el mismo ente. Subjetivamente considerada, depende de la convergencia y armonía de lo *verdadero* y de lo *bueno* y del desarrollo y perfeccionamiento simultáneo de la inteligencia y voluntad. Cuanto esta convergencia sea más estable y duradera, tanto sería mejor el artista. Aunque el arte no es ni especulación ni acción, sino contemplación afectiva, el artista ha de ser filósofo y psicólogo para interpretar é idealizar la *naturaleza*. Esta función estética deja sus huellas en las facultades y se convierte en una fuerza psicológica más eficaz que la ciencia y moral y que todas las demostraciones y exhortaciones; y que, «juntamente con la religión, la ciencia, la moral y la tradición, será una fuerza social que coopere al bienestar de los pueblos». — L. NEECHI: *Soggetto ed oggetto nell' analisi psicologica*. La nota fundamental de las sensaciones es la *exterioridad*, que admiten todas las escuelas sin discusión alguna. De esta *exterioridad*, que no es primitiva ni de orden *espacial*, se llega al *objeto* y á otros principios criteriológicos.

Zeitschrift für katholische Theologie, III, 1915. — F. HATHEYER: *Ueber das Erkenntnisbild in der Scholastik*. Los escolásticos tomaron de Platón y Aristóteles la doctrina de las *species* del conocimiento; pero interpretaron de manera tan distinta el significado de estos vocablos, que bien se puede decir que el vocablo *species* en boca de un tomista, de un escotista, de un suarista es un verdadero *terminus aequivocus*. El autor explica detalladamente las diferencias indudablemente profundas de las *species* del conocimiento, según esas diversas escuelas. — J. B. UMBERG: *Kajetans Lehre von der Kinderersatztaufe*. Cayetano había escrito: «... non irrationabiliter... in casu necessitatis ad salutem puerorum sufficere videtur baptismus in voto parentum... quando impossibilitas sacramentum excludit...», esto aplicable sobre todo á los nonnatos é invocando sobre ellos á la Santísima Trinidad. En el Concilio de Trento se suscitó y discutió varias veces esta cuestión; y aunque la generalidad de los teólogos iban en contra, no faltaron algunos de gran autoridad que la sostuvieron y con argumentos de gran peso. El Concilio rehusó pronunciarse sobre ella; y al dar la razón de por qué se omitía en el catálogo de proposiciones reprobadas, habiendo sido para esto propuesta, dice sencillamente: «quia non videtur ad baptismum pertinere». Dejó, pues, la cuestión planteada por Cayetano completamente intacta. Desde entonces tampoco simpatizaron con esa opinión de Cayetano los teólogos; y algunos, como el mismo Soto, la tratan con dureza. Hoy, sin embargo, sabiendo los muchísimos niños que sin culpa de nadie, casi por ley natural, mueren antes de nacer, adquiere la cuestión un especial relieve.

BIBLIOGRAFÍA

La electricidad al alcance de todos, por el Dr. L. GRAETZ.—Versión española de 7.^a edición alemana, por el Dr. E. TERRADAS. — Barcelona, G. Gili. En 4.º, 216 págs.

Buen servicio prestó á la ciencia española el ilustre Dr. Terradas traduciendo la hermosa obra del Dr. Graetz. Difícil es, casi parece imposible, reunir en tan pocas páginas lo mejor de la teoría y de la práctica de la electricidad, exponiéndolas de modo que todos las puedan comprender. Desde la descripción de cómo se engendran las corrientes eléctricas, con los geniales y sencillísimos experimentos de Galvani, de Oerstedt, de Ampère, hasta la teoría de las ondas hertzianas con la trascendentalísima aplicación de la telegrafía sin hilos, todo lo más principal se puede ver expuesto en este libro indispensable. Los maestros, los profesores, verán la manera de exponer al alcance de los niños los conceptos más abstrusos; los estudiantes recordarán las ideas más fundamentales de las teorías eléctricas, engarzadas en hechos de la vida real.

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana.—Hijos de J. Espasa.—Barcelona.—Tomo XIX, de 1.446 páginas, 32 láminas y numerosísimos grabados.—Tomo XX, de 1.288 páginas, 43 láminas é innumerables grabados.

Aprisa, si se tiene en cuenta lo magistral de la obra, pero lentamente en atención á la gana que tenemos de verla concluida, va publicándose la Enciclopedia Espasa, poniéndonos en un aprieto, porque no sabemos qué títulos encomiásticos darle, cuando hemos de hablar de nuevos tomos publicados. Son dos los que ahora debo reseñar, el XIX y el XX: ninguno de los dos agota la E, que queda en suspenso ¡por cuestión de la guerra! Que hasta en eso influye el conflicto internacional porque *España* y *Europa* han de cambiar algo ó mucho de fisonomía cuando se firme la paz; y esos cambios deben quedar registrados en el gran Diccionario europeo-americano.

En el primer tomo de los dos, desde *Echábarri* hasta *Enrevesado*, me encuentro con artículos primorosos, algunos de los cuales son verdaderas obras de consulta. Pongamos ejemplos: *Educación*, no muy extenso, pero valioso resumen de las mejores doctrinas pedagógicas; *Egipto*, notable desde el punto de vista geográfico, histórico y etnográfico, copiosamente ilustrado, y escrito ante los últimos descubrimientos; *Eje*, matemático é industrial; *Ejército*, estudio muy completo en doctrina y en estadísticas; *Elasticidad*, síntesis de lo más importante en este ramo de la mecánica; *Elección y Elector*, interesantes lecciones de Derecho Político; *Electricidad*, el estudio más completo que conozco escrito en castellano, que debía publicarse en libro aparte, con las aplicaciones á la *Electrocardiografía*, *Electrofisiología* y *Electroterapia*, capítulos importantísimos de la moderna Terapéutica; *Emigración*, de mucha importancia en nuestros días, etcétera, etc.

Se nota un verdadero desnivel entre la extensión é importancia dadas á los conceptos científicos, sobre todo *físico-matemáticos*, y los pertenecientes á otras ciencias. Y no

sé con qué fin se puede hacer: porque vulgarizar esas ideas científicas no es posible tal como el Diccionario lo hace; ¿qué entenderá efectivamente la mayoría de los lectores de fórmulas con integrales, ecuaciones diferenciales, etc., sin una gran preparación técnica? Y los que tengan esta preparación poseerán obras en español ó en lenguas extrañas, donde con toda especialidad se estudien esas ciencias con sus problemas y enseñanzas. Esta reflexión que otras veces me vino, la escribo ahora mirando ese artículo hermoso, aunque algo amezacotado, acerca de la *Electricidad*. También hay omisiones lamentables como la del Maestro Eckart que no se menciona siquiera donde le toca, y de quien se dice ligeramente en *Emanatismo*, que en algunas de sus proposiciones condenadas, se *insinúa el imanatismo*, cosa ya desmentida por los críticos. Causa también algo de pena ver que á Echard sólo se le consagran, como de limosna, 22 líneas..., y que no se mencione á *Einstein*, el físico, que con su principio de la *relatividad*, ha de revolucionar la Física toda.

En el tomo XX las mismas brillanteces, con algunos lunares escondidos en ellas: y el amor que tenemos á la *Enciclopedia* nos impulsa á que en medio de las más fervientes alabanzas notemos esas faltas, que pueden evitarse, si de verdad se quiere.

Desde *Enriada* sin *h*, hasta *Espanuido*... Hojeemos despacio las páginas. *Enrique*, muchos *Enriques* se ven, todos famosos, en especial el VIII de Inglaterra; *Ente*, este artículo no responde á la importancia del objeto, ni es del todo claro, ni del todo exacto; *Entendimiento*, vale menos que el anterior y está embrollado; *Enterramiento*, bien documentado; *Entropia*, aquí hecho en falta la exposición científica del concepto, aunque se deduce bien la consecuencia filosófica; *Envolvente*, *Encipicloide*, artículos geométricos muy buenos; *Epopeya*, *Erasmus*, *Ercilla*, bastante completos; en *Error*, se afirma que la idea no puede ser falsa, aduciendo una explicación contraria á la definición que da Santo Tomás de la verdad psicológica; jurídicamente está el *Error* bien estudiado; *Escalera*, estudio completísimo, muy ilustrado; *Escandinavia*, monografía muy hermosa, como *Escatología* y *Escenografía*; *Escepticismo*, pobre; *Esclavitud*, *Esclusa*, cada uno en su género, estudios monumentales; el artículo *Escolasticismo*, está bien concebido en sus líneas generales, pero es algo ligero en sus apreciaciones concretas; la *Escopeta*, se describe con minuciosidad; el *Escorial*, con gran lujo de ilustraciones y detalles, como se lo merece; en *Escritura*, se ven desfilar todos los tipos conocidos de máquinas de escribir; *Escuela* y *Escultura*, son indudablemente los dos artículos mejores de este tomo; también son muy buenos *Esgrima* y *Esmalte*, etc.

Las deficiencias advertidas y alguna otra que pudiéramos mencionar no arguyen imperfección en la obra, ni mucho menos; sino que es tanta la hermosura de su conjunto y de sus detalles, que un defecto cualquiera desentona y llama la atención. Nosotros lo advertimos sinceramente para estimular á los ilustres editores á que perfeccionen cada vez más su obra, para gloria y prez de nuestra Patria, para difusión de los ideales españoles en las grandes naciones americanas, para que aumente el nivel de nuestra cultura, para que todo el mundo vea que en un género tan difícil de literatura, tiene España una obra que puede competir ventajosamente con las mejores.

FR. LUIS URBANO.

Bergson: Choix de texte avec étude du Système, par René GUILLOUIN. («Les grands Philosophes Français et Étrangers»).—Louis-Michaud.—Paris. 222 páginas en 8.º.

La filosofía de Bergson tendrá seguramente que agradecer al autor de este volumen el que sea estudiada por muchos á quienes impone terror pensar en un estudio sin poseer previamente la iniciación que exige la lectura de las obras originales del filósofo francés. El estudio del sistema es una bonita y clara traducción de las ideas principales de Bergson; y si bien no basta para dar un conocimiento pleno de la filosofía á cuya vulgarización se ordena, es muy suficiente para que después de su lectura pueda em-

pezarse y aun continuarse *non tan offenso pede* la de los escritos del filósofo, poseyendo ya un concepto de vida, espacio, duración, libertad, y la unión del alma con el cuerpo por la *memoria*: que esto principalito, y nada más, es lo que en la exposición se contiene. Después de ella, el autor ha puesto una larga serie de extractos, catalogados en cuatro grandes secciones: la libertad, la relación del espíritu al cuerpo, la vida, y el arte.

La selección de estos textos me parece muy acertada, si bien pienso que esta labor no implica dificultades mayores, dada la precisión con que en Bergson se distinguen sus páginas de investigación, de las que son de exposición ó de explicación ó de crítica. Cada una de las mencionadas secciones corresponde á cada uno de los cuatro libros de Bergson por orden cronológico de su publicación. Lo dicho: la más adecuada recomendación de este volumen es presentarlo más bien como una obra de vulgarización directa del pensamiento bergsoniano, como una bonita iniciación para el estudio del mismo.

FR. S. M.

Klemens von Rom über die Reise Pauli nach Spanien, por el Dr. E. DUBOWY.—

En 4.º, 111 páginas, de la Colección *Biblische Studien*.—Freiburg im Breisgau, Herder, 1914.

Es un estudio histórico-crítico acerca del texto I Cor., V. 7 de Clemente Romano. El autor comienza probando la autenticidad del texto. Analiza luego las distintas interpretaciones dadas á las palabras *ἐπὶ τὸ τέλος τῆς δόσεως ἐλθών*, interpretación hiperbólica, metafórica, geográfica subjetiva y geográfica objetiva.

Esta última, referida á España, es la única aceptable, en conformidad con lo que en la geografía antigua significaba el «término de Occidente». Este testimonio de San Clemente merece entero crédito por la autoridad del autor, por las garantías de su información, siendo contemporáneo de San Pablo y habiendo vivido en Roma, y, en fin, porque lejos de haber noticia alguna contra la venida del Apostol á España, todo induce á creer que realizó el deseo que manifiesta en sus cartas.

Como complemento de esta nota mencionaremos otros dos trabajos acerca del viaje de San Pablo á España que se han publicado el año último. Uno de ellos es el del P. F. Savio, S. J., en *La Civiltà Cattolica*, 21 de Febrero y 7 de Marzo de 1914 con este título: *La realtà del viaggio di S. Paolo nella Spagna*, y el otro del P. Z. G. Villada, S. J., en *Razón y Fe*, Febrero, Marzo y Mayo de 1914.

FR. V. B. de H.

Acción de la mujer en la vida social, por el P. Ignacio CASANOVAS, S. J.—Un volumen en 8.º de 262 páginas.—Segunda edición.—Gustavo Gili. Barcelona.

Lleva el libro una carta prólogo del Obispo barcelonés Dr. Laguarda, de imperecedera memoria, en la que «aplaude muy de corazón el pensamiento de publicar estas preciosas conferencias, en las cuales, con sumo acierto, discreción y tino, se estudia el problema de la intervención de la mujer en la acción católico-social.»

Componen el volumen seis conferencias: Religión, Moralidad, Acción social, Cultura, Formación para la vida social y Formación para el Apostolado Religioso.

La importancia de este libro lo expresa el hecho de que, agotada en poco tiempo una edición, ha tenido que publicar la segunda, que aparece al público notablemente corregida y aumentada.

Tom Playfair, por el R. P. Francisco FINN, S. J.—Un tomo en 4.º de 172 páginas.—Librería Religiosa. Barcelona.

Es una novelita educativa de gran interés para los jóvenes, á quienes cautivan las

escenas del colegio y conflictos de la vida escolar. Contiene narraciones interesantes en extremo, que hacen amena y agradable su lectura.

M. F. C.

Meditaciones para señoritas, por el Abate M...—Versión española de la 12.^a edición francesa.—Sexta edición.—Un volumen de 372 páginas en 8.º.—Librería Religiosa. Barcelona, 1914.

Dos cosas principalmente impiden á la juventud dedicarse á la oración mental: las distracciones y placeres externos y la falta de libros á propósito para esta clase de personas. En cuanto á lo primero, sólo la gracia de Dios y la buena formación espiritual, pueden deshacer este obstáculo. En cuanto á lo segundo, este libro, titulado *Meditaciones para señoritas*, puede muy bien remediar tal necesidad.

Es un libro de meditaciones para jóvenes, muy completo. Se halla dividido en varias series, tratando en la primera de los deberes y obligaciones en general; después, de las virtudes y vicios en particular, empezando por los deberes para con Dios, continuando por los deberes hacia el prójimo y terminando con los deberes para consigo mismo.

En la segunda serie, se ponen las meditaciones sobre los medios para cumplir con las obligaciones, que son muchos y variados, como el examen de conciencia, la lectura espiritual, la visita al Santísimo Sacramento, la frecuente confesión y comunión, la presencia de Dios y la devoción á la Virgen Santísima y á los santos. El plan, como se ve, es sumamente sencillo, y sin complicaciones de dudoso efecto. La elección de las materias, acertada por lo mismo que es muy práctica; y la exposición de los temas, interesante y fácil.

No dudamos, pues, en recomendar á las jóvenes, principalmente á las que se hallan con menos ocupaciones y con más tiempo para orar, este hermoso librito, escrito por el autor con verdadero esmero y no escaso celo. Los frutos que producirá en esas almas jóvenes á quienes se dirige, no tardarán seguramente en recogerse.

El Evangelio en la Eucaristía, ó la vida de Nuestro Señor Jesucristo continuada y reproducida en el Santísimo Sacramento del Altar, por Mgr. PICHENOT, Arzobispo de Chambéry.—Un volumen de 429 páginas en 8.º.—Traducción del P. Dionisio Fierro Gasca, Escolapio.—Gustavo Gili. Barcelona, 1914.

De tres maneras podemos considerar el misterio adorable de la Eucaristía: como sacrificio, como sacramento y como prenda de amor á los hombres en el tabernáculo. El autor, en esta serie de conferencias, considera la Eucaristía de la última manera, haciendo ver, que toda la vida de Jesucristo se renueva en la vida real, que tiene en este ministerio del altar.

Y no se crea que el señor Pichenot se limita al tratar de esta materia á sencillas reflexiones ó puntos de meditación; los conceptos más elevados de toda la teología eucarística, expuestos con una exactitud y concisión admirables, se hallan en estas conferencias. Él viene á desarrollar detalladamente y de una manera completa, aquellas palabras de Bourdaloue: «No, no es (este sacramento) simplemente conmemoración, es renovación y perpetuación de los grandes misterios de aquella primera vida que pasó en Judea, y que terminó después de los treinta y tres años en el árbol de la Cruz. Es cierto, que no se nos muestra como entonces; no le vemos, no le oímos, no somos testigos de sus obras divinas; pero en las sombras, que nos le ocultan, no está menos vivo, siempre obra: *Pater usque modo operatur, et ego operor.*»

Hacer un compendio de esta obra sería tarea difícil porque habría que recorrer todo el Evangelio, que sigue paso á paso el autor. En la tercera parte, se trata de las virtudes, humildad, mansedumbre, pobreza, obediencia, etc., de Jesús en la sagrada hostia, y cómo debemos nosotros vivir también esta vida eucarística. El traductor ha hecho un

gran bien á nuestro país, traduciendo esta hermosa obra á la lengua de Cervantes y Granada.

L' XXIV Congress Eucaristien Internazionali F. Malta, por el P. F. Domingo AZZOPARDI, S. Theol. Lect. O. P.—300 páginas en 4.º. stamp. tal «Malta».—Malta, 1913.

El P. Domingo Azzopardi, O. P., es el autor de este trabajo, en el que se relata ó describe todo lo referente al XXIV Congreso Eucarístico celebrado en Malta desde el 23 al 27 de Abril de 1913. Dedicó este volumen, que consta de 300 páginas, á Monseñor Angel Portelli, O. P., Obispo titular de Selinonte, y auxiliar de Malta. Al principio del volumen trae un hermoso grabado de S. S. Pío X, á quien llama el Papa de la Eucaristía.

Trae, además, otros grabados de los prelados y principales personajes que intervinieron en el Congreso, hechos en acero, que resultan de gran exactitud. No nos detenemos á detallar las materias en él indicadas ó desarrolladas por creerlo innecesario, puesto que la prensa de aquellos días se ocupó con extensión de ellos.

Agradecemos, si, al autor, el envío, por lo útil que resultará en adelante su trabajo para formar la historia de los Congresos Eucarísticos, lo cual constituirá un monumento grandioso levantado en honor del Sacramento del amor.

Poesías de Sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Paz, traducidas por Fr. Florian del Carmelo, carmelita de calzón.—Un volumen de 220 páginas en 4.º.—Imprenta del Monte Carmelo. Burgos, 1914.

Esta colección de poesías de Sor Teresa del Niño Jesús, traducida al castellano por Fr. Florian, merece ser leída por todos los amantes de las buenas letras. Conociamos ya los arrobamientos místicos de esta angelical monja carmelita, mas no su imaginación fecunda y poética. Esta aparece con claridad en la multitud de hermosas poesías que ha escrito. No podemos resistirnos á copiar algunas estrofas suyas:

«Llavcita del Sagrario:

Si tú supieras la envidia
Que te tengo porque puedes,
Cerrar y abrir cada día
La portezuela dorada
De la Prisión eucarística...!

Mas, llavecita preciosa:

¿A qué enviarte tal dicha,
Si hacer tal milagro puedo
Con actos de fe rendida,
Y abrir puedo el tabernáculo
Y esconderme, á maravilla,
Junto al Rey...? ¿A qué enviarte,
Llavcita, llavecita...?

—

Lámpara, pequeña lámpara

Que tan solitaria brilla,
En el rincón apartado
De abandonada capilla:
Así como tú, quisiera
Consumirme noche y día
Junto á Dios, con el misterio
De tu humilde lucecita, etc.

Es verdad que la sonoridad y fluidez del ritmo y las galas de división son debidas en este libro al traductor, que se muestra también más que aceptable poeta. Es decir, que tanto la mística autora, como el traductor de sus versos, se muestran buenos artistas, dignos de todo elogio. Yo pasé ratos muy agradables leyendo estas poesías en lengua castellana, y si algo pesara mi opinión en la balanza de muchos poetas modernistas, les aconsejaría que se dejaran de sus novedades de mal gusto, ó imitaran á estos dulces vates.

Nuestra Señora de Chiquinquirá y monografía histórica de esta villa, por el P. A. MESANZA.—Un volumen de 350 páginas en 4.º, con grabados.—Bogotá, 1913.

El mejor elogio que se puede hacer de una obra histórica, es que agota la materia. Y esto ocurre con la obra del P. Mesanza, titulada *Nuestra Señora de Chiquinquirá*, y monografía histórica de esta villa. Mucho tuvo que trabajar el estudioso dominico para llevar á cabo su intento, pero puede hoy muy bien gloriarse de que su trabajo es perfecto.

Nuestra Señora de Chiquinquirá, es una imagen de la Virgen del Rosario pintada en lienzo, pero con una historia prodigiosa. Por el descuido de los propietarios, el cuadro se cayó de su sitio, estando mucho tiempo en el suelo cubierto de polvo, de tal modo, que la figura de la Santísima Virgen se borró completamente. Una piadosa española, sabiendo que aquel cuadro había sido de la Virgen, le levantó del suelo y lo colocó otra vez en su sitio. Mas no viendo rasgo ninguno de la antigua imagen, rogaba todos los días con gran fervor á la Santísima Virgen que volviera á aparecer en él.

Un día, al salir de la ruinosa capilla una india, que llevaba un niño de la mano, le dice á la mujer: Mire, mire, señora, que la madre de Dios se ha bajado de su sitio y está en vuestro asiento, y parece que se está quemando. «Volvió María Ramos—que así se llamaba la mujer—, la cara, y vió que el cuadro estaba de la manera que se le decía. Admirada de ver tan estupendo prodigio, llena de asombro y derramando lágrimas, fué corriendo al altar... viendo cumplidos sus deseos, pues estaba patente la Madre de Dios, con una hermosura sin igual y con unos colores muy vivos, y despidiendo de sí grandísimo resplandor...»

El P. Mesanza no sólo escribe la historia toda de este milagroso cuadro, sino también la de la villa de Chiquinquirá. Tiene el libro muchos grabados, que ilustran esta historia, haciéndola más simpática á los lectores. Dámosle por ello nuestra enhorabuena.

FR. ANTONIO GONZÁLEZ.

La guerra alemana y el Catolicismo, publicado bajo la dirección de M. A. BAUDILLART, Rector del Instituto católico de París, y bajo el alto patronato del Comité católico de Propaganda francesa. — 332 páginas. — Blond y Gay, París.

Honda pena nos produjo la lectura de este libro de insensata *propaganda francesa*; no adquirirá Francia con él muchas simpatías. «Curam habe de bono nomine?...» Muy bien; pero con hechos antes que con palabras. Al terminar la lectura de este libro viene á la memoria, como una fuerte tentación, aquella frase que en los principios de la guerra corrió por los periódicos radicales españoles, tomada de otros franceses: «Los católicos franceses son antes franceses que católicos» (1).

(1) El abate A. Luga, que es, sin embargo, bastante más moderado é imparcial que los autores del libro que analizamos, dice en su opúsculo *A los germanófilos católicos de España y de otros países* (pág. 55): «Nunca lograrán su objeto los que pretenden separar á los católicos de Francia y aun de la Francia de estos últimos cuarenta y cinco años» (es decir, de la que por boca de su primer Ministro se propone apagar las estrellas del Cielo, y echa á Cristo de las escuelas y los Tribunales, y arranca los galones á los ofi-

En un capítulo del libro intenta probar G. Goyau que la cultura alemana es esencialmente anticatólica. Goyau escribe con un tono impregnado de furor y de despecho, al cual no le creíamos capaz de descender. Véase alguna muestra: «El Dios alemán, á quien de paso se le dedican, como si se le considerase como á persona principal, ciertos actos de cortesía amistosa (pero ¿por qué dolerá tanto á los católicos franceses el que se invoque á Dios? ¿Será que su amor á Francia les habrá llevado á tomar por un ideal la proscripción del nombre de Dios, llevada á cabo por sus propios gobernantes? ¿Y querrán que por ese camino les sigamos...?) se confunde en definitiva, en la mente de sus filósofos con el porvenir histórico de la raza.» ¿Nos admitiría el Sr. Goyau que expusiésemos á qué quedaría reducido el Dios francés en la mente de sus filósofos...? «Pero ya que en efecto, y teóricamente hablando, Dios se encuentra al servicio de Alemania y que únicamente puede estar al servicio de Alemania...» No, más bien parece que es al servicio de Francia al que quieren los católicos franceses poner á Dios y al Catolicismo.

Hay otro artículo de Fr. Venillot titulado *La guerra á las iglesias y los sacerdotes*, queriendo probar que contra ellos sistemáticamente se dirige. Hay pruebas graciosas verdaderamente, por ejemplo (pág. 122): «En Pont-à-Mousson, en 45.º bombardeo que sufrió esta ciudad abierta se efectuó mientras se rezaban vísperas de Todos los Santos é inundó la iglesia de una lluvia de «shrapnells.» Si de intento y por sistema hubieran ido buscando las iglesias, no hubieran ciertamente aguardado al 45.º bombardeo. Además, estos católicos franceses que tanto se alarman cuando sobre sus iglesias cae por sistema ó sin sistema una granada alemana, se guardan muy bien de decirnos que esas mismas iglesias estaban ya antes de estallar la guerra condenadas á la destrucción, no precisamente por los protestantes alemanes, sino por ministerio de la ley francesa. «Nos pauvres églises! aucun doute possible, les voilà saisies par leurs ennemis (los de dentro de Francia), enveloppées, placées dans une position où elles doivent périr, de par la loi» (M. Barrés: *La grande pitié des églises de France*, pág. 11). Cuando el inventario de los objetos del culto, sólo se salvaron los que «présentent, au point de vue de l'histoire ou de l'art, un intérêt national», pero para ser «les statues saintes exilées auprès des Dianes et de Mercurus gallo-romains dans les salles poussiéreuses de nos musées départementaux». De esa misma veneranda catedral de Reims, sobre la que ahora tanto revuelo se levanta, escribía el mismo Barrés (pág. 313): «J'en étais là de ma rêverie, quand soudain je vis les grilles si mesquines, les vitraux blancs, d'innombrables parties pauvres et neuves. Qu'est-ce là? Tout ce que les bâtons, les haches et les pierres ont pu atteindre à été détruit et remplacé misérablement. J'ai le coeur serré, moins d'y passé que

ciales de su ejército que van á misa, y despoja de sus propiedades á la Iglesia, y disuelve y expulsa sus Congregaciones religiosas...» Nosotros sinceramente creíamos que ningún católico sincero puede estar de acuerdo ni querer á una nación que oficialmente declara y ejecuta la guerra á Dios en todas esas formas). «Queremos, continúa el autor, á nuestra Madre con todas las manchas y arrugas que pueda traer en su rostro...» Sería mejor que la quisieran sin ellas y se esforzaran por quitárselas cuanto se esfuercen por convencernos á nosotros de su belleza. En la página siguiente dice: «Queden para los fariseos (los alemanes) las invocaciones al antiguo Dios (será mejor el ateísmo de la práctica oficial francesa, de rehuir sistemáticamente el nombrarlo...), manchadas con obras abominables (?). Ellos, en cambio, los republicanos, si se quiere, practican la verdadera fe, la misericordia y la justicia, que es toda la ley, y son, por eso, verdaderos hijos del Espíritu» (!!!).

Débesse, sin embargo, advertir que no todos los católicos franceses están conformes con este sistema de combatir á Alemania; y ya comienzan á publicarse las protestas de algunos. El benedictino francés D. Germain Morin, por ejemplo, ha publicado ya una hermosa protesta: «Des les premier instant, dice, où j'ai eu connaissance du volume publié à Paris *La guerre allemande et le catholicisme*, ma résolution a été prise de protester publiquement de l'impression douloureuse, je dirai presque du dégoût, que m'a inspiré ce pamphlet, et comme Catholique, et non moins comme français.» Prueba luego enérgica y hermosamente estas dos partes; pero la falta de espacio nos impide seguir copiando. Puede verse, por ejemplo, en la *Theologische Revue* del 2 de Agosto de 1915.

de l'avenir, devant cet incomparable édifice menacé... Je ai vu la mort envahir les parts plus périssables de l'édifice...» Todo esto antes de que nadie soñara en los alemanes.

En cuanto al artículo del canónigo Couget sobre «La religión en el ejército francés» y en particular sobre «Los curas castrenses y la situación canónica de los sacerdotes en el ejército francés», una sola pregunta: Si todo eso que él dice y que no detallamos por no alargar esta nota, le parece á propósito para atraer las simpatías de los católicos hacia Francia, ¿cuánto más las atraerán los alemanes que á ningún sacerdote obligan á pelear, que tienen en su ejército mucha más abundancia de capellanes y que no sólo á éstos sino hasta á los sacerdotes prisioneros conceden el grado de oficial, que á ningún sacerdote ponen trabas para acercarse á los hospitales de sangre, etc., etc...?

No hay, pues, para qué detenerse á rebatir los argumentos de este libro. Los autores padecen además otra grande y perniciosa ilusión: la de creer que si vencen los aliados es Francia sola la que vence y la que impondrá la pauta al mundo. ¡Ah!, hoy pesan ya mucho más Inglaterra y Rusia; y ya pueden los católicos franceses empeñarse en demostrar que al Catolicismo le conviene que Rusia é Inglaterra triunfen: no lo intentan, naturalmente, siquiera.

Hemos vivido en Francia y en Alemania; hemos convivido material y espiritualmente con esos católicos de allende el Rhin (más de 22 millones) que tan denodadamente luchan por su fe, recogiendo cada día más abundantes frutos; y no es posible que nos deslumbren las visiones de un pueblo que en fuerza de su dolor — que con toda el alma compadecemos — ha llegado á perder la serenidad y la calma. Este libro, repetimos, hará á Francia más daño que provecho.

FR. A. G. M.-R.

Compendio de la historia de la Iglesia, compuesto en alemán por J. MARX.—Traducido de la sexta edición original por el P. R. RUIZ AMADO, S. J. — En 4.º, XVI-720 páginas. — Barcelona, Librería Religiosa, 1914.

Mandada retirar de los Seminarios de Italia la *Historia de la Iglesia* por el Dr. Funk y habiéndose extendido ese mismo proceder á los Seminarios de España, el P. Ruiz Amado, traductor de la versión que entre nosotros corría, se apresuró á sustituirla por este compendio del Dr. Marx, «sin comparación más ventajoso (que el de Funk) y digno de que sin restricción alguna lo recomendemos», según se lee en el prólogo de esta traducción.

Aunque es difícil formar juicio de un libro que se destina á obra de texto en la enseñanza sin hacer de él previamente un estudio detenido y comparado, creemos que para compendio es bueno éste y de un modo especial para los estudiantes de Teología, por la amplitud con que expone el desarrollo doctrinal, las herejías, los Concilios, constitución de la Iglesia, culto y disciplina, limitándose á compendiar en lo posible lo que sólo se refiere á la historia externa. El deseo del autor al escribir este Compendio fué, sin duda, contrarrestar la tendencia que habia comenzado á introducirse en algunos historiadores católicos, de relegar á un orden secundario en el desarrollo de los sucesos la vida íntima de la Iglesia, su santidad, la fuerza de los milagros, etc. En eso el libro lleva el sello de su procedencia alemana, porque entre nosotros apenas habian tenido eco tales orientaciones. Tiene también este Compendio un valor extraordinario por la solícitud con que el autor ha ido depurando los hechos conforme á lo que daban de sí las últimas investigaciones. Desde este punto de vista serán muy contadas las historias generales de la Iglesia que le igualen.

Junto con estas prendas encontramos en el libro algunos defectos, de los que sólo queremos mencionar dos. El primero es que se ha dado demasiada amplitud á lo relativo á Alemania y demás países del Norte, con perjuicio de las naciones latinas. Dice el traductor que, contando con la autorización del autor, ha procurado atenuar esa desproporción, sobre todo ampliando lo referente á España y Repúblicas hispano-americanas.

Aun así el libro lleva ese vicio de origen, y fuera de desear que en otra edición se redujesen sus partes á las debidas proporciones.

Otro de los defectos que tiene es la parcialidad ó prejuicio con que se relatan algunos hechos, atenuándolos, desfigurándolos ú omitiendo del todo datos que son fundamentales para formar juicio sobre las cosas, ó se suscitan dudas indebidamente sin razón que las justifique. Como no sabemos hasta dónde se han extendido las modificaciones y adiciones del traductor, no podemos decir si son de él ó del autor esos pasajes en la forma que tienen en la traducción; pero en cualquiera de los casos tenemos por inconveniente ese modo de escribir la historia, y á nuestro juicio bastaría esto para no aceptarla por libro de texto, en caso de que el Profesor no pudiera subsanar esa falta con sus explicaciones.

La religión y la historia ó ciencia de las religiones. *Conferencias científico-religiosas dadas en la iglesia de San Vines, de Madrid, durante la Cuaresma del año 1915,* por el Canónigo Dr. D. Diego TORTOSA. — En 8.º, 198 páginas. — Madrid, M. Echevarría, 1915.

Con marcada tendencia apologética desarrolla el conocido orador Sr. Tortosa en estas cinco conferencias otras tantas tesis fundamentales para los católicos en la ciencia de las religiones. La primera, es una introducción en la que expone los diversos sistemas que tratan de explicar el origen de la idea religiosa: en la segunda, contrapone á esos falsos sistemas la doctrina católica acerca de la revelación primitiva y su necesidad, confrontándola con los datos que nos suministra la nueva ciencia y la sana filosofía; en la tercera, hace ver la transcendencia de esa religión revelada en sí misma y en sus efectos, contraponiéndolos á los frutos y dogmas de los demás cultos. En la cuarta y quinta, insistiendo sobre esa misma transcendencia, demuestra la infinita superioridad de la religión revelada frente á todas las demás religiones por su adaptación al progreso innato de nuestro espíritu: por su invulnerabilidad y resistencia á los ataques de los adversarios; por su continuada subsistencia, siempre idéntica substancialmente á sí misma, cada vez más robusta, más abriantada por la prueba, acompañando como madre tutelar á los pueblos civilizados, á quienes ha comunicado su savia regeneradora.

No creo necesario ponderar el acierto con que el sabio orador ha sabido desarrollar temas tan interesantes y de actualidad aprovechando todos los recursos que suministra la misma elevación de las materias tratadas para proceder con riguroso método científico, haciendo asequible por otra parte, aun á los profanos á esta especialidad, las orientaciones del pensamiento moderno en materias histórico-religiosas y los principales vicios de que adolecen. Todos leerán con placer este librito, y los ya iniciados encontrarán en sus notas abundante bibliografía, generalmente de criterio sano, que les ayude á proveerse de nuevos medios de información para su especialidad.

FR. V. B. DE H.

Una historia de sangre y cobardía. La revolución de Méjico. Libro rojo y amarillo. Relación escrita en inglés, por el Dr. Francisco Clemente KELLEY, Presidente de la Sociedad para la Extensión de la Iglesia Católica en los Estados Unidos del Norte (Chicago). Traducción al español por un sacerdote mejicano. — Un volumen de 106 páginas en 4.º. — Tipografía Católica. — Barcelona, 1915.

Es un libro sumamente interesante y de absoluta confianza para ver claramente los colores rojo y amarillo, las sangrientas crueldades y cobardías de la revolución mejicana. El Dr. Kelley ha tenido ocasión de informarse directamente de los ultrajes y violencias de todo género de que han sido víctimas los sacerdotes seculares, los religiosos y religiosas de todas clases, con quienes le puso en inmediato contacto su caritativa misión de suministrarles recursos materiales de que en absoluto carecían.

Empieza formulando nueve cargos principales, nueve clases de crímenes que contra el catolicismo han perpetrado los revolucionarios: expoliación, persecución, destierros, encarcelamientos, asesinatos, ultrajes á las religiosas, prohibición bajo pena capital de las prácticas litúrgicas, usurpación de jurisdicción, calumnia, abolición de la libertad de imprenta, etc., etc.; reseña brevemente los orígenes y desarrollo de la revolución, y describe los atropellos y salvajadas de que fueron teatro Durango, Monterrey, Tepic, Saltillo, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis de Potosí, Querétaro, Guanajuato, León, Irapuato, Silao, Calaya, Zamora, Toluca, México, Puebla, Veracruz, Guadalupe, Yucatán, etc., etc. El capítulo dedicado á la *persecución á las religiosas* es brevísimo: el autor pasa por alto las vilezas cometidas; su pluma «se resiste á escribir villanías que nunca siquiera hubiera podido imaginar, pero ofrece documentos auténticos á quien desee consultarlos. Poseído de cierta indignación, termina el autor con estas palabras: «La patria mejicana lanzará perpetuamente un grito de horror y execración contra esos infames, cobardes, ingratos, desnaturalizados, que agotan los dicterios del diccionario, porque sus crímenes sobrepasan la malicia hasta aquí vista por los hombres» (57).

Las calumnias levantadas por los revolucionarios á los católicos son de lo más burdo, grotesco y repugnante que se puede imaginar. La influencia que en la revolución ejercieron capitalistas é industriales norteamericanos, las Sociedades secretas y el Protestantismo norteamericano, es tenida en cuenta por el autor, que, si á veces parece pecar por exceso de benevolencia para con el Estado norteamericano, en otras ocasiones fustiga con energía las miras egoístas é indirectamente inhumanas y fraticidas de los Estados Unidos.

La lectura del libro es sumamente interesante por los extraordinarios relatos que contiene, pero resulta monótona y algo pesada por la multitud de documentos extensamente transcritos. Al terminar es cuando el autor da libertad á su sentimiento y convicciones, haciendo resaltar los beneficios de la Iglesia, la ingratitud de los revolucionarios y las ventajas innegables de la civilización y espíritu llevado á los indios por los españoles, los religiosos principalmente, sobre la civilización y espíritu que á los suyos infundieron los norteamericanos. Es justicia que nos consuela ver proclamado por un escritor tan culto, sincero y bien informado como Dr. Kelley.

Posiciones de la mujer en las avanzadas del Catolicismo. Conferencia pronunciada el día 15 de Abril de 1915 en el teatro «Príncipe Alfonso», ante la Unión de Damas Españolas, por el M. R. P. Calasanz RABAZA, Sch. P.—47 páginas en 4.º mayor.—Imprenta de Cándido Alonso y Compañía. Madrid, 1915.

La prensa diaria recibió con admiración y aplauso poco frecuentes la aparición de esta magistral conferencia. El tema es sugestivo y fecundo y en su desarrollo el P. Rabaza da más de lo que podría esperarse. Resumiendo lo principal que los apologistas católicos han escrito acerca de lo que la mujer fué y es fuera del Cristianismo y lo que á éste debe y en él ha llegado á ser, el docto y elocuente conferenciante escribe un hermosísimo capítulo de apologética experimental.

La mujer en el Paganismo, la mujer en los días del Evangelio, en la era de los mártires, en los siglos de las herejías y de los Santos Padres, en la Edad Media, en la Reforma, y, por último, las grandes mujeres cristianas españolas, las santas y mártires, literatas, reinas, místicas y guerreras... señalan la trayectoria recorrida en su discurso por el P. Rabaza. Pero entre las mujeres del Paganismo y de la Reforma, por una parte, y las mujeres del Catolicismo, por otra, resalta un admirable contraste que da á conocer claramente el abismo de abyección y vilipendio á que descende la mujer en las sociedades cuando se desprende de los brazos del Crucificado, y los heroísmos sublimes de que es capaz cuando hacia Jesús eleva su alma y su corazón por la fe, la esperanza y el amor santo y se deja invadir y deificar por la gracia y virtudes cristianas.

En la exposición de tan claras y hermosas verdades ha puesto el P. Rabaza toda su alma, hablando con una convicción, elocuencia y sentimiento admirables.

Una advertencia, para terminar, nos atrevemos á hacer al admirado orador: esta conferencia pide otra; mejor dicho, con esta conferencia erudita y elocuente sería bueno infundir alma viviente, informarla con una idea explicativa del contraste de los hechos, con la idea de la vida sobrenatural que fecunda, transforma y endiosa los corazones.

FR. J. C.

Literatura patriótica beligerante.—Todos los días están llegando á esta Redacción multitud de libros, folletos y aun cartas—en las que se nos invita á hablar del asunto—tratando temas diversísimos en defensa de algunos de los beligerantes, principalmente de Francia, ó de las causas que representan y de los procedimientos que emplean en el actual conflicto de las naciones.

Nos duele tener que hablar de estas cosas, y sólo forzados por las circunstancias y á título de información, vamos á reflejar pura y sinceramente un juicio que muy bien podremos modificar mañana con nuevos hechos y nuevas pruebas. Pero de tener que hablar, sinceridad obliga: los católicos franceses se admiran de que los católicos españoles no sientan por Francia simpatías, y conviene saber lo que los católicos españoles responden.

Distinguese sobre todo en esta labor de difusión y propaganda el *Comité católico de Propaganda francesa en el extranjero*, bajo la dirección de Mr. Alfredo Baudrillart, Rector del Instituto católico de París; título en el cual quizás encuentren ya los lectores algo de violento — *Comité católico de Propaganda FRANCESA*—, como si lo más ó lo menos quisiera subordinarse y al servicio de lo menos se pusiera.

Por lo que hace á Francia, distinguese entre toda esta literatura dos clases de libros y folletos: los que vienen en lengua castellana, decididamente destinados á los países hispanos, y los que, por ahora al menos llegan sólo en lengua francesa, primariamente destinados á sostener los ánimos dentro de la misma Francia.

Estos últimos, desde luego, nos importan mucho menos; pero de una manera más ó menos general, de todos nos vemos, al fin, forzados á decir algo por obligación del oficio y porque así encarecidamente se nos ruega.

Comenzamos llamando *beligerante* á esta literatura, tomando el mote de uno de los autores franceses de estos libros. El abate M. M. Gorse, en el *Avant-Propos* de su libro *Echos de Guerre-France et Kultur*, nos cuenta que un valiente oficial le dijo un día: «Todo lo que se dice en los periódicos de las atrocidades alemanas es verdadero, enteramente verdadero. Hay que poner á esas gentes en la picota cubiertas de infamia... Nosotros, soldados, nos encargaremos de vencerlos. Vosotros, escritores, encargáos de deshonrarlos.»

Y el buen abate, advirtiéndonos que estas palabras le fueron á la vez «un rayo de luz, un azote y un consuelo», añade todo animoso: «Yo nada puedo para vencer al alemán; pero sí puedo algo para deshonrarle...» Y manos á la obra: á deshonrarles, á recoger todos los ecos, «todas las noticias volanderas de atrocidades y perfidias alemanas» y formar con ello un volumen. El abate M. M. Gorse es, en este punto, sincero; otros muchos, ciertamente, habrán sentido y se habrán propuesto lo mismo sin atreverse á confesarlo.

Los temas y argumentos de toda esta literatura muévense, por lo común, con una insistencia monótona hasta el cansancio, alrededor de los siguientes puntos: Alemania, su cultura — *Kultur*—, su religión, su preparación para la guerra, sus procedimientos guerreros, sus intentos y ambiciones; Bélgica, su neutralidad, su inocencia, su martirio; Francia, su catolicismo, su clero, su derecho á nuestras simpatías. Dos palabras ligeramente sobre cada uno de estos puntos, dichas, no por nuestra cuenta, sino sólo resumiendo literatura, acusaciones y réplicas de unos y otros á título de información y nota bibliográfica.

I

Alemania, desde el día siguiente á la declaración de guerra, quedó borrada para los franceses de entre las naciones civilizadas, dando al olvido hechos que otros recuerdan. Nada importa haber mil veces reconocido que las Universidades alemanas son las que más estudiantes extranjeros atraen, á pesar de que ni la lengua, ni el clima, ni las bellezas artísticas ó naturales, ni siquiera las facilidades para divertirse son precisamente para atraer hacia centros como Berlín, Leipzig, Marburgo, Heidelberg... Nada importa que los productos de las industrias alemanas hayan recorrido el mundo triunfalmente, conquistando en muchos órdenes el primer lugar, y aun llegando á ser, como en estos meses de guerra lo estamos viendo mejor que nunca, de todo punto insustituibles. Nada importa que en Alemania hayan por completo desaparecido los analfabetos. Ni que sean las clínicas y los hospitales alemanes los que por modelos en todas partes se toman. Ni que las instituciones de seguros contra el paro forzoso, contra accidentes, contra enfermedades y vejez, hayan tomado un vuelo al cual no se acercan siquiera las de ninguna otra nación del mundo. Ni que el problema de las viviendas para pobres esté resuelto en las ciudades alemanas mejor que en ninguna otra parte. Ni que los servicios públicos sean allí perfectísimos y la administración en todas sus ramas seria y concienzuda. Nada importa. Alemania para los franceses dejó instantáneamente de figurar entre las naciones civilizadas.

¡Ah!, porque esas cosas serán acaso como el barniz ó las vestiduras ó los instrumentos de la civilización, pero no su esencia, que se regula principalmente por las condiciones de la convivencia humana en cuanto tal: libertad, respeto profundo á la personalidad humana, inviolabilidad del derecho y de la justicia...

Y eso es precisamente lo que en Alemania falta. La libertad no existe, que todo está sometido á un militarismo despótico. La personalidad individual ni á nacer llega, que allí todo individuo es una ruedecita insignificante del omnipotente y omniabsorbente Estado. La justicia y el derecho ajenos... ahí está la guerra con todos sus horrores y sus crímenes, ahí está la Bélgica mártir pregonando á voces cómo los entienden los alemanes.

Esto dicen; pero si así fuera sería incomprensible cómo ese pueblo de esclavos puede realizar las cosas que realiza Alemania; cómo ese rebaño de oprimidos ni á quejarse alcanza, pues es bien cierto que el pueblo alemán es uno de los pueblos de Europa en que más universalmente se percibe la sensación de bienestar y de una sana y fuerte satisfacción y alegría. ¿Militarismo opresor...? Mírese á Rusia y compárese.

Los que en Alemania y en Francia han vivido, han podido comprobar de qué lado está la libertad verdadera.

En estas mismas anormales circunstancias siguen en Alemania los extranjeros gozando de una completa tranquilidad y libertad; y esto no sólo en las naciones neutrales como España, sino aun los nacionales de naciones beligerantes como Italia, según nos refiere un amigo nuestro romano que en Berlín se encuentra desde el principio de la guerra. En cambio hay que oír las molestias que han sufrido no pocas familias madrileñas, sencillamente por no querer renunciar á su veraneo de Biarritz. Del trato que se da en ambas naciones á periodicos y periodistas no digamos: en Alemania circula toda clase de periódicos extranjeros y á los periodistas españoles se les ha permitido recorrer desde las trincheras del Norte de Francia y las líneas avanzadas de Polonia hasta las profundidades del mar, conducidos en el vientre de acero de un combatiente submarino. En Francia ni aun en París ni en Biarritz permiten estar sino á muy contados y garantizados periodistas.

Y en el orden político, ¿hacia dónde se vislumbran aires de libertad y de verdadera democracia? En Alemania sabemos, por ejemplo, que un tercio próximamente de la po-

blación total es católica; y al hacer el análisis de la representación parlamentaria del imperio encontramos que el número de Diputados católicos del Reichstag se aproxima también á un tercio del número total de Diputados. Y otro tercio está formado por la representación socialista. ¿Aparece por aquí la opresión de la libertad? ¿Aparece por aquí la negación del derecho...?

En cambio en Francia ese mismo *Comité católico de propaganda francesa* nos dice con toda su autoridad, repetidísimas veces, que la inmensa mayoría de la nación es católica, que el número de los no creyentes es muy escaso; y, sin embargo, en las Cámaras la representación católica aparece como una exigua y casi de todo punto impotente minoría. Vease si no el camino que hace muchos años viene legislativamente recorriendo la nación francesa. Ahora bien: ó no es verdad que la inmensa mayoría de la nación francesa sea católica, ó no es verdad que en la política francesa imperen la libertad y el reconocimiento del derecho, sino más bien la opresión y la tiranía, la política de castas — de camaradas la ha llamado un Diputado radical francés en un libro bien reciente (1) — y privilegio. Y, sin embargo, son los mismos católicos, ciertamente perseguidos y oprimidos, los que nos quieren hacer creer á la vez que ellos son los más y que Francia es la patria de la libertad y del derecho, cosas ciertamente que no acabamos de ver cómo se compaginan, mientras acusan á los alemanes de bárbaros y esclavos ú hombres-maquinas, movidos por la voluntad del amo ó de los pocos directores del militarismo triunfante. Lo que no se suele ver en Alemania es el nombre de la libertad escrito en los frontispicios ó rotulando plazas y avenidas.

* *

Por lo que hace á la religión, suele darse por bien sentado que Alemania es un país protestante. La propaganda francesa, sin embargo, no se contenta con esto; pretende que la religión actualmente dominante en Alemania ha «retrocedido hasta más allá de Lutero... hasta Votan, Odin y hasta Thor»... Esta frase debió de hacer fortuna, porque la hemos visto bastante repetida en todos estos libros y folletos. Para probar esto encuentran testimonios, claro está, en autores alemanes. Pero ¿qué no se probaría si fuéramos á sacar de autores franceses blasfemias y paganismos, á pesar de haber el cristianismo en el alma francesa tan hondamente arraigado?...

No es exacto que Alemania sea una nación protestante. Ya hemos dicho, y es de todos bien conocido, que un tercio de su población, ó sea más de 22 millones de habitantes, son católicos. Y allí, el que figura en las estadísticas como católico, lo es de verdad; y ello le obliga á pagar una especial contribución para sostener el culto, pues cada religión sostiene el suyo. Por eso ni siquiera se puede decir que el protestantismo sea en Alemania la religión del Estado, pues no es razón para ello el que el kaiser y sus ministros sean protestantes. El Estado alemán reconoce tres religiones ó confesiones: la protestante, la católica y la judía. Vive, naturalmente, en mayor intimidad con el protestantismo, porque, además de ser hoy por hoy protestantes la mayoría de sus súbditos, el protestantismo atribuye esa sombra en él ilógica de autoridad suprema religiosa á la autoridad civil suprema, en la cual, por consiguiente, vienen á fundirse los dos poderes.

Cuando un niño alemán se presenta por primera vez en la escuela, se pregunta á su padre ó á su encargado en qué religión quiere que se le eduque y se le instruya. El padre puede responder que en la católica, ó en la protestante, ó en la judía; lo que no puede responder es que no quiere que se le eduque en ninguna, pues la religión en una de estas tres formas se reconoce necesaria. La enseñanza religiosa la dan en las mismas escuelas los ministros del respectivo culto. Esto no es bueno, claro está, ni á los católi-

(1) *La République des Camarades*, por Robert de Jouvenel, douzième édition, Paris, 1914. Lo recomendamos á los que sigan creyendo en la República liberal francesa.

cos nos puede satisfacer del todo; pero ¿no es aun así mucho mejor que expulsar toda religión de la escuela, como ha hecho Francia, convirtiendo á ésta en un criadero de ateos prácticos?...

Insisten también mucho en querer mostrar que aun el cristianismo tiende á ser en Alemania neta y exclusivamente nacionalista. Para esto hacen resaltar las campañas realizadas en Alemania, y aun en Austria, en favor del *Los von Rom* — separación de Roma —, cuyos resultados, en realidad y afortunadamente bien mezquinos, se cuidan de exagerar no poco. Pero si miraran un poco para dentro, perderían los católicos franceses seguramente el ánimo para reprochar á los alemanes esas campañas. En Alemania se predica el *Los von Rom*; en Francia se realiza. Alemania tiene representantes autorizados ante la Santa Sede; para Francia esa representación suprema del Catolicismo no existe.

Aun se atreve alguno de estos propagandistas franceses á recordar que en Alemania la libertad para el catolicismo no existe, porque hay una ley que prohíbe vivir en Comunidad á los jesuitas. Odiosa es esa ley de excepción, única que en Alemania existe, pues todas las demás Ordenes religiosas campan y florecen á sus anchas; pero nuevamente nos admiramos de que los franceses se atrevan á recordar esto, teniendo contra una teja de vidrio en el tejado ajeno, todas de ese frágil vidrio en el propio.

Si; en Alemania hay religión y hay catolicismo, con manchas, ¿quién lo duda?; pero también con grandes esplendores. Y á juzgar por la marcha progresiva con que en el Gobierno y en todas las manifestaciones de la vida nacional viene el catolicismo influyendo, y por la compacta y poderosa agrupación con que en todos los palenques de la lucha humana se presenta, más bien que para augurar desastres hay motivos de esperar días bonancibles para el catolicismo y la Iglesia.

* *

Alemania estaba más que ninguna otra nación preparada para la guerra, se arguye. Luego es porque más que ninguna otra la esperaba y la quería. La conclusión va demasiado lejos; pero aun la premisa mayor no es cierta. Que Alemania estaba, no más, sino mejor preparada, ó que por lo menos supo prepararse pronto, nos lo están diciendo ahora los hechos; pero lo que es esfuerzo por prepararse para la guerra, no era Alemania la que más hacía. Por cada barco de guerra que construía Alemania, esforzábale Francia por construir otro é Inglaterra construía dos. Además, Alemania, ni aun ahora en tiempo de guerra y acosada como se ve, llega á apurar tanto las cosas que obligue á los sacerdotes católicos, por ejemplo, á coger las armas. Los utiliza, si, pero, ó para desempeñar sus ministerios ó para servir en las ambulancias y hospitales. Léase, por otra parte, la contribución que para fines de guerra pagaba en todos estos últimos años el ciudadano alemán, el francés y el inglés, y se verá que era mucho más lo que estos últimos pagaban, sobre todo el último.

Al acorcarnos ya más á la declaración de guerra hay que cortar los vuelos á la pluma, pues esa es una madeja que hoy por hoy no parece fácil desenredarse con entera seguridad de acierto. Libros rojos, azules, grises, amarillos...; cuando se acaben de publicar todos esos libros de colores, y unos á otros, y aun con otros incoloros libros, se vayan contrastando, será posible acaso ir deduciendo alguna conclusión más clara. Si Alemania no hubiera querido, no hubiera habido guerra...; como tampoco la hubiera habido si no hubiera querido Rusia ó Inglaterra, ó de Rusia no se hubiera hecho solidaria Francia. La guerra nadie la quería; pero á todos les parecía cierto que la guerra había de venir y ninguno se resignaba á quedarse sin tomar parte en ella por no perder importancia en el concierto de las naciones. Sin embargo, por el camino de la paz era Alemania la que con mayor rapidez subía en todos los órdenes, y eran Inglaterra y Francia las que se iban viendo supplantar, y á notar comenzaban síntomas de decadencia. No es, pues, de suponer, según esto, que fuese en Alemania donde más la guerra se deseara.

En cuanto á la violación de la neutralidad de Bélgica por Alemania, asunto acaso el

más explotado, tampoco es tiempo para decidir con certeza los verdaderos motivos y justificantes. A nuestra vista tenemos un folletón titulado *La Neutralité belge*, editado por G. Stilke, Berlín, en el cual se publican una serie de facsimiles de documentos interesantes encontrados por los alemanes en Bruselas. Á juzgar por esos documentos, Bélgica estaba en tratos con Inglaterra y con Francia desde 1906; y en esos tratos se había llegado en 1913 á convenir que en el caso de una guerra Inglaterra, aun sin pedir permiso á Bélgica, desembarcaría en su territorio un ejército de 160.000 hombres para atacar á Alemania por el flanco. Si estos documentos son auténticos, como por los facsimiles aparece, no Alemania, sino Inglaterra, y aun la misma Bélgica, habría sido la primera en romper su propia neutralidad. Sobre estos documentos y facsimiles no he visto todavía una palabra en las publicaciones francesas. Los alemanes prometen publicar aún más interesantes documentos.

En cuanto á los procedimientos de los alemanes en la guerra nada concreto puede tampoco decirse. Habrá habido infamias y crueldades; lo creemos: pero quizá, seguramente, no tantas como se nos cuentan. Habrá habido sacrilegios y profanaciones, lo creemos también; pero de ahí á deducir que es una guerra religiosa y que lo que en ella se persigue es el Catolicismo ¡oh! no, que de católicos se preciaban los soldados de Napoleón y no fueron pocas las iglesias que destruyeron y las infamias y villanías de que por todas partes dejaron rastros. ¿Qué guerra no trae consigo estos lamentabilísimos excesos?... Y cuando una nación, sobre todo, se cree en trance de vida ó muerte, aunque sólo sea en fuerza de oír á sus enemigos repetir que no aceptarán la paz sino después de haberla aniquilado, ¿qué barreras en el camino de su furor serán capaces de detenerla?... Lamentable y reprochable cuanto se quiera; pero para juzgar y condenar en bloque á una nación no basta.

Hablar de las ambiciones de Alemania es cosa bien fácil; pero bastante más fácil sería hablar de las de Inglaterra, por ejemplo. Aun Francia ¿cuando se ha visto poderosa que no quisiera imponer al mundo la ley y atar á su carro la naciones?... De lo pasado se puede hablar, y hasta cierto punto se pueden deducir algunas enseñanzas que del porvenir que de ese pasado se prolonga nos hablen. Pero si falta esa base, quedan mucho más en el aire nuestros juicios. Si Alemania llega á triunfar y engreída abusase de su poder, con eso mismo pondría el primer cimiento de su ruina. Echarse indefensos en sus brazos, no, que eso sería despertarle la tentación y azuzar el peligro. Pero de aquí á temerlo todo de ella más que de otra nación alguna, va una gran distancia, y no es fundado ni racional discurso.

II.

Bélgica es una nación por la cual no hay católico en el mundo entero que no sienta simpatías. Su católico Gobierno se había logrado sostener treinta años en medio de las luchas más acerbadas. La parte principal de su masa obrera estaba sindicada bajo la bandera de los principios católicos; y á un fraile, al dominico P. Rutten, reconocía por generalísimo. Frente á la Universidad racionalista y sectaria de Bruselas alzabase valiente y triunfadora la Universidad católica de Lovaina. Y en fin, era de la pocas naciones en las cuales no sólo no se expulsaba ni se molestaba á la Iglesia ni á sus carísimos hijos los miembros de las Asociaciones religiosas, sino que religiosas y religiosos del mundo entero eran allí recibidos siempre con abiertos brazos y corazón noble y generoso: y eso que Bélgica tenía una porcentual de religiosos mucho mayor que ninguna otra nación del mundo.

Y á pesar de esto ó más bien por esto precisamente, Bélgica era el orgullo de la naciones civilizadas. Ningún otro país del mundo tan poblado; ninguno más trabajador ni más pacífico. Asombra todavía el recuerdo de los bosques de chimeneas, que sobre todo en la región desde Lieja á Namur—la más devastada hoy precisamente—desde el ferrocarril por todas partes se descubrían.

Y esa Bélgica, cuya neutralidad, por otra parte, estaba solemnemente garantizada por las cuatro más poderosas naciones de Europa ahora en guerra, fué arrollada y oprimida por Alemania; y ni Inglaterra ni Francia le prestaron ningún eficaz socorro. Esto es tristísimo.

Discútese la cuestión de si Bélgica hubiera debido dejar pasar por su territorio los ejércitos alemanes sin oponerles tan desesperada resistencia. Si Bélgica hubiera tenido tanta fe en su neutralidad que no hubiera nunca levantado fortalezas ni ejércitos, tal vez; y tal vez esto le hubiera sido lo mejor. Pero en las circunstancias en que al comenzar la guerra se encontraba, era natural que resistiera. Respecto á todo esto de la invasión de Bélgica, rompiendo su neutralidad, creemos que no podrá recaer una resolución definitiva, mientras no esté completamente esclarecido el punto de si existieron ó no tratos anteriores por parte de Bélgica con Inglaterra y Francia, como hasta ahora parece deducirse de los documentos publicados en facsímil por los alemanes, como encontrados en Bruselas, y á los que anteriormente nos hemos referido.

La destrucción de Lovaina es un horror. Y mucho mayor lo es el fusilamiento de sacerdotes inocentes, de que tanto se nos habla, aunque los alemanes persisten en negarlo. Quizá por las dos partes haya no poco de exageración, aun procediendo con la mayor buena fe del mundo. En circunstancias como estas, de una guerra tan transcendental, es sumamente difícil el impedir que una sospecha, aun engendrada por el más ligero indicio ó por una mera autosugestión del sujeto, se convierta en juicio temerario, á la vez que sumario y ejecutivo. El cual no por eso deja de ser pecado é injusticia, claro está, ¿pero dónde está el adversario que combatiendo encarnizadamente y cuerpo á cuerpo con un terrible enemigo, sabe guardar fielmente el *moderamine inculpatæ tutelæ* de los moralistas?...

De que Bélgica llegue por eso á perder su independencia, no llegamos á convencerlos. Bélgica supo ser una nación, y como tal portarse dignamente, y merece seguir siéndolo. Y si para ello fuese preciso hacer presión por parte de las naciones neutrales, creemos que no debe perdonarse medio alguno para que ese resultado se logre. Alemania misma no parece que tenga otros intentos, pues aun en el estado actual de cosas, ordena que en el territorio dominado, se siga administrando justicia en nombre del rey Alberto, á quien por consiguiente sigue reconociendo como soberano. Bélgica debe seguir viviendo y vivir. Y no precisamente por el principio en bruto de las nacionalidades, que de suyo nada prueba y para nada basta; sino por haber merecido el derecho á esa vida autónoma, usando de él dignamente, derecho que indudablemente en las naciones como en los individuos puede perderse, como acaso pudiera ser que lo hubiera Servia perdido.

III

Bien ha merecido Francia á través de los siglos de la historia el título de nación cristianísima é hija primogénita de la Iglesia. Esto, ni creemos que se pare nadie á discutirlo.

Sin embargo, la falta de simpatía de los católicos españoles, y en general de los del mundo, por la Francia actual, se funda en razones que á continuación vamos á resumir, pues son del dominio público; mil veces las hemos oído y leído, y conviene que los católicos franceses sepan en qué se funda esa actitud de sus hermanos extranjeros.

Porque el ayer no es el hoy; y nunca las virtudes de los padres son bastantes á justificar los crímenes de los hijos. Del argumento histórico suele abusarse mucho, lo mismo para acusar que para defender. Tierra de santos fué el África en algún tiempo, y son ya muchos los siglos en que los sectarios de Mahoma la despojaron de ese carácter. Tierra por el contrario casi exclusivamente de herejes hasta bien recientes tiempos fué Holanda, y hoy parten allí los católicos casi por mitad la influencia en la política y en el gobierno y se crean cátedras expofeso en las Universidades para encomendarlas á re-

ligiosos, y se envía un embajador á la Santa Sede, de la cual, la nación que se empeñan en presentarnos aún como *hija predilecta*, vive completamente emancipada. La historia es algo y algo prueba; pero cuando esa historia se continúa, no cuando con tanta tenacidad y furor se ha trabajado por romper con ella.

Se nos habla mucho del «papel católico de Francia en el mundo». Sinceramente creemos que el papel que Francia representa en el mundo de las naciones civilizadas hace ya muchos años, hace ya muchos lustros, no es precisamente el de nación católica, sino todo lo contrario, el de nación atea y perseguidora. En España, por ejemplo, no hay Gabinete liberal, que cuanto más liberal y anticlerical sea, no sea más decidido partidario de Francia. Ningún proyecto de ley contra la Iglesia se presenta que no sea copiado de Francia é invocando la necesidad de ponerse á tono con Francia, y por medio de Francia, al decir de los radicales, con Europa. En Francia se escriben los mayores insultos y las mayores burlas contra nuestro espíritu inquisitorial — es decir, religioso — que Dios conserve mucho tiempo. Y si algún gobierno conservador y más aceptable tenemos, de Francia parten con frecuencia las informaciones tendenciosas y las primeras voces de desprestigio, ó sea las primeras piedras para dar con él en tierra y las armas y el dinero que han de servir á nuestros radicales para combatirlo. ¿Es ésto representar un papel católico? Y lo que ocurre en España ocurre en mayor ó menor escala en todas las demás naciones.

Y no hay que creer que esto sea obra exclusiva de los partidos radicales franceses, y que en cambio en la prensa y en los partidos católicos de Francia encontrará la España católica el aplauso y la ayuda que se merece. Por lo común, ciegamente, irreflexivamente, los periódicos católicos de la nación vecina no suelen ser, ni mucho menos, los más remisos en denostarnos. Repásense sus colecciones, y se tendrá la muestra. Recuérdense sencillamente las informaciones que se hicieron cuando nuestro gran Congreso Eucarístico, llenas de reticencias y de maliciosas interpretaciones. Me he encontrado alguna vez en el extranjero cuando contra mi patria se hacía alguna de esas campañas, y el patriotismo me ha hecho arrojar con indignación esos periódicos católicos que ahora nos piden simpatías, y tener que acudir á otras *lenguas* para poder encontrar una información un poco más desapasionada y serena. No quisiéramos tener que recordar estos agravios; pero á ello nos obliga el que ellos son el justificante de la desconfianza con que ahora, sin poderlo remediar, recibimos las aserciones del *papel católico* que en el mundo Francia representa.

¿Las misiones entre fieles? Si que en ellas colabora Francia como la primera entre las naciones católicas. Hasta ahí afortunadamente no ha llegado la persecución de sus gobiernos, aunque sólo sea porque la más elemental prudencia humana les dice, que mientras los misioneros conquistan almas para Dios, conquistan también influencia para el Estado francés, que, sin embargo, en *justa* correspondencia, les priva del derecho de residencia comunitaria en su patria. Pero eso es sólo un capítulo de los muchos de que había de constar la obra de la influencia de Francia en el mundo,

Que hay mucho catolicismo en Francia y que de grandes y nobilísimas empresas son capaces los franceses, lo sabemos todos muy bien; pero lo que ante todo hace falta y pedimos á Dios muy de veras, es que se rompan pronto las cadenas con que dentro de su misma patria gimen aprisionados. ¡Ah! Si aun ahora viéramos esas cadenas romperse, con cuanto gusto á Francia ayudaríamos.

Pero esa misma *unión sagrada*, proclamada al comenzar la guerra, ¿de qué les ha servido? Ese patriotismo heroico de que han dado prueba sus sacerdotes y religiosos, ¿con qué ha sido correspondido por parte de los directores del Estado? ¿Por qué en ese Gabinete de concentración en que todos los partidos figuran ni á un solo católico se da cabida? ¿Por qué cuando hasta las naciones protestantes envían al Papa sus embajadores no lo envía Francia? Y ¿por qué sufrir tantos otros detalles de faraónica tiranía, como el prohibir la venta de banderitas francesas unidas al Corazón de Jesús, el prohibir á los sacerdotes la entrada en los hospitales, el arrancar de sus parroquias, *para*

obligarles á coger el fusil, á millares de párrocos, pastores insustituibles de las almas, etcétera, etc...? ¿Cómo han de estar con Francia con todo esto las simpatías de los católicos? Los católicos franceses aparecen constantemente tiranizados, oprimidos y despojados de sus derechos, mucho más de lo que lo están aun en naciones oficialmente protestantes, como Inglaterra. Y si es verdad que esos católicos están en mayoría, como ellos mismos aseguran, la tiranía que en nombre de la libertad y de la democracia sufren, es mucho más odiosa aún, comparable sólo con la que en Rusia, la aliada de Francia, padecen, donde al fin y al cabo están en minoría. Con los católicos franceses nuestra simpatía, sí; con el Estado tiránico que de sus derechos les despoja, nunca.

Afirmasen mucho que actualmente se está realizando en Francia una notable reacción religiosa. Quiera Dios que sea eficaz y duradera. Los voceros de la izquierda protestan ya con todo género de pruebas y testimonios que si tal reacción existe es cosa pasajera y accidental, y que la marcha del Estado seguirá siendo la misma. Quizá se engañen en mucho; pero por ahora sería prematuro cualquier juicio. Es bien natural que los azotes ó pruebas—estamos lejos de afirmar que los males que sufre Francia sean precisamente un castigo—que nos afligen sirvan para hacer volver hacia Dios á los pueblos como á los individuos. Por esto tenemos por probable, y ardientemente lo deseamos, que de esta crisis surja una Francia mejor y más conforme con sus tradiciones y su historia. ¿Venciendo? ¿Siendo vencida?... Dios lo sabe.

Los libros principales de este género que tenemos á la vista, son:

Sur le Front-Consignes de guerre, por Mgr. Tissier, Obispo de Chalons, páginas 430. P. Tequi, París, 1915.—El venerable Obispo habla con un lenguaje digno y que no desdice jamás de los tonos de la mansedumbre cristiana. El libro se dirige á excitar y sostener el ánimo y encauzar los pensamientos de sus compatriotas.

Echos de guerre-France et Kultur, por M. M. Gorse, páginas 498. Tequi, París, 1914-15. Lo hemos citado al comenzar, y por los propósitos del autor, allí manifestados, se puede conocer el carácter del libro.

Les barbares à la Trouée des Nosgues, por L. Colin, páginas 354, Bloud, París, 1914-15. Muy semejante al anterior: el título dice bastante.

Le Suplice de Louvain, por R. Barsy, páginas 206, Blond, París.

Conversion de un católico germanófilo. Carta abierta de Emilio Prüm, Jefe del partido católico luxemburgués á M. Erzberger, Diputado del Reichstag y Jefe del Centro católico alemán, por R. Johannet, páginas 208, C. Bouret, París, 1915. Este libro es interesante y tiene mucho de aceptable en lo escrito por el Sr. Prüm, aunque no tanto en los comentarios de Johannet, el cual fuerza las cosas en muchos casos, como al hablar de las divisiones del Centro alemán—Colonias y Berlín—: es como si se quisiera sacar partido contra el Catolicismo español de las polémicas entre integristas y conservadores.

FOLLETOS

L'Onore e l'Innocenza del Clero belga rivendicati, por M. Vaes, Desclée, Roma, 1915.

El Martirio del Clero belga, por A. Melot.—*La Basílica devastada*. Destrucción de la Catedral de Reims, por Vindex.—*Pendant la guerre*, por su Eminencia el Cardenal Amette.—*Patriotisme et Endurance*, por el Cardenal Mercier.—*Confiance, Prière, Espoir*, por Mgr. Mignot, Obispo de Albi.—*Le Martyre du Clergé français*, por E. Grisselle.—*La Vie heroïque*, conferencias por A. D. Sertillanges.—*Le Clergé et la guerre de 1914*, por L. Lacroix.—*La guerra alemana y el Catolicismo*. Documentos bibliográficos que ilustran la conducta respectiva de los ejércitos alemán y francés con la Iglesia católica.—Todos estos folletos editados por Bloud y Gay, París.

Entrar á decir algo sobre cada una de estas publicaciones sería una cosa pesadísima y sin objeto. Pero como siguen llegando aún otras publicaciones, probablemente tendremos que volver á ocuparnos de estas cosas.

FR. A. G. MENÉNDEZ-REIGADA.